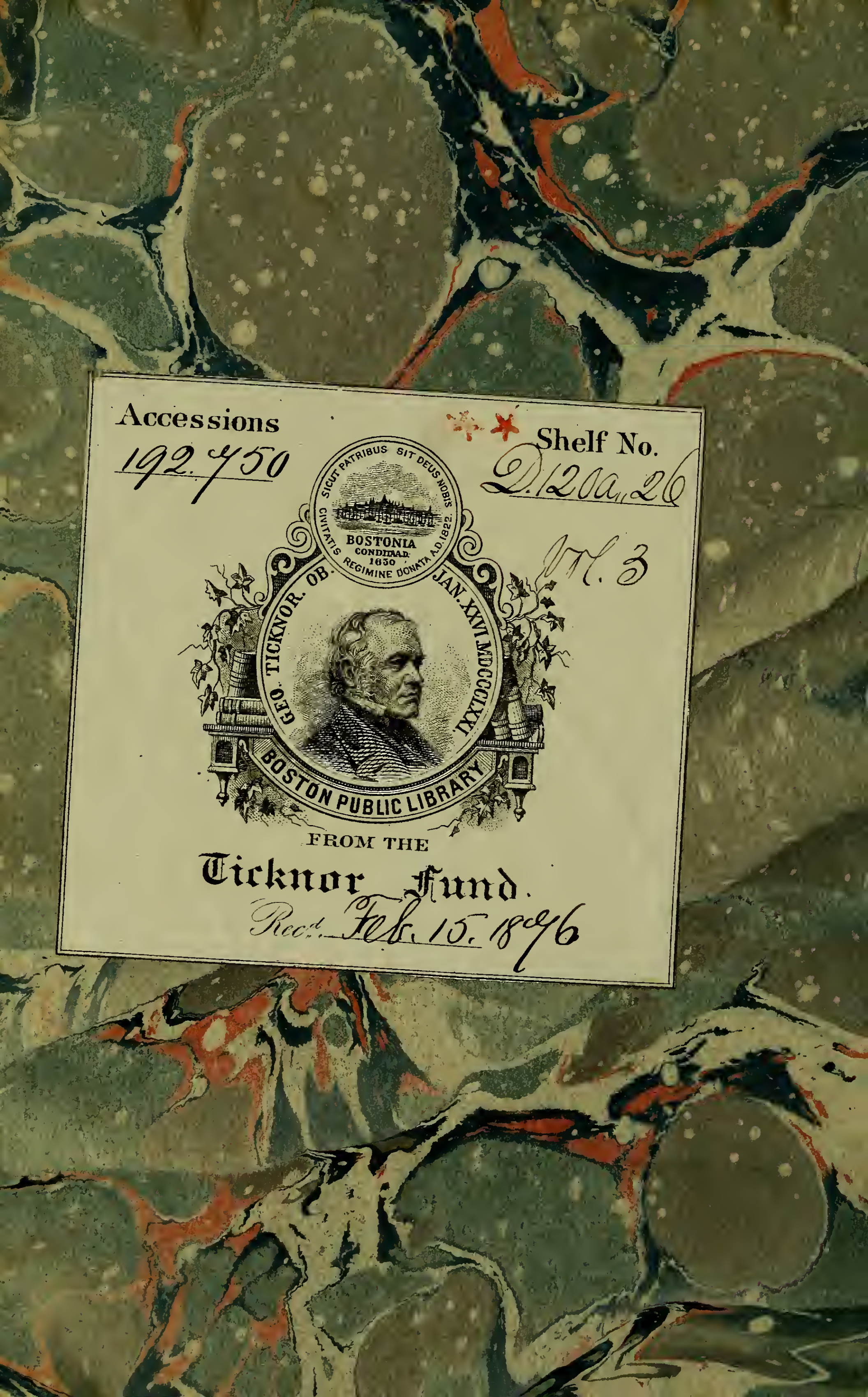
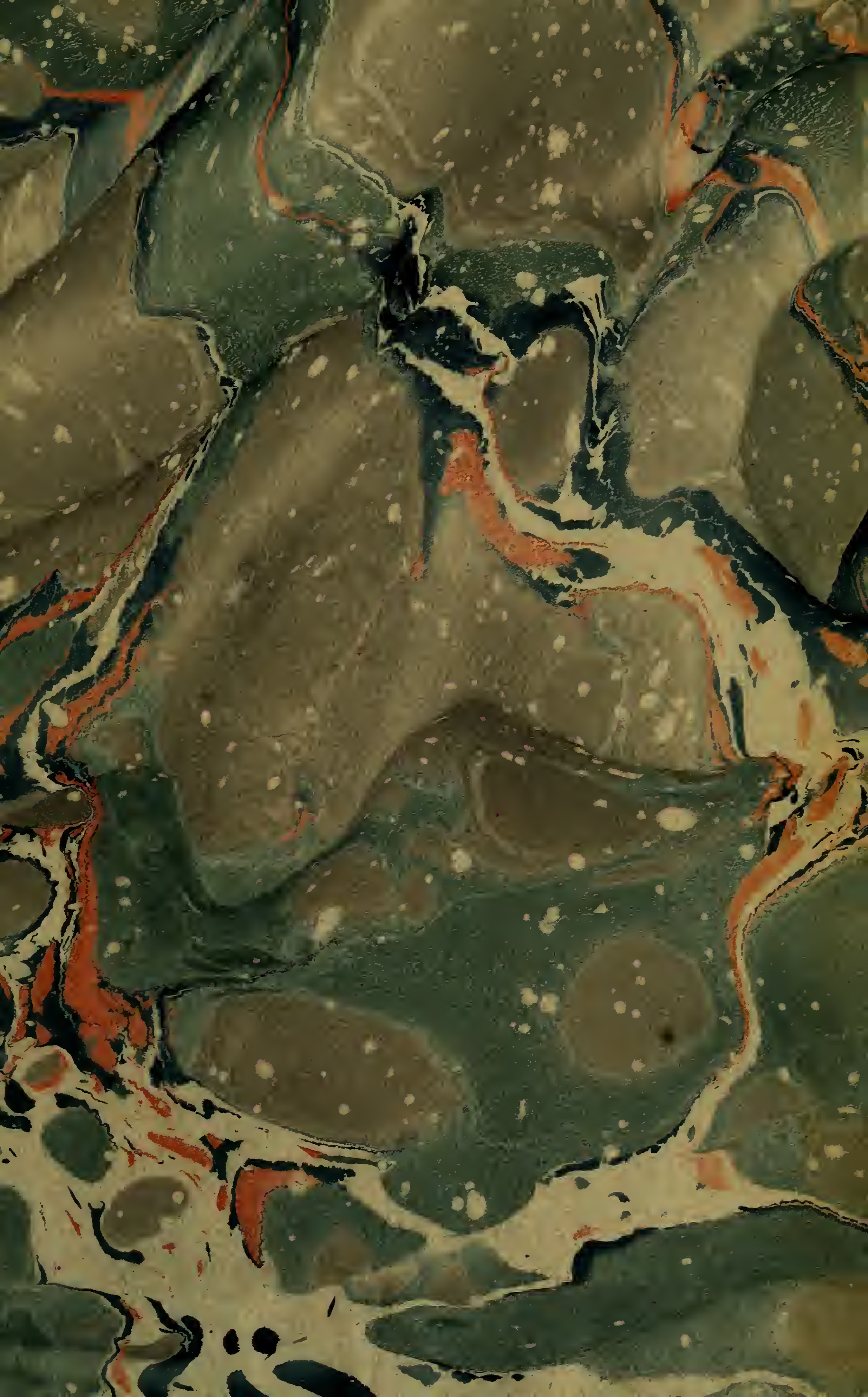
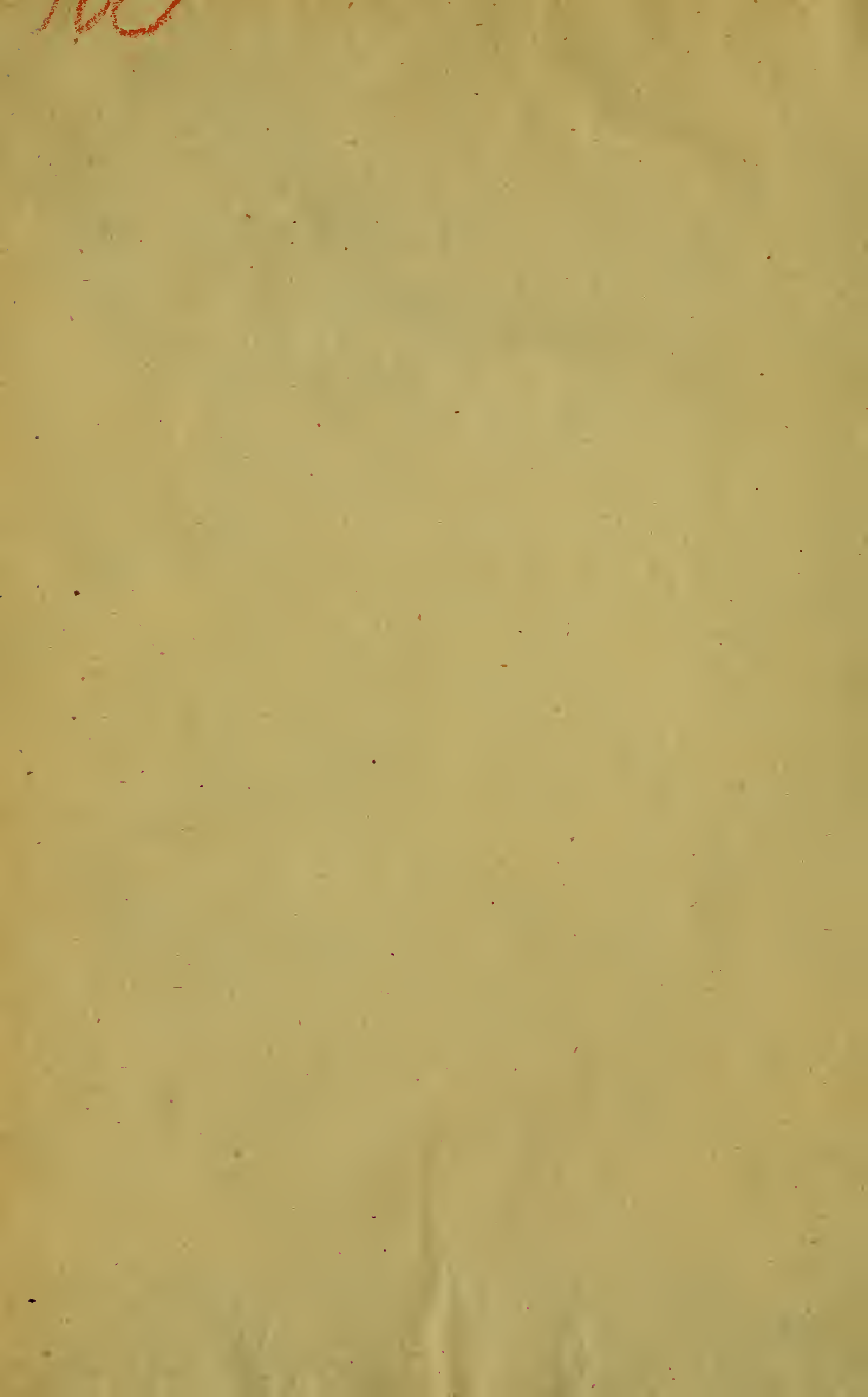




Accessions
192.750
Shelf No.
D.120a.26
Vol. 3
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA CONDITA A.D. 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI MDCCCLXXI
BOSTON PUBLIC LIBRARY
FROM THE
Ticknor Fund.
Rec'd. Feb. 15. 1876





HISTORIA
DE FELIPE II.

HISTORIA

DE FELIPE II,

REY DE ESPAÑA.

POR

D. EVARISTO SAN MIGUEL.

TOMO TERCERO.

Madrid:

Imprenta y libreria de D. Ignacio Boix, editor,
calle de Carretas, num. 27.

1846.

HISTORIA

DE

FELIPE II, REY DE ESPAÑA.

CAPITULO XLVIII.

Asuntos de Francia.--Enrique de Valois en Polonia.--Descontento del rey.--Sabe la muerte de su hermano Cárlos--Se evade de Polonia.--Pasa por Alemania é Italia á Francia.--Se declara del partido católico.--Sus devociones y mas actos religiosos.--Es coronado y consagrado en Reims.--No edifican sus devociones al pais.--Se censuran sus vicios.--Se le acusa de hipocresía.--Formacion de la Liga católica sin contar con el monarca.--Indole de esta asociacion.--Sus designios secretos.--Vacila el rey sobre el partido que le conviene adoptar.--Convocacion de los Estados generales.--Se reunen en Blois.--Piden los Estados la revocacion del último edicto.--Accede el rey.--Se declara jefe de la liga católica.--Nueva guerra.--Nuevo tratado de pacificacion. -- Descontento del rey de España. (1)

1574—1578.

Fué recibido Enrique de Valois en Polonia con admiracion, por su gallarda presencia, gracias personales y fama de su nombre, como capitan al mismo tiempo que con disgusto, por el recuerdo de su participacion en la matanza de los calvinistas. Se puede decir que excitó

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos XL y XLI.

monte, recibiendo por todas partes obsequios y toda especie de homenajes.

Se aguardaba en Francia con muchísima inquietud la llegada del rey, porque se ignoraban sus ideas acerca de los partidos que la dividian. Muy pronto se disiparon las dudas, y se puso en claro su resolucion de adherirse en un todo á los católicos, con exclusion de sus contrarios. Manifestó á estos últimos que no era su intencion molestarlos en ningun sentido, ni tampoco el perseguirlos, con tal que se mostrasen fieles al culto católico y á las antiguas leyes, que dejasen las armas y restituyesen las plazas que ocupaban, pues de lo contrario serian expulsados del reino, llevándose sus bienes adonde mejor les pareciese. Para mostrar mas la sinceridad de estos sentimientos, asistia en público á todos los actos religiosos, se incorporaba en las procesiones, se afiliaba en las cofradías de los penitentes, tan comunes en aquella época, vistiéndose de su saco negro ó blanco, pues los habia de los dos colores. De esta manera se condujo en Marsella, en Aviñon, en Lyon y en todos los pueblos de su tránsito hasta Reims, donde fué consagrado y coronado. En París, donde hizo su entrada pública de allí á muy pocos dias, crecieron sus manifestaciones de celo por la religion católica, sus actos devotos, su asistencia á las procesiones de los penitentes, sus visitas á los conventos y demas casas religiosas, no descuidando en fin ninguna ocasion de presentarse al pueblo de París y á la Francia entera, como el alma principal de los católicos.

Que tal era su plan, lo manifestaba su conducta, aunque en realidad tampoco se pueden achacar estos actos á pura hipocresía, conociendo la índole del tiempo. Tal vez era una política acertada; mas Enrique III, á pesar de su alta dignidad, no era hombre para representar el principal papel en cosa alguna. Desde las dos victorias conseguidas en su primera juventud, habian decaido singularmente su crédito y prestigio. Ni sus costumbres, ni su carácter, le daban medios de ser jefe de ningun partido.

Los moderados que favorecian á los calvinistas, vieron en el rey un obstáculo á sus planes favoritos.: los católicos ardientes que reconocian al duque de Guisa por su jefe, no se pagaban de sus actos devotos, de su hábito de penitente, y otras mas demostraciones que no se tenian por sinceras. Unos y otros hacian la sátira de sus amores, de sus vicios, de sus costumbres licenciosas, llegando á acusarle de desórdenes feos á que se entregaba, bajo el manto de sus devociones.

En cuanto á los calvinistas, no se arredraron con los sentimientos hostiles del monarca. En lugar de rendir las armas, de entregar sus plazas fuertes, se movian y agitaban mas que nunca. El príncipe de Condé en Alemania, procuraba el alistamiento de los reitres, y el rey de Navarra no pensaba mas que en sustraerse de una córte donde se hallaba como esclavizado. El duque de Anjou dejó á París, y se retiró como fugitivo á sus Estados. Todo hacia creer en una próxima ruptura, que al fin tuvo lugar, á pesar de toda la astucia conciliadora de la reina. Los reitres de Alemania entraron, y aunque fueron vencidos por el duque de Guisa, no sufrieron una derrota decisiva. El rey de Navarra por su parte, habia llevado á efecto su plan de evadirse de la córte, dirigiéndose á sus Estados de Bearne. Luego que pasó el Loira, arrojó de una vez la máscara que llevaba hacia tres años, y renunciando á la comunion católica, se volvió á declarar altamente protestante.

Comenzó Enrique III á sentir todas las amarguras de su posicion, tan desdorosa para la dignidad de un rey de Francia. Los calvinistas, el partido político ó moderado, los católicos ardientes, hasta su mismo hermano el duque de Anjou, todo se le mostraba hostil, ó al menos no amistoso. Los partidos tenian sus jefes, y en realidad no estaban con ninguno. La guerra en que estaba ya medio empeñada toda la nacion, manifestaba un aspecto muy dudoso. Era, pues, de toda necesidad conjurar la tormenta y apelar á la via de las negociaciones.

La reina Catalina que conocia esta verdad mejor que nadie, puso en movimiento los resortes de toda su política. Se dirigió á los calvinistas, quienes sin dificultad adoptaron gustosos los términos de conciliacion favorables á sus intereses. Se ajustó, pues, un tratado de paz en 1576, y era el cuarto despues de aquellas contiendas tan reñidas. Se dió dinero á los reitres para que volviesen á Alemania. Quedaron los calvinistas con el libre ejercicio de su culto, y la posesion de las plazas fuertes que tenian como en rehenes; en fin, en los mismos términos y bajo el mismo pié que en el año 1570.

Perdió con este tratado el rey de Francia todo su crédito con los católicos ardientes. Los sacrificios que habian hecho de tantos años atrás para acabar con el partido calvinista, las matanzas de San Bartolomé, todo habia sido inútil, puesto que sus enemigos se hallaban triunfantes como nunca. Los jefes de este partido, en quienes intereses de poder y de ambicion ejercian por lo menos tanta influencia como los puramente religiosos, daban pábulo á estos sentimientos de indignacion que les abrian una nueva carrera de agradecimiento. No es un rey afeminado y corrompido, decian, el verdadero representante del catolicismo en Francia. Sus devociones, sus penitencias, no son mas que una máscara con que oculta sus vicios y sus disoluciones. Su último edicto de pacificacion manifiesta bien que prefiere una indolencia vergonzosa á la noble ocupacion de acabar con los enemigos de su reino: pues bien, si el partido católico necesita obrar con energía para su propia salvacion; si carece de una cabeza que le dé el impulso; si el rey se halla incapacitado de ponerse á su frente, ¿no es justo, no es necesario que los católicos se unan, se liguen y encuentren en los vínculos de su asociacion la fuerza que no les dá el celo y decision ardiente de su monarca? ¿Qué recurso nos queda mas que el de esta liga, si no queremos caer por castigo de nuestra negligencia en las garras de los malditos calvinistas?

Tales fueron las insinuaciones que esparcieron unos, las ideas que concibieron otros, los sentimientos que animaban en fin á los católicos ardientes. El temor por un lado, la ambicion por otro, el deseo de humillar al rey y trabajar en su descrédito, tales fueron los móviles de la vasta asociacion católica que con el nombre de *santa liga* se formó en Francia, sin contar con el rey, y desafiando en cierto modo toda la autoridad de que estaba revestido. Al frente de esta liga figuraban los príncipes de la casa de Lorena, y especialmente Enrique, duque de Guisa, tan querido, tan ídolo del pueblo como lo habia sido su padre en otro tiempo. Activo, generoso, magnánimo, brillante con todos los adornos exteriores, dotado de la misma afabilidad y maneras cariñosas hácia el pueblo, tan valiente y afortunado capitan, católico tan celoso y tan ardiente; en todo era Enrique de Guisa digno heredero de su padre. En las matanzas de San Bartolomé habia representado el principal papel y dado el impulso mas eficaz y mas activo. Ultimamente se habia distinguido contra los reitres de Alemania, habiendo contribuido una herida que recibió en la cara, al aumento de su prestigio con el pueblo, que desde entonces le designó siempre en sus momentos de entusiasmo con el epíteto de *Balafré* (Chirlado).

Era, pues, el Chirlado uno de los hombres que podian hacer sombra á la autoridad de un rey, y Enrique III, que á pesar de su ligereza y hábitos indolentes no carecia de entendimiento, estaba muy penetrado de lo mismo. En caso de ignorarlo, allí estaba su madre, astuta y sagaz, que no podia menos de hacérselo presente. Pero tenian que tolerarle á pesar suyo y poner buena cara á un personaje popular que ejercia tan positivo poderío. Que el duque de Guisa estaba apoyado por el rey de España, de quien recibia instrucciones por medio de su embajador, lo acredita la activa correspondencia entre uno y otro, que todavía existe en los archivos. Para el rey de España era digno de su favor y de

sus auxilios cuanto podia promover en Francia los intereses del catolicismo puro, en detrimento y hasta exterminio de los calvinistas. Todos los actos de pacificacion y tolerancia con estos sectarios, excitaban su indignacion y provocaban sus reclamaciones. Los calvinistas de Francia fueron para él una contínua pesadilla. Como hereges los aborrecia; como aliados naturales de los flamencos, eran para él objeto de eternas inquietudes.

El advenimiento de Enrique III no debió de tranquilizar á un rey de vista tan penetrante, y que por conductos tan seguros debia de estar bien informado de lo que pasaba. Ni la declaracion de Enrique, ni sus devociones, ni sus penitencias, debieron de hacer grande impresion sobre el ánimo de Felipe II, que tendria buenos datos de la indolencia, de los vicios y de las disoluciones de aquel príncipe. El último tratado de pacificacion irritó probablemente tanto al rey de España como á los ardientes católicos de Francia. Demasiadas pruebas tenia de que Catalina de Médicis se movia mas por intereses puramente políticos de poder y mando, que por principios religiosos. En cuanto al rey, acababa de dar una prueba evidente de que si se mostraba buen católico, sabia ceder á la furia de las tempestades en lugar de oponerles un corazon decidido y animoso.

Hé aquí todas las consideraciones que hacen creer, aunque no constase por cartas fidedignas, que el rey de España miró con agrado y ojos de favor la formacion de una liga destinada á reparar los males que habia causado y podia causar en adelante la política torcida del monarca. Si Felipe II no fué el primer promotor, se puede considerar como el grande aliado, el alma de esta asociacion, identificada con sus sentimientos, tan útil á sus intereses. Por esta estrecha conexion entre Felipe II y los grandes acontecimientos que tenian lugar en Francia, entramos en tantos pormenores acerca de su naturaleza y sus tendencias.

Volviendo al hilo de la santa liga, cundió la aso-

ciacion desde París, que era su gran centro, á todas las provincias en que el catolicismo dominaba. Todos los hombres celosos por la conservacion y lustre del antiguo culto, corrieron á alistarse en sus banderas. Todo el fuego del fanatismo manifestado cinco ó seis años antes en los terribles choques con los calvinistas, revivió con la misma actividad, con el mismo deseo de venganzas, con la misma sed de sangre. En todas partes se presentó la asociacion sin velo ni disfraz alguno: el estandarte de la liga santa se alzó del modo mas público y solemne.

Cuando se forman asociaciones de esta clase á presencia y con aislamiento de un monarca que hasta cierto punto pertenece á las mismas opiniones, se puede decir que este rey ha perdido su prestigio, que este rey se halla virtualmente destronado. Una asociacion calvinista nada hubiera tenido de humillador para Enrique III; mas una liga de los católicos celosos sin contar para nada con un rey que de católico tan celoso blasonaba, le hacia ver que no podia ó no queria defenderlos, que no les parecia en fin digno de ponerse á su cabeza. Era sin duda tan duro el lenguaje, como difícil y espinosa la situacion del rey con quien se usaba.

¿Y qué partido tomaria? ¿Disiparia por un acto de su autoridad la santa liga? No tenia bastantes fuerzas para ello. ¿Estrecharia sus relaciones con los calvinistas? Era un paso en extremo peligroso, pues ademas de quedarse en minoría, iba á concitar contra él la masa nacional, con gran peligro de su trono. El asunto era muy sério, el tiro de muy largo alcance. La liga se fortificaba mas y mas, y el número de los prosélitos aumentaba en todos los ángulos del reino. Se armaban las ciudades principales en defensa de la fé católica, y los deseos de todos eran unos. Si los mas moderados no pensaban por este acto sustraerse á la autoridad del rey, entre los mas ardientes y fanáticos se trataba nada menos que de destronarle. Y para allanar mas el camino de la sucesion al ídolo del pueblo y de la liga, al duque de Guisa, llega-

ron á forjarle sus parciales un árbol genealógico que le hacia descender de Cárlo Magno; genealogía muy falsa, mas que no por esto hacia menos impresion en los ánimos de la muchedumbre.

Indeciso el rey, creyó salir de este cuidado convocando los Estados generales para Blois, adonde debian concurrir para el 15 de noviembre de 1576, segun órdenes expedidas al efecto. Se componian estas asambleas de tres estados, brazos ó estamentos. Figuraba en primer lugar el alto clero; en segundo la nobleza; en el tercero los representantes de las ciudades, villas ó corporaciones populares. Se daba á este último el nombre de tercer estado (tiers etat). Deliberaban por separado los tres brazos, y solo ejercian el derecho de peticion ó súplica, que en ciertos casos como el que nos ocupa, equivalia á una exigencia.

A pesar de las intrigas de la córte para que viniesen á la asamblea hombres de todos los partidos, recayeron las elecciones del tercer estado por la mayor parte en los liguistas. Los nombrados de entre los hugonotes eran detenidos en el camino por sus contrarios, quienes para que no se presentasen en Blois ejercian en ellos toda suerte de violencias. Estaban tan lejos de recibir su ejecucion los artículos del último edicto de pacificacion, que aun no se habian restituido y puesto en libertad los prisioneros de una y otra parte. Los calvinistas se quejaban, pero sin efecto, pues mas poderosa que el gobierno era la liga. Mientras se reunian los Estados deliberaba el rey en su Consejo sobre la conducta que deberia seguir en esta efervescencia de los ánimos. Y como se creia que una de las peticiones de los estados habia de ser la revocacion del último edicto, y que no se tolerase en Francia mas culto que el catolicismo, se decidió al fin que diese el rey su asentimiento á la medida.

En 6 de setiembre del mismo año se abrieron solemnemente los estados. Les dirigió el rey un discurso desde el trono, lamentando los males que afligian al

pais por la animosidad que agitaba á los partidos, pidiendo á los estados le auxiliasen en la obra difícil de establecer la paz y la concordia entre sus súbditos. No tocó el rey el punto de la liga, ni dió á entender que era sabedor del gran proyecto de sus partidarios.

No tardaron éstos en manifestar al rey sus intenciones, pidiendo con solemnidad la revocacion del edicto de pacificacion, suplicando al rey no permitiese en Francia el ejercicio de otra religion que la católica. Dió gratos oidos Enrique III á esta proposicion de los estados, y prometió su cumplimiento segun la resolucion tomada en el Consejo. Para dar muestra de que adoptaba las ideas de la asamblea y entraba en ellas con sinceridad, se declaró jefe de la liga santa y firmó los capítulos de esta asociacion, en que los miembros mas poderosos é influyentes aspiraban sin duda á destronarle.

Gradúan todos los historiadores de gran debilidad este acto del monarca. Mas ¿qué otro recurso le quedaba? ¿Permaneceria fuera de la vasta asociacion que blasonaba de representar los verdaderos intereses de la Francia? ¿Chocaria de frente con los que se llamaban campeones de la religion católica? ¿Disolveria violentamente una asamblea convocada por él mismo, y cuyas peticiones tenian todo el mandato? Para Enrique III no habia ya eleccion. Al triste papel de *jefe nominal* de la liga tenia que reducirse, si no queria pasar por mas sérios desaires, por humillaciones mas marcadas. Se puede decir que Enrique III dejó de hecho de ser rey, desde el momento que el gran partido católico, es decir, la mayoría nacional, cesó de considerarle como su representante.

Ademas del gran asunto de la revocacion, se ocuparon los estados de Blois en arreglos interiores de un órden secundario, relativo á la organizacion del pais, y sobre todo de las municipalidades. En todos estos actos traspiraba la tendencia á fortificar el poder de las asociaciones populares contra las influencias del monarca.

Es muy de notar que el mismo espíritu republicano que animaba al calvinismo, se manifestaba en los católicos que desconfiaban de la córte, y en los esfuerzos de su propio valor cifraban la victoria sobre sus rivales.

Revocado el edicto de pacificacion, necesario era que los católicos se preparasen á una nueva guerra. No habian estado dormidos los calvinistas durante todos estos pasos, ni estaban dispuestos á ceder sin disputa el campo que ocupaban. Ya habian formado entre ellos y los príncipes protestantes del Imperio una asociacion, á la que dieron el nombre de *contra liga*, en oposicion de la católica. Se prepararon todos á encomendar su causa á los azares de la guerra abierta. Los católicos la deseaban con ardor, fiados en su superioridad de número y recursos pecuniarios. Mas por una contradiccion que no deja de explicarse, anduvieron muy remisos los estados en aprontar al rey los fondos necesarios para hacer la guerra; tan desconfiados estaban de la sinceridad del monarca; tan interesados en que otro fuese la cabeza pública y ostensible de tan grande empresa.

La reina Catalina, sagaz siempre, sin perder nunca de vista el pro y el contra de todas las cuestiones, á quien cegaba poco la pasion, y los objetos le presentaban siempre su semblante verdadero, conoció muy pronto los graves peligros que corria el Estado y su propio poderío en caso de empeñarse sériamente aquella nueva guerra. Sabia mejor que su hijo las tendencias y aspiraciones de la liga católica, contrarias á ella y al trono, y se horrorizaba con la idea de que al fin quedase completamente vencedora. Por otra parte contemplaba á los calvinistas siempre decididos á correr los azares de una lucha cuyos resultados no podian preverse. Puso, pues, en juego esta princesa los resortes de su política, haciendo que los miembros mas influyentes del partido medio interpusiesen su mediacion para evitar el choque próximo de los dos partidos. Fueron ineficaces sus intrigas, y la guerra tuvo efecto, siendo los resultados

muy prósperos desde un principio para los católicos. Perdieron los calvinistas varias plazas, y entre ellas la de La Caridad, punto importante por su posicion central en las orillas del Loira, sin que por esto desmayasen. Crecian al contrario de dia en dia sus elementos y medios de defensa. Reclutaba el príncipe de Condé á toda prisa alemanes y suizos, ya próximos á entrar en Francia. Igual marcha estaba emprendiendo á la sazon el príncipe Juan Casimiro, hermano del Elector palatino, á la cabeza de un cuerpo poderoso de auxiliares.

Volvió á apoderarse el cansancio, como tantas veces sucedia, de las filas de los combatientes. Era demasiado viva la llama de la pasion que provocaba todos estos choques, para que fuese duradera. Habia disminuido mucho el ardor de los católicos á la vista de las nuevas dificultades que les oponian los contrarios. Por otra parte, la guerra les ocasionaba cuantiosos desembolsos, y ademas se hallaban roidos de la inquietud de que la córte no hiciese buen uso de tan enormes sacrificios. Abrió este desmayo nuevo campo á las intrigas de la reina madre. Dirigiéndose alternativamente á unos y á otros, poniendo en movimiento los celos, las desconfianzas mútuas, inspiró generalmente el deseo de una nueva pacificacion, que al fin se ajustó en Poitiers á mediados de 1577. Para hacer ver lo inútil de estas luchas y lo imposible que era acabar con opiniones arraigadas en todo un partido numeroso cual lo era á la sazon el calvinista, pondremos en estracto los capítulos de este nuevo arreglo. Se permitia por él á los hugonotes el ejercicio libre, público y general de la religion llamada reformada, en todas las ciudades y lugares del reino pertenecientes á los de la religion, y en cualquiera otro sitio, con tal que fuese con el consentimiento de los propietarios: se les permitian sermones, oraciones, cantos de salmos, administracion del bautismo y de la cena, abrir escuelas públicas, edificar templos para el ejercicio de su religion, á excepcion de París y de sus arrabales, y

dos leguas en contorno. Se les permitia el matrimonio de los sacerdotes y otras personas religiosas, sin que por ello se les molestase o persiguiese, y se levantaba todo obstáculo en materia de religion para recibir á los calvinistas en universidades, colegios y hospitales. Se permitia al rey de Navarra y príncipe de Condé celebrar oficios en los lugares de su pertenencia, hallándose ausentes. En los parlamentos de París, Ruan, Dijon y Rennes, donde los calvinistas debian tener una sala compuesta de un presidente y cierto número de consejeros; debian ser estas personas elegidas por el rey, mas sometiéndose la lista al rey de Navarra y á los interesados, que podrian recusar á los que les pareciesen sospechosos. Debia conceder el rey al de Navarra ochocientos hombres para guarnecer las ciudades que se le diesen en custodia, debiendo gravitar igualmente sobre todos los súbditos de S. M. todas las sumas que se aprontasen para pagar á los reitres, tanto en estas últimas como en las anteriores turbulencias.

Así, despues de tantos conflictos, de tantos desastres, de tanta sangre derramada, quedaron los calvinistas por este tratado de Poitiers bajo un pié tan favorable como por la paz ajustada en San German ocho años antes. Mas como la experiencia es enteramente inútil cuando habla fuertemente la voz de las pasiones, no sirvió de nada este escarmiento para impedir nuevas luchas de esta especie, como lo haremos ver mas adelante.

El rey de España que tenia puestos sus ojos en todos estos acontecimientos, que habia sabido con gran gusto suyo la providencia tomada en Blois de revocar el último edicto de pacificacion, que escribia cartas sobre cartas á su embajador y á otras personas influyentes, para que mantuviesen al rey en sus resoluciones, recibió la noticia del tratado de Poitiers con las muestras del mayor disgusto. Se dice que exclamó en un momento de enojo: «Es incompatible la conservacion de la fé católica en

Francia con la familia de Valois; es preciso buscar el remedio en otra parte.» Si las palabras no son ciertas, son al menos muy probables, tanto por lo que pasaba entonces en el ánimo del rey, como por su conducta sucesiva. No podian estar mas en oposicion las ideas y carâcter del monarca español con las de la córte de Francia, porque tampoco podia ser mas diversa la posicion en que unos y otros se encontraban. Felipe, dueño absoluto de su casa, acostumbrado á la obediencia ciega de los españoles, sin mas creencias religiosas que una, sin facciones, sin partidos depresivos en lo mas mínimo de su autoridad, apenas podia concebir el estado convulsivo de la nacion vecina, por tantas facciones destrozada. En vano le escribió la reina madre, haciéndole ver los embarazos que rodeaban la córte, impulsada en diversos sentidos por las pasiones é intereses que mútuamente se excluian. A estas manifestaciones daba poco crédito, y solo se le halagaba tomando sérias medidas para acabar de una vez con los nuevos sectarios, que con tal encarnizamiento aborrecia. Temeroso siempre del auxilio que de los calvinistas de Francia recibian los rebeldes de los Paises-Bajos, veia en esta última pacificacion el principio de una nueva alianza. Y como se hablaba mucho entonces de que los Estados de Flandes llamaban al duque de Anjou para ponerle á la cabeza del gobierno, concibió el rey de España nuevos temores, de que Enrique III se declarase protector de los Paises-Bajos. Pero coincidiendo esta medida con el principio del mando del príncipe de Parma en Flandes, dejaremos este asunto para el artículo siguiente, relativo á la administracion del nuevo gobernante.

CAPITULO XLIX.

Asuntos de los Paises-Bajos.--Gobierno de Alejandro Farnesio, príncipe de Parma.-- Situacion del pais. -- Disturbios.--Entrada en Flandes del duque de Anjou, y su salida.--Movimiento del príncipe de Parma.--Pasa el Mosa.--Llega hasta los arrabales de Amberes.--Retrocede, y pone sitio á la plaza de Mastrich.--Defensa heróica de los sitiados.--Asaltos inútiles de los españoles. -- Se regulariza el sitio. -- Apuros de los de adentro.--Nuevos asaltos.--Toma de la plaza.--Los vencedores la saquean. (1)

1578—1579.

Aspecto poco favorable presentaban los asuntos de España en los Paises-Bajos, cuando tomó las riendas del gobierno el príncipe de Parma. De las diez y siete provincias que los componian, solo tres se hallaban á su devocion, y estas contenidas en cierto modo por la presencia de sus armas. En un campo fortificado, con todas las precauciones de la guerra, á las inmediaciones de Namur, se hallaba el ejército de que disponia, con grandes temores de que le interceptasen los víveres y comunicaciones por medio de los rios Sambre y Mosa, que tenia á su espalda. Se hallaban al contrario muy pujantes los confederados, engrosando mas y mas sus filas con refuerzos que les enviaban los príncipes luteranos de Alemania. Tambien los aguardaban de Francia, donde el partido calvinista consideraba como aliados unos pueblos que se hallaban en guerra contra un enemigo comun, á saber, el rey de España. Ya hemos visto al duque de Anjou, hermano de Enrique III, colocado al frente de un partido medio, entre la córte y los calvinistas, sin que se pudiese decir si se conservaba fiel, ó se declaraba en pugna abierta contra aquel monarca. En un pais des-

---

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos XXXVII, XXVIII, XXXIX, XLIII, XLIV, XLV y XLVI.

pedazado por parcialidades, y con una córte, donde tantas intrigas en mil sentidos pululaban, nada tomaba un carácter determinado, ni de union, ni de hostilidad constante; y si Enrique III no podia ver con buenos ojos á un hermano que se emancipaba tantas veces de su autoridad, tal vez dió sincero asentimiento, cuando supo que el duque de Anjou era llamado á los Paises-Bajos por los enemigos de España, cuya amistad hácia él no podia menos de serle sospechosa. Como agente principal de esta llamada del duque de Anjou, se designa á la princesa Margarita de Valois, su hermana y mujer, como se ha visto de Enrique de Navarra. Aprovechó Margarita la ocasion de un viaje á los baños de Spá, ó mas bien tomó este pretexto para presentarse á los Paises-Bajos, donde supo insinuarse con destreza en los ánimos de muchos de los personajes de la confederacion, presentándoles las ventajas de poner á su cabeza al duque de Anjou, lo que les proporcionaria sin disputa la proteccion y alianza del mismo rey de Francia. Dieron oidos á la proposicion los que la creyeron ventajosa, ó los que deseaban alguna novedad que mejorase su fortuna propia. Fué en las dos provincias de Artois y de Haynault, donde el duque de Anjou ganó mas partidarios, y por donde se concertó su entrada en los Paises-Bajos. Lo verificó el príncipe francés á mediados del 1578, cuando todavía mandaba don Juan de Austria. Llevaba consigo algunas tropas, que si no parecieron muy considerables á los que les llamaban, les satisfacian en parte, por las numerosas que para tiempos mejores anunciaban. Mas lo que parecia un grande refuerzo y un considerable aumento de poder para los confederados, no fué verdaderamente mas que un principio de desunion y una manzana de discordia. En primer lugar, se disgustó mucho con la venida del príncipe francés el archiduque Matías, reconocido ya por gobernador de los Estados, y que se vió como suplantado por el recien-venido; por otra parte, los que no habian tenido parte en la llamada del francés, pues fué obra solo de una parcia-

lidad, miraron con desconfianza el refuerzo de un auxiliar, que tal vez no venia con las mejores intenciones. No era en efecto la persona del duque de Anjou muy á propósito para inspirar confianza á pueblos celosos de sus privilegios, y que en los extranjeros buscaban solo proteccion, mas no señores. Demasiado jóven, de carácter ligero, de poca capacidad, licencioso como un príncipe criado en la córte de Francia, sin mas instinto fuerte que el de una ciega ambicion que no se apoya en plan alguno, se presentó en los Paises-Bajos, conduciéndose, y sobre todo, expresándose de un modo, que daba á entender que los consideraba como su dominio propio. Excitó esto la suspicacia de los flamencos, y no fué poco el disgusto del duque de Anjou, al verse objeto de homenajes, de respeto aparatoso y toda clase de acatamientos, sin ejercicio ninguno del poder, al ver que ni para el pago de las cortas fuerzas que le acompañaban, ni para los gastos de su persona, le contribuian en nada los Estados. Se disgustó pues muy pronto el príncipe del pais, y despues de algunos dias de residencia en Mons, dejó los Paises-Bajos y se retiró á Francia, donde continuó siendo objeto de celos é inquietud para su hermano.

Adolecian los Estados confederados de los Paises-Bajos del espíritu de desunion, que inevitablemente se introduce donde los intereses no están todos de acuerdo; donde no hay una cabeza, un hombre de poder y de prestigio, capaz de encadenar las voluntades. Matías no era mas que un jefe nominal, un príncipe extranjero, llamado para dar al menos una sombra protectora á los confederados. El príncipe de Orange, aunque de gran capacidad y nombre en el pais, no ejercia bastante poder, ni gozaba tal prestigio, que le reconociesen por jefe y director todos los Estados de la Liga. Una prueba de que él comprendia esto mismo, y de que evitaba con cuidado alarmar la susceptibilidad de sus rivales es que no sólo tuvo parte activa en el llamamiento de Matías, sino que

apoyó despues con eficacia la ida á Flandes del duque de Anjou, aunque no desconocia sin duda las pocas prendas que alcanzaba. Segun hizo ver este príncipe por toda su conducta, no aspiraba al dominio absoluto de los Paises-Bajos, y sí tan solo al mando y posesion de las provincias de Zelanda y Holanda, y las demas del Norte confinantes.

No podian ser los Paises-Bajos mas que teatro de intrigas y facciones, así como de combates. Poco antes de la entrada del duque de Anjou, se habia apoderado de Gante y otras plazas, echando de ellas á sus gobernadores un nuevo partido en abierta rebeldía contra los Estados, y que obraba, segun opinion comun, bajo la influencia secreta del príncipe Juan Casimiro. Como eran por la mayor parte los de este partido individuos de las nuevas sectas religiosas, se señaló la faccion con nuevos despojos y allanamientos de los templos católicos, aumentándose el desórden de aquellas turbulencias. Contra esta parcialidad se levantó otra en las provincias del Artois, del Haynault y de la Flandes Meridional, que con el nombre de *malcontentos*, se declararon campeones del catolicismo, y en abierta oposicion con la política de los Estados, que dispensaba tanta proteccion á las nuevas sectas religiosas. Fueron principalmente estos descontentos los que llamaron á Flandes al príncipe francés, y los primeros que dudaron de sus buenas intenciones, obligándole á dejar un pais, donde no se hallaba con bastantes fuerzas para mantenerse. Así pululaban los celos, las desconfianzas, las disensiones mútuas, atizadas, no solo por los naturales, sino por la política poco franca de las córtes extranjeras. No se sabia á punto fijo, si Enrique de Francia protegia ó no cordialmente el establecimiento de su hermano en Flandes. En cuanto á la reina de Inglaterra, á pesar de haber dado en otro tiempo oidos al ajuste de sus bodas con el duque de Anjou, de haber agasajado muchísimo á este príncipe cuando su presentacion en Londres, estaba muy lejos de pensar sériamente

en semejante enlace; y ademas se hallaba sumamente recelosa de la influencia que iba á ejercer el rey de Francia en Flandes, por la investidura de su hermano. Por esta causa, á pesar de una liga de hecho que existia entre Isabel y los confederados, no solo cesó de enviarlos socorros pecuniarios, sino que exigia el pago de las sumas que les habia prestado. Por otra parte, Felipe II, siempre desconfiado de la política poco segura y decidida de Francia, comenzaba á considerarle casi como un enemigo por la expedicion del duque de Anjou, y trató de ponerse de acuerdo con la reina de Inglaterra, aunque con tan poca sinceridad de una y otra parte, como puede suponerse. Lo que habia de real en todas estas combinaciones, era la desconfianza, los celos, el deseo mútuo de hacerse daño, que á los tres soberanos animaba. Y solo con estos datos suministrados por todas las historias, se puede concebir que estando todas las provincias de Flandes, menos tres escasas, insurreccionadas contra el rey de España, hallándose con fuerzas superiores, no llegasen á echar de una vez á los españoles de su territorio. Pasemos ahora á las operaciones militares del príncipe de Parma.

Trató Alejandro de tomar la ofensiva; y otra conducta no podia adoptar, hallándose como encerrado en su campo, á las inmediaciones de Namur, y hasta con apuros para la subsistencia de sus tropas. Les pasó revista, y se halló con veinte y cuatro mil hombres de á pié, y cerca de siete mil caballos, casi todos alemanes. Era maestre de campo general, Pedro Ernesto, conde de Mansfeld; general de la caballería, Octavio Gonzaga, y comisario general de la misma, Antonio de Olivera. Mandaba la artillería, Egidio, conde de Barlamont, al cual auxiliaba para todo género de construcciones de guerra, Gabriel Serveloni, nombre ya conocido en esta historia, y de otros tres capitanes de infantería, célebres ingenieros italianos.

Con este ejército, pues, se decidió Alejandro Far-

ncsió á correr los azares de la guerra; pues aunque el rey de España le escribia entonces que tentase los medios de ajustar una paz con los Estados, creyó que seria el mejor modo de conseguirlo, alcanzando ventajas militares. Deliberó pues en su consejo sobre el camino que emprenderia la expedicion, y aunque opinaron los mas que se trasladase el ejército á las provincias de Flandes y Brabante, y pusiese sitio á Amberes, se decidió á dirigirse con ellas hácia el Norte, y ocupar á Mastrich, para impedir mejor la entrada de los alemanes auxiliares.

Mientras tanto sitiaban los Estados la plaza de Deventer, en posesion entonces del de Parma; y aunque este príncipe se apresuró á marchar en su socorro, la entregaron los alemanes que la guarnecian antes de la llegada del refuerzo. No impidió esto que el general español continuase su expedicion hácia la plaza de Mastrich, á cuyas inmediaciones llegó á principios de 1579. Antes de emprender sériamente el sitio, se apoderaron sus tropas de algunos pueblos considerables de las inmediaciones. Entró el capitan español Cristóbal de Mondragon en Carten, que hacia poco se habia sublevado, y ahorcado al gobernador, puesto por los españoles. Reparó Mondragon el ultraje, dando el mismo castigo al gobernador puesto por los sublevados, y dejó por jefe de la plaza al español Fernando Lopez. Despues pasó Mondragon á la plaza de Erclens, que se entregó sin resistencia, y en seguida, despues de una refriega en que derrotó á tropas que venian en su encuentro, se apoderó de la plaza de Estrala, en cuya expugnacion apeló al recurso de la mina. Mientras tanto obtuvo una ventaja Pedro Tasis de importancia sobre el enemigo, habiéndole derrotado y perseguido hasta las puertas de Venloo. Otra derrota hizo sufrir el marqués del Monte á un cuerpo de caballería, muy superior en número. Eran muy frecuentes estas escaramuzas ó combates parciales en una guerra, donde se reducian casi á sitios de plazas las grandes operaciones militares. Alentado con estas ventajas Alejandro, ó

por desistir ya de su proyecto de sitiar la de Mastrich, ó por ocultar mejor su designio al enemigo, resolvió penetrar por el Brabante. Mandó para esto echar un puente de barcas sobre el Mosa, á favor del cual pasó todo el ejército, sin ser molestado; á pesar de que habiéndose desbaratado el puente, cuando se hallaba todavía la mitad de las tropas en la orilla izquierda, les hubiese sido fácil aprovecharse de la confusion, que origina siempre un accidente de esta clase. Mas probablemente no tenian los enemigos noticia de este movimiento, lo que prueba el descuido ó falta de concierto que reinaba en sus operaciones militares. Así es que cuando Alejandro Farnesio entró en la provincia del Brabante, comenzó á introducirse en ellos nuevamente la discordia, echándose mútuamente en cara el desacierto de sus operaciones. Para ponerse al abrigo de la tempestad que los amenazaba, adoptaron el plan de repartir una gran parte de sus tropas entre las plazas de Malinas, Maestrich y Breda, dejando un grueso cuerpo cerca de Eindoven y de Bois-le Duc, para observar los movimientos de Alejandro.

Volvió éste á pasar revista á su ejército, algo engrosado con refuerzos de Alemania, y se halló con veinte y cinco mil hombres de infantería y ocho mil caballos, sin contar las tropas que habian dejado atrás, á las órdenes de Cristóbal de Mondragon y el marqués del Monte. Hallándose con un número de caballos demasiado considerable para sus operaciones en aquel punto, resolvió licenciar algunos, recayendo esta medida sobre cuerpos alemanes, de cuya disciplina y comportamiento no se hallaba satisfecho. Por entonces no tenia falta de dinero, pues acababa de hacerle una remesa considerable el rey de España.

Con una parte del ejército mandada por el coronel aleman Altemps y el maestre de campo Francisco Valdés, se emprendió el sitio de Vort, que se rindió á viva fuerza, sufriendo en seguida un saqueo por las tropas vencedoras. Las que la guarnecian fueron ahorcadas.

Al mismo tiempo hacia Octavio Gonzaga una expedicion sobre la plaza de Eindoven, y derrotó á las tropas enemigas que salieron al encuentro. Persiguieron los nuestros á los fugitivos hasta las mismas puertas de Oriscot; y cuando pensaban entrar detrás de los contrarios, se alzaron los puentes y la plaza se puso en estado de defensa. Por su parte se movió Alejandro con las tropas de Mondragon, Tassis y Altemps, hácia el campo fortificado de Tornhut, entre Bois-le-Duc y Amberes, donde estaban situados los reitres alemanes que Juan Casimiro habia llevado á los Paises-Bajos. Se hallaba el príncipe á la sazon ausente en la córte de Inglaterra, donde en nombre de los Estados habia ido á solicitar socorros de la reina, muy poco propicia entonces á proporcionar auxilios de que probablemente se aprovecharian los franceses. A pesar del buen recibimiento que hizo al príncipe aleman, eludia sus proposiciones con respuestas evasivas, y teniendo en poca cuenta las ofertas que en pago de sus servicios la hacia el príncipe de Orange, exigia plazas fuertes por seguridad de sus empréstitos. Así pasaba el aleman su tiempo entretenido y divertido en la córte de Inglaterra, cuando era su presencia al frente de sus tropas tan indispensable.

Las mandaba en su ausencia un príncipe de Sajonia, deudo suyo, y no atreviéndose á esperar al de Parma, se retiró hácia la plaza de Bois-le-Duc para hacerse fuerte en ella. Temerosos los habitantes de que una vez entrados los alemanes se quisiesen apoderar de la ciudad, les cerraron las puertas y no quisieron una proteccion que podia serles tan costosa. Disgustados los alemanes, viéndose por otra parte muy poco seguros en aquel pais, pensaron en tomar la vuelta de su patria. Con este objeto se dirigieron al príncipe de Parma, prometiéndole retirarse del teatro de la guerra con tal que satisficiese sus atrasos. Mas les respondió Alejandro que los alemanes en lugar de exigir dinero para irse, deberian darlo para que se les permitiese emprender su reti-

rada; que por lo mismo seria ya demasiada su bondad en darles salvo conducto para que nadie los molestase en el camino. Se dirigieron los alemanes con esta salvaguardia á su pais, sin exigir mas condiciones, y pasaron el Mosa sin que en nada los incomodasen las tropas de Alejandro.

Supo esta funesta noticia el príncipe Casimiro cuando se creia en el apogeo de su favor con Isabel, cuando acababa de recibir de esta princesa la condecoracion de la Liga, que en aquel pais tan solo á los mas altos personajes se concede. Desilusionado el aleman con dicha nueva, salió prontamente de aquella córte, donde tan malamente habia perdido el tiempo, y sin detenerse en los Paises-Bajos se retiró á Alemania. Con este motivo perdieron los Estados un cuerpo considerable compuesto de tropas escogidas, que les podia ser tan útil en aquella guerra; prueba evidente de lo mal que estaba dirigida. En cuanto al príncipe Alejandro, no contento con estas ventajas parciales, trató de dar un golpe mas importante atacando el campo enemigo situado en Burgerhout, inmediato á Amberes, guarnecido con auxiliares ingleses, franceses y escoceses, á cuya cabeza se hallaban el francés Lanoue y el inglés Norris. Trataron algunos de su Consejo de impedir la expedicion, tachándola de temeraria y del todo improductiva. Mas sostuvo el príncipe de Parma que no podia serlo una empresa que presenciarian los de Amberes por hallarse tan próximo aquel campo; que la seguridad de una pronta retirada al abrigo de sus muros, seria causa de que los enemigos hiciesen poca resistencia, mientras los de la plaza, al contemplar la bizarría y denuedo de los españoles, les darian gran fuerza moral y se prepararian á recibirlos como sitiadores cuando llegase el caso conveniente. Con arreglo á esta resolucion se puso en movimiento Alejandro, y en una llanura muy cerca del campo atrincherado, dispuso sus tropas de un modo que ofreciesen un aspecto mas imponente y mas vistoso, tanto para los del campo como

para los de la ciudad, que estaban observando el movimiento. Formó en medio un escuadron en cuadro, colocando arcabuceres en los dos costados. Le apoyaban por la derecha los reitres alemanes mandados por Francisco de Sajonia, y por el otro un cuerpo de coraceros por Pedro de Tasis. Estaban colocados delante de este escuadron tres tercios pequeños mas de gente escogida y muy probada. A mano izquierda, en frente al castillo de Amberes, colocó los españoles con Lope de Figueroa: en medio los flamencos mandados por Valdés, y los valones (1) por Altemps. Cada uno de estos tercios llevaba cien mosqueteros, y algunos iban provistos de un puente para pasar un arroyo que corria en frente del campo atrincherado. A la retaguardia del escuadron formaba Octavi, Gonzaga con un gran cuerpo de caballería como reservas y por los claros que dejaban los tercios y otros huecos entre el escuadron y los cuerpos de caballería que li flanqueaban, discurrian algunos caballos ligeros que servian de corredores de campo y hacian el servicio de vanguardia. Dispuestas así las tropas, arremetieron en seguida. Avanzaron los tercios con la animosidad que les inspiraba la rivalidad de las naciones, deseando cada uno ser el primero en echar su puente. Cupo esta suerte al tercio de los valones mandados por Altemps; mas los otros no fueron remisos en hacer lo mismo, y así casi acometieron todos de una vez el campo atrincherado. Defendian los enemigos su puesto con mucha animosidad, y todavía pelearon esforzadamente despues de asaltadas por los nuestros las trincheras. Obligados á ceder, se retiraron á guarecerse en los muros de la plaza. Siguieron los nuestros el alcance: movió su cuadro el príncipe Alejandro, y tuvo el placer de poner fuego á uno

---

(1) Se daba en aquel tiempo, y aun en posteriores, el nombre de Valones ó Walones á los habitantes de la parte meridional de la provincia de Flandes, llamada Flandes Galicana ó Francesa; y lo mismo, aunque no tan propiamente, á los del Artois, del Cambresis y del Haynault.

de los arrabales de Amberes, cuyos habitantes presenciaban el espectáculo desde sus murallas con el espanto y consternacion que pueden concebirse.

No estaban ociosos los negociadores durante todos estos movimientos. Se trataba, aunque inútilmente, de convenios, de reconciliaciones y de paces. Por no interrumpir el hilo de la narracion, dejaremos este asunto por ahora, y seguiremos al príncipe de Parma en sus operaciones militares.

Despues del golpe sobre los arrabales de Amberes, se movió Alejandro hácia la plaza de Mastrich, segun su proyecto anterior de ponerla formalmente un sitio. Por qué no hizo esta operacion en la plaza de Amberes, cuando la tenia tan cerca, cuando habia incendiado ya uno de sus arrabales, no se comprende ni se sabe á punto fijo. Conformándonos á la historia, que coloca el sitio de Amberes en un tiempo muy posterior, daremos preferencia al de Mastrich, que tuvo en efecto lugar cinco años antes.

Llegó, pues, el príncipe Alejandro en 8 de marzo de 1579 á las inmediaciones de Mastrich, esparciendo la consternacion tanto en la plaza como en los pueblos de las inmediaciones. Una gran parte de los habitantes del campo se retiraron al territorio de Lieja; parte á los muros de la misma plaza. Se halla construida sobre el Mosa, que la atraviesa, dividiéndola en dos partes desiguales. La mas considerable, situada en la orilla izquierda, es el verdadero Mastrich, dándose el nombre de Wich á lo que cae á la derecha.

Se hallaba á la sazon Mastrich con todas sus fortificaciones, unas reparadas, otras construidas de nuevo, pues habia contado el príncipe de Orange con todas las probabilidades de un asedio. Estaba abastecida abundantemente de víveres, municiones y toda clase de pertrechos militares. Ascendia su poblacion á treinta y cuatro mil almas, con mil quinientos hombres de guarnicion, franceses, ingleses y escoceses, con otros

seis mil mas soldados del pais que acababan de alistarse. Estaba designado por gobernador el francés Lanoue, que servia de cuartel-maestre general en el ejército de los aliados; mas á pesar de la diligencia con que éste se puso en camino inmediatamente que tuvo noticias del próximo asedio de la plaza, no pudo llegar á ella por hallar todos los caminos interceptados por los nuestros. Quedó, pues, de gobernador el aleman Schwartzemberg, teniendo por segundo al conde de Erle y Sebastian Tapino (1), ingeniero distinguido, que habia sido director de las nuevas fortificaciones.

Trataron los enemigos de incendiar todas las casas y aldeas de los alrededores, á fin de privar de todos recursos el campo de los nuestros; y hubiesen consumado la obra de la destruccion, si por órden de Alejandro no se hubiese adelantado Lope de Figueroa con el objeto de impedirlo. Apagado el fuego se presentó pronto Alejandro delante de los muros de la plaza.

Puso su cuartel general el príncipe en el pueblo de Patersen, á media legua de Mastrich, y queriendo inaugurar la empresa de un modo que le hiciese grato á sus soldados, les dió á saco el pueblo, donde á pesar de su poca aparente consideracion, fué el botin abundantísimo, tanto en víveres como en efectos de valor, y hasta dinero. Con esto se introdujo la alegría y buen humor en el ánimo de los soldados, para quienes era este pillaje como un preludio del que les aguardaba dentro de la plaza.

Comenzó el príncipe de Parma sus operaciones por un bloqueo para hacer mas fácil el asalto. Mandó al efecto construir dos puentes de barcas apoyados en baterías, uno por encima de la ciudad, otro por bajo de la misma, y encerrada así por agua, la privó tambien de comunicaciones por tierra por medio de torreones que hizo construir; cuatro sobre la orilla izquierda, y dos

(1) Algunos, y entre ellos Strada, le dan el nombre de Panoti.

en frente del pueblo de Wich, por la derecha. Mientras tanto no se descuidaban los sitiados de hacer salidas, escogiendo para ello las horas de la noche. Imaginando los sitiadores que el no emplear el dia era efecto de su poco arrojo, no observaban en la construccion de las obras todas las precauciones necesarias; y así, aprovechándose de este descuido, los sorprendieron en una ocasion, matando á muchos trabajadores, y destruyendo en gran parte las trincheras. Con esto fueron los sitiadores mas cautos, y no dieron lugar á que se repitiese la desgracia. Como careciese el campo español de trabajadores y peones suficientes para las obras del sitio, se suplió esta falta con soldados, y aun con oficiales. El mismo Farnesio dió el ejemplo cogiendo un azadon; tan interesado estaba en el éxito feliz y pronto de una empresa que iba á tener una grande influencia en las operaciones ulteriores de la guerra!

Terminadas ya las obras de la circunvalacion, privados los sitiados de todas sus comunicaciones con los de afuera, y facilitados los aproches, pensó sériamente el príncipe de Parma en un ataque formal que preparase los asaltos. Se deliberó en el consejo sobre qué punto comenzarian á jugar las baterías, y aunque él se inclinaba hácia la puerta de Bois-le Duc, se decidió por consejo de Barlamont, recien llegado al campo con la artillería gruesa de batir, que comenzase el ataque sobre la de Tongres. Se construyeron al efecto baterías con cestones, donde se colocaron cuarenta y seis piezas de gruesa artillería, que comenzaron al instante á hacer fuego sobre la parte de la muralla que parecia mas débil. Al mismo tiempo recorrian tropas ligeras los alrededores, con objeto de recoger faginas, piedras y demas materiales para la cegadura de los fosos. En frente de Wich se habia situado Cristóbal de Mondragon con su tercio, y Octavio de Gonzaga estaba apostado con cuerpos de caballería ligera, para hacer frente á cualquiera socorro de gente que pudiera llegar á los sitiados.

Abrieron las baterías de los sitiadores brecha, mas se percibió por la abertura que estaba detrás un terraplen con su foso, con lo que se vino en cuenta que habian comenzado por el paraje mas fuerte el ataque de la plaza. Dispuso inmediatamente Alejandro que se dirigiese otro por la puerta de Bois le-Duc, como habia sido su primer proyecto, no suspendiéndose por esto el ya comenzado por el otro punto; con lo que fué atacada la ciudad por las dos partes. Apelaron los españoles al recurso de las minas, que el enemigo neutralizó por medio de la contramina. Hubo con este motivo de una y otra parte peleas subterráneas, en que los sitiados mostraron mucho arrojo; mas los sitiadores llevaron al fin las ventajas, y dirigidos los trabajos por un famoso ingeniero, llamado Plati, muy inteligente en estas construcciones, continuaron la mina por debajo del foso, y pusieron el cofre ú hornillo debajo de un baluarte. Concluidos los preparativos, se dió fuego, hallándose las tropas preparadas al asalto. Voló en efecto una parte del baluarte, y aunque la brecha era poco practicable, subieron por ella los mas esforzados, y llegados á la altura, se hallaron con que en medio del baluarte habian colocado los enemigos una trinchera con foso, y estacadas, de donde les hicieron fuego con toda seguridad, sin ser molestados por los nuestros. No atreviéndose estos á pasar adelante, conservaron su terreno, y quedaron dueños de los fosos de la plaza. Al mismo tiempo batia el conde de Mansfeld la puerta de Bois-le-Duc, con veinte y ocho cañones, y habiendo aguardado á que se secase un poco el foso que acababa de ser inundado por una avenida del Mosa, se preparó un asalto, tanto por esta parte, como por la correspondiente á la de Tongres. Todas las baterías hacian fuego al mismo tiempo, y las tropas estaban formadas delante de los puntos que les habian designado; por la parte de la puerta de Bois-le-Duc, el tercio de Lope de Figueroa, el de Francisco Valdés; diez compañías del conde de Altemps, compuestas de alemanes y borgoño-

nes, con otras cinco de quinientos valones. Otras ocho de este mismo jefe, estaban de guarnicion en uno de los fortines de que la línea de circunvalacion se componia. Se hallaban hácia la puerta de Tongres el tercio de Fernando de Toledo; seis banderas alemanas de Jorge Fronsberg, los que mandaba el conde de Barlamont, parte de los de Cárlos Fugier, habiendo quedado la otra en la guardia del fortin que tenian á su cargo. Antes de dar la señal de asalto arengó el príncipe de Parma á los soldados, haciéndoles ver la importancia de la toma de una plaza frontera de Alemania, y á cuya conquista seguiria la de todas las provincias valonas fronterizas á la Francia. Les hizo ver que sobre ellos estaban fijos los ojos, no solo de los Paises-Bajos, sino de toda Europa, por donde habia cundido la fama de aquel sitio; que de sus esfuerzos iba á depender el buen éxito de las conferencias celebradas entonces en la ciudad vecina de Colonia, donde el rey de España tenia sus negociadores; que la guarnicion de la plaza de Mastrich se componia de hombres, á quienes acababan de vencer en las cercanías de Amberes, y por último, que no dejaria de asistirles la victoria, por ser la causa que servian la de Dios, habiendo ya recibido una indulgencia plenaria por el órgano de su vicario. Si estaban inflamadas de entusiasmo las tropas sitiadoras, no se hallaban abatidas las sitiadas. Tanto los vecinos de la plaza como los soldados, habian mostrado el mayor celo en la construccion de las obras de defensa y demas cosas necesarias. Todas las clases rivalizaban en ardor, y las mujeres no se mostraban menos animosas que los hombres. Se regimentaron una porcion de estas, haciendo el servicio importante de conducir faginas, víveres y municiones á los parajes mas expuestos, de retirar y cuidar de los heridos. Á veces combatian en persona en los parajes mas peligrosos. Sebastian Tapino daba á todos el ejemplo, y hacia ver lo importante que era para la causa de los Paises-Bajos la defensa de una plaza como Mastrich, llave de la frontera,

por donde les entraban tantos socorros de Alemania.

A la señal del asalto, embistieron de una vez todas nuestras tropas. Acometió por la puerta de Bois-le-Duc el tercio de Figueroa, donde se hallaban una porcion de aventureros italianos. Aunque llegaron estos á colocarse sobre los muros de la plaza, hallaron una resistencia tal, que tuvieron que retirarse con muy grande pérdida. Se rehicieron sin embargo, pronto, y volvieron al asalto, trepando por las ruinas de la brecha, pero con muy poco órden. Defendíanse los de adentro con mucha valentía. Hasta los paisanos y labradores recogidos dentro de la plaza, acudieron con hoces, con guadañas, con instrumentos de trillar, con aros de barricas embreados y encendidos, con piedras, con agua hirviendo, y diversas materias inflamadas. Se trabó con esto una sangrientísima pelea, y aunque crecia el coraje de los asaltadores con tanta resistencia, tuvieron que ceder el terreno, y abandonar la esperanza de subir á lo alto de los muros. Por otra parte les ofendia mucho una especie de castillo ó torreon, que situado á un lado de la puerta de Bois-le-Duc, los batió de flanco, mientras los de en frente, cuyo número crecia á cada instante, los repelian muy encarnizados. Al fin se vieron obligados á retirarse los asaltadores, despues de haber tenido muchos muertos, y llevándose consigo mayor número de heridos.

No fueron mas felices los que atacaron por la puerta de Tongres, donde capitaneaba á los de adentro el capitan español Manzano, que daba un grande impulso á la defensa por sus compromisos personales, siendo desertor de las filas españolas. Con igual furia fueron repelidos los asaltos, y los mismos instrumentos de resistencia se emplearon por los paisanos, y hasta las mismas mujeres, que con frecuencia se presentaban en las brechas. Valió poco en estos dos asaltos una estratagema empleada por el maestre de campo general, conde de Mansfeld, haciendo esparcir entre los asaltadores de la puerta de Bois-le-Duc, que se habian apoderado ya de los muros, los

que acometian por la de Tongres, y á éstos, que se habian conseguido iguales ventajas por aquellos. Al principio redobló esta noticia los esfuerzos de unos y otros, no queriendo ser menos que sus compañeros; mas llegó pronto el desengaño, convirtiéndose en desmayo lo que habia sido un acrecentamiento de coraje. Sirvió esto mismo para encender de nuevo el de los defensores por el sentimiento de rivalidad que naturalmente animaba á los que resistian á los españoles por una y otra puerta.

Se obstinaba Alejandro, á pesar de estos desastres, en no dar la órden de recogerse á los asaltadores. Para animarlos con su ejemplo, quiso correr á las brechas, armado de una pica; mas habiéndoselo disuadido los suyos, por los desastres á que los expondria el aventurar de este modo su persona, se vió obligado á mandar lo que tanto lastimaba su amor propio.

Fué este asalto en extremo desastroso para las armas de Alejandro. A cuatrocientos llegó el número de los muertos, y al doble el de los heridos que quedaron fuera de combate. Creció con esto el ardor y denuedo de los sitiados, que contaban siempre con los auxilios que les habia ofrecido el príncipe de Orange. Pero el de Parma, en lugar de arredrarse con los tristes resultados de una inútil tentativa, trató de regularizar mas el sitio, y asegurar su campo contra los ataques de los de afuera antes de acometer la plaza á viva fuerza. Construyó para esto una línea de contravalacion, que terminaba en las mismas orillas del rio por sus dos riberas. Se erigieron en la parte de la izquierda cinco fortines ó castillos, que se flanqueaban mútuamente, y el mismo número por la derecha. Y tal fué la maestría con que estaban estas obras construidas bajo la direccion de Serveloni, que hallándose ya en camino el cuerpo auxiliar que enviaba el príncipe de Orange al mando de su hermano, tuvo que retroceder convencido de lo inútil de la tentativa.

Acudió entonces el príncipe de Orange á la junta ó asamblea de Colonia, y que mencionaremos á su debido

tiempo, para que mandase suspender el sitio de Mastrich, como que eran incompatibles aquellas hostilidades con unas conferencias, en que se trataba de establecer la paz en los Paises-Bajos. Mas Alejandro hizo que no se diesen oidos á esta insinuacion, exponiendo el derecho que tenia el rey de España de continuar contra sus súbditos alzados, á pesar de que se negociase al mismo tiempo en favor de los que en lo sucesivo volviesen á entrar en la obediencia. Así no se suspendieron las operaciones del sitio ni un momento, y Alejandro, mas mirado en dai asaltos, trató de destruir por medio del cañon las obras de defensa en que mas se apoyaban los sitiados.

Habian construido estos por la parte de la puerta de Bois-le-Duc una obra avanzada, especie de rebellin, á quien daban el nombre de broquel, con dos recintos, defendidos cada uno con su foso y cortaduras. Para su expugnacion, hizo construir Alejandro, con tierra, con vigas y tablones, una especie de plataforma en cuadro, de ciento y quince piés cada lado, y de altura ciento treinta y cinco. En su altura mandó colocar cuatro piezas gruesas de batir, que dominaban la obra exterior de los sitiados. No resistió esta mucho á los tiros de la plataforma. Mientras caian sus murallas, avanzaban las tropas de Alejandro, y de un recinto á otro, llegaron á hacerse dueños de la fortaleza.

Destituida la plaza de esta defensa, y con sus brechas á cada momento mas abiertas, se ofrecia mejor coyuntura al príncipe de Parma para ordenar un nuevo asalto. Pero sabedor de que los enemigos habian construido detrás de las murallas un nuevo atrincheramiento con su foso, trató de llevar su artillería sobre los mismos muros, para combatir desde allí la nueva obra construida. Era dificultosísima la operacion, pues se necesitaba construir un puente sobre el foso, que tenia de ancho mas de treinta varas. Sin embargo, con tablas, con vigas, con auxilio de mas de tres mil trabajadores, se consiguió el objeto deseado. No desmayaban por eso los de adentro.

Detrás de su nuevo atrincheramiento aguardaron un asalto, que tuvo lugar el 24 de junio de 1579. Se renovaron con este motivo las escenas de animosidad y de furor, con que unos y otros se embistieron. Fueron los españoles no tan desgraciados en este asalto como en el anterior; mas aunque hicieron retroceder á los sitiados de su atrincheramiento, al que por su figura daban el nombre de media-luna, todavía les quedó á estos otro refugio, al abrigo de una especie de trinchera que se habia construido detrás de la primera.

Por entonces enfermó Alejandro, y aunque no de modo que le impidiese dar órdenes y tomar disposiciones, tuvo que guardar cama mientras se acercaba, y tuvo lugar aquel asedio. Se hallaban ya dueños de cerca de media ciudad los españoles, y el príncipe, deseoso de salvar de la destruccion una plaza tan rica é industriosa, les ofreció una capitulacion, con no muy duras condiciones. Tan animosos estaban los de adentro, tan ilusionados con la esperanza de un próximo socorro, ó tal vez tan desconfiados de un buen trato por parte de los vencedores, con quienes se hallában por la mayor parte muy comprometidos, que negaron oidos á la proposicion, exponiéndose á los azares de otro asalto.

Tuvo este lugar el 29 del mismo mes y año, y por esta vez se decidió la fortuna completamente en favor de los asaltadores. A pesar de la obstinada resistencia, de la desesperacion con que vendian caras sus vidas, quedaron destruidos sus últimos reparos, y los de Alejandro dueños absolutos de la plaza. Usaron de su victoria con una furia proporcionada á la resistencia, y sedientos de venganza, pasaron á cuchillo a cuantos encontraron. No se ensañaban menos en las mujeres que en los hombres, recordando la parte activa que habian tomado en la defensa. Recorrieron las calles, las plazas, buscando víctimas, y de los balcones y de los mismos techos arrojaban á la calle las personas que encontraban. Saciada la sed de sangre, comenzó el pillaje. Por tres dias duró el saqueo

de aquella ciudad rica, manufacturera, provista de grandes almacenes, donde se encerraba el producto de sus artefactos. Cupo al arrabal de Wich la misma suerte que al cuerpo de la plaza. En sumas inmensas se evalúa el botin de las tropas vencedoras. A grandes cantidades ascendió el rescate de los prisioneros, y de los mismos géneros de que se desasieron los vencedores, por serles de ningun valor para su uso propio.

Cayó la plaza de Mastrich al fin de cerca de dos meses de un asedio tan obstinado por una y otra parte. Perecieron ocho mil de los sitiados, y entre ellos nada menos de mil setecientas mujeres, prueba evidente del valor con que estas habian contribuido á la defensa. A dos mil quinientos ascendió el de las tropas sitiadoras, pérdida considerable, que manifiesta bien la valerosa obstinacion de los sitiados.

Mientras tanto permanecia enfermo en su campo el príncipe Alejandro, llegando sus dolencias al punto de temerse por su vida. No tardó mucho en recuperar la salud, aunque pasó algun tiempo antes de volver á su actividad acostumbrada. Cuando se hallaba en su primera convalecencia, le aconsejaron los suyos á que entrase en la ciudad á gozar el espectáculo de su conquista. Así lo verificó el príncipe, con todo el aparato y pompa militar de un triunfo. Le precedia lo mas escogido de las tropas, tocando sus clarines con banderas desplegadas. Iba el príncipe sentado en una silla cubierta de paño de oro, llevada en hombros de cuatro oficiales españoles, que de trecho en trecho se relevaban por otros de la misma nacion, pues quisieron tener exclusivamente dicho honor, y alrededor de su persona marchaban á pié el maestre de campo general y los principales jefes del ejército. En esta forma llegó el acompañamiento á Mastrich, en donde entró por la brecha que se habia practicado cuando el primer asalto por la puerta de Bois-le-Duc, dirigiéndose en seguida todos á la catedral, donde se cantó un solemne *Te-Deum* en accion de gracias.

CAPITULO L.

Continuacion del anterior.--Conferencias en Colonia.--Sin resultado.--Se ajusta el tratado de conciliacion entre las provincias Valonas y el rey.--Salen de Flandes las tropas españolas y otras extranjeras.--Formacion de un nuevo ejército (1).

1579—1580.

Por no interrumpir el hilo de los sucesos y causar confusion en las materias, hemos reservado hasta ahora el hacer mencion de las conferencias que durante el sitio de Mastrich, y aun antes de empezarle, se celebraron en Colonia con objeto de poner término á las turbulencias de los Paises-Bajos. Sea con objeto de ganar tiempo y hacer ver que deseaba sinceramente reconciliarse con sus súbditos alzados, ó porque juzgase necesario apelar á las vias de avenencia, en la situacion tan embrollada á que habian llegado los negocios, nombró el rey de España por árbitro en estas contiendas á su sobrino el emperador Rodulfo. Al mismo arbitraje se adhirieron igualmente los Estados confederados de los Paises-Bajos. Designó el emperador como punto para ventilarse estas cuestiones la ciudad de Colonia, por su proximidad á dicho territorio, y á este punto convocó á los comisarios de todas las partes contendientes. Antes que se verificase la reunion, mediaron secretas negociaciones y hasta intrigas, que manifestaban la poca sinceridad que á unos y á otros animaba. Nombró el rey de España por su representante á don Cárlos de Aragon, duque de Terranova, hombre de su confianza por los diversos cargos que á su satisfaccion habia desempeñado. Le dió instrucciones de oficio y presentables, acompañadas de otras

---

(1) Las mismas autoridades.

secretas que le debian servir de luz para la mejor inteligencia de las públicas, con encargo de no comunicarlas sino al príncipe de Parma. Constaba de las primeras que el rey deferia en todo á lo que Rodulfo dispusiese acerca del modo de sosegar las turbulencias de Flandes, con tal de que no se apartasen en nada de la fé católica y la obediencia debida á su persona. Confirmaba lo determinado en Gante, menos la permanencia de la confederacion y los arreglos que habian hecho con el príncipe de Orange. Se le decia en las instrucciones reservadas, que en caso de una séria obstinacion en conservar la liga, se pasase por alto de este punto. Tambien se le encargaba el que no se consintiese en aflojar nada de los edictos contra los hereges; y en caso de que le fuese inevitable el suscribir á ciertas modificaciones, se hiciese con maña y de modo que el rey pudiese entablar con el tiempo el sistema de rigor á que tanto se inclinaba. Acerca del príncipe de Orange, era la intencion del rey que saliese para siempre de los Paises-Bajos, sin que constase nunca que se habia comprado su ausencia, ni que el príncipe imponia condiciones para realizarla. Sin embargo, se le podia conceder por via de gratificacion, y como un acto de favor, la suma de cien mil escudos, y trasferir la posesion de sus Estados y castillos á su hijo, que se pondria en libertad inmediatamente, confiriéndole ademas los cargos que su padre habia desempeñado en las provincias del norte, menos el de almirante con que acababan de revestirle los Estados. Por último, acerca de las treguas en que éstos insistian como preliminares de las conferencias, no se opusiese á la medida, con tal de que en ella conviniesen el emperador y el príncipe Alejandro.

Con tales instrucciones tomó el duque de Terranova el camino de Alemania. Basta su simple enunciado para prever el poco fruto que se iba á sacar de aquellas conferencias. Faltaba en todos la sinceridad, y nada mas se traslucia que el deseo de ganar tiempo y de que recayese

el cargo de la agresion en su contrario. Sabedor el de Parma de la embajada y de las instrucciones del embajador, le escribió una larga carta haciéndole saber que todas aquellas negociaciones y conferencias no eran mas que intrigas del príncipe de Orange, deseoso siempre de introducir la confusion y de embrollar á todos los partidos, á fin de que le sirviesen de escalon á su engrandecimiento. Que precisamente trataban de celebrar estas conferencias, á fin de suspender las negociaciones que él tenia pendientes y llevaba muy adelantadas, dirigidas á que los valones volviesen á su deber sin condicion ninguna. Que si traia instrucciones del rey para conceder treguas, tuviese entendido que por ningun modo seria de su consentimiento, convencido como estaba que no tenian otro objeto que el de ganar tiempo para reforzar su ejército.

Casi del mismo parecer que Alejandro era el duque de Terranova con respecto á las treguas. Mas el emperador Rodulfo, con quien el embajador extraordinario tuvo sus entrevistas antes de comenzar las conferencias en Colonia, le indicó ser un punto necesario ajustar la suspension de hostilidades antes de pasar al ajuste de las diferencias de las partes contendientes. A esta manifestacion dió el embajador extraordinario respuestas evasivas, haciendo ver que era un punto en que se necesitaba el consentimiento de mas voluntades que la suya: que estaban de por medio por una parte el príncipe de Parma, el archiduque Matías, el duque de Anjou, el príncipe de Orange y el príncipe Casimiro, pues todas estas parcialidades obraban en distinto sentido y con diversos intereses en el seno de las provincias sublevadas. Y como replicase el emperador de qué modo habian de llegar los comisarios á Colonia atravesando un pais teatro de la guerra, respondió Terranova, refiriéndose á las indicaciones de Alejandro: que podia muy bien continuar la guerra, dándose órden al mismo tiempo de que cesasen las hostilidades en aquellos puntos que se asignasen á

los comisarios como itinerario para trasladarse al pueblo de las conferencias.

A pesar de que se hallaba Rodulfo poco satisfecho de estas explicaciones, y de que miraba con suma prevencion la conducta del príncipe de Parma, determinó llevar adelante el proyecto de la conferencia, y el 7 de mayo de 1579 estaban ya reunidos en Colonia los plenipotenciarios de todos los que en ella tenian que debatir algunos intereses.

Fueron entrando sucesivamente y por su órden en dicha ciudad, el obispo de Herbípolis; el duque de Terranova; Enrique Oton, conde de Schwartzemberg; el arzobispo de Rosano, nuncio del pontífice; el arzobispo de Tréveris, elector del Imperio; el arzobispo de Colonia, asimismo elector; los plenipotenciarios del duque de Juliers y Cleves; los consejeros del duque de Terranova, enviados por el príncipe de Parma con encargo de suministrarle cuantas luces necesitase acerca de las leyes y costumbres de los Paises-Bajos. Tambien acudieron los comisarios de las provincias confederadas y representados en la persona del duque de Arescot, que era uno de ellos. Asi las partes contendientes principales en esta disputa, eran el duque de Terranova, enviado del rey católico, y el duque de Arescot, representante de Matías, y las provincias confederadas, que tomaban por juez árbitro al emperador Rodulfo. Suplian la ausencia de este soberano los obispos electores, el de Herbípolis con el conde de Oton, y los representantes del duque de Juliers. Y para dar mas solemnidad á las negociaciones, se acordó el celebrar una solemne procesion en que el nuncio apostólico llevaba la hostia consagrada en medio de los dos electores, seguidos de los prelados y personajes principales de entre los comisarios y plenipotenciarios.

Se dió principio el 9 de mayo á las conferencias de Colonia. Como el emperador Rodulfo habia sido revestido con el cargo de juez de la Confederacion, se reunian

sus delegados ó plenipotenciarios, y llamaban alternativamente á los comisarios del rey y á los de las provincias confederadas, para oir las pretensiones y descargos de unos y otros. Se comenzó por la verificacion de los poderes. No ofrecieron ninguna dificultad los que presentó el duque de Terranova, y por lo mismo fueron aprobados. No sucedió lo mismo con los de las provincias confederadas, pues ademas de traer comision por el solo término de seis semanas, no estaban firmados por ninguna provincia, á pesar de que en nombre de todas se hallaban extendidos. Se halló ademas la novedad de que tenian estos pliegos por armas un leon y una columna, nunca estilados hasta entonces en los Paises-Bajos. Sin embargo, se admitieron estos poderes en clase de provisionales, por no entorpecer las conferencias, encargándose el duque de Arescot de enviar á pedir otros que tuviesen los requisitos necesarios.

Allanada esta dificultad, comenzaron quejándose los comisarios de las provincias segun una carta que acababan de recibir del príncipe de Orange, de que Alejandro de Parma, sin tener en cuenta las conferencias de Colonia, proseguia en el tratado de reconciliacion con las provincias valonas, faltando en eso á la deferencia debida á la persona del emperador, declarado árbitro de estas diferencias. Habiendo presentado estos cargos los delegados del emperador al duque de Terranova, respondió éste: que el arbitraje con que al César se le habia revestido, nada tenia que ver con el reconocimiento voluntario que algunas provincias hiciesen de la autoridad de su antiguo soberano. Que estaba en el derecho del gobernador general de Flandes dar los pasos conducentes al efecto, sin que en ningun modo se faltase á la dignidad del emperador, pues que á su decision no se habian sometido las provincias valonas, puesto que no tenian representantes ni comisarios en Colonia. Pareció esta respuesta satisfactoria á los delegados del emperador, manifestando que en nada habia ofendido á su dignidad

la conducta del príncipe de Parma. En seguida exhortaron al duque de Arescot, representante, á que reunido con los demas comisarios, discutiesen sobre los capítulos que les pareciesen mas á propósito para la conclusion de la paz, á fin de que fuesen presentados en seguida á los colitigantes. Respondieron los comisarios que no les tocaba á ellos el proponer nada, sino el oir y saber lo que el rey de España queria de sus súbditos. A esto reputó el embajador de España, que habiendo sido ellos los que buscaron al emperador por medianero, y consentido el rey en el arbitraje de este soberano, á ellos les tocaba decir lo que querian y pedian á su señor, para que en vista de sus quejas y reclamaciones se les pudiese hacer justicia. Habiéndose por fin convenido á esto último los comisarios de los Estados, expusieron las condiciones de concordia y vuelta á la obediencia del rey, en diez y ocho artículos, de que expondremos aquí los principales. Prometian, pues, hacer paces con el rey católico, príncipe natural suyo, con la condicion de que ratificase todo lo hecho por el archiduque Matías, que habia de quedar gobernador de los Paises-Bajos: de que se entregasen á los Estados todas las ciudades, fortalezas y lugares tomados por don Juan de Austria y el príncipe de Parma: de que continuase ejerciéndose sin perjuicio alguno la religion reformada en todos los puntos donde ya estaba establecida: de que pagase el rey á los Estados un millon de coronas, para resarcirse del dinero que habian gastado en las guerras anteriores.

Se atribuye generalmente lo excesivo de estas peticiones al mal estado en que se hallaban los negocios de Alejandro cuando se extendieron en Amberes. Aunque estaba puesto ya el sitio de Mastrich, se tenia gran confianza en la bizarría de los defensores, y aun mas en que seria levantado el cerco por las tropas del príncipe de Orange. Tambien corrian las noticias de que las tropas sitiadoras carecian de pagas, y que esta falta producia en el campo frecuentes sediciones. Esta última noticia

era muy cierta. Los mismos apuros molestaban á Farnesio, que los que habian producido tan lamentables resultados en tiempo de sus predecesores. Atento entonces el rey á los negocios de Portugal, que mencionaremos á su debido tiempo, no se hallaba con grandes fondos que remitir á los Paises-Bajos, á pesar de las reclamaciones de Alejandro. Tuvo éste que recurrir á su padre Octavio, al duque de Terranova, á los principales personajes de la parcialidad del rey que se hallaban en Colonia, y aun se vió precisado á vender y enajenar parte de su plata y efectos mas preciosos. Aun con estos recursos hubiese difícilmente contenido en la obediencia á las tropas sitiadoras, á no estar animada su codicia con la esperanza del saqueo de la plaza, que, como hemos visto, tuvo efecto.

Excesiva pareció en efecto á los delegados del emperador la peticion de los Estados, y mucho mas al duque de Terranova, á cuyas instrucciones, tanto públicas como secretas, se oponian. Presentó él, pues, los artículos de sus condiciones. Por ellas se obligaba al rey de España á hacer salir de Flandes las tropas extranjeras; á conferir los principales cargos públicos civiles y militares tan sólo á los naturales de los Paises-Bajos; á poner en libertad al conde de Buren, hijo del príncipe de Orange, y conferirle el mando de las provincias de Holanda, Zelanda y Utrecht; que la religion católica quedaria dominante y exclusiva, dándose á los reformados cuatro años de término para arreglar sus negocios y retirarse de los Paises-Bajos. En cuanto á gobernador, deberia salir el archiduque Matías, nombrándose un príncipe de sangre real, para estar á la cabeza del pais en nombre de su señor el rey de España.

Miéntras tanto llegó á Colonia el conde Juan de Nassau, hermano del de Orange, y su primer paso fué renovar la peticion de treguas, haciendo ver lo incompatibles que eran aquellas conferencias contra las hostilidades del príncipe de Parma. Respondió el duque de

Terranova que estaba en el derecho del general español atacar plazas que legítimamente pertenecian al rey; que en vista de las tergiversaciones, de la poca buena fé que á los estados animaba, seria imprudencia en Alejandro dejar las armas de la mano, exponiéndose á perder lo cierto por lo dudoso; que el modo de tener treguas y con el tiempo paces, seria avenirse pronto á las condiciones de amistad que en nombre de su rey les proponia. A estas condiciones se oponian los Estados por los capítulos concernientes á la religion, y por no entregar al gobernador general las provincias y plazas en que su autoridad no estaba á la sazon reconocida. Tampoco querian la salida del archiduque del pais, ni que el rey tuviese la facultad de nombrar por sí solo el gobernador general de las provincias.

Trataron los delegados del emperador de mediar entre ambos extremos, y al fin propusieron otro tratado de pacificacion en veinte y dos artículos, reducidos á que el archiduque no fuese confirmado en el gobierno de Flandes, pero que se considerasen por válidos sus actos; que las plazas se entregasen en manos del gobernador; pero que sus jefes, todos flamencos, prestasen juramento al mismo tiempo que al rey su señor, á los Estados; que el rey no pudiese poner en Flandes un gobernador que no fuese del gusto de los Estados; entendiéndose por esto el que no diese á sus súbditos causa justa de descontentarse; que se observase la fé católica, segun se habia prometido en el edicto perpétuo, dejándose por entonces como excepcion las provincias de Holanda y Zelanda; que á pesar de esto, en atencion á que muchos habitantes profesaban ya otro culto, no se les molestaria, suspendiéndose la ejecucion de las leyes penales hasta que se modificasen por todos los Estados convocados al efecto por el rey, ó por el gobernador en nombre suyo. Manifestaron los comisarios de los Estados aprobar este proyecto de pacificacion, y el duque de Arescot, su principal representante, prometió que las

enviaria inmediatamente á todas las provincias. Con este motivo se renovó la peticion de treguas, manifestando la imposibilidad de que pasasen libremente los correos mientras permanecia el pais teatro de las hostilidades del príncipe de Parma. Persistiendo el duque de Terranova en su primera determinacion, contestó á ello que no habria inconveniente alguno para el tránsito libre de los mensajeros; que al efecto enviaria un traslado de los artículos al general español, á fin de que éste dictase sus disposiciones al efecto. Así lo hizo el duque de Terranova, pidiendo al mismo tiempo al príncipe su consejo y parecer acerca de los términos de este convenio. Respondió Alejandro que todo le parecia sospechoso; que se hallaba perfectamente convencido de que por los Estados no tenian otro objeto las negociaciones que el de ganar tiempo; que todo eran intrigas del príncipe de Orange, que por ningun modo queria, por sus compromisos, que se viniese á términos de avenencia con el rey, pues no queria salir de los Paises-Bajos, que era una de las condiciones; que mientras se trataba tanto de paces, se hacian nuevos preparativos para continuar la guerra; que en cuanto á treguas no tendria inconveniente en concederlas; mas que esto no tendria lugar hasta que los comisarios se presentasen con nuevos poderes, pues los que tenian hasta entonces no eran considerados sino como provisionales.

Tal vez tenia razon el de Parma en sospechar de los Estados; la tenian los Estados en sospechar de la buena fé del rey de España. Estaban desde muchos años rotos de hecho los vínculos de union entre los Paises-Bajos y Felipe. Habia concluido el poder moral de este monarca, casi se puede decir, desde el año 1559 que salió de Flandes. Los historiadores de estas turbulencias, hombres generalmente de partido, se inclinan demasiado á uno de los dos, haciendo recaer la odiosidad de la agresion ó de injusticia sobre el otro. La falta grande estaba por parte de Felipe, cuyo dominio era imposible en los Paises-Bajos. La

historia de este pais, cuyos disturbios duraron casi tanto tiempo como su reinado, confirman una verdad, de que no quiso penetrarse nunca hasta los últimos años de su vida.

Para seguir el hilo de la narracion, diremos que los Estados de Flandes estuvieron lejos de adherirse á los términos de la pacificacion, presentados por los comisarios de Rodulfo. El mismo Matías propuso mil dificultades, en que se manifestaba su repugnanacia de salir de los Paises-Bajos. Por aquellos dias se presentó en Colonia el famoso Felipe de Marnix, conde de santa Aldegundis, echado sin duda por el príncipe de Orange, para introducir nuevos embarazos en el curso de las negociaciones. Al fin se disgustaron todos con tantas pruebas de poca sinceridad, y los delegados del emperador rompieron las conferencias, que en siete meses no produjeron resultado alguno. Sin embargo, algunos comisarios de los Estados, entre ellos el duque de Arescot, y Oton, duque de Scwartzemberg, hicieron su ajuste particular con el rey de España, y volvieron á su gracia. En cuanto al duque de Terranova, se dirigió á los Paises-Bajos, donde trabajó como negociador en auxilio del príncipe de Parma. Cuando terminaron las conferencias de Colonia, hacia mas de tres meses que habia caido la plaza de Mastrich en poder de los españoles. Tambien habia llevado á término Alejandro su negocio de pacificacion con las provincias valonas, en el que entraron las de Artois y de Haynault, siendo las bases de este arreglo el que saliesen de Flandes las tropas extranjeras, reclutándose el ejército con las nacionales.

Para el ajuste definitivo del tratado, cuyos preliminares se habian arreglado en Arras con conocimiento de Alejandro, se reunieron en Mons los comisionados por estas provincias. Estaba representada la de Artois por su gobernador Roberto Melun, marqués de Richeburg; Juan Saracen, abad de san Vedasto; Francisco Doguie, señor de Beaurepaire y de Beaumont, y algunos otros.

Eran diputados por la provincia de Haynault, Felipe, conde de Lagnini, gobernador de la provincia; Jacobo Froy, abad de san Pedro de Hasnau; Jacobo de Croix, señor de Saumont; Francisco Gualtiero, síndico de Mons, con otros varios. Se presentaron en nombre de Lila, Douay y Orchies, plazas correspondientes á la Flandes francesa; su gobernador Maximiliano Ville, señor de Rasingen; Adriano de Ognies de Villerval; Vander-Haer; Eustaquio Jumeyes, y otros. Habia enviado Alejandro para tratar en nombre del rey, á Pedro Ernesto, conde de Mansfeld, maestre de campo general, con otros señores y personas de distincion, entre los que se contaban algunos jurisconsultos. Les encargó muchísimo el que tratasen de recavar de la asamblea, el que aflojasen algo sobre el artículo de las tropas extranjeras, haciéndoles ver que era en cierto modo una imprudencia la despedida tan de pronto de unas fuerzas, que con el tiempo tal vez echarian de menos por las turbulencias que tanto afligian á los Paises-Bajos. Mas en este punto se mantuvieron inflexibles. Despues de zanjadas varias dificultades que á unos y otros ocurrian, se ajustó á fines de 1559 el tratado de reconciliacion en veinte y ocho artículos, cuyos principales contenian lo siguiente: Que todos los habitantes de todas condiciones de las provincias reconciliadas, inclusas las autoridades, tanto civiles como militares, jurasen la religion católica, y obediencia para siempre al rey de España; que dentro de seis semanas, desde que se publicase la reconciliacion, saliesen del pais los soldados españoles y demas tropas extranjeras, sin poder volver, á menos que ocurriesen graves motivos para ello, segun el parecer de las provincias; que á la partida de dichas tropas, se formase á expensas del rey y de las provincias un nuevo ejército, compuesto de gentes del pais, ó de otros, segun á las provincias pareciese; que no nombrase el rey por supremo gobernador de Flandes, sino algun príncipe de su sangre; que en el ínterin gobernase el pais el príncipe de Parma, por el término de

seis meses, pasado el cual, en caso de que el rey no le confirmase en este cargo, ó nombrase otro gobernador de su familia, residiese el gobierno en una junta de los Estados reconciliados, nombrada libremente por el rey, con tal que la eleccion recayese en naturales.

Al paso que fué muy satisfactorio para el de Parma este tratado de reconciliacion, le mortificaba el tener que despedir las tropas, por la dificultad de formar un nuevo alistamiento. A dicha condicion habia tenido que conformarse, no solo por la insistencia de las provincias, sino porque el rey mismo aprobaba la medida. El motivo verdadero que tenia Felipe para consentir tan voluntariamente en la salida de las tropas extranjeras, y sobre todo de las españolas, no es muy fácil de explicar, sino atribuyéndole al temor de que los que habian sido instrumento de la gloria personal del príncipe, animasen su ambicion de un modo peligroso. Cualquiera que sea la clave de esta conducta, mortificó mucho al de Parma el haber encontrado tan poco apoyo en el rey, y á esto se atribuye el permiso que le pidió para dejar su servicio y retirarse á Italia. Mas Felipe desechó su súplica, animándole con palabras de satisfaccion, á que cuanto mas antes pensase en el cumplimiento del tratado de la pacificacion, relativo al nuevo alistamiento del ejército. Constaba entonces el de Alejandro de quince tercios de infantería; cinco alemanes, cinco valones, dos borgoñones y tres españoles, todos desiguales en fuerzas, siendo los españoles y alemanes los que tenian mas gente. Se componia la caballería de cuarenta y dos escuadrones, llamadas entonces tropas ó cornetas, los mas de reitres, de borgoñones y alemanes. Era grandísima la dificultad el deshacerse de pronto de toda esta gente, que aunque atrasada en sus pagas, seguia sus banderas por el cebo del botin, y otras ventajas que la guerra les proporcionaba. Mas ahora habia que satisfacerles cuanto se les debia, y la caja militar no se hallaba en estado de saldar aquestas cuentas. Pedia Alejandro con instancia al rey, que se le

enviase cuanto antes el dinero que necesitaba para cumplir con sus disposiciones. Mas el monarca, empeñado entonces en la guerra de Portugal, parecia dar pocos oidos á sus instancias reiteradas. Fué preciso que para hacer mas fuerza al rey, cada maestre de campo hiciese el ajuste de lo que su tropa devengaba, enviándose ademas de estas cuentas, lo que importaba el gasto de la casa militar del príncipe, entonces bastante numerosa. El rey envió auxilios, mas no los necesarios. Hubo con este motivo frecuentes sediciones en el campo; llegaron los alemanes hasta amenazar la persona de Alejandro. Se cometieron actos de marcada desobediencia; mas se calmaron los desórdenes por la presencia de ánimo del príncipe, y por su severidad en el castigo de los autores principales. Por fin, salieron del pais las tropas extranjeras, primero las españolas, en seguida las borgoñonas, y las últimas las alemanas. Los españoles se trasladaron á Milan, donde recibieron órdenes para pasar á España é incorporarse en el ejército de Portugal; mas tuvieron en seguida contraórden, y por entonces quedaron estacionadas en Milan, Sicilia y Nápoles.

Despedidas todas estas tropas extranjeras, forzoso le fué al príncipe Alejandro pensar en la pronta formacion de un nuevo ejército. Se formó este hasta número de treinta mil de á pié y cinco mil caballos, debiendo darles el rey á cuenta de sus pagas, cada mes, doscientos cincuenta mil escudos de oro, y el resto las provincias. Se encargó el mando de la caballería al marqués de Rubais, del pais, hombre consumado en el ejercicio del arte militar, y se nombró por comisario general de la caballería á Gregorio Barta, originario de la Albania, que aunque extranjero, se le dejó permanecer como otros muchos, por considerárseles como individuos de la familia ó casa militar del príncipe. Tambien arregló Alejandro otros negocios concernientes al estado civil segun los términos de la pacificacion; sobre lo que hubo dificultades, y hasta pugnas abiertas entre los dependientes del rey y las autori-

dades del pais, y que se vencieron al fin con no poco trabajo por una y otra parte. Las provincias se habian reconciliado; mas los disgustos, las desconfianzas, los recelos estaban vivos en los ánimos de todos, como en el principio. Los males no nacian precisamente de los hombres, sino de la situacion falsa y equívoca en que unos y otros se habian colocado.

CAPITULO LI.

Continuacion del anterior.--Confederacion de Utrecht.--Llegada á los Paises-Bajos de la princesa Margarita de Parma, nombrada gobernadora por el rey.--Quejas de Alejandro.--Revoca el rey la órden, y queda el príncipe de Parma otra vez de gobernador general de los Paises-Bajos.--Sigue la guerra con sucesos varios.--Se socorre la plaza de Groninga, sitiada por los confederados.--Toman los de Farnesio á Nivelles, á Malinas, á Courtray.--Amenazan á Cambray.--Toma la contienda nuevo aspecto.--Se declaran independientes los Estados de Flandes.--Eligen por nuevo príncipe al duque de Anjou, hermano de Enrique III, rey de Francia.--Publica el rey de España un decreto de proscripcion contra el príncipe de Orange.--Responde éste con un manifiesto.--Entra el duque de Anjou en los Paises-Bajos.--Toma á Cambray.--Pasa á Inglaterra.--Vuelve.--Su entrada en Amberes.--Atentan á la vida del príncipe de Orange.--Sigue la guerra.--Toma Alejandro las plazas de Tournay y de Oudenarda.--Vuelven á los Paises-Bajos las tropas españolas é italianas.--Entran asimismo de refuerzo mas francesas.--Toma de mas plazas de una y otra parte (1).

1580—1582.

Ocurrian en el pais en cuyos disturbios nos estamos ocupando, demasiados acontecimientos á la vez, para que no sea difícil presentarlos con el órden y la claridad indispensables en toda narracion histórica. Aquí se combatia, allí se negociaba: con el tumulto de la guerra iban mezcladas intrigas de toda especie, combinaciones diplomáticas, encaminadas á objetos muy di-

(1) Las mismas autoridades.

versos. A pesar de ser aquellas regiones de tan corta extension, eran teatro de choques y batallas que se estaban dando casi á un mismo tiempo. Pocas naciones de Europa dejaban de tener mas ó menos interés en estas luchas, y de contribuir con sus naturales á la formacion de sus ejércitos. Españoles, franceses, ingleses, italianos, alemanes, todos se hacian distinguir tanto como los mismos habitantes del pais en estas contiendas, que son sin duda uno de los rasgos mas característicos en la historia del siglo XVI, tan fecunda en toda clase de acontecimientos. Por eso ocurren tantas dificultades al historiador, al trazar todos los acontecimientos de este drama, sin poner al lector en confusion y dejarle como perdido en un laberinto sin salida. Nosotros, que en esta parte de la claridad ponemos gran cuidado, aislamos los acontecimientos para no confundirlos todos, y dar á cada uno el lugar que en la parte cronológica les corresponda.

Mientras se hallaba tan solícito Alejandro Farnesio en la reconciliacion de las provincias valonas con el rey, no se descuidaba el príncipe de Orange en neutralizar la operacion con otra que debia ser muy funesta á los intereses del monarca. Casi al mismo tiempo ó poco despues que se firmaron en Mons los artículos de dicha pacificacion, se ajustaba bajo los auspicios del príncipe una especie de liga ó confederacion entre las provincias de Holanda, Zelanda, Utrecht, Güeldres, Frisia, una gran parte del Brabante y Flandes, á la que se dió el nombre de confederacion de Utrecht, por haberse en esta ciudad concertado sus artículos. Fueron los principales: 1.º que se unian las provincias para formar un cuerpo político; comprometiéndose á no separarse nunca unas de otras; pero reservándose cada una el derecho de gobernarse y conservar los privilegios de que hasta entonces disfrutaban: 2.º que se ayudarian mútuamente las provincias para repeler toda agresion por tropas extranjeras, y sobre todo cualquier acto de hostilidad y violencia á que se quisiese propasar el rey de España, con

pretexto de establecer la religion católica; dejando á la generalidad, es decir, á los comisarios de dichas provincias, el determinar el contingente con que debia contribuir, tanto en dinero como en gente, cada una: 3.º que no se profesaria en Holanda y Zelanda otra religion que la que ya estaba establecida, y que en las demas provincias se pudiera ejercer la católica ó la reformada, ó las dos juntas, segun se creyese conveniente: 4.º que se devolverian á las iglesias y conventos los efectos de que habian sido despojados, á excepcion de las provincias de Holanda y Zelanda, donde servirian para asignar pensiones á los sacerdotes católicos, quienes las recibirian en cualquier punto donde quisiesen fijar su residencia: 5.º que en todas las ciudades donde se creyese oportuno hacer fortificaciones por decision de los Estados de las provincias, corriese el gasto por cuenta de la generalidad y de la provincia á que la ciudad perteneciese; mas que si se tuviese por conveniente la ereccion de una nueva fortaleza, y no conviniese en ella la provincia, fuese á costa de la generalidad: 6.º que todas las plazas fuertes recibirian la guarnicion que tuviesen por conveniente los Estados el enviar á ella; mas que dichas tropas harian antes juramento de fidelidad á la ciudad y á la provincia, aun cuando le hubiesen prestado antes á los Estados generales: 7.º que no pudiesen éstos declarar guerra, imponer contribuciones, hacer tratado de paz y tregua, sin contar con el asentimiento y concurso de la mayor parte de las provincias y ciudades de la Union, ni éstas ajustar por su parte alianza con ningun príncipe extranjero sin el consentimiento de los Estados generales: 8.º que todos los varones de las provincias confederadas, desde la edad de diez y ocho á sesenta años, se alistarian un mes despues de firmada el acta de union, á fin de que en vista de estas relaciones, pudiesen los Estados generales saber la fuerza de cada provincia y los hombres que debia presentar en la defensa comun: 9.º que para proporcionarse el dinero necesario para la manu-

tencion del ejército, se arrendasen las rentas é impuestos á favor del que mas diese, y que se aumentarian ó disminuirian segun las necesidades de la confederacion.

Tal fué la famosa confederacion de Utrecht, considerada y reconocida por la historia como la cuna y principio de lo que fné despues la república confederada con el nombre de Provincias Unidas ó de Holanda. Como no se hablaba en sus artículos de conservar la obediencia al rey, ni tampoco de renunciar completamente á su dominio, se podia considerar este silencio como una declarada independencia. Grande rasgo de habilidad en el príncipe de Orange era el ir preparando poco á poco el acto decisivo al que hacia tantos años aspiraba, por el que se movia con tal perseverancia.

Antes de volver al hilo de las operaciones militares, terminaremos por ahora este cuadro político con la extraña resolucion que tomó por entonces el rey de enviar por segunda vez á su hermana la princesa Margarita de gobernadora á los Paises-Bajos. Extraña pareció en efecto la medida á los hombres imparciales, que no podian estar en las interioridades del monarca. Tal vez creyó Felipe que en enviar á su hermana se conformaba mas al espíritu de la capitulacion, por la que se pedia para gobernante un príncipe de la sangre real que inspirase confianza y amor á las provincias: tal vez los estrechos vínculos naturales que unian á Farnesio y á la princesa Margarita, le hicieron creer que no podria introducirse entre ellos sentimiento alguno de rivalidad; pero es lo mas probable, que desconfiado siempre y receloso de la autoridad que sus delegados y representantes ejercian, no veia con buenos ojos el ascendiente que adquiria Alejandro y la gran fama que por sus hechos militares alcanzaba; que trataba de neutralizar su gran poder, circunscribiéndole á los asuntos militares, confiando á su hermana la direccion de los políticos. Algunos dicen, y es probable, que Margarita admitió el cargo con grande repugnancia. De todos modos, obedeció la órden del

rey, y se presentó en Namur á tomar por segunda vez las riendas del gobierno.

La recibió su hijo con todas las distinciones de obsequio, de amor y veneracion que á su persona se debia: mostró regocijarse mucho de que el rey le enviase un asociado de tal naturaleza; mas quedó muy mortificado tanto de tener que partir su autoridad, como de la desconfianza que con este paso se le manifestaba. Fué sin duda una grave falta ó demasiado torcida intencion, poner en pugna á dos personas tan ligadas por los lazos de la sangre. Expuso Alejandro al rey por medio del cardenal Granvella, entonces ministro de asuntos exteriores, lo poco que cumplia á su servicio el dividir la autoridad en Flandes, cuando sus disturbios reclamaban tanto el mando de uno solo. Añadió que era un desaire para su persona, y una especie de ingratitud, el despojarle de una autoridad que siempre habia ejercido en servicio de sus intereses; que semejante paso seria para los Paises-Bajos una especie de declaracion de que estos servicios no habian sido gratos; y que por estas consideraciones le pedia encarecidamente permiso para dejar un pais donde ya no podia ser objeto de aprecio y respeto su persona.

En estos mismos sentimientos entraba la princesa Margarita. Desde su vuelta á los Paises-Bajos se penetró muy bien de lo cambiado que estaba para ella aquel teatro. Conoció lo penoso de su administracion en medio del tumulto de las armas, y que no podia menos de ejercer de hecho ó de derecho la principal autoridad el que dirigiese los ejércitos. No queria verse tal vez en choque, en pugna abierta con el jefe militar, aunque fuese su hijo, y quizás mas por esto mismo. Por esta razon pidió al rey le relevase de un cargo que no era ya para sus años. A pesar de estas razones, se mostró desde un principio Felipe inflexible en su resolucion, y reiteró sus órdenes, tratando por otra parte de calmar la irritacion del príncipe con pretextos plausibles que alegó

para esta nueva providencia. Igual teson mostró Alejandro con la repeticion de sus quejas y su súplica. Por fin cedió el rey y revocó el nombramiento de la princesa Margarita, renovando el que ya tenia el príncipe Alejandro. Mas por no aparecer desairado ó con otros designios, mandó que permaneciese por algun tiempo en los Paises-Bajos, lo que sucedió en efecto. Como quedó desde entonces anulada su autoridad, y su persona no es ya de ninguna importancia en los negocios ulteriores del pais, nos contentaremos con decir que se retiró á Italia, donde permaneció por el resto de sus años.

Las operaciones de la guerra fueron por aquel tiempo de poca importancia, reduciéndose á encuentros parciales en que intervenian simples destacamentos ó trozos poco considerables. Habia hecho la toma de Mastrich una impresion muy favorable á las armas españolas. O por temor de experimentar igual suerte, ó por estar cansados de disturbios, se mostraron algunas plazas inclinadas á volver á la obediencia de Felipe. Abrió sus puertas la de Bois-le-Duc, habiendo expelido antes á los calvinistas. Lo mismo hizo Malinas, extipulando adherirse á las condiciones del tratado de paz con las provincias valonas. Igual hubiese sido la conducta de Brujas, á no haber tenido los Estados noticia de lo que pasaba, y enviado inmediatamente á ella tropas de su devocion á fin de sostenerla en la obediencia.

Estuvo muy próxima á correr igual suerte la provincia de Frisia, donde mandaba el conde de Renneberg, puesto allí por los Estados. Entabló con él una negociacion secreta el duque de Terranova, haciéndole presente lo precario de su situacion y de las provincias disidentes. A los reparos que le puso el gobernador sobre una mudanza de conducta, respondió el español que con condiciones honoríficas y provechosas para las provincias valonas, habian vuelto á reconocer la autoridad del rey los principales personajes de las mismas; que por muchos que fuesen sus compromisos con el príncipe

de Orange, eran mucho mas antiguos los que le ligaban con su antiguo monarca; y por último, que tuviese entendido, que estando Farnesio en vísperas de invadir la Frisia, reflexionase las fatales consecuencias que tendria para él caer en poder de los que tenian el derecho de tratarle como traidor al rey de España. Movido de estas razones accedió Renneberg á la proposicion de Terranova, bajo las condiciones: de que se le dejase el gobierno de su provincia con nombramiento real, y el sueldo de veinte mil florines; que se le hiciese marqués; que se le propusiese para el collar del Toison de oro en la primera promocion que hubiese de esta Orden; que le entregase Alejandro dos tercios de infantería para distribuirlos en los puntos de su provincia como mejor le pareciese; que se le diesen de contado veinte mil escudos de oro en el momento que prestase juramento al rey. Habia otros artículos en el tratado relativos á diversos jefes y magistrados civiles, cuya suerte se aseguraba por la parte que tomaban en la incorporacion de esta provincia con las otras que habian vuelto á la obediencia del monarca. Y aunque las condiciones parecieron duras al príncipe de Parma, no titubeó en confirmarlas; tan importante era para él la adquisicion de una provincia cuya conducta podia influir en gran manera sobre las demas del Norte.

Se hallaba ya este negocio casi concluido, cuando sabedor de lo que pasaba el príncipe de Orange, dispuso que el conde de Holach entrase con tropas considerables en la Frisia. Habiendo salido vencedor en un encuentro que tuvo con las de Renneberg, obligó á éste á encerrarse en la plaza de Groninga. Para sacarle Alejandro del apuro, le envió de socorro tres mil infantes y ochocientos caballos á las órdenes del general Schenk, quien hizo levantar el sitio despues de un encuentro ventajoso con el enemigo.

Por aquellos dias tuvo un encuentro el marqués de Rubais con el general francés Lanoue, que trataba de sitiar la plaza de Enjemmunster. Fué vencedor el gene-

ral español, y el enemigo perdió seiscientos hombres, diez y siete banderas, cuatro estandartes y tres cañones, quedando en el número de los prisioneros el mismo Lanoue, sobre cuya suerte, como hombre de tanta consideracion, consultó el príncipe Alejandro con el rey de España. Mas Felipe, reservado en todo, y cauteloso en decir su opinion, respondió á la carta en que se le comunicaba la victoria, sin hablarle nada de tan importante prisionero. En virtud de este silencio le hizo encerrar el general español en la ciudadela de Limburgo, donde el francés divertió sus ocios escribiendo varios tratados sobre la política y el arte militar, que fueron muy aplaudidos en su tiempo.

Como se hallaba entonces el rey en su expedicion de Portugal, circularon en los Paises-Bajos varias especies de derrotas y descalabros en su ejército, llegando hasta esparcirse la noticia de su muerte. Con este motivo se alentaron de nuevo los confederados, dando por seguro el triunfo de su causa. Tambien se armaron varias tramas contra la persona de Alejandro, hallándose Guillermo de Horn señor de Heez, al frente de los conjurados. Era su designio matar al príncipe y entregar el pais al duque de Anjou, que intrigaba mucho en aquel tiempo para hacerse señor de los Paises-Bajos. Previno la traicion el marqués de Rubais, prendiendo al principal conspirador, quien no pudo menos de hacer confesion de su delito. No atreviéndose el príncipe de Parma á decidir por sí sobre su suerte, pidió órdenes al rey, quien decretó al momento su suplicio. Tuvo éste lugar en la plaza de Quesnois, donde el señor de Heez fué degollado en un cadalso.

Seria muy ocioso y hasta ajeno de la naturaleza de esta obra, entrar en los pormenores de todos los encuentros que ocurrian, hallándose aquel pais lleno de tropas que le cruzaban en todas direcciones. En unos pueblos se abrian las puertas á los españoles; otros que se habian reducido á la obediencia, volvian de nuevo al poder de

los contrarios. Fué uno de los mas importantes entre es tos últimos la plaza de Courtray, y hasta Malinas sufrió un saqueo por parte de los confederados. Por aquel tiempo atacó el conde de Mansfeld, maestre general de campo del ejército español, la plaza de Buchain; y despues de tenerla en grande aprieto, entró en convenio con los sitiados, y les permitió que saliesen los que quisiesen de la plaza. Mas la dejaron minada, y la mecha encendida en tal disposicion, que solo podria producir su efecto cuando los vecinos estuviesen ya distantes de sus muros. Así sucedió en efecto, y cuando se hallaban ya en camino los soldados y demas gente de la guarnicion, y los sitiadores ocupados en aposesionarse de la plaza, reventó la mina. Sin embargo, no hizo todos los estragos que los enemigos aguardaban, aunque no dejaron de volarse mas de treinta casas, con peligro de encenderse toda la ciudad, á cuyo remedio se acudió muy prontamente.

No andaban acordes los ánimos del marqués de Rubais y el conde de Mansfeld; veterano éste en el servicio del rey, pues llevaba las armas á su favor desde el principio de los disturbios de los Paises-Bajos, recien admitido el otro en sus filas en la última organizacion que habia dado al ejército el príncipe de Parma. Se inclinaba Alejandro mas al último, tal vez por esta misma circunstancia, ó porque le hacia sombra la reputacion de Mansfeld adquirida en tantos campos de batalla. Se hizo mas notable la poca armonía entre estos dos personajes, en un consejo de guerra celebrado á presencia de Alejandro. Opinaba Rubais porque se moviese el campo sobre Cambray, importante por su situacion y por los muchos partidarios del duque de Anjou que la consideraban como la base de sus operaciones. Pero el conde de Mansfeld rebatió este dictámen, sosteniendo que merecia ser preferida la plaza de Nivelles, por estar mas próxima y ser su expugnacion como un preludio necesario para la toma de la otra. Entre estos pareceres propendia al primero el príncipe de Parma, por la importancia de

ocupar la plaza de Cambray, donde á cada momento aguardaban refuerzos de Francia; mas no por eso dejó de aprobar la opinion del conde de Mansfeld, por no contrariarle demasiado. Abrazando, pues, los dos objetos que al mismo tiempo le ofrecian la ventaja de separar á los dos jefes rivales, encargó al marqués de Rubais la expedicion sobre Cambray, encomendando á Mansfeld la de Nivelles.

Fué muy brevemente terminada esta última. Se rindió Nivelles á los tres dias de sitio, y la guarnicion quedó prisionera. Era mucho mas difícil la empresa de Rubais por lo fuerte de Cambray, y el gran partido que tenian en ella los franceses. Cuando estaba ya en camino destacó al conde de Montigny con objeto de tomar la plaza de Condé, muy cercana á Valenciennes. La evacuó la guarnicion sin aguardarle, retirándose á Tournay, con lo que le fué muy fácil á Montigny apoderarse de lo que estaba abandonado. Mientras tanto llegó Rubais á las inmediaciones de Cambray, y comenzó la operacion del sitio; pero cuando mas ocupado estaba en llevarle á feliz término, ocurrió en Flandes otra novedad que alteró notablemente el semblante de las cosas.

Hasta entonces no habia tomado el pronunciamiento de los Paises-Bajos un carácter de rebelion abierta contra el rey de España. Si habian corrido á las armas y ejercido actos de hostilidad contra sus tropas, manifestaban dar estos pasos para defender sus privilegios hollados por el rey; mas que de ningun modo dejaban de reconocerle como su señor natural, á cuya obediencia deseaban volver cuando se hiciese justicia á sus reclamaciones. Ni en las actas de la confederacion de Gante, ni cuando llamaron al archiduque Matías, se habia tenido otro lenguaje. En los capítulos ajustados en Utrecht, nada se decia á favor del rey; tampoco en contra. Invocando su nombre se expedian todos los decretos que daban los Estados: de ningun sitio público se habian quitado las armas reales, y con su nombre y busto corria la moneda.

De que habia buena fé en todas estas manifestaciones, pueden quedar dudas: de que el príncipe de Orange preparaba así las vias para llegar de una vez al fin de sus designios, hay los testimonios mas probables. Estaba el rey de España destronado de hecho, sobre todo en las provincias del Norte y en gran parte de la de Flandes y el Brabante; mas conservaba todavía una sombra de autoridad, y se podia decir que aunque desobedecido, era todavía señor nominal de los Paises-Bajos. Con la realidad, vino asimismo á destruirle la apariencia. Habian llegado las cosas al punto de constituir en verdadera anomalía un dictado que estaba en contradiccion tan abierta con los hechos. Se aprovechó, pues, de la ocasion el príncipe de Orange para promover eficazmente el objeto tan apetecido para él de la absoluta independencia. Aunque su ambicion le sugeria naturalmente el sustituir su persona propia á la del rey, era demasiado hábil para ignorar que no tenia bastante partido para ser el nuevo soberano de los Paises-Bajos. Le excluia para ello entre otras cosas, su cualidad de protestante, cuyo culto no dominaba mas que en las provincias de Holanda y Zelanda, hallándose solo tolerado en las demas donde la religion de la generalidad era la católica. Necesitaba, pues, el de Orange un príncipe extranjero de esta comunion mas, que diese bastantes garantías de respetar la libertad de las conciencias. El archiduque Matías, que hacia cuatro años residia en el pais con el título nominal de gobernante, no satisfacia las miras del príncipe por ser de la familia de Austria, que deseaba alejar para siempre de los Paises-Bajos. Echó, pues, los ojos sobre el duque de Anjou, cuyos vínculos de sangre con el rey de Francia y relaciones que tenia entonces con el partido calvinista, ofrecian la perspectiva de una poderosa proteccion de la potencia vecina, á que los príncipes de Nassau habian acudido siempre por socorros en todos sus conflictos. En Francia tenia el príncipe de Orange relaciones de parentesco, y hasta los Estados á que debia su título. Habia

pasado á segundas nupcias con Carlota de Borbon, hija del duque de Montpensier, viuda de Teligny, hijo del almirante de Coligny, asesinado la misma noche que su padre. Mediaba ademas la consideracion, de que siendo el duque de Anjou príncipe jóven, de poca experiencia, y menos que mediana capacidad, seria dirigido naturalmente por el príncipe de Orange, quien conservaria de hecho el supremo poder, aunque no el título de supremo gobernante.

En el tratado de la confederacion de Utrecht ya habia puesto el principe los cimientos del edificio que pensaba levantar, haciendo que se omitiese el nombre del rey, cuya autoridad ni se reconocia ni se desechaba. No tardó mucho despues de este acto en convencer á los Estados de la necesidad de dar un paso mas para salir de aquella situacion equívoca que los exponia á tantos embarazos. Fácil le fué hacerles ver, que no pudiendo en el estado en que se hallaban llegar á una reconciliacion sincera con el rey de España, era ya lo mas seguro para ellos romper para siempre los vínculos que con él los unian, llamando á otro señor, á favor de cuya poderosa proteccion saliesen vencedores en la lucha. Les designó la persona del duque de Anjou como de mucha importancia para ellos por sus inmensos bienes, por sus poderosas relaciones en Francia, por el favor de que disfrutaba entonces con la reina de Inglaterra. Dieron oido los Estados á razones é insinuaciones tan hábilmente presentadas. En agosto de 1580 se reunieron en Amberes, y despues de algunas conferencias, decretaron: «Que por »no haber guardado el rey Felipe á los flamencos los pri»vilegios jurados, habia caido del principado de Flandes; »y que por esta causa, libres ya los pueblos de la fé y »obediencia que le habian jurado, elegian con todo su »acuerdo y voluntad por su nuevo príncipe á Francisco »de Valois, duque de Anjou, hermano del rey de Fran»cia.» En virtud de este decreto, habiéndose reunido otra vez los Estados en la Haya, se expidió un solemne

edicto declarando lo mismo, con órden á todos los magistrados y funcionarios del pais, de prestar juramento de obediencia á dicho príncipe, de derribar las armas reales, de que desapareciesen los sellos y cualquier otro signo de soberanía del rey de España, dejando desde aquel momento de estamparse su nombre en la moneda. Y aunque esta órden encontró en un principio bastantes obstáculos, pues no todos los flamencos se hallaban de este parecer, arrastró á los menos la opinion de los mas, y unos tras de otros todos prestaron el juramento requerido.

Así quedó el rey de España despojado de derecho como de hecho del señorío de los Paises-Bajos, á excepcion de las provincias donde imperaban las armas de Alejandro. Se concibe fácilmente la profunda indignacion que debió de causar á Felipe II una resolucion que sin duda no aguardaba. Objeto ya de tanto odio para él el príncipe de Orange, fué el principal blanco de sus iras. Inmediatamente lanzó contra él un decreto de proscripcion, en que despues de sacar á plaza su ingratitud, su rebelion, su apostasía y sus traiciones, se ofrecia al que le matase la suma de veinte y cinco mil escudos de oro para él ó sus herederos, concediéndole ademas la nobleza personal, y en caso de ser noble, el perdon de todos sus crímenes y delitos, cualquiera que ellos fuesen.

Fué en Felipe II este acto, á la par que bárbaro y atroz, una gran falta; pues no podia pensar que semejante decreto de proscripcion quedase sin respuesta. Así la tuvo muy cumplida por parte del príncipe de Orange, que en son de hacer su apología, publicó un manifiesto contra su antiguo señor, donde no se escasearon ni el rigor de los cargos ni lo duro de las expresiones. Pocos documentos ofrece el siglo XVI mas célebres que este manifiesto. En él se vindicaba el príncipe de la acusacion de ingrato, haciendo ver que sus títulos y posesiones eran propiedad de familia, sin debérselos á Felipe ni á su padre; que si habia tomado las armas contra el señor de los Paises-Bajos, era por las infracciones cometidas por éste

de los privilegios que habia jurado tan solemnemente; que habia sido súbdito de Felipe, señor de los Paises-Bajos, no de Felipe, rey de España; que si las crueldades del rey don Pedro de Castilla se habian tenido por suficiente causa para que entrase á sucederle en la corona un príncipe bastardo, sin tener en cuenta los derechos de la hija del monarca asesinado, habia perdido del mismo modo el derecho de mandar en los Paises-Bajos un rey que por el órgano é instrumento del duque de Alba habia cometido en el pais tan inauditas crueldades. Ademas de tan terribles cargos, acusaba el príncipe de Orange al rey de haber asesinado á su hijo el príncipe don Cárlos, y acortado los dias de su mujer doña Isabel de Valois por medio de un veneno; de estar ya casado en secreto cuando su primer matrimonio con doña María de Portugal, echándole en cara otros desórdenes feos que trataba de cubrir con el manto de la hipocresía, etc. Predomina sin duda en el escrito el calor y la virulencia que son tan naturales á un ánimo ofendido. De muchos hechos no alegaba mas pruebas que los rumores esparcidos por los enemigos de Felipe. Mas si este escrito no se puede considerar como un documento auténtico de acusacion, contribuyó entonces á aumentar la odiosidad de que era objeto el rey de España. Le acogieron los Estados de Flandes con las muestras de la mas viva simpatía, y los protestantes todos con demostraciones de entusiasmo.

Poco tiempo despues de la declaracion hecha en Amberes y del edicto de la Haya, salió de los Paises-Bajos el archiduque Matías (1), sumamente descontento del desaire que con el nombramiento del duque de Anjou se habia hecho á su persona. Al mismo tiempo enviaron los Estados embajadores á este último príncipe, haciéndole saber la determinacion que habian tomado. Los re-

(1) Este archiduque fué elevado á la silla del imperio en 1611, á la muerte del emperador Rodulfo, que no dejó hijos, habiendo ya fallecido tambien sin sucesion todos sus hermanos, pues Matías era el último.

cibió el duque de Anjou con bondad, y aceptó el cargo con que los de Flandes le habian revestido. ¿Qué parte habia tomado en todo esto el rey de Francia? ¿Habian obrado los estados de Flandes por sus insinuaciones, ó á lo menos con su consentimiento? Las dos cosas son posibles y aun probables, á pesar de que el rey de Francia temia mucho el comprometerse con el rey católico. Verdaderamente, la autoridad del rey Enrique III en sus Estados era muy precaria, supeditado como estaba por la liga santa, que recibia otras influencias que la suya. Por una parte no le podia ser desagradable la idea de deshacerse de un hermano, cuyas intrigas y conexiones con sus propios enemigos le suscitaban á cada paso disgustos y embarazos: por la otra debia de halagarle la influencia que sin duda por la eleccion del príncipe de Anjou iba á ejercer en los Paises-Bajos. Consintió, pues, en lo que tal vez no podia impedir, en lo que debia serle útil bajo dos aspectos; mas receloso siempre de ofender á Felipe II, le envió un embajador para darle parte de sus embarazos, protestando que no habia tomado la mas pequeña parte en la declaracion de los Estados, así como no podia impedir el que su resolucion se llevase á su debido efecto. Para dar mas pruebas de su sinceridad, dispuso que no acompañasen al príncipe tropas suyas, y sí que echase mano de voluntarios que sirviesen bajo su propia bandera, y fuesen pagados asimismo por su cuenta.

Al rey de España no satisficieron las protestaciones del de Francia. Mas á pesar de lo ofendido que se hallaba de este príncipe, á pesar de lo que acrecentaba su indignacion contra los Estados los refuerzos que iban á recibir del príncipe francés, aparentó quedar tranquilizado con las explicaciones de Enrique III, y no pensó en hostilizarle abiertamente. En esto se condujo con habilidad y como cumplia á su política. Dueño entonces en cierto modo de la liga santa, tenia mas medios de hacer daño al rey de Francia que por los de una guerra abierta. Recurriendo á este último extremo, concitaba contra sí

los ánimos de toda la nacion francesa, en lugar de que permaneciendo pasivo tenia ganada la generalidad, pues casi todos los católicos ardientes eran miembros de la liga.

Mientras se llevaban adelante estas negociaciones, perdió el príncipe de Orange por sorpresa la plaza importante de Breda, ciudad de su propio patrimonio. Por otra parte, el marqués de Rubais estrechaba la plaza de Cambray, poniendo cuantos medios podia para apoderarse de ella antes que llegase el príncipe francés, quien se movió de París á la cabeza de doce mil hombres de infantería y cuatro mil caballos con direccion á los Paises-Bajos. Envió delante una division de cuatro mil hombres para que entrasen en Cambray; mas no pudieron conseguirlo por los esfuerzos del marqués de Rubais que de cerca la estrechaba. Con este motivo tuvo el duque de Anjou que avanzar con el grueso de su ejército. Deliberó el príncipe de Parma en su Consejo sobre si se saldria al encuentro del francés; mas por lo escaso de su fuerza entonces, que no llegaba á seis mil hombres, se resolvió levantar el sitio de Cambray, retirándose para buscar mas dichosa coyuntura. Con esto entró el duque de Anjou sin obstáculo en la plaza, donde fué recibido con festejos, con aclamaciones, y hasta con el título de padre de la patria. Mas aquí terminó por entonces la expedicion del duque de Anjou, seguido de tropas mercenarias, cuyas pagas no podia continuar por falta de recursos, y que se le iban desertando poco á poco por esta misma circunstancia. Así cuando los Estados de Flandes y aun el mismo príncipe de Orange, sabedores de su entrada en el pais, le instaron á que pasase adelante y se aprovechase de su próspera fortuna, le respondió el príncipe francés que le era imposible hacerlo por falta de tropas y dinero. Sin duda contaba el duque de Anjou con hallar grandes recursos en los Paises-Bajos, así como los Estados imaginaban que el príncipe francés se presentaria muy provisto de dinero y seguido de fuerzas muy considerables.

Se apoderó sin embargo el duque de Anjou, á pesar de sus apuros, de Cateau Cambresis y del fuerte de Chatelet. Mas viéndose abandonado de sus tropas, sin tener con que pagarlas, sin recibir socorros de su hermano, por no atreverse Enrique III á romper tan abiertamente con el rey de España, tomó la resolucion de marcharse á Inglaterra, esperando poderosos auxilios de la reina Isabel, con quien tenia pendiente la negociacion de matrimonio.

Es un hecho singular que esta princesa tan hábil, tan entendida en todas las materias de gobierno, tan resuelta, como lo manifestó en todo el curso de su vida, á permanecer soltera, por no partir con ninguno la autoridad, de que era tan celosa, hubiese tratado cuatro ó cinco veces de casarse, sin intencion de verificar su enlace con ninguno. En medio de su gran prudencia, cedia demasiado á los instintos de mujer, y le halagaba extremadamente la idea de ser buscada, requerida y obsequiada. Se habia creido que se desposaria con el conde de Leicester, su privado y favorito: despues le asignó la fama por esposo á don Juan de Austria, al mismo Enrique III, rey de Francia, y á otros personajes, siendo el duque de Anjou el último de sus presuntos novios. Parecia una locura el proyecto de enlace con este príncipe, veinte y un años mas jóven, que ni poseia las gracias de una persona bien apuesta, ni se hallaba adornado de un mérito ó de una ilustracion que pudiese hacerle agradable á los ojos de la reina. No dejaban de vituperar esta eleccion sus celosos consejeros creyéndola sincera; mas los hechos hicieron ver que no era para ella mas que un agradable pasatiempo. En esta segunda visita á la reina Isabel, halló el duque de Anjou la misma acogida, las mismas demostraciones de obsequio, las mismas expresiones de cariño de que habia sido objeto en la primera, sin que en medio de tantas fiestas, tantos regocijos y todo género de diversiones, se adelantase nada en el asunto de la boda. Acaso no pensaba ya sériamente en

ella el príncipe francés; mas como este segundo viaje tenia asimismo un fin político, cual era obtener auxilios de Isabel para hacer efectivo su nombramiento de príncipe y señor de los Paises-Bajos, no se contentó con palabras la reina de Inglaterra, y la que tres años antes habia visto con tanta inquietud la entrada del duque de Anjou en los Paises-Bajos, le proveyó ahora no solo de dinero, sino de buques y soldados con que pudiese presentarse en sus nuevos Estados con dignidad y medios de llevar adelante un proyecto en que se interesaba la política de la reina inglesa, tan deseosa siempre de arrancar á los Paises-Bajos de la dominacion del rey de España.

Se despidió el duque de Anjou de Isabel, agradecido á sus favores, aunque con menos ilusiones que la vez pasada sobre el proyectado matrimonio. Se embarcó en sus navíos con direccion á los Paises-Bajos, y en la primavera de 1581 llegó á Amberes, donde le aguardaban los Estados, los principales personajes del pais, con el príncipe de Orange á la cabeza. Fué su entrada magnífica, acompañada de todo el aparato, pompa y esplendor, con que se empeñaron los flamencos en recibir al nuevo príncipe. Iba vestido con todas las insignias de duque soberano, como en aquellos tiempos se estilaba; y rodeado de magnates, entre el estruendo de la artillería, repique de campanas y la música de varios instrumentos, prestó juramento en manos de los Estados, de respetar las leyes y privilegios del pais, guardando en todo las cláusulas y condiciones de su nombramiento.

Fué la llegada del duque de Anjou muy bien acogida, tanto en Amberes como en el resto de los Paises-Bajos. Aunque en dicha ciudad no se profesaba desde algun tiempo el culto católico, se mandó abrir en obsequio del nuevo señor un templo para los de esta comunion; rasgo de obsequio que agradó sobremanera al príncipe. Por muchos dias duraron los festejos con que se celebró su llegada á esta capital de los Paises-Bajos. Mas fueron ter-

minadas tantas demostraciones de alegría con un suceso lamentable.

Producia su efecto el decreto de proscripcion, lanzado por el rey Felipe contra la persona del príncipe de Orange. Al cebo de los veinte y cinco mil escudos de oro prometidos, se agregaba el mérito contraido por un católico, en asesinar á un príncipe enemigo de Dios y de su Iglesia, acto que en aquellos tiempos pasaba por eminentemente religioso, por altamente heróico. Concibió el proyecto de asesinato un tal Anaster ó Anastro, mercader de Amberes, y aun se dice que para ello recibió sugestiones de España, y hasta cartas del rey, con oferta de ochenta mil escudos, á mas de los veinte y cinco mil que estaban prometidos. No atreviéndose Anastro á cometer el acto por sí mismo, lo encargó á un criado suyo, llamado Juan de Jáuregui, vizcaino, jóven robusto, educado, como es de suponer, en el culto católico, y enemigo mortal de los herejes. Recibió éste la comision con muestras de alegría, y al hablársele, de la recompensa ofrecida por el rey á quien ejecutase el acto, respondió que no necesitaba premio alguno para emprender una accion tan grata á Dios, tan útil á los intereses de la Iglesia. Se preparó pues á ella con fervor; confesó con un fraile dominico, llamado Pigmerman, y recibió la comunion de manos de este religioso. Lo único que pidió á su amo, fué, que como él estaba seguro de morir, suplicase al rey atendiese á la subsistencia de su anciano padre.

Cumplió el jóven vizcaino su palabra. Como sabia bien la lengua del pais, no le fué difícil penetrar en el palacio del príncipe de Orange, á la sazon que éste daba un banquete á sus amigos. Concluido el festin, pasó el príncipe á su cuarto, y el vizcaino, que en medio de la confusion de los criados y sirvientes no le perdia de vista ni un momento, siguió sus pasos, y cuando halló ocasion, le disparó una pistola, cuya bala le atravesó las dos mejillas, sin dejarle muerto. Entonces quiso el vizcaino recurrir á otra pistola para acabarle; mas por la casualidad

de estar demasiado cargada, reventó, inutilizando la mano y la accion del asesino. Al ruido acudieron los amigos y criados del príncipe, de cuyo furor fué víctima Jáuregui en el acto. Pronto se conoció que la herida no era mortal, con lo que se sosegó algun tanto el ánimo de sus allegados.

Mas el lance pudo ser mas sério por las circunstancias que le acompañaron. Inmediatamente que fué público en Amberes, se esparcieron los rumores de que el golpe habia sido provocado por el príncipe francés, deseoso de deshacerse de una persona, cuya autoridad é influencia en el pais tal vez le molestaban. No se habia borrado todavía el recuerdo de las matanzas de San Bartolomé, precedidas por el asesinato del almirante Coligny, y en que habia tomado una parte tan activa el que era entonces rey de Francia. El miedo en unos, el deseo de venganza en otros, hizo correr á las armas á los habitantes de Amberes, y estaba ya muy próximo á estallar entre ellos y los franceses un conflicto sério, cuando por casualidad se halló en los bolsillos del asesino un escrito, en que constaba su nombre y demas circunstancias que habian mediado, y dejamos referidas. Inmediatamente se apresuró el príncipe Mauricio, hijo del herido, á divulgar esta especie en la ciudad, con lo que se aquietaron los ánimos amotinados. Se expuso al público el cadáver del asesino, que se reconoció por criado de Anastro, y como éste se puso en fuga, se prendió á su secretario, cómplice del acto. Tambien se echó mano al fraile Pigmerman, y habiendo confesado los dos su participacion en el delito, fueron ajusticiados en garrote, y hechos despues cuartos, colocándose los trozos en las principales puertas de la plaza.

Curó pronto de sus heridas el príncipe de Orange, y recobró la salud que necesitaba, para dirigir con toda actividad los negocios que estaban á su cargo. En cuanto al peligro que acababa de correr, conocia demasiado las costumbres y tendencias de su siglo, para no presentir la

infinidad de puñales que habia afilado contra su pecho el decreto de proscripcion del rey de España.

No se descuidaba mientras tanto el príncipe de Parma en llevar adelante las operaciones militares. Sus tropas no eran muchas, y los enemigos se habian reforzado con las que acababan de llegar de Francia. Cada vez se le hacia mas sensible la falta de los españoles y mas tropas extranjeras que habian salido del pais, en virtud del último tratado de pacificacion con los valones. Deseoso vivamente de su vuelta, sondeó Alejandro á los principales personajes del pais que mas se habian empeñado en la expulsion, y logró con insinuaciones indirectas, no solo vencer sus repugnancias, sino hacerles desear la vuelta de las tropas extranjeras, como indispensables para llevar adelante la guerra con buen éxito. Las mismas autoridades del pais le propusieron que las pidiese al rey, y Alejandro se aprovechó al momento de tan favorable disposicion, haciendo ver á Felipe II la necesidad de la medida. Accedió el rey, como puede suponerse, y mandó inmediatamente que se pusiesen en movimiento para Flandes cuatro tercios españoles, que componian entre todos diez mil hombres, con lo que se aumentaron considerablemente las fuerzas del príncipe Alejandro; mas antes de su llegada, que tuvo lugar á mediados de 1582, ya habian comenzado las operaciones militares de este príncipe, y que vamos á recorrer del modo sucinto, y usado hasta ahora; pues la relacion circunstanciada de todas las batallas, sitios de plazas, y todo género de encuentros que tuvieron lugar en estas gueras, ocuparia mas espacio del que hemos destinado á toda la historia en que nos ocupamos.

Dejamos al príncipe en retirada de las inmediaciones de Cambray, por no hallarse con fuerzas suficientes para hacer cara al duque de Anjou, que á dicha plaza se acercaba. A esta especie de derrota, se siguió la pérdida del fuerte de San Guillen; mas volvió este pronto á caer en nuestras manos.

Entre tanto recelosa siempre la córte de Francia del enojo que causaria al de España la expedicion de los Paises-Bajos del duque de Anjou, envió un comisionado al príncipe Alejandro, para hacerle ver la ninguna parte activa del rey en un movimiento que habia tenido lugar, sin prestarle por su parte ningun género de auxilios, y del que no podia redundarle la menor ventaja. Sin duda tuvo esta mision por objeto, el averiguar de mas cerca, si se habia creido llegado el momento de romper las paces que existian de hecho entre España y Francia; mas Alejandro, habiendo recibido cortesmente á los enviados, les respondió que era un asunto concerniente al rey, á quien debian dirigirse, y de ningun modo á su persona, pues por su parte no tenia mas negocios que el de continuar la guerra, que contra los enemigos de su rey estaba ya empezada.

El conde de Renneber, gobernador de Frisia, vuelto poco tiempo hacia al servicio del rey, acababa de morir en la flor de su edad, atribuyéndose este acontecimiento por los confederados á castigo del cielo, por haber abandonado su causa, y pasándose al rey, á quien se llamaba tirano de los Paises-Bajos. Varios personajes del pais deséaron reemplazar al gobernador difunto; mas el príncipe de Parma prefirió para este cargo á Francisco Verdugo, capitan español, que se habia distinguido en aquellas guerras, y cuya fidelidad estaba á toda prueba. Ademas, reunia la circunstancia de hallarse enlazado con una de las familias mas ricas del pais, y de estar personalmente interesado en la restauracion del poder del rey de España. Habiendo puesto á su disposicion bastantes fuerzas para sostener la campaña por el lado del Norte, tomó otra vez el hilo de sus operaciones por el del Mediodía.

Fué su primer movimiento de importancia embestir la plaza fuerte de Tournay, en la provincia de Flandes, en los confines del Haynault, ciudad ademas muy importante, por los muchos refugiados de la religion reformada que habian tomado asilo en sus muros, procedentes de

Condé, Nivelles, y otros mas puntos que acababan de caer en manos de los españoles. No pensaba el príncipe de Orange, con que el de Parma emprenderia el sitio de una plaza tan fuerte á la entrada del invierno; mas Alejandro hizo ver que era muy sério su designio, pues haciendo conducir por los rios que corren cerca de Tournay, y sobre todo el de Escalda, víveres en abundancia, municiones y piezas gruesas de batir, puso el sitio formal á la plaza el 1.º de octubre de 1581. Estaba ausente á la sazon el gobernador Pedro Melun, príncipe de Espinois; mas suplia á la sazon sus veces Francisco Diobiou, capitan valiente y experimentado, quien no hizo sentir la falta del antiguo jefe, aunque tambien concurrian en la persona de éste prendas de militar valiente y experimentado. Se preparó animosa la guarnicion á todos los azares del sitio, y en la decision del vecindario, encontró el gobernador auxilios de grandísima importancia.

Comenzó el ataque de los españoles por el del baluarte de San Martin, situado en la puerta de este nombre, y como aislado del resto de las fortificaciones. Despues de varias embestidas, en que los enemigos hicieron gran resistencia, se apoderaron los nuestros de los fosos, y por medio de escalas llegaron á lo alto de los muros, de que se apoderaron; ventaja de consideracion, pues desde dicho fuerte dominaban el resto de la plaza.

El gobernador, príncipe Espinois, en la imposibilidad de penetrar con auxilios en Tournay, se situó en Oudenarda, á tres leguas de distancia, con objeto de hacer reconocimientos y hostilizar las líneas de los sitiadores; mas sus tropas enviadas á este fin, fueron rechazadas por las de Alejandro, quien no perdonó medio alguno de alejar constantemente al enemigo de las inmediaciones de la plaza.

Cuando mas empeñado se hallaba en sus operaciones, vino á aumentar el entusiasmo de sus tropas la noticia de una victoria, conseguida por Francisco Verdugo, en Frisia, contra Adolfo de Nassau y el coronel inglés Norris,

que habia atacado su campo atrincherado. Inferior el español en caballería, se habia atenido á la defensa de sus líneas; mas cuando el enemigo, seguro de la victoria, se acercaba ya á tomarlas, puso en movimiento su infantería, la que rechazó á los asaltadores, y los puso en dispersion, con grande pérdida, habiendo quedado heridos Adolfo de Nassau y el coronel de los ingleses.

Despues de emplear el uso de la mina, que causó bastantes destrozos en los muros de Tournay, trató Alejandro de atacarla por dos partes, habiendo precedido una arenga suya militar, segun acostumbraba en lances de esta clase. Atacaron sus tropas con denuedo, mas no fueron felices en la tentativa. Se hallaba la guarnicion muy animada contra las tropas de Farnesio, y ademas el gobernador, que era un hombre de mucha actividad y de experiencia, no perdonaba medio de sacar utilidad de las buenas disposiciones de los defensores. Por otra parte, se hallaba dentro de la plaza la princesa de Espinois, esposa del gobernador ausente, mujer animosa y esforzada, que corria á los parajes de mas riesgo, animando con su voz y su ejemplo á los soldados. A pesar pues de los ejemplos de Alejandro y de las exhortaciones de los jefes principales, tuvieron que retirarse las tropas del asalto, no pudiendo resistir á la furia de los de adentro, que con armas, con piedras, con materias inflamadas, les causaban grande mortandad, habiendo precipitado á muchos de ellos en el foso. Aunque no no fué grande la pérdida del ejército español, la hizo muy considerable el número de los jefes de distincion que quedaron fuera de combate. Salió herido el mismo Alejandro de una pedrada que le dejó por un tiempo sin sentido; mas se restableció pronto con grande alegría de los suyos, que ya le daban por perdido.

Mientras el príncipe de Parma tenia tan cercada la plaza de Tournay, estuvo á pique de perder la de Gravelinas, que fué atacada una noche de improviso por tropas inglesas, y de los confederados, que estaban de inte-

ligencia con parte de las tropas que la guarnecian. Cuando los enemigos llevaban ya escalada la mayor parte de los muros, recibió aviso oportuno el gobernador, y acudió inmediatamente con las tropas fieles. Los asaltadores desistieron del intento, y se alejaron de la plaza, cubiertos con las tinieblas como habian venido. El jefe de los ingleses, llamado Preston, no queriendo acogerse á los buques que los esperaban, tomó con sus tropas el camino de Tournay, con objeto de meterse dentro de la plaza, lo que ejecutó, habiendo tenido la noticia del santo que habian dado aquella noche á las guardias avanzadas. Con este seguro pasó por medio de los enemigos, y entró sin novedad por las puertas de Tournay, sin que lo sospechase nadie. Cuando se supo el engaño y se quiso echar tras de ellos, ya era tarde. Sirvió esta estratagema para que el príncipe de Parma prohibiese dar ningun santo en adelante, mandando que nadie pasase de un punto á otro durante la noche, sin prévio reconocimiento de los puestos avanzados.

A pesar del pequeño refuerzo que recibió la plaza de Tournay; á pesar del desafecto que algunos en el campo español profesaban á la causa de los españoles, lo que se echaba de ver por las inteligencias que tenian con los enemigos, era ya imposible á los de la plaza el sostener por mas tiempo un cerco que los tenia reducidos á los mayores apuros, privándolos de toda comunicacion con los de afuera. Sabian el mal resultado de la intentona sobre Gravelinas, y ademas los inútiles esfuerzos que hacia el príncipe de Espinois para acometer el campo de Alejandro. Ni los esfuerzos del gobernador, ni las persuasiones de la princesa, fueron suficientes para que el vecindario quisiese arrostrar por segunda vez los horrores y consecuencias de un asalto. Fué, pues, preciso rendir la plaza bajo condiciones, que por su poca dureza manifiestan los grandes deseos que animaban al de Parma, de hacerse cuanto mas antes dueño de ella. Se permitió la salida con sus armas á las tropas de la guarnicion, y asimismo á los ve-

cinos que quisiesen llevarse sus efectos; se dejó en libertad de conciencia, mas sin ejercicio público de su culto, á los de la religion reformada que quisiesen permanecer en la ciudad, permitiéndoles en todo caso la salida con sus efectos, en caso de tomar este último partido. Se cumplió la capitulacion con fidelidad por ambas partes; mas los magistrados de la ciudad se quejaron al príncipe de Parma, de que entre los efectos de la princesa, del gobernador y otros principales personajes, iban muchos vasos sagrados y efectos de particulares, que desde el principio del sitio habian sido trasladados á la ciudadela. Así se vió en efecto, cuando por órden de Alejandro fueron registrados los equipajes de las personas ya indicadas. Volvieron los objetos á sus dueños, y esto dió á los magistrados mas facilidad para cubrir los pedidos, que por via de indemnizacion les hizo el príncipe de Parma.

Se tomó la plaza de Tournay en 30 de noviembre de 1581, sin que en todo aquel invierno se hubiese emprendido operacion ninguna de importancia. En la primavera del año 1582 emprendió Alejandro el sitio de Oudenarda, situada sobre el Escalda, que la divide en dos partes casi iguales. Se consideraba entonces como una de las plazas mas fuertes de los Paises-Bajos; tanto que el francés Lanoue, uno de sus principales ingenieros, le daba el nombre de segunda Rochela. Se admiró éste, y asimismo el príncipe de Orange, que el de Parma se atreviese á tanto; mas como habian salido errados sus pronósticos cuando el cerco de Tournay, no dudó Alejandro en acometer esta segunda empresa, que produjo para él los mismos resultados que la otra. Algo paralizó sus operaciones de sitio un motin que se suscitó en su campo, promovido por las mismas causas que habian excitado tantos movimientos de esta clase, á saber, el atraso de las pagas. Comenzó la sedicion en el tercio de alemanes, quienes al recibir una mensualidad que se daba á todo el ejército por órden de Alejandro á cuenta de sus alcances, declararon que no la querian

sino doblada, pues asi se les debia. Volvieron los rebeldes pronto á su deber por la presencia de ánimo de Alejandro, que corrió á ellos sin tener en cuenta las picas vueltas contra cualquiera que tratase de acercárseles. Llegó el valor del general español á penetrar en medio del tercio y sacar arrastrando á uno de los alféreces y entregarle al preboste para que le ahorcasen al momento, sin que se atreviesen á proferir una palabra los alemanes, atónitos con esta intrepidez y sangre fria. Entonces mandó Alejandro á la caballería que rodease el tercio, é intimó al coronel la órden de que por cada compañía le enviase dos para ser ahorcados al momento. Salieron efectivamente veinte de las filas: con el espectáculo de su suplicio quedaron los demas arrepentidos, é imploraron la misericordia del general en jefe, quien los volvió á su gracia, resignándose los alemanes á recibir el dinero que les estaba destinado. Eran muy frecuentes estos alborotos en el curso de aquellas guerras, por los atrasos con que recibian las pagas; mas tambien puede decirse que no pocas veces habia Alejandro sosegado esta clase de alborotos, presentándose solo en medio de los sediciosos, contando siempre con el prestigio que rodeaba su persona.

Sosegada la sedicion volvió Alejandro á las operaciones del sitio de Oudenarda, sirviendo de estímulos á su actividad, por una parte los movimientos que hacian los enemigos para socorrerla, y por la otra la jactancia de estos de que se estrellarian en una plaza tan fuerte todos los esfuerzos del príncipe de Parma. Costó en efecto muchos trabajos á sus tropas el apoderarse de una media luna ó rebellin que los sitiados defendieron con gran tenacidad; pero al fin, apoderados los nuestros de esta obra exterior, tuvieron mas facilidad para atacar el cuerpo de la plaza. Varias salidas hicieron las tropas de su guarnicion, pero sin efecto. Tampoco fueron eficaces en un principio nuestras baterías; pero colocadas despues con mas acierto, abrieron una brecha suficiente para em-

prender la obra del asalto. Hablan los historiadores de un grave peligro que corrió Alejandro durante el sitio, y se cita el hecho para manifestar la gran serenidad que en semejantes lances desplegaba. Hallándose un dia á la mesa, acertó una bala de cañon enemiga á dar en su barraca causando la muerte de dos, é hiriendo á muchos de los circunstantes. En medio de la confusion causada por el accidente, sin levantarse Alejandro de su asiento, mandó que removiesen los manteles y platos, ensangrentados todos, y trajesen otros nuevos, diciendo con tranquilidad, que no queria que los enemigos se alabasen nunca de hacerle perder su terreno, cualquiera que fuese la situacion en que se hallase. Sin responder de la autenticidad del hecho, no es inverosímil este rasgo de serenidad en quien manifestaba con tanta frecuencia el buen temple de su ánimo.

Preparadas todas las cosas para el asalto, no quisieron exponerse á sus azares los habitantes de Oudenarda; y aunque las tropas sitiadoras deseaban apoderarse á viva fuerza de la plaza, por la rica presa que les ofrecia, no quiso Alejandro causar la destruccion de la ciudad, y la tomó con capitulaciones parecidas á las de Tournay, imponiendo una contribucion para los gastos de la guerra.

Causó admiracion y llenó de sentimiento á los confederados la toma de una plaza que pasaba por uno de los principales baluartes de los Paises-Bajos. Cuando tuvo lugar este suceso, se hallaba á legua y media de distancia el duque de Anjou con fuerzas de socorro; mas retrocedió inmediatamente y tomó la vuelta de Gante, aguardando á cada momento que llegasen á los Paises-Bajos nuevas tropas que le enviaba el rey de Francia.

Entraron los españoles en la plaza de Oudenarda por julio de 1582, y en el siguiente mes de agosto se reunieron en su campo las tropas españolas é italianas con que el rey le reforzaba. Ascendia el número de los españoles á cinco mil, y á cuatro mil el de los italianos. Se pusieron los primeros á las órdenes de Cristóbal de

Mondragon, capitan experimentado que habia hecho grandes servicios en aquella guerra, y los segundos á las de Camilo del Monte, bien conocido asimismo en los Paises-Bajos. Vinieron en estos tercios gran número de personajes distinguidos, tanto italianos como españoles, en clase de aventureros, á quienes atraia la gran fama que entonces alcanzaba el príncipe Alejandro. Con muestras de grande alegría fué recibido este socorro por el general español, y en verdad no podia llegar á mejor tiempo. Casi simultáneamente habian entrado en los Paises-Bajos las tropas que enviaba el rey de Francia, en número de siete mil infantes y tres mil caballos, á las órdenes del mariscal de Biron y el duque de Montpensier, cuñado del príncipe de Orange. Y aunque semejante acto de hostilidad hácia el rey de España, no era ya susceptible de paliativo alguno, todavía supieron cubrir las apariencias Enrique III y su madre Catalina de Médicis, haciendo ver que sin su consentimiento se movian estas tropas hácia Flandes. Mas Felipe II, aunque no engañado, dió muestras de serlo, pues en realidad no le convenia declarar la guerra al rey de Francia. Harto mas fatal era para Enrique la encubierta que le hacia, influyendo tan poderosamente en el inmenso partido cuyos principales jefes aspiraban sin duda á destronarle.

Con este refuerzo en los dos campos pasaron adelante las operaciones militares por una y otra parte. Se apoderó el príncipe Alejandro de las plazas de Menin, Vervicc, Poperinge, y entró por sorpresa en la de Lira, que aunque no muy fuerte, se hallaba abundantemente abastecida de víveres, municiones y pertrechos militares. Tambien se apoderó de Catau-Cambresis, Clusa, Ninove y Gasbec, mientras el duque de Anjou entraba en algunas plazas insignificantes. Dos choques tuvieron, aunque no de consecuencia, los dos caudillos; uno en San Vinoc, habiendo atacado Alejandro la retaguardia del príncipe francés, y el segundo en las inmediaciones de Gante,

persiguiendo el de Parma á su enemigo, que se refugiaba en los muros de esta plaza. Era la intencion de Alejandro entrarse en ella al mismo tiempo que sus enemigos, aprovechándose del desórden. Mas los de adentro, apercibidos, tomaron sus precauciones y le hicieron retroceder con pérdida no pequeña, pues entre muertos y heridos tuvo fuera de combate muy cerca de ochocientos hombres.

No estaba por su parte ocioso Francisco Verdugo, que en nombre del rey mandaba en Frisia. Puso sitio á la plaza de Lochen, y aunque la tenia en muy grande apuro y próxima á rendirse, se vió precisado á levantar el sitio, por el refuerzo que el duque de Anjou le envió oportunamente. Fué mas feliz Verdugo en la plaza de Stenowich, que tomó por sorpresa, estando el gobernador y los principales jefes de la guarnicion celebrando un festin por una victoria que habian conseguido algunos dias antes, proporcionándoles el saqueo de un pueblo muy considerable de las inmediaciones. Y mientras estos sucesos ocurrian, intentaron las tropas de los confederados otra sorpresa en la plaza de Lobayna, y que no tuvo efecto, pues cuando ya habian escalado y subido á lo alto de los muros, cubiertos con las tinieblas de la noche, acudió la guarnicion á tiempo á la voz de su gobernador, repeliendo á los asaltadores con gran pérdida.

Así continuaba la guerra por una y otra parte, siempre con mayores ventajas para el príncipe de Parma, cuando acontecimientos de un órden mas importante vinieron á dar realce al cuadro en cuyo bosquejo nos estamos ocupando.

CAPITULO LII.

Intenta el duque de Anjou hacerse dueño absoluto de los Paises-Bajos.--Su ataque infructuoso sobre Amberes.--Resentimiento del pais contra los franceses.--Negociaciones del príncipe de Parma con el duque de Anjou.--Infructuosas.--Intenta el príncipe de Orange reconciliar los Estados con el duque de Anjou.--Se retira éste á Dunquerque.--Se apodera el príncipe de Parma de varias plazas.--Batalla de Emistemberg.--Se retira á Francia el duque de Anjou.--Toma Alejandro á Dunquerque y á Newport.--Conquista igualmente otras plazas menos importantes del Brabante.--Pide mas refuerzos al rey y los consigue.--Guerra de Colonia.--Bloquea Alejandro á Iprés, Brujas y Gante.--Se rinden las dos primeras plazas.--Fluctúa la tercera.--Llaman los Estados otra vez al duque de Anjou.--Muerte de este príncipe.--Muerte del príncipe de Orange, asesinado en Delft.--Su carácter.--Le sucede el príncipe Mauricio.--Piden los Estados la proteccion del rey de Francia.--Negativa.--Acuden á la reina de Inglaterra (1).

1581—1584.

ESTABA desazonado el duque de Anjou por el poco poder que ejercia realmente sobre sus nuevos súbditos. Habian éstos restringido demasiado los límites de su autoridad para halagar la ambicion de un príncipe educado en los principios de un gobierno absoluto, y que ademas se consideraba heredero de una corona tan poderosa como la de Francia. Participaban de sus sentimientos la mayor parte de los jefes franceses que corrian su fortuna, y sus consejos no servian mas que para encender el ánimo de un príncipe inconstante por naturaleza, amigo de novedades, y de ninguna sinceridad en sus palabras. Le decian que los Estados del pais habian querido adularle con el vano título de duque de Brabante, sin darle rentas, sin poner castillos ni fortalezas á su devocion, sin conferirle un poder real, pues nada podia hacer el duque de Anjou sin su consentimiento. Que igual suerte

(1) Las mismas autoridades.

habia cabido al archiduque Matías, gobernador nominal, y que solo habia servido para cohonestar la rebelion de los Estados contra el rey de España; que el verdadero director, el verdadero gobernador en los Paises-Bajos, era el príncipe de Orange, á cuyos consejos tenia el duque de Anjou que deferir como si fueran verdaderas órdenes; y en fin, que esta restriccion de facultades, este simulacro de poder, eran la verdadera causa de la frialdad con que era auxiliado por su hermano. ¿A qué empeñarse en efecto en gastos, á qué hacer grandes sacrificios que ningun beneficio habian de producir ni para el rey de Francia ni para el mismo duque, reducido á un papel tan subalterno?

No podia menos de encenderse con estas insinuaciones el enojo del príncipe francés, tan inclinado de suyo á partidos violentos, que se creia agraviado y ofendido. Para sondar las intenciones del pais y tener un pretexto de ruptura, hizo proponer á los Estados que hallándose éstos con tanta necesidad de los socorros de Francia, para acabar de sacudir el yugo de la España, declarasen que en caso de morir sin hijos el duque de Anjou, seria su heredero el rey su hermano, en cuyos Estados se incorporarian definitivamente los Paises-Bajos. Mas estaban éstos muy lejos de asentir á una medida que amenazaba tan de cerca su propia independencia.

En vista de esta negativa, se decidió el duque de Anjou á poner en planta el proyecto que le sugirieron sus principales allegados. Se reducia por entonces á echar las tropas del pais de las plazas donde se hallaban jefes franceses de gobernadores, y declararlas bajo la inmediata dependencia del príncipe de Francia. Para esto se dió órden de que provocasen de cualquier modo un alboroto popular ó cualquiera otro desórden que hiciese algo plausible la adopcion de la medida. El mismo duque se encargó de esta operacion en Amberes, donde entonces residia.

Pretestó para este objeto la necesidad de pasar una revista á las tropas de su nacion en las inmediaciones de la plaza. Tuvo lugar la reunion al pié de las mismas esplanadas. Cuando mas descuidados estaban los de adentro, se destacaron del cuerpo ó division hasta tres mil infantes y ochocientos caballos, que con la velocidad del rayo se apoderaron de los puentes levadizos y principal puerta de Amberes, cuya guardia pasaron á cuchillo. Inmediatamente se precipitaron sobre la ciudad, que trataron de ocupar militarmente, dando las dos solas voces de *misa* y *duque*, con que querian dar á entender el restablecimiento de la fé católica y el poder absoluto del nuevo gobernante. Habia dado el duque de Anjou órden á estas tropas de que pensasen solo en ocupar militarmente la plaza, sin propasarse á excesos ni desórdenes; mas en medio de esta ocupacion, tuvo lugar el saqueo y el pillaje, sin duda por no querer los que entraban antes partir el botin con los compañeros que despues llegasen.

Se quedaron al principio atónitos los vecinos de Amberes con los gritos y alborotos que estos desórdenes causaron. Se creyó al principio que era una riña de estas que ocurren tan frecuentemente entre militares y paisanos. Mas cuando se enteraron del hecho, cuando vieron que se convertian en enemigos los que habian entrado como aliados, y el eminente peligro en que se hallaban su libertad, sus haciendas y sus vidas, pensaron sériamente en defenderse y oponer, aunque en desórden, la mas obstinada resistencia. Inmediatamente atrancaron las puertas de sus casas, barrearon las calles, y se subieron á las ventanas y tejados, de donde hicieron fuego sobre los franceses, arrojándoles ademas piedras, agua hirviendo y toda especie de materias inflamables. Era muy poca la fuerza que habia entrado para vencer la resistencia de una poblacion tan considerable, dedicada toda á su exterminio. Los que estaban ocupados en el pillaje fueron víctimas de su codicia. Los demas desatentados, consternados en alas del pavor, se dirigieron á la puerta por

donde habian entrado; mas aquí se encontraron con un obstáculo que aumentó el desórden y la carnicería.

Aguardaba con ansia el duque de Anjou desde afuera el resultado de la intentona sobre Amberes. Al oir los gritos y el tumulto que se habian levantado en la ciudad, creyó que los suyos estaban en peligro, y que de todos modos convenia enviarles tropas de refresco. Inmediatamente destacó otro cuerpo, que corrió precipitado á la ciudad; mas al llegar á la puerta se encontró con el primero, que corria perseguido por la muchedumbre. Causó este encuentro repentino entre unos y otros la confusion que puede imaginarse, y como los fugitivos tuvieron que detenerse en su marcha, pudo cebarse mas en ellos el furor de aquellos habitantes. Embarazados unos con otros los soldados, no podian hacer uso de sus armas; con los que habian entrado antes perecian asimismo los que habian venido á socorrerlos. Se cubrieron poco á poco de cadáveres los fosos: muchos fueron precipitados de lo alto de los muros. La mortandad fué grande. En dos mil se computó la pérdida de los franceses en aquella refriega, que acabó para siempre con el prestigio y fuerza moral de aquellos imprudentes extranjeros.

Salvada de este modo la plaza de Amberes, y avergonzado el duque de Anjou de lo mal que le habian salido sus designios, se retiró con sus tropas, y no pudiendo emprender su marcha por el Escalda, cuyo paso le tenian los del pais interceptado, tomó un rodeo para llegar al punto de Vilvorde, donde hizo alto para deliberar sobre sus operaciones ulteriores.

Al mismo tiempo que se verificaba el ataque de Amberes, intentaban la misma operacion, segun las órdenes del duque de Anjou, en otras plazas de los Paises-Bajos. Se apoderaron los franceses por los medios que se les habian indicado, de Terramunda, Dismunda y Dunkerque. Mas se les resistieron las de Newport, Ostende y Brujas.

Fácil es imaginar cuán agradable debia de ser á los

ojos de Alejandro aquel suceso tan desgraciado para los franceses. Rotos en cierto modo los vínculos que unian al duque de Anjou con los Estados, no podian ya naturalmente contar estos, ni con las tropas ni con la proteccion del rey de Francia. En la altura á que se hallaban los negocios, tres expedientes le propuso el Consejo al príncipe de Parma: ó que se dirigiese á los Estados, negociando de nuevo una reconciliacion con su antiguo señor, ó que negociase con el duque de Anjou la entrega de las plazas que ocupaban los franceses, ó que sin perder tiempo, continuase las operaciones militares, aprovechándose de la confusion y el desaliento, que no podia menos de producir la separacion de los franceses.

El primer proyecto no era practicable. Estaban demasiado empeñados los flamencos en la obra de su insurreccion, para pensar sériamente en volver á la obediencia. Por otra parte, era imposible que obrando estos bajo la direccion del príncipe de Orange, consintiese éste en semejante paso, con un rey que le tenia proscripto, con quien estaba empeñado en una guerra encarnizada á muerte.

Con el duque de Anjou no eran tan difíciles las negociaciones, por lo irritado que estaba este príncipe con los Estados. No era en verdad de poca monta la entrega de tantas plazas que estaban en su poder; mas algunas situadas en el interior del pais, no le podian servir de alguna utilidad, teniendo que evacuar á Flandes. Se entablaron, pues, de una y otra parte negociaciones, pero sin efecto. Pedia el duque de Anjou por las plazas, cuya entrega solicitaba el príncipe de Parma, otras no menos importantes, que se hallaban en las fronteras de la Francia. Sin duda contaba demasiado el de Parma con el despecho del príncipe francés, y éste tenia algunas miras á volver á términos de buena amistad con los flamencos.

A pesar de la irritacion que habia producido en el pais la conducta pérfida del duque de Anjou, no desconocian su posicion, hasta el punto de negar oidos á pro-

posiciones de esta clase. El príncipe de Orange, siempre sagaz y previsor, sin tratar de defender ante los Estados la conducta del duque, antes bien vituperándola como era justo, les hizo ver lo peligroso que era para ellos llegar á una ruptura abierta, con un príncipe que podia disponer de muchos medios, tanto suyos como de su hermano, hallándose sobre todo los Estados con muchos apuros, y sin esperanzas de ningun aliado poderoso; que la misma reina de Inglaterra, tan favorecedora en otro tiempo de los Paises-Bajos, miraria con disgusto que desechasen para siempre un príncipe, á quien daba pruebas claras de su benevolencia, y sobre todo que reflexionasen los males incalculables que caerian sobre el pais, si aprovechándose Alejandro de esta desunion, conseguia hacerse dueño de tantas plazas importantes, que estaban á la sazon en poder de los franceses.

Las razones del príncipe de Orange no podian ser mas convincentes, y aunque se las sugeria en parte su propio interés personal, era tambien el de los Estados escucharle. No estaban ya los ánimos cerrados á una avenencia que pudiese neutralizar los males ya causados. Por otra parte, el duque de Anjou habia hecho en cierto modo apología de su anterior conducta. Los Estados comenzaron pues á aflojar, dejando de interceptar el paso al duque de Anjou, que se hallaba cercado tanto por mar como por tierra. Sin concluirse pues nada de una y otra parte, se dirigió el príncipe francés á Dunkerque, para entablar desde este punto las negociaciones.

Restaba pues al príncipe Alejandro el tercer expediente que le habia propuesto su Consejo, á saber: el continuar la guerra con actividad sin pérdida de tiempo. Era sin duda el mas prudente y el mas análogo al carácter del general español, tan entendido en las artes de la guerra, como entusiasmado por las glorias militares. Fué su intento principal caer sobre Dunkerque, donde estaba encerrado el príncipe francés; pero para llevar á mejor efecto este designio, y adormecer al duque de Anjou en

brazos de la seguridad, se dirigió Alejandro hácia el Bravante, y en el término de tres meses se apoderó de las plazas de Eindoven, Dalem, Sichen y Vesterloo, mientras los franceses se hicieron al mismo tiempo dueños de otros puntos menos importantes. Se hallaba el mariscal de Biron á la cabeza de doce mil hombres; mas compuesta esta division de flamencos y franceses, que se aborrecian de muerte por lo acaecido en Amberes, no se ofrecian al general grandes elementos de victoria, por lo que inmediatamente que supo que el marqués de Rubais por encargo de Alejandro se acercaba á Rosembal, donde se habia situado á la sazon, se refugió á la plaza marítima de Estemberg (1), seguido de los franceses y alemanes, dejando á retaguardia á los flamencos con los escoceses, para tenerlos separados durante la marcha de los otros.

Mientras el marqués de Rubais seguia el alcance del mariscal de Biron, marchaba Cristóbal de Mondragon con Montigny y otros jefes sobre Dunkerque, con órden de Alejandro de bloquear la plaza por tierra y por mar, mientras llegaba el momento de sitiarla formalmente.

Se dirigió entonces Alejandro sobre Estemberg, y como no dejaba de ser el punto susceptible de defensa; se resistió en él el mariscal de Biron, hasta el punto de empeñar una batalla. Salieron vencedoras las tropas de Farnesio, con grande pérdida de los enemigos; pues segun el cómputo mas corto, ascendieron á mil y quinientos los que quedaron tendidos en el campo. Recogió el mariscal de Biron las reliquias de su gente en naves que tenia dispuestas al efecto, y se dirigió á las costas de Fran-

(1) Este punto no es marítimo en el dia. En ninguna parte como en los Paises Bajos, han cambiado mas con el transcurso del tiempo las circunstancias de localidad de los diferentes pueblos, por las retiradas y avances del mar, así como por los canales y demas obras de la industria humana, que alteran á cada instante estos accidentes del terreno.

cia, donde las desembarcó, sin volver mas á los Paises-Bajos.

Concluida esta operacion, se dirigió sin pérdida de tiempo el príncipe de Parma á la plaza de Dunkerque. Cuando comenzaban las operaciones del sitio, recibió una embajada del rey de Francia, quejándose de lo irregular de su conducta en atacar una plaza, donde se hallaba su propio hermano, pues equivalia esto á una guerra declarada; á lo que respondió Alejandro, que era deber suyo recuperar por la fuerza, si no habia otro medio, los lugares y plazas pertenecientes á los Estados de su rey que habian sacudido la obediencia. El mismo duque de Anjou cortó el nudo de la dificultad, abandonando á Dunkerque con direccion á Francia, en cuyas costas desembarcó con auxilios y socorros mas considerables, que sin duda aguardaba de su hermano.

Apenas hizo resistencia Dunkerque, cuando se vió estrechada por tierra y mar, y batida por veinte piezas de cañon, que estuvieron haciendo fuego por espacio de doce horas, concluyendo por derribar un fuerte torreon, y la parte de la muralla con que estaba unido. Preparadas las cosas para el asalto, pidió el general francés capitulacion, y la obtuvo, habiéndosele permitido salir con sus tropas con armas, pero sin banderas ni equipajes. Con el vecindario se condujo el de Parma cortesmente, y la contribucion que le impuso por indemnizacion de los gastos de la guerra, no excedió á los medios de una ciudad populosa y rica por sus manufacturas y comercio.

Despues de la toma de Dunkerque, acaecida en julio de 1583, llevó Alejandro sus armas á la plaza de Newport, que se entregó tambien sin mucha resistencia. Con igual rapidez cayeron en sus manos las de Berghen, San Vinoe, Dismunda y Menin, mientras que Juan Bautista de Tassis, teniente de Francisco Verdugo, se apoderaba de la de Zutphen, una de las mas considerables del Norte de los Paises-Bajos.

A pesar de lo favorable que se presentaba la fortuna al príncipe de Parma, le aquejaban siempre los apuros de dinero, y ademas le faltaban fuerzas para llevar adelante sus conquistas con la rapidez que le era necesaria. Volvió pues á suplicar al rey, al mismo tiempo que le daba comunicacion y el parabien por las ventajas de sus armas, que le enviase cuanto mas antes abundantes refuerzos de dinero y tropas; pues el número de estas últimas se iba debilitando con las guarniciones que tenia que dejar en las plazas conquistadas, hasta el punto de no tener mas que seis mil hombres para un dia de batalla; que nunca se ofreceria para el rey ocasion mas favorable de recobrar de una vez su autoridad en Flandes, hallándose ausente el duque de Anjou, mortalmente enemistados los franceses y flamencos, y blanco de muchas acusaciones y sospechas al mismo príncipe de Orange; que solo cayendo sobre todos los puntos con una fuerza formidable, se apagaria de una vez el fuego de la insurreccion, en lugar de que obrando con lentitud, se renovarian cuando menos se pensase las hostilidades.

Mientras llegaba la respuesta del rey, siguió Alejandro el curso de las operaciones, y con objeto de tomar la plaza de Iprés, levantó un fuerte en frente de la ciudad, que la privaba de sus comunicaciones y socorros que pudiese recibir de Brujas y de Gante. Despues se hizo dueño del punto de Echeloo, de Sas de Gante, de Gwaes, de Ritemunda, de Acsel, de Hulzt y otros puntos poco importantes, y por fin, de la de Aloste, que pasaba por la primer ciudad de la provincia de Flandes, y que le entregaron los ingleses, quejosos de que no los pagaban los Estados.

Despues de la toma de estas plazas, volvió á Tournay el príncipe de Parma. Aquí recibió la contestacion del rey, en que le decia de su puño, que habiéndose concluido ya la guerra de Portugal y de las islas Terceras, enviaba á Flandes toda la infantería española, distribuida en tres tercios, que ascendian á seis mil y quinientos hom

bres. En cuanto á dinero, le hacia ver que habia mandado depositar en el castillo de Milan un millon de escudos de oro, de los que se le enviáran inmediatamente trescientos mil para que los gastase como mejor le pareciese. Que los otros setecientos mil se irian sacando mensualmente ciento cincuenta mil para las pagas del ejército. Concluia la carta, mandando al príncipe de Parma no dejase de enviar algun socorro á los habitantes de Colonia, que estaban á la sazon en guerra contra su antiguo arzobispo, Gerardo de Truschen, expelido de sus muros. Y como el príncipe de Parma cumplió inmediatamente este encargo del rey, daremos por via de episodio una idea sucinta del motivo que habia encendido la guerra civil en el territorio y arzobispado de Colonia.

Ocurrió á Gerardo de Truschen, arzobispo y elector de Colonia, la fatalidad de enamorarse de una canóniga ó canonesa, llamada Inés de Mansfeld, dama de peregrina hermosura, quien al parecer no se mostró insensible á los obsequios del prelado. Llegó la intimidad de estas dos personas á ser objeto de escándalos en el pais, y el amor del arzobispo á términos, de que olvidándose de sus órdenes sagradas y de su carácter de príncipe y prelado católico, resolvió casarse con su dama. Segun algunos, se vió obligado á dar este paso por los parientes de la señora, como una justa reparacion de los perjuicios que habia sufrido su honor con tan estrechas relaciones. Fué celebrado el matrimonio con solemnidad, en Bonna, ciudad del Electorado, y les echó la bendicion nupcial un sacerdote calvinista. Entendieron los católicos que equivalia esta conducta de Truschen á una renuncia indirecta de su dignidad de arzobispo y elector; mas los príncipes protestantes que habian influido en dicho matrimonio, se empeñaron en que permaneciese en su silla arzobispal, separándose de este modo el electorado de Colonia de la comunion romana. Tal vez con este objeto habian fomentado unos amores, de que se escandalizaban los católicos, y aconsejado un matrimonio, que

era en su sentir una manifestacion de guerra abierta.

Pero el senado, el cabildo eclesiástico y el pueblo de Colonia, estuvieron tan lejos de entrar en las miras de los protestantes, que se pronunciaron abiertamente contra el arzobispo, y lo expelieron de sus muros. Se declaró asimismo el emperador Rodulfo contra el príncipe prelado, que se separaba de la comunion católica. El Papa por su parte envió un legado á Colonia, y en virtud de sus informes, excomulgó solemnemente al arzobispo, quien fué depuesto asimismo de su electorado. En seguida se procedió al nombramiento de su sucesor, que recayó en Ernesto de Baviera, hermano del elector y duque de este nombre.

Se suscitó con esto una guerra, en que los intereses religiosos iban envueltos con los mundanos, como tan frecuentemente se veia en todos los conflictos de aquel siglo. Defendieron la causa del arzobispo depuesto los príncipes luteranos, entre los que se contaban el duque de Dos-Puentes, el conde de Salm-Salm, el famoso Juan Casimiro, tan conocido en las guerras de Flandes, y Cárlos Truschen, hermano del arzobispo depuesto, á cuyas banderas acudieron tropas, no solo de Alemania, sino de Flandes, á cargo de Juan de Nassau, hermano del príncipe de Orange, y hasta de Francia, que habian militado con el duque de Anjou, y estaban á cargo de Cárlos de Mansfeld, hermano de la desposada. Por parte del arzobispo nuevo se pusieron tambien tropas en campaña, á las que se reunieron tres mil infantes y quinientos caballos, que bájo las órdenes del conde de Aremberg, enviaba de refuerzo el príncipe de Parma. Pelearon unos y otros con sucesos varios; mas al fin se decidió la fortuna á favor de la parcialidad del nuevo arzobispo, y los de Truschen, despues de haber perdido todos los castillos y plazas fuertes del electorado, se recogieron á Bonna, la sola ciudad que les restaba. Era gobernador de esta plaza Cárlos Truschen, hermano del arzobispo; y aunque trató al principio de hacerse fuerte, fué preso por la misma

guarnicion, que abrió las puertas á las tropas de Baviera. Quedó pues triunfante la causa del arzobispo nuevo, y el depuesto abandonó el pais, retirándose á Delft, en Holanda, poniéndose bajo la proteccion del príncipe de Orange.

Fué de corta duracion esta guerra de Colonia, y su resultado de grandísima satisfaccion para el príncipe de Parma; pues á terminarse de otro modo, hubiesen los príncipes luteranos vencedores aprovechado la ocasion de enviar refuerzos á los confederados. Continuó, pues, el príncipe la guerra con toda su actividad acostumbrada. Era su principal objeto apoderarse de la tres plazas de Iprés, Brujas y Gante, que pasaban por las mas fuertes de los Paises-Bajos, para caer despues sobre Amberes, punto principal á que se encaminaban sus operaciones. Mas no hallándose con fuerzas suficientes para ponerles á la vez un sitio formal, trató de interceptar sus comunicaciones, de privarles de recibir víveres, construyendo fuertes de campaña á sus inmediaciones, haciéndose dueños de los canales y rios por donde se transportaban los géneros de su comercio. Por aquel tiempo recibió mas refuerzos de Italia, que incorporó á los tercios de esta nacion, y así se vió con medios mas eficaces de llevar adelante sus designios.

Se hallaba en grande apuro la ciudad de Iprés, delante de la que habia construido el punto fuerte que la dominaba, y que ya hemos mencionado. Poco despues cayó en sus manos un convoy de víveres y municiones que mandaban á dicha plaza los de Brujas, habiendo derrotado á quinientos hombres que le custodiaban. De este modo se aumentaron los apuros de Iprés, y quedaron los de Brujas sin gran parte de las tropas que la guarnecian.

Con el sistema de bloqueo, adoptado por el príncipe de Parma, sufria Iprés los horrores del hambre, creciendo tanto los apuros, que abrió sus puertas á los españoles, reconociendo la autoridad del rey, con facultad de crear magistrados á su arbitrio. Las tropas de la guar-

nicion tuvieron permiso de salir sin armas, sin banderas, ceñidas solamente las espadas, prestando antes juramento de no tomar nunca las armas contra el rey de España. A muy pocos dias despues se rindieron casi con las mismas condiciones los de Brujas. Se capituló entre otras cosas, que se tolerarian los calvinistas por un cierto tiempo, con tal que viviesen sin causar molestia á nadie, dejando al arbitrio del rey el arreglar definitivamente este negocio.

A pesar de hallarse los de Gante casi en los mismos apuros que los de Iprés y Brujas, no daban indicios de seguir su ejemplo. Ya habia enviado la ciudad comisionados al general español que se hallaba en Tournay, para arreglar las condiciones de la entrega; mas se habian roto las negociaciones por la influencia superior que ejercia en la plaza la parcialidad contraria á la del rey, dirigida por el príncipe de Orange. Sin embargo, la entrega de dos plazas tan principales como Brujas é Iprés, era un negocio de demasiada consideracion para no causar recelos é inquietudes sérias á los confederados. En vista de la actividad y talentos desplegada por el príncipe de Parma, tuvieron que pensar sériamente en su propia posicion, que comenzaba á ser crítica y sumamente peligrosa. Sirvió esto de motivo al príncipe de Orange para hacer ver á los Estados la necesidad de reconciliarse con el príncipe francés, cuyas imprudencias habian sido tan fatales para él y para ellos. Dieron los Estados oidos á la proposicion, y enviaron al duque de Anjou comisionados con objeto de anudar los vínculos de amistad que se habian roto. Mas se habia tomado muy tarde esta medida, por la muerte de dicho personaje, acaecida en aquel mismo tiempo, segun unos de enfermedad natural producida por la melancolía y el despecho, y segun otros, cuya opinion es menos verosímil, á impulsos de un veneno.

Dejó este jóven príncipe pocos motivos de hacer recomendable su memoria. Sin talento, sin capacidad, sin mas resortes de accion que una inquietud natural que sin cesar le devoraba, fué casi siempre instrumento de in-

trigas ajenas, á pesar de que sus inmensos bienes y posicion social debian de constituirle en jefe de partido. De que estaba dotado de ambicion, dá testimonio toda su conducta; mas sin conocimiento de los hombres y su propia situacion, incurrió en muy notables desaciertos. De poca sinceridad, de ninguna buena fé, se mostró digno hijo de Catalina de Médicis, digno hermano de los tres príncipes que consecutivamente ocuparon el trono de Francia. Educado en la religion católica, se unió no pocas veces con los calvinistas; heredero de Enrique III, y por lo mismo su aliado natural, le causó mil disgustos y le suscitó embarazos de que debia resentirse él mismo si alguna vez llegaba á la corona. Aceptó el gobierno de los Paises-Bajos sin penetrarse de los compromisos en que se ponia. Atentó á las libertades del pais, desconociendo que si el pais peleaba desde tantos años, era justamente en obsequio de estas libertades. No es extraño que el recuerdo de estas faltas emponzoñase su existencia, y que viéndose aborrecido en Flandes, poco considerado de su hermano, y sin los auxilios de los que habian sido sus aliados, se abandonase al despecho que conduce muchas veces á la desesperacion y es síntoma de muerte. Con la de este príncipe solo quedaba un varon de la casa de Valois, y este era Enrique III, cuya sucesion, por falta de hijos, pasaba á Enrique de Navarra, calvinista. Así fué este un acontecimiento importantísimo para los jefes de la santa liga, sobre todo para el rey de España, que en esta asociacion por medios tan poderosos influia.

Fué seguida la muerte del duque de Anjou de otra mucho mas importante para los Paises-Bajos. El príncipe de Orange, objeto de tanto horror para los católicos, proscrito por el rey de España, blanco de las muchas asechanzas que tan fatal decreto producia, pereció por fin en Delft, víctima de un asesino. Cuatro diferentes y por separado meditaban á un tiempo dicha empresa; mas cupo la horrible distincion de ejecutarla á un

tal Baltasar Gerard, natural de Borgoña ó del Franco Condado, quien habiéndose introducido en su casa con pretexto de entregarle cartas del duque de Anjou, disparó á traicion al príncipe un pistoletazo, que le dejó muerto en el instante. Tomó inmediatamente la fuga el asesino; mas fué cogido é interrogado con el auxilio del tormento. Declaró que habia comunicado el proyecto de matar al príncipe, á su confesor, á dos jesuitas, al conde de Mansfeld y al príncipe de Parma; mas nada le pudieron arrancar acerca de los cómplices en la perpetracion del acto, manifestando siempre que no tenia ninguno, y no habia obrado con otro motivo que el de vengar la religion católica de los agravios recibidos por el príncipe de Orange. Persistiendo en la misma negativa, sufrió los horrores del suplicio, en que fué descuartizado vivo. Se hallaba el asesino en la flor de su edad, y aunque es probable no estuviese solo en la trama, tampoco es imposible que el fanatismo religioso, tan comun en aquella época, le hubiese arrastrado á una accion que no solo él, sino los católicos ardientes, tuvieron por altamente meritoria.

Así pereció á la edad de cincuenta y dos años Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, el enemigo mayor, ó á lo menos el mas odiado por el rey de España. Pocos hombres fueron juzgados mas diversamente entonces y aun despues por los historiadores; y no podia ser otra cosa, en vista de la pugna de opiniones y el encarnizamiento con que cada partido político ó religioso trataba á sus antagonistas. Como rebelde, como ingrato, como fautor de la heregía, como hombre de astucia diabólica, debió de ser tratado por los católicos adictos á la parcialidad del rey de España; mientras los protestantes, los que tomaban tanto interés en la revolucion de los Paises-Bajos, le pintan como eminente patriota, como político consumado, como defensor y mártir de las libertades de su pais, como uno de los grandes apóstoles de la verdadera religion evangélica, cuyos principios desconocian los católicos.

Examinando bien estos dos cuadros y despojando los hechos del espíritu de parcialidad, no es difícil reducirlos á sus justas proporciones. Que el príncipe de Orange fué un hombre sagaz, político, entendido, justo apreciador de las circunstancias que le rodeaban, conocedor en fin de los hombres y de las cosas, no puede estar sujeto á duda. Ninguno sabia sacar mejor partido de las faltas de sus enemigos; en los desaciertos políticos del rey de España ó de sus agentes en el gobierno de los Paises-Bajos, encontró un campo fecundo en todo género de hostilidades. En los verdaderos motivos que le impulsaron á declararse en guerra con el rey, no necesitamos internarnos; mas es un hecho, que cualesquiera que hubiesen sido, sirvió á una causa popular, altamente patriótica, que debia arrastrar en pos de él los ánimos de la muchedumbre. El fué el primer impulsador de un alzamiento que ocupa un lugar distinguido en la historia del siglo XVI, y desde el primer acto de su hostilidad, disfrazada entonces bajo el velo del obsequio, hasta el fin de sus dias, no perdonó ocasion ni medio, ni dejó de trabajar un solo instante por llevar á su término la grande obra comenzada. Hombre ya eminente por sus riquezas y prosapia, magnífico, generoso, muy popular en medio de su cualidad de taciturno, activo y perseverante, atento, cualquiera que fuese su ambicion, á manifestar que no era el móvil principal de su conducta, tenia todas las cualidades necesarias para ser un gran jefe de partido. Aunque el todo de los Paises-Bajos no sacudió la dominacion del rey de España, cupo al príncipe de Orange la gloria de ser el fundador de la república de las Provincias Unidas, ó de Holanda, del nombre de una de ellas, y de que sus descendientes rigiesen con muy pocas interrupciones los destinos del pais, contándose entre ellos el que actualmente le gobierna con el nombre de rey de los Paises-Bajos. Por lo demas, si el príncipe de Orange ocupa tan alto puesto en la historia como hábil político, como grande hombre de Estado,

como activo gobernante, no nos parece que como hombre de guerra, como capitan, tiene derechos á un en tulo muy distinguido. En las dos entradas que hizo tí- los Paises-Bajos, quedó totalmente eclipsada su estrella por la del duque de Alba. Desde entonces no le vemos al frente de los ejércitos, ni concurrir con su persona á ninguno de los infinitos choques que en campo raso ó con motivo de sitios de plaza se trabaron entre las armas de España y las de los confederados. Ni en el gobierno de don Luis de Requesens, ni con don Juan de Austria que dió batallas en persona, ni con el príncipe de Parma, que dirigia tantas operaciones de sitio, se midió nunca el príncipe de Orange. Sin querer, pues, defraudar su reputacion militar, debemos pensar que fué inferior, y tal vez lo reconocia él mismo, á los capitanes ya citados.

A proporcion que fué celebrada la muerte del príncipe de Orange por la parcialidad de España, causó un profundo dolor y cubrió verdaderamente de luto á los confederados. Se celebraron sus exequias con toda pompa y solemnidad en Delft y en todos los pueblos considerables de la Holanda. En medio de su afliccion tuvieron los Estados el consuelo de que Mauricio, hijo segundo del difunto (pues el primero estaba preso en España), jóven de diez y nueve años, daba esperanzas de seguir las huellas de su padre. Así lo acreditó con el tiempo el príncipe Mauricio, desplegando igual actividad, igual genio en política, igual conocimiento de las cosas y de los hombres. Le invistieron los Estados con el gobierno de las provincias regidas antes por su padre, nombrándole al conde de Holach por su principal director y consejero.

Privados los Estados de Flandes del duque de Anjou y del príncipe de Orange, amenazados de perder sus principales fortalezas por la habilidad que desplegaba el de Parma, se vieron envueltos en terribles embarazos. Se abrió con esto nuevo campo á los agen-

tes de España para proponer vias de avenencia y conciliacion con su antiguo soberano; mas se habian contraido demasiado grandes compromisos para que se pensase con sinceridad en semejante arreglo. Volvieron de nuevo sus ojos los confederados hácia Francia, y enviaron una solemne embajada á Enrique III, solicitando su proteccion y auxilios, ofreciéndole recibirle y reconocerle por señor con ciertas condiciones. Era tentadora la proposicion, y no podia menos de halagar á Catalina de Médicis y aun á su hijo, que no ignoraba la guerra sorda que le estaba haciendo el rey de España. Mas dominaban en el Consejo los jefes de la liga, tan estrechamente unidos á este último, é hicieron ver á Enrique III los graves peligros á que expondria el pais aceptando una soberanía que le acarrearia mil gastos sin utilidad alguna. Vaciló el rey como lo tenia de costumbre, y no siendo en realidad el mas fuerte, cedió á influencias extranjeras, dando una negativa formal á las proposiciones que le hacian los de Flandes. Con este motivo se vieron éstos en necesidad de buscar otro protector y auxiliador, que hallaron al fin en la persona de la reina de Inglaterra. Mas antes de pasar á este nuevo órden de cosas en los Paises-Bajos, necesario será que retrocedamos algo y nos ocupemos en los asuntos de Portugal, de tanta importancia y bulto en la historia que escribimos.

CAPITULO LIII.

Asuntos de Portugal.--Muerte de don Juan III.--Regencia del cardenal don Enrique.--Carácter é inclinaciones del rey don Sebastian.--Toma las riendas del gobierno.--Su primera expedicion al Africa.--Vuelve á Lisboa.--Hace preparativos para una nueva empresa.--Se declara protector del emperador destronado de Marruecos.--Su entrevista en Guadalupe con el rey de España.--Se embarca con su ejército.--Llega á Cádiz y de aquí á las costas de Africa.--Plan desacertado de campaña.--Batalla de Alcazarquivir.--Total derrota del ejército portugués.--Muere en el campo de batalla el rey don Sebastian.--Pormenores de la pérdida.--Traslacion del cadáver de don Sebastian á Lisboa (1).

1557—1578.

PARTICULARIDAD es de grande consideracion en la historia de Felipe II, que habiendo heredado de su padre la monarquía mas vasta entonces de la Europa, hiciese adquisicion de otra, que si no muy grande por su territorio de esta parte de los mares, formaba por sus ricas posesiones de la otra una de las principales potencias en el orbe culto. Se vé que hablamos de Portugal, cuya historia, en todos tiempos tan enlazada con la nuestra, se puede considerar como la misma en lo que nos resta del reinado que escribimos.

A la muerte de don Manuel, ocurrida en 1521, subió al trono su hijo don Juan III, hermano de la emperatriz Isabel, y casado con Catalina de Austria, hermana de Cárlos V. Los historiadores hacen todos mencion muy buena de este príncipe por su amor á la justicia y capacidad en materias de gobierno. Se hallaba entonces en un estado de brillo y de grandeza por sus vastas posesiones de Africa y Asia, que daban al comercio y á la

---

(1) Herrera, Historia de Portugal. Cabrera, vida de Felipe II. Ferreras, Historia general de España. La Clede, Historia de Portugal. Mello, id. Vasconcelos, Anacenphalceosis.

navegacion tan gran fomento; mas de esta materia trataremos en su lugar correspondiente. Bajo el reinado de don Juan III se introdujo la inquisicion en Portugal por las artes de un impostor que se dijo nuncio de Su Santidad con poderes para ello.

Murió este monarca en 1557, dejando la corona de Portugal á su nieto don Sebastian, de edad solo de tres años. Habia estado casado el padre de este príncipe é hijo de don Juan, con la princesa doña Juana, hermana de Felipe II; y como la primera mujer de don Felipe, doña María, habia sido hija de don Juan, era el rey de España tio doble del rey niño. Estos enlaces tan frecuentes entre las casas de uno y otro reino, dieron lugar á sucesos de muchísima importancia, segun veremos luego.

Quedó encargada de la regencia de Portugal la reina viuda doña Catalina; mas por la retirada total de esta princesa de los negocios del mundo, hizo renuncia y pasó á manos del cardenal don Enrique, hermano de don Juan y de todos los hijos de don Manuel, el solo que restaba. La administracion de ambos fué bastante feliz, y en sus manos no perdió Portugal nada del lustre y consideracion pública que bajo los dos reinados anteriores disfrutaba.

Mostró el rey don Sebastian desde sus mas tiernos años vivo ingenio, entendimiento claro, deseos de instruirse y de gobernar con arreglo á leyes y á justicia; mas entre todas estas cualidades se distinguia un gusto por la profesion militar, que con el tiempo llegó á ser pasion desenfrenada. No fermentaban en la cabeza del jóven Sebastian mas que imágenes de guerras contra moros, excitándose su ardiente fantasía con los recuerdos de las proezas de los portugueses en las costas de Africa en el siglo anterior y en tiempo mas reciente. No poseia ya el Portugal de todas sus conquistas en esta parte, mas que las tres plazas de Ceuta, Mozagan y Tánger. Con la reunion de los cuatro Estados de Fez, Tremecen, Suz y Marruecos, se acababa de formar en aquellas regiones un imperio formidable. Habian sido sitiadas con notable

pérdida y matanza de los sitiadores, por las tropas del emperador Muley-Abdalla, las plazas de Mozagan y Tánger (1565), y el rey de Portugal, no siendo entonces de mas edad que la de once años, comenzó á anunciar el proyecto de pasar al Africa y restablecer allí la dominacion de las armas portuguesas. No faltaron en su córte consejeros hábiles, hombres de prudencia, que espantados de las consecuencias para el reino de tan funesta propension, trataron de inspirar al rey sentimientos pacíficos; pero fueron mas los cortesanos que se decidieron á halagarla por espíritu de adulacion ó de partido.

Desde que llegó el rey á la edad de catorce años, término de su minoría, no se ocupó mas que de la guerra de Africa, sueño de casi toda su existencia. Ni los consejos, ni las representaciones de los bien intencionados, pudieron desviarle de una idea tan perjudicial al reino como en sí misma extravagante. A la organizacion, á la instruccion de su pequeño ejército, á la lectura de las expediciones que habian cubierto de gloria el nombre portugués, se consagraban casi todos los momentos de su vida. Para ensayarse en la profesion militar, para examinar de cerca el pais que iba á ser teatro de su gloria, proyectó una expedicion al Africa, y seguido de solos mil quinientos hombres, se embarcó en 1574 en medio de las lamentaciones del pueblo, de las lágrimas de su tio y de su abuela, que no le pudieron disuadir de su proyecto. Desembarcado en Tánger, recorria sus inmediaciones con la misma confianza que si estuviese en Portugal, cuando percibiéndolo los moros le atacaron de sorpresa con fuerzas superiores. Fué el encuentro muy sangriento, y aunque los enemigos quedaron al fin desbaratados, no debió don Sebastian su salvacion mas que á su valor desesperado y temerario. Este accidente, que debia de hacerle entrar en sí, no hizo mas que confirmarle en su resolucion de empeñarse en otra tentativa mas en grande, y de cuyos preparativos comenzó á ocuparse desde su regreso á sus Estados.

Dió nuevos estímulos á las miras ambiciosas de don Sebastian la guerra civil encendida entonces en Marruecos. Por la muerte del emperador Muley-Abdalla, habia subido al trono su hijo Muley-Hamet, en perjuicio de sus tios, hermanos del difunto, llamados á la sucesion por las leyes del pais, con preferencia á su sobrino. Uno de ellos, llamado Abdel-Muley-Moluc, despues de haber errado prófugo por varias córtes de Africa, se hizo al fin con un ejército, al frente del cual volvió á Marruecos á vindicar sus derechos usurpados. Decidió la cuestion una batalla en que fué el sobrino derrotado y compelido á huir, dejando á Muley-Moluc en la posesion del trono. Recurrió el fugitivo emperador á varios príncipes de la cristiandad, ofreciéndoles vasallaje si le daban medios para volver á sus Estados. Fué uno de ellos el rey de España; mas éste se negó á entrar en tratados con el moro. Habia entonces entablado Felipe II negociaciones con Abdel-Moluc, con el fin de evitar que éste coadyuvase con sus fuerzas á los designios del nuevo sultan Amurates III, hijo de Selim II, deseoso de arrancar las plazas de Oran y Mazalquivir de la dominacion del rey católico. Por otra parte le parecieron muy débiles los recursos con que contaba Muley-Hamet, y no quiso por lo mismo aventurar en una expedicion que le ofrecia pocas ventajas, las tropas y recursos que tanto necesitaba en otra parte.

Dió oidos don Sebastian á lo que desechaba el rey de España, ofreciendo á Muley-Hamet restituirle lo perdido, bajo las mismas condiciones, y desde aquel instante se entregó de nuevo á sus sueños de victorias y conquistas, lisonjeándose tal vez de plantar los pendones de Portugal sobre los muros de Constantinopla. Le halagaban los embajadores de Muley-Hamet con la idea de que inmediatamente que desembarcase en Africa se le abririan las puertas de Arcilla, una de las plazas mas fuertes de la costa, donde podria establecer la base de sus operaciones.

A los vastos designios de don Sebastian, correspon-

dian poquísimo sus medios. Estaba el pais exhausto con las guerras anteriores, y la grandeza de Portugal tenia mas de brillante que de sólida. Con cortas fuerzas y medios pecuniarios muy escasos, apeló el rey á contribuciones extraordinarias, que se recaudaron con tanta mas dificultad, cuanto que era muy impopular en el reino la expedicion que meditaba. Viendo que á pesar de sus esfuerzos no podia allegar fuerzas adecuadas á la empresa, acudió Sebastian á su tio el rey de España; y para tratar con mas extension de este negocio, hizo un viaje á Guadalupe, en Extremadura, adonde le habia citado Felipe II á instancias suyas. Se verificó la reunion á últimos del año 1577; y aunque el monarca portugués fué bien recibido por el español y tratado con las consideraciones debidas á su clase y tan estrecho parentesco, no produjeron para él las conferencias el resultado que esperaba. No solo se manifestó contrario el rey de España á la idea de tomar parte en el negocio y concurrir á los gastos de semejante expedicion, sino que trató de disuadirle de una guerra que no podria ocasionarle mas que gastos y desastres, sin ninguna sólida ventaja. En caso de que se obstinase en llevarla á cabo, le aconsejó al menos que no la mandase en persona; y si aun se empeñaba en ello, que por ningun motivo se alejase de la costa. Hay historiadores que atribuyen á Felipe II un lenguaje diferente, suponiendo que aconsejó á don Sebastian la expedicion, con las miras de sucederle en la corona en caso de un desastre. Sin tratar de sondar las intenciones, es un hecho que le aconsejó como un buen pariente, como un hombre cuerdo y experimentado. Mas ni estos consejos, ni las súplicas de don Enrique, ni las amonestaciones de sus consejeros, ni la consternacion del pais, que ya lamentaba los desastres de la expedicion, hicieron desistir á don Sebastian de su proyecto. Viendo Felipe II que nada le hacia fuerza, le prometió un cuerpo de cinco mil hombres, y aun se encargó de enviar una persona entendida y de confianza, á fin de que explorase en las costas

de Africa el verdadero estado de las cosas. Este viaje tuvo efecto, mas se redujeron á dos mil los cinco mil hombres prometidos, por las noticias que tuvo el rey de la necesidad de enviar nuevos refuerzos á los Paises-Bajos.

Despues de haber completado los preparativos ó los que él reputaba como tales, y formado un Consejo de regencia, por no haber querido encargarse de ella don Enrique, se embarcó don Sebastian en junio de 1578 con la expedicion, compuesta de nueve mil portugueses, dos mil españoles, tres mil alemanes, seiscientos italianos, en todo quince mil hombres, con doce piezas de campaña. A los inconvenientes de tan pequeño ejército, se agregaba el de la escasez de los caballos, que no pasaban de mil y ochocientos, habiéndose embarcado sin ellos una gran parte de los jefes principales.

Estaba nombrado capitan general del ejército don Luis de Ataide; capitan general de la armada don Diego Sosa, y capitan de los caballeros aventureros que seguian al ejército, don Cristóbal Tabora. Entre los principales personajes que acompañaban al rey, se encontraban don Federico, hijo del duque de Braganza, y don Antonio, prior de Crato, que con el tiempo hizo tan gran papel en la historia de este reino.

Llegó la expedicion en el curso del mismo mes á Cádiz, donde fué recibido el rey con todo aparato y solemnidad por su gobernador don Alonso Perez de Guzman el Bueno, sexto duque de Medinasidonia. Le rogó este personaje á nombre del rey, que no pasase adelante y que esperase allí el resultado de la campaña, encomendándola al general en jefe. A este consejo no quiso dar oidos el rey don Sebastian, creyéndose lastimado en su amor propio, y se volvió á embarcar, embriagado mas que nunca con la ilusion de restablecer con un puñado de gente á Muley-Hamet sobre el trono de Marruecos.

Desembarcó la expedicion entre Tánger y Arcilla, sin que don Sebastian tuviese formado un plan de sus movi-

mientos ulteriores. De Tánger salió á recibirle el emperador desposeido Muley-Hamet, llevándole de auxilio cuatrocientos moros, y los dos monarcas se dirigieron á la plaza de Arcilla, á cuyas fortificaciones añadió don Sebastian reparos nuevos. Despues de quince dias de irresolucion, en que consumieron la mayor parte de sus provisiones, determinó el rey comenzar la campaña por la toma de la plaza de Larache; mas en lugar de hacer la expedicion por mar, como el buen sentido se lo aconsejaba, decidió ir por tierra, teniendo que atravesar en lo mas fuerte del estío un pais árido, arenoso, que no le ofrecia agua ni recursos de ninguna especie. En vano los capitanes mas prudentes y el mismo Muley-Hamet se esforzaron en hacerle ver lo desatinado y hasta peligrosísimo de semejante expedicion, habiendo ejercido mas imperio en su ánimo las insinuaciones de algunos, que conocedores del carácter del rey, le hicieron ver que hallándose ya los enemigos á la vista, seria reputada esta expedicion marítima como una fuga, ó al menos retirada.

No habia estado dormido mientras tanto Abdel-Muley-Moluc, emperador reinante de Marruecos, contra el que don Sebastian tan pocas fuerzas desplegaba. Los historiadores convienen en alabar mucho la actividad y genio militar de este monarca. Como no habia ofendido en nada al rey don Sebastian, se admiró mucho que se declarase su enemigo y aspirase á destronarle. Aun dió con él pasos de avenencia, ofreciéndole algunas plazas, con la condicion de que abandonase la causa del sobrino. Cuando supo que eran todos infructuosos, y que el rey de Portugal se obstinaba en llevar adelante su designio, escribió á los deyes, sus aliados, y tomó todas las medidas necesarias para sacar á campaña el mayor número de tropas posible, á cuya cabeza se puso en persona, aunque conducido en litera, hallándose aquejado por una grave enfermedad que le tenia á las puertas del sepulcro. Se componia su ejército de treinta y seis mil caballos, entre los que se hallaban dos mil con arcabuces, siete mil in-

fantes, todos arcabuceros, y treinta y cuatro piezas de campaña, sin contar con una porcion de tropas irregulares árabes que igualmente le seguian. Con toda esta gente caminó hácia Arcilla, observando los movimientos de los portugueses. Sabedor de la desacertada jornada que estos emprendian, envió tres mil hombres para ocupar un vado por donde tenian que pasar el rio Larache; y los portugueses, destituidos de este recurso, creyendo haber encontrado otro, se hallaron con la novedad de que estaba intransitable. En aquel conflicto, sin poder pasar adelante, sin poder ni querer retroceder, hallándose sin víveres, no se presentó mas recurso que el desesperado de dar batalla al moro, que se hallaba con fuerzas tan superiores á las portuguesas. El 4 de agosto del mismo año, en un sitio llamado Alcazarquivir, tuvo lugar esta refriega, una de las mas desastrosas que están consignadas en la historia. Arengó á sus tropas Sebastian: mandó que se llegasen á su litera el emperador marroquí los principales jefes del ejército, y les recomendó que peleasen con valor por la causa de la fé de Mahoma, y obtuviesen á toda costa una victoria, ya de ningun provecho para él, hallándose tan próximo á la muerte. A su hermano Muley-Hamet que le acompañaba en la expedicion, y tenia el mando de la caballería, hizo aparte el mismo encargo, amenazándole en nombre del profeta con que le haria cortar el cuello á la primera señal que diese de cobardía ó negligencia.

Se componia la vanguardia del ejército portugués de tres escuadrones de infantería: en el costado izquierdo los castellanos mandados por don Alonso de Aguilar; á la derecha los alemanes por el coronel Talver, y en el medio los aventureros portugueses al cargo de Cristóbal de Tabora. Componian el cuerpo de batalla los tercios de infantería portuguesa mandados por don Miguel de Noroña y Basco de Silveira, y la retaguardia otros dos tercios de la misma nacion al cargo de Diego Lopez Siquera y Francisco de Tabora. Iban los tres cuerpos flan-

queados por mangas de arcabuceros de todas naciones, y la caballería formaba dos alas en el cuerpo de vanguardia. El rey, que hacia veces de maestre de campo general y de general en jefe, pues todo lo disponia por sí mismo, marchaba en el cuerpo de batalla, llevando á su lado á Muley-Hamet, seguido de sus cuatrocientos moros. Los bagajes iban protegidos por la caballería, y las piezas de campaña en los huecos que dejaban los tres cuerpos ó trozos del ejército.

Tomó Abdel-Moluc las disposiciones que la situacion le sugeria, dando á su línea de batalla una forma semicircular con el objeto de envolver á los contrarios. Los portugueses no aparentaron arredrarse con tal disposicion, y se prepararon para la batalla como cumplia á soldados tan valientes. Comenzó la accion por descargas de artillería de una y otra parte; mas como la de los moros era tan superior, no quiso don Sebastian exponer á los suyos á un desórden manteniéndose parados, y mandó que la vanguardia atacase la línea de los moros. Se desordenaron estos en el acto, y aunque Muley-Moluc envió la órden de que los reforzasen, no pudieron á su vez romper la línea de los portugueses. Mientras se combatia aquí con gran ventaja de estos, se corrieron los moros por los dos flancos, y atacaron la retaguardia que fué desordenada. En aquellas llanuras, en aquella estacion, en aquel clima, no era dado á la infantería portuguesa, aunque superior, resistir el ímpetu de tantos caballos que por todas partes sobre sus filas se arrojaban. Eran precisas otras disposiciones, y para tomarlas un hombre de mas capacidad ó de mas genio. Quedó derrotada la retaguardia portuguesa; se fué destrozando poco á poco toda la vanguardia, en medio de grandes esfuerzos de valor, abrumada bajo la superioridad del número. Se movió entonces don Sebastian al frente del cuerpo de batalla, resuelto á vender cara su vida, y ya que no á vencer, á salvar los restos de su ejército. De que hizo heróicos esfuerzos de valor, dan testimonio su carácter y

el arrojo que habia ya desplegado. En varias partes se le vió combatir ya á caballo, ya á pié, pues tuvo dos muertos durante la refriega. Llevaron al principio lo mejor los portugueses, arrollando las líneas enemigas; mas acosados al fin en todos sentidos por tantos de á caballo, cupo al cuerpo del ejército la misma suerte que á los anteriores. Se introdujo el desórden en las filas; al desórden siguió la derrota, acompañada de la mortandad, y en medio de increibles esfuerzos aislados de valor, de la confusion, de los gritos feroces, de todas las escenas de horror que abraza la imaginacion, mas no pueden describirse, se iban cubriendo los campos, ó por mejor decir aquellos arenales abrasados, de cadáveres. Pocas batallas tuvieron un fin tan desastroso. De los quince mil hombres á que ascendia, sobre poco mas ó menos, el ejército portugués, todos quedaron muertos ó cautivos, á excepcion de cuarenta y cinco hombres que llevaron á la plaza de Ceuta la noticia del desastre. Fué mayor que el de los muertos el número de los cautivos; el botin inmenso, pues el rey y los nobles portugueses se habian esmerado en presentarse con todo el lujo y magnificencia posibles en aquel pais que consideraban como de glorias y conquistas.

En medio de los desastres que hacen tan memorable esta jornada de Alcazarquivir, contribuye á su celebridad la circunstancia de haber ocurrido en ella la muerte de tres reyes. El emperador Muley-Moluc, al querer pasar de su litera á un caballo por creer en mal estado la batalla, se desmayó con el esfuerzo; y aunque volvió en sí, espiró pocos momentos despues, poniendo un dedo en la boca, dando á entender á los que le rodeaban que no lo divulgasen. Manifiesta bien este rasgo, aunque parece tan sencillo, el temple de alma de un emperador, que á la orilla de su tumba con tan sangre fria tomaba las disposiciones de batalla semejante. Fué la órden obedecida, y tan guardado el secreto de su muerte durante la refriega, que los principales oficiales de su comitiva

continuaban acompañando la litera, inclinándose á veces, en actitud de hablar con él y recibir alguna órden. El pretendiente ó mas bien desposeido Muley-Hamet, murió en la retirada al querer pasar un vado. De la muerte del rey de Portugal se dudó mucho entonces; y una prueba de que no fué creida generalmente en el pais, es que muchos impostores se presentaron con su nombre. Segun unos murió peleando, haciendo prodigios de valor, suerte que ya habia cabido á cuantos le rodeaban. Dijeron otros que habia sido hecho prisionero y que le habia dado muerte un jefe moro, al ver que se habia suscitado una contienda sobre quién se habia de llevar tan rica presa. Mas es lo cierto que á los dos dias despues fué descubierto de entre un monton de cadáveres el suyo, y aunque ya desnudo, reconocido por sus sirvientes y otros caballeros cautivos, que dieron este testimonio con sus lágrimas. Conservó con cuidado este cadáver el nuevo emperador, hermano de Muley-Moluc, y sin ningun rescate le entregó á un comisionado del rey de España, quien mandó se depositase en Ceuta. De aquí se le trasladó á Lisboa, donde á pesar de la oscuridad en que estaba envuelto este suceso, no quedaba ya duda de su muerte.

CAPITULO LIV.

Continuacion del anterior.--Resultados de la muerte de don Sebastian.--Subida de don Enrique al trono.--Pretendientes á la sucesion.--El rey de España.--Don Antonio, prior de Crato.--El duque de Braganza.--El duque de Saboya.--Raynuci, príncipe de Parma.--Reunion de las Córtes.--Designacion de los jueces para dirimir la disputa.--Muere don Enrique.--Partidos.--Disturbios.--Reunion de un ejército español en Badajoz.--Llegada de Felipe II á dicha plaza.--Consultas.--Manifiesta el rey sus derechos á la corona de Portugal, y los de valerse de la fuerza si voluntariamente no le reconocen.--Se pronuncia el prior de Crato.--Se apodera de Santarem, Setubal y Lisboa.--Proclamado rey.--Pasa el rey de España revista á sus tropas.--Entrada del ejército en Portugal á las órdenes del duque de Alba.

1578—1580.

LLENÓ de luto á Portugal la derrota desastrosa de su ejército y fatal destino del monarca. Al duelo de la inmensa pérdida, se añadia la consideracion de que habiendo muerto sin hijos el rey don Sebastian, y no pudiendo tenerlos tampoco el cardenal don Enrique, ya rey de Portugal por aquel fallecimiento, iba á ser el pais teatro de intrigas y acaso de revueltas por las disputas sobre la sucesion á la corona. Así sucedió en efecto inmediatamente de subir al trono el nuevo rey, de todos los hijos de don Manuel, el solo que restaba. Los otros habian dejado sucesion; mas presentaban demasiado campo de disputa sus derechos, para esperar que se decidiese la cuestion sin violencias y trastornos.

Para comprender bien las disensiones que ya desde entonces comenzaron á tener lugar, necesitamos tener presente que los hijos de don Manuel en el órden natural, fueron: 1.° don Juan III, su sucesor, casado con doña Catalina, hermana de Cárlos V, padre de doña María, primera mujer de don Felipe, y abuelo de don Sebastian: 2.° doña Isabel, mujer de Cárlos V, madre

de don Felipe: 3.º doña Beatriz, mujer de Cárlos, duque de Saboya: 4.º don Luis, que murió sin mas sucesion que la de un hijo bastardo llamado don Antonio, prior á la sazon de Crato: 5.º don Enrique, cardenal, monarca á la sazon reinante: 6.º don Duarte ó don Eduardo, casado con doña Isabel de Braganza, de quien tuvo dos hijas, la mayor doña María, casada con Alejandro Farnesio de Parma, y la segunda doña Catalina, con don Juan, duque de Braganza.

Los reclamantes ó aspirantes á la sucesion de la corona de Portugal, eran: 1.º Felipe II, como hijo de doña Isabel y marido de doña María, hija de don Juan III: 2.º Manuel Filiberto, duque de Saboya, como hijo de doña Beatriz: 3.º don Antonio, prior de Crato, alegando que el infante don Luis se habia casado realmente con su madre: 4.º Raynuci, príncipe de Parma, hijo de Alejandro Farnesio y de la infanta doña María, primera hija de don Duarte: 5.º Juan, duque de Braganza, casado con doña Catalina, segunda hija de don Duarte. Se puede contar tambien entre el número de los pretendientes á la reina Catalina de Médicis; mas apoyaba sus derechos en razones tan extrañas, que desde luego se reconocieron por de ningun valor, y no se tuvieron en cuenta en las ulteriores conferencias.

Como en Portugal heredan las hembras el trono, aparece á primera vista que el pretendiente á quien asistian mas derechos era el rey de España, por ser su mujer hija de don Juan III, y no haber quedado otra sucesion ni de éste, ni del hijo, ni del nieto. Mas á estos derechos se oponian las Constituciones de Lamego, por las que toda princesa de Portugal que se casaba con un príncipe extranjero, renunciaba en el mismo hecho á todos los derechos á la sucesion del trono. Es evidente que esta provision tenia por objeto impedir que Portugal llegase por medio de enlaces matrimoniales á ser provincia de otro reino, y sobre todo de Castilla. Se hallaban vigentes estas constituciones, y aun màs en el corazon de los portugueses que en

sus códigos. Hacia cerca de dos siglos, que habiendo tenido el rey don Juan I de Castilla pretension de poseer el Portugal como marido de doña Beatriz, única heredera del rey don Fernando, se resistieron á él los portugueses, decidiéndose la cuestion á favor de ellos en la famosa accion de Aljubarrota. Tan popular era entonces la ley de exclusion, que los portugueses prefirieron conferir la corona al bastardo Juan, gran maestre de Avis, á que pasase á la familia de Castilla.

La ley que rechazaba al rey de España, producia el mismo efecto con el duque de Saboya y el príncipe de Parma, por ser ambos extranjeros. Quedaban, pues, don Antonio y el duque de Braganza, que reclamaban como portugueses naturales, y no tenian derechos á trono alguno extraño. Estaba el primero, don Antonio; mas como se tuvieron por documentos falsificados los que exhibió para probar el matrimonio de su madre, se presentaba como legítimo heredero de Portugal el duque de Braganza. Así estaba escrito al menos en las leyes del pais: así lo queria la generalidad, que odiaba el dominio castellano.

Aunque no ignoraba Felipe II estas disposiciones de los ánimos en Portugal, no se descuidó en hacer valer lo que llamaba sus derechos. Eran para él dos rivales insignificantes los príncipes de Parma y de Saboya; de mucha importancia y cuidado don Antonio y el duque de Braganza. Era el primero de los dos objeto de la enemiga del rey don Enrique, quien pronunció ser falsos los documentos que de su legitimidad le presentaba. Indignado éste de la decision, y valiéndose del fuero eclesiástico de que gozaba, apeló á la jurisdiccion del Papa; con cuya conducta se aumentó tanto el disgusto del rey, que le desterró de sus Estados. Las inclinaciones de este príncipe eran hácia el duque de Braganza; mas por política ó por temor, se mostraba igualmente propicio al rey de España.

No habia omitido Felipe II ninguna diligencia para hacer ver sus derechos á la sucesion tan disputada.

Desde el momento de la subida de don Enrique al trono, envió á Lisboa negociadores de su mayor confianza, quienes no escasearon el dinero ni las dádivas, presentando por una parte la perspectiva de la grandeza de Portugal reconociendo la autoridad de un rey tan poderoso, y por el otro los peligros que le amenazaban obligándole á usar del terrible derecho de la fuerza. Mas nada podia vencer la grande repugnancia de los portugueses á recibir por su rey al de Castilla.

En esta diversidad de opiniones y conflicto de intereses, ocurrió á las personas mas influyentes del pais, como medio de cortar de una vez todas las disputas, la idea de que se casase el rey, alegando que no seria difícil obtener para ello una bula de Su Santidad, en vista de la gravedad de aquel asunto de Estado, en que iba envuelto el bienestar del reino. Mas no era el principal obstáculo las órdenes sagradas de que estaba revestido el rey, sino la edad de setenta y cuatro años con que ya frisaba. Al saber Felipe II este nuevo proyecto de los portugueses, envió una solemne embajada á don Enrique, presidida por un fraile de la Orden de Santo Domingo, quien en el tono mas resuelto y con textos de los santos padres é historia eclesiástica, hizo ver al rey la irregularidad y hasta poca decencia del paso que le aconsejaban. No era necesaria ninguna coaccion de esta clase para un rey que entraba en el proyecto de matrimonio con la mas decidida repugnancia. Mas no contribuyó poco este paso de Felipe II para aumentar la animadversion de que era objeto su persona para la generalidad de la nacion portuguesa y para el mismo anciano rey, aunque en la apariencia mostraba disposiciones diferentes. Para dar por de pronto vado á este negocio, y viendo ya su fin cercano, convocó los Estados ó Córtes del reino en Almerin, y dispuso que nombrasen quince personas para escoger de entre ellas otras cinco revestidas de la facultad de nombrar ó designar el legítimo sucesor de la corona.

Las Córtes se reunieron en efecto, y con arreglo á la

disposicion de don Enrique, se nombraron los comisionados; mas la voluntad de estos apareció ser muy diversa de la del cuerpo de diputados. Propendian los últimos á los dos pretendientes portugueses, mientras los primeros estaban en los intereses de la España.

Murió el rey Enrique (enero de 1580), sin haber podido decidir esta gran contienda. Declaró en las últimas horas de su vida la legitimidad de los derechos del duque de Braganza y del rey de España; mas en favor de ninguno de los dos dió su voto decisivo. A su fallecimiento, quedaron interinamente con las riendas del gobierno los cinco nombrados por las córtes, á cuya sentencia debia de arreglarse por el testamento del rey difunto la sucesion de la corona. Tenia el fugitivo don Antonio á su favor á los diputados del reino, y tambien podia contar con la buena voluntad de las córtes de Francia y de Inglaterra, en tan poca armonía entonces con Felipe. Sin embargo, tuvo conferencias con los embajadores de España, prefiriendo una avenencia á luchar abiertamente con un rival tan poderoso. Como condiciones de su renuncia á los derechos de la sucesion, exigió, entre otras cosas, una pension de trescientos mil ducados, la regencia de Portugal por toda su vida, y un estado para su hijo. Rechazó el rey esta proposicion, y como estaba persuadido de que tendria al fin que apelar á la fuerza de las armas, hizo sus preparativos, como convenian á la adquisicion violenta de un reino poderoso, donde las voluntades se le mostraban tan contrarias. Escribió á todos los gobernadores, á todos los señores del pais, para que alistasen inmediatamente cuantas tropas estuviesen en sus medios. Hizo venir de Italia algunos tercios, que se hallaban procedentes de los Paises-Bajos: mandó hacer acopio de armas, allegar víveres y municiones, y poner en estado disponible todas sus galeras. Cuando todos se hallaban en expectacion sobre el jefe á quien confiaria el mando de un ejército, á tan alta empresa destinado, no se quedaron poco sorprendidos, al ver que recaia la elec-

cion en el famoso duque de Alba, en desgracia entonces con el rey, y desterrado de la córte. Mas Felipe II hizo ver en esta como en otras ocasiones su gran tino, aprovechándose de la capacidad de un hábil general, sin tener en cuenta que estuviese resentido ó no de sus procedimientos. Se mostró el duque de Alba, en efecto, sumamente reconocido á la gran confianza que le manifestaba el rey, y olvidó los desaires recibidos. Aceptando el cargo de que le revestian, pidió al rey el permiso de besarle la mano, y el asistir á la ceremonia de la jura del príncipe don Diego. Mas ambas cosas le negó el monarca, mandándole que se trasladase sin dilacion á Extremudura, para entender mas de cerca en los asuntos de la guerra que le estaba encomendada.

Mientras tanto, volvió á escribir el rey de España á los regentes de Portugal, esponiéndoles sus derechos á la sucesion; mas los gobernantes les respondieron que era necesario aguardar la sentencia definitiva que iban á pronunciar sobre el asunto once individuos, que para el efecto habian sido designados. Las mismas súplicas ó representaciones hacian los otros pretendientes, y con el mismo efecto. Los extranjeros no tenian ninguna simpatía en el pais. Don Antonio, que era el mas activo y osado de los dos portugueses, no estaba bien visto por los nobles; el duque de Braganza, que contaba con mas popularidad, tenia muy pocos medios de competir por via de las armas con el rey de España.

Cierto ya éste de lo inevitable de la guerra, se movió de Madrid con la córte, y se situó en Guadalupe, pueblo de Extremadura, para atender mas de cerca á sus preparativos. Se iban poco á poco reuniendo tropas y alistándose galeras. Nombró por general de estas á don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, y confió el mando de la artillería á don Francisco de Alava. Se entendian estos jefes para todo con el duque de Alba, quien tenia la suprema direccion de todos los negocios de la guerra.

No contento el rey con estos preparativos de fuerza,

quiso dar á entender que le era indispensable usar dicho recurso, en apoyo de los derechos de justicia que le asistian para ser sucesor de don Enrique. Consultó el caso con su confesor don Diego Chaves, con varios teólogos y principales jurisconsultos del reino, quienes le dieron, como puede imaginarse, toda la razon, declarando que en su conciencia tenia derechos imprescriptibles á la corona de aquel reino. Para mayor abundamiento dirigió el rey la misma consulta á la universidad de Alcalá, una de las mas famosas de aquella época. Son tan curiosos los puntos que se sometieron á su exámen, que no podemos menos de insertarlos, aunque del modo mas breve y compendioso.

Preguntó el rey: 1.º si estando cierto de su derecho de suceder á la corona de Portugal, estaba obligado en conciencia á la decision de un tribunal que le adjudicase dicho reino: 2.º si no queriendo Portugal reconocerle por rey sin que se estuviese á derecho, como los otros pretendientes, podria tomar posesion del reino por su propia autoridad con las armas en la mano: 3.º si habiendo jurado los gobernantes de Portugal no reconocer por rey sino al que fuese declarado como tal por sentencia de los jueces, se podia alegar legítimamente dicho juramento como escusa para no recibirle por su rey, hallándose con tantos derechos para serlo.

Respondieron los teólogos de Alcalá sobre el primer punto, que el rey no estaba sujeto á tribunal alguno, y por sí mismo tenia autoridad para adjudicarse el reino de Portugal y tomar posesion de su corona: que ni aun le tocaba este conocimiento al Sumo Pontífice, por ser un negocio meramente temporal, ni menos al emperador, del que la corona de España estaba del todo independiente: que no tenia necesidad alguna de sujetarse al juicio de los portugueses, porque cuando las repúblicas eligen el primer rey, con condicion de obedecerle á él y á sus sucesores, no la quedaba arbitrio para juzgar al rey ni á su verdadero sucesor, pues en la primera eleccion queda-

ban elegidos los verdaderos sucesores: que el rey don Enrique no podia ser juez de lo que sucediese despues de su muerte, y que con ella habia espirado cualquiera comision que para este juicio hubiese dado á los gobernadores. En cuanto al segundo punto, ateniéndose á muchas cosas que habian expuesto en el primero, añadieron que no tenia el rey católico ninguna obligacion de mostrar á los gobernadores el derecho que tenia: que podia en caso de resistencia tomar por su propia autoridad posesion del reino, usando de las armas si fuese necesario, lo que no se podria llamar fuerza, sino defensa de su derecho y castigo de los rebeldes. Sobre el tercer punto respondieron que el juramento de los gobernantes era nulo, por ser en perjuicio de su preeminencia real, y pues que no era obligatorio, no les podia servir de escusa para no recibirle como rey. Y aunque los otros pretendientes se habian comprometido á estarse á lo decidido por el tribunal, no era motivo para que el rey de España reconociese por rey á quien no lo era.

Prescindiendo de los principios de derecho público de la época, consignados tanto en la pregunta como en la respuesta, se vé que los argumentos de los doctores de Alcalá se apoyaban en un fundamento que podia ser falso, á saber: el derecho que asistia al rey para suceder á don Enrique. Era justamente este derecho el que entónces se discutia con los de los otros pretendientes, en aquellas conferencias. Mas el verdadero derecho iba á ser la fuerza que cada uno de ellos desplegase, y las ventajas estaban todas en esta parte por el rey de España.

En vista de sus preparativos le enviaron los gobernantes portugueses una solemne embajada á Guadalupe, suplicándole que aguardase la sentencia que se iba á pronunciar en Portugal, y que no dudaban que le fuese completamente favorable. Mas Felipe II les respondió empleando los mismos raciocinios de que se habian valido los doctores de Alcalá, y pasó adelante con sus armamentos.

En seguida se trasladó á Badajoz, para dar la última mano á los preparativos de aquella gran jornada. Ya antes de emprender este movimiento habia admitido en su presencia al duque de Alba, recibiéndole con todas las demostraciones de favor, mandándole cubrirse, y ofreciéndole un asiento para que pudiese con mas comodidad conferenciar sobre los grandes negocios que traian entre manos.

Llegado Felipe á Badajoz, y dispuesto ya todo para verificar la entrada en Portugal, se deliberó en el Consejo sobre si el rey deberia seguir el ejército ó permanecer en dicha plaza. Hicieron ver algunos las grandes ventajas que produciria la presencia de Felipe II en Portugal, por la poca necesidad de emplear las armas hallándose presente el nuevo rey, ante el que se allanaria toda resistencia. Mas otros, menos deseosos del acierto que de su favor, fueron de opinion de que era ajeno de la magestad del rey exponerse tan de cerca á un desaire en caso de padecer sus tropas algun descalabro, y que seria por lo mismo muy del caso que marchase el ejército delante, verificando el rey su entrada cuando aquel le hubiese allanado las dificultades. Se atuvo Felipe II á esta última opinion, como se debia aguardar de su carácter y sus hábitos, y determinó quedarse en Badajoz, enviando por precursor suyo al duque de Alba.

Mientras tanto era teatro Portugal de disturbios, de desacuerdos entre las autoridades, de una especie de desórden que se acercaba á la anarquía. Los gobernadores estaban en desavenencia con las Córtes: cada pretendiente intrigaba por su parte, y á excepcion de don Antonio y el duque de Braganza, ninguno gozaba de popularidad en aquel reino. Entre tantas pasiones á que daba lugar aquel conflicto de intereses, predominaba la aversion y el disgusto con que se miraba la dominacion del rey católico, tanto mas inminente, cuanto que eran sabidos los medios poderosos de que disponia. Apelaron los gobernadores en esta situacion á las córtes de Francia y de In-

glaterra, donde se miraba con malos ojos, como era natural, la adquisicion importante que pensaba hacer el rey de España. Tambien acudieron al pontífice. Mas aquellos monarcas se hallaban lejos, mientras el rey católico amenazaba la frontera reuniendo fuerzas formidables. Razones hay para creer, y en respetables autoridades se funda, que parte de los gobernantes propendian al rey católico y estaban determinados á decidirse á su favor. Mas les repugnaba la idea de que este monarca se quisiese hacer justicia por su mano.

Se tomaron algunas disposiciones en son de prepararse á una guerra próxima. Mas Portugal se hallaba en mal estado de defensa. Las fuerzas eran pocas: se hallaban los ánimos divididos, y á mas atormentados de temores. Los regentes tenian muy pocos partidarios, y aunque contaba muchos don Antonio, no eran de gran peso, ni daba garantías su persona, notada ya por la irregularidad de sus costumbres y su carácter inconstante. De todos modos, los gobernantes quisieron hacer algo, y pidieron á las Córtes mas amplitud en el ejercicio de sus atribuciones; y como se negase á ello la asamblea, resolvieron los regentes disolverla, lo que causó grandísimo disgusto, tanto al pais como á los otros pretendientes, que hallaban en esta corporacion mas apoyo que en los gobernantes.

Sabedores éstos de la actividad con que el rey de España organizaba el ejército invasor, le enviaron otra embajada suplicándole que dilatase su marcha mientras se diese la sentencia, que no podia menos de serle favorable. Dió Felipe II por respuesta, que semejante dilacion no serviria mas que de aumentar los disturbios del pais: que él para nada necesitaba á los regentes ni conocia su autoridad tratándose de la posesion de un reino que le pertenecia por derechos tan incontestables: que para darles lugar á que le declarasen dueño de lo que era suyo, habia diferido la jornada y gastado tres meses en trasladarse de Madrid á la frontera; y que en vista de tan

tas tergiversaciones, en vez de considerarlos como gobernadores de Portugal, los trataria como traidores y rebeldes si oponian resistencia al ejercicio de una autoridad que legítimamente le correspondia.

Sobre estos principios, y apoyado en las mismas consideraciones, publicó el rey un manifiesto que circuló por Portugal, España y los demas reinos de Europa, haciendo ver que siendo rey legítimo de Portugal por derecho de sucesion, le cumplia apoderarse de su herencia, empleando las armas en caso de que sus nuevos súbditos le obligasen á usar este medio de asegurar la obediencia que como á su soberano le debian. En los mismos términos hizo escribir una carta circular á los gobernadores y á todas las autoridades militares y civiles de Portugal, manifestando que habia concluido el término de la contemplacion, y que sobre ellos solos, si no hacian reconocer su autoridad, caerian los males, los perjuicios, y hasta la sangre que se derramase oponiendo una inútil resistencia. Igual recado llevó de palabra el doctor Andrés Molina, á quien envió el rey para que oyesen de su boca la resolucion que habia tomado, y les hiciese al mismo tiempo una reseña de los medios materiales que iba á emplear para asegurar su reconocimiento y obediencia.

Impaciente entre tanto don Antonio con la dilacion de los regentes, viendo próxima la entrada de las tropas de Felipe II en Portugal, trató de ganarle por la mano, tomando por medidas violentas el título que los jueces le negaban. Reunió para eso un gran número de partidarios suyos en Santaren, quienes le proclamaron por rey de Portugal, con grande aplauso de la muchedumbre, á cuyos ojos era grata la persona del prior, como ya llevamos dicho. Inmediatamente pasó á Setubal, donde tuvo lugar la misma escena. Seguido de la gente armada que pudo reunir, de muchos aventureros que se habian declarado por su causa, pasó inmediatamente á Lisboa, de cuya capital huyeron los regentes cuando supieron su aproxi-

macion, retirándose á los Algarves. Hizo el prior su entrada pública en Lisboa, cuyos habitantes, declarados en su favor, le proclamaron por rey, lo mismo que los de Santaren y de Setubal. Inmediatamente organizó don Antonio como pudo una especie de gobierno, allegando fuerzas y adoptando mas medios de defensa contra la tempestad que por parte de España estaba ya tan próxima.

Con la declaracion de don Antonio vió Felipe II que no habia que perder momento alguno en verificar la entrada en Portugal, especialmente hallándose completos todos los preparativos. Pasó una muestra ó revista á su ejército, reunido para esto en Cantillana, distante de Badajoz como cosa de una legua. Se erigió con este motivo un gran tablado, donde se presentó el rey sentado con la reina y demas personajes de la córte. Al lado del monarca se hallaba el duque de Alba, á quien tambien se dió un asiento. Luego que se enteró Felipe II de la disposicion y modo con que las tropas estaban colocadas por armas y naciones, se bajó del tablado y procedió á un exámen de mas cerca, recorriendo las filas, inspeccionando la infantería, municiones, pertrechos, las tiendas y demas enseres de campaña. Manifestó quedar satisfecho de su buen órden, y dió las gracias por ello al duque de Alba.

Tuvo lugar esta revista el 13 de junio de 1580. A los dos dias se publicó en el ejército un bando ú órden general relativo á la conducta que debian observar las tropas durante la próxima campaña. Sus disposiciones eran todas de órden y las mas adecuadas para asegurar la obediencia y mantener la mas exacta disciplina. Se prohibia bajo las penas mas severas toda especie de excesos, de pillaje, de violencia. Se recomendaba el mayor respeto á todas las personas, sobre todo á las revestidas del carácter religioso. No se omitió en el bando la mas pequeña circunstancia, ni dejó de preverse ningun caso de todos los posibles, á fin de que las tropas no pudiesen

alegar ningun pretexto de ignorancia. Cualquiera conocerá que un documento de esta clase, emanado de un jefe como el duque de Alba, y á la presencia de un rey como el de España, debió de ser severo, como convenia á un ejército que iba nada menos que á hacer la adquisicion de un reino.

El 27 de junio del mismo año hizo su entrada en Portugal el ejército español, desfilando por delante del rey, que desde una eminencia le observaba. No era muy numeroso, pues no pasaba de veinte y seis mil hombres; mas las tropas eran buenas, experimentadas, y animadas de la esperanza de vencer, mandadas por un hombre como el duque de Alba. Iba delante la caballería, repartida en dos trozos de tres escuadrones cada uno, colocados á derecha é izquierda de la infantería de vanguardia. Se componia el primer escuadron del ala derecha de doscientos arcabuceros de á caballo, sacados de las compañías de don Martin Acuña, Estéban Illan de Liébana y Diego Melgarejo; el segundo de doscientos caballos ligeros de las compañías del marqués de Priego, don Alonso de Zúñiga y don Luis de Guzman; y el tercero de cien escogidos hombres de armas, mandados por don Alvaro de Luna, señor de Fuenteigüeña. Entraban en el primer escuadron del ala izquierda ciento setenta arcabuceros de á caballo, á cargo de don Sancho Bravo de Acuña y Diego Osorio-Barba; en el segundo doscientos ginetes de la costa de Granada, con el marqués de Mondejar, don Luis de la Cueva, Juan Hurtado de Mendoza y don Pedro Gasca de la Vega; en el tercero seiscientos setenta hombres de armas, á las órdenes del conde de Cifuentes, alférez mayor de Castilla, el conde de Buendía, el Adelantado de Castilla don Fadrique de Guzman, el marqués de Montemayor, el marqués de Denia, don Enrique Enriquez, señor de Bolaños, el conde de Priego, don García de Mendoza, don Bernardino de Velasco y don Bertran de Castro. Iban un poco adelante estos dos trozos ó alas,

compuestas de mil cuatrocientos y treinta caballos, de los tres escuadrones ó columnas de infantería de vanguardia que marchaban pareadas. Ocupaban el centro los alemanes con su coronel el conde Gerónimo de Lodron, en número de tres mil ochocientos setenta y siete, formados en diez y seis compañías ó banderas. A mano derecha iban los españoles venidos de Nápoles, Lombardía y Sicilia, de igual número que los alemanes, en diez y nueve, y á mano izquierda la infantería italiana, en número de cuatro mil, en cuarenta y seis, mandados por su capitan general don Pedro de Médicis. Dejaban estos tres escuadrones un intervalo de ochenta pasos, y cada uno de ellos estaba flanqueado por su manga de arcabuceros. En los costados del escuadron de los alemanes, la artillería con sus trenes y demas pertrechos. Seguia el cuerpo de batalla, de diez y siete banderas de infantería castellana, del tercio de don Luis Enrique levantado en Andalucía, y compuesto de dos mil ochocientos y cinco soldados, con una manga de arcabuceros por cada uno de sus flancos. Marchaban en la retaguardia tres tercios de la misma gente, divididos en tres escuadrones pareados. Ocupaba el costado derecho el de don Antonio Moreno, compuesto de trece banderas levantadas en Andalucía, con la fuerza de mil nuevecientos cuarenta y siete soldados. Iba en el izquierdo el de don Pedro de Ayala, levantado en Toledo, de dos mil infantes; y en el centro el de don Gabriel Niño, de trece banderas de Rioja, tierra de Soria, Sigüenza y Medinaceli (1). Llevaba cada uno de estos tercios sus mangas de arcabuceros por los costados, y por la retaguardia los seguia un cuerpo mas numeroso de esta misma arma. A mano derecha, y algo desviado del ejército, marchaban los

(1) Nuestro principal objeto al entrar en todos estos pormenores, es hacer ver que á pesar de estar entonces tan adelantado el arte militar, se hallaban todavía muy distantes los principales cuerpos de un ejército de la organizacion metódica, tanto en composicion como en fuerza, que tienen en el dia.

equipajes y carros formados en hileras de tres en tres y de cuatro en cuatro. Ascendian los carros á ocho mil trescientos ochenta y seis; los seis mil ochenta y seis tirados de mulas, y los dos mil y trescientos de bueyes. Llegaban á trescientas las acémilas, y á dos mil quinientos los gastadores, con la demas gente de servicio y de la artillería, á que estaban destinadas doscientas ochenta personas, quinientos carros de mulas y trescientos de bueyes, sin contar los equipajes de los que iban en clase de aventureros. Marchaba el duque de Alba acompañado del gran prior don Fernando, su hijo, de don Francisco de Álava, maestre de campo general, y otros caballeros de su comitiva, en la vanguardia, en el espacio que dejaban los escuadrones de caballería.

Se vé que esta formacion, mas que de marcha y de camino, era puramente de parada, en honor al rey que la estaba presenciando, y que sin duda debió de quedar muy complacido del buen órden con que marchaban las tropas, de su vistosidad, del buen estado del personal, como de la artillería y mas enseres materiales. Tenia un papel ó estado de los cuerpos con la disposicion en que estaban colocados, que consultaba á menudo, segun iban con paso lento desfilando. Despues que hubo pasado el ejército, volvió el duque de Alba acompañado de su estado mayor á presencia del rey, y habiendo tomado sus últimas órdenes y besádole la mano, atravesó inmediatamente la frontera. El rey se retiró á Badajoz para aguardar el resultado de sus operaciones.

Mientras tanto el marqués de Santa Cruz, encargado del mando de las fuerzas navales que á la guerra de Portugal se destinaban, se hizo á la vela en el Puerto de Santa María, con cincuenta y seis galeras de España, Nápoles y Sicilia, en que iban don Juan de Cardona y don Alfonso de Leyva, habiendo recibido en ellas cuarenta y seis banderas de infantería, compuestas de cuatro mil y setecientos hombres. Tomó inmediatamente el rumbo el marqués hácia la boca del Guadiana, y á la altura

del puerto de Ayamonte dió fondo, esperando las comunicaciones del duque de Alba, para arreglar á ellas sus operaciones ulteriores.

CAPITULO LV.

Continuacion del anterior.--Campaña de Portugal.--Entra el duque de Alba sin resistencia en varias plazas.--Llega á Setubal.--Expugna su castillo.--Se embarca en el Tajo.--Se apodera de Cascaes y de la torre de Belen.--Huye don Antonio.--Entra en Lisboa el duque de Alba.--Sale Sancho de Avila en persecucion de don Antonio.--Se retira éste á Oporto.--Pasa el Duero Sancho de Avila.--Entra en Oporto.--Huye de Portugal don Antonio.--Queda todo Portugal por don Felipe.--Sale éste de Badajoz.--Entra en Portugal.--Celebra Córtes en Tomar.--Es reconocido por rey de Portugal.--Su entrada pública en Lisboa (1).

1580—1581.

No era difícil conjeturar la suerte que estaba reservada á un ejército tan bien dispuesto, mandado por un jefe de la merecida reputacion del duque de Alba. Estaba el pais que iban á invadir dividido en diferentes parcialidades; y aunque la causa del rey de España era tan impopular, no habia en Portugal otra bandera á cuya sombra estuviese acogida la generalidad del reino. Entre todos los aspirantes á la corona de Portugal, solo habia tomado las armas don Antonio; y aunque contaba éste con un gran partido, no era bastante para asegurar sus pretensiones. Estaba quieto el duque de Braganza, calculando mejor los obstáculos que se oponian á la vindicacion de sus derechos. Se habian reducido al silencio los agentes de los dos príncipes extranjeros, y si los gobernadores estaban irritados de que el rey de España quisiese hacerse justicia por su mano, propendian, tal vez por miedo, mas á su causa que á la de los otros pretendientes. A pesar de que el pueblo portugués, en gene-

(1) Las mismas autoridades.

ral, aborrecia la dominacion de España, no le faltaban á éste numerosos partidarios, ya por aficion, ya por temor, ya por conviccion de que era el mas fuerte de todos sus rivales. Ya antes de moverse el duque de Alba habian acudido muchos á Badajoz á presentarse al rey y rendirle su pleito-homenaje. El duque de Braganza estaba con él, si no en abierta inteligencia, á lo menos muy en vísperas de entablar un tratado de reconocimiento. Continuaba don Antonio organizando á toda prisa su nuevo gobierno y preparándose con sus fuerzas á medirse con las castellanas. Eran aquellas muy escasas, y el prior se hallaba con muy pocos medios de pagarlas, mucho menos de aumentarlas. En lo demas del reino no se habian pronunciado todavía contra ninguno de los pretendientes, ciñéndose todos, por lo general, á obedecer las órdenes de la regencia. Las plazas del interior no eran fuertes, ni sus guarniciones numerosas; y como todo el poco ejército disponible para entrar en campaña se hallaba en la misma costa, no podia temer el duque de Alba encontrar ninguna resistencia. Así entró su ejército en Portugal como pudiera hacerlo en un pais amigo. Ocupó sin ninguna resistencia las plazas de Elvas, Olivencia y Montemayor. Lo mismo hizo en Estremoz; y aunque el castillo trató de resistirse, lo rindieron pronto los españoles, habiendo cogido prisionero á Juan de Acebedo, su gobernador. Sin duda para inspirar miedo á los demas jefes que tratasen de imitarle, le condenó á muerte el duque de Alba; mas se templó su rigor á ruegos de los cabos de su ejército, y se contentó con mandarle á Villaviciosa en calidad de preso. Tuvo ademas la buena política de poner en Estremoz guarnicion portuguesa, mandando tambien que se guardasen y respetasen los privilegios de la vida. Despues de algunos dias de descanso en Estremoz, se movió el ejército español, y con la misma facilidad se apoderó de los pueblos de Evora, Arroyuelo, Alcázar de la Sal, sin que las poblaciones hiciesen movimiento alguno de hostilida-

des, si bien tampoco daban muestra alguna de contento, y menos de entusiasmo. Sin detenerse, marchó el duque hácia Setubal, donde estaba reconocida la autoridad de don Antonio. La ciudad abrió sus puertas sin ninguna resistencia, habiéndose retirado las tropas al castillo, que fué sitiado inmediatamente por los españoles. Como el punto es marítimo, acudió en auxilio de nuestras tropas con sus galeras el marqués de Santa Cruz, á quien habia dado oportuno aviso el duque de Alba. Las galeras portuguesas que salieron en reconocimiento de las nuestras, fueron apresadas en el acto. En seguida se acercó el marqués con sus fuerzas navales, á las que se rindieron sin resistencia todos los galeones portugueses, y despues dirigió el almirante español sus baterías sobre el fuerte. Estrechado así por mar y tierra, y sin esperanzas de socorro, abrió las puertas á los españoles, quedando prisionera su guarnicion, con gran detrimento de las fuerzas de que entonces disponia don Antonio.

Estaba reducido éste á una condicion que parecia ya desesperada. Sin tropas, sin dinero, sin poseer en Portugal mas que á Lisboa y sus inmediaciones, acosado por un ejército español mandado por un capitan de tanta nombradía, sin duda habia llegado ya el caso de que pensase sériamente en venir á términos de un convenio con el rey de España. Mas se enfurecia la muchedumbre que á todas horas le rodeaba, á la sola idea de reconocer por monarca al rey católico. Es un hecho que entre los partidarios de don Antonio se encontraba un número muy crecido de frailes, que con sus discursos inflamaban los ánimos del populacho. Por sus consejos no dió paso alguno el prior de entrar en arreglos, pues le hacian ver que por poco que se prolongára la contienda, le vendrian refuerzos de Francia y de Inglaterra, donde sin duda se veria con muy malos ojos el acrecentamiento del poder del rey de España. Tambien le hablaban de socorros del pontífice, disgustado como estaba con la entrada del ejército español en Portugal, sin aguardar la decision

de los jueces encargados de asignar su corona al heredero mas legítimo.

Era esto último muy cierto. O porque lo considerase en efecto Gregorio XIII como una tropelía, ó porque le causase tambien celos la buena fortuna de Felipe, envió para prevenir el golpe á Badajoz en clase de legado al cardenal Briario; mas llegó tarde, cuando el duque de Alba habia plantado la bandera española en las murallas del castillo de Setubal. Trató sin embargo el legado de pedir audiencia al rey, aunque ya conocia que era inútil. En efecto, Felipe II se mostró sordo á las insinuaciones del pontífice; y como habia ya encargado á las armas la vindicacion de sus derechos, aguardaba tranquilo la sentencia de este tribunal, que tan favorable se le presentaba.

Dueño el duque de Alba de Setubal, no pensó en otra cosa que en seguir adelante con la empresa sin perder momento. Deliberó en su Consejo si seria preferible dirigirse á Santaren, declarada por don Antonio, ó emprender inmediatamente la toma del pueblo y castillo de Cascaes para caer despues sobre Lisboa. Parecia el primer proyecto mas seguro, pero dilatorio. Ofrecia el segundo mas peligros, pues habia que embarcar el ejército y pasar así la boca del Tajo para emprender el sitio de Cascaes, que está en la orilla derecha; pero se abreviaba muchísimo la operacion de apoderarse de Lisboa, que era el grande objeto á que aspiraba el duque de Alba. A este proyecto se atuvo pues el general en jefe, aunque ofreció inconvenientes por las muchas galeras portuguesas que corrian el Tajo, tanto de observacion como para impedir que se verificase un desembarco.

Se hizo á la vela, pues, el ejército español la noche del 20 de agosto de 1580, con la artillería, municiones y víveres necesarios. No se mostraba favorable el viento, y el marqués de Santa Cruz fué de opinion que se difiriese para la noche siguiente; mas se empeñó el duque en que se pasase adelante, y aunque corrieron

graves riesgos, llegaron al amanecer muy cerca de la costa. Inmediatamente procedieron á saltar á tierra, verificándolo los primeros Sancho de Avila, don Rodrigo Zapata, Próspero Colonna, don Pedro Sotomayor, el ingéniero mayor Juan Antoneli con una banda de los mas escogidos mosqueteros españoles. Al abrigo de estos desembarcaron los tercios alemanes, formándose en columna conforme se veian en tierra.

No pudieron llegar los españoles sin ser percibidos por la guarnicion del fuerte de Cascaes. Inmediatamente hizo una salida el gobernador don Diego Meneses con cuatrocientos caballos y tres mil infantes. Mas habiendo visto desde lejos el buen órden con que los españoles procedian al desembarco, detuvo su columna sin atreverse á dar sobre ellos. Cuando se formó toda la gente desembarcada en son de acometer, se recogió el portugués con la suya al castillo con una pieza de artillería que arrastraban. Los españoles se acamparon á las inmediaciones de Cascaes, y se prepararon para el sitio.

Al mismo tiempo llegó el marqués de Santa Cruz con nuevas galeras, que se pusieron en actitud de batir al castillo de Cascaes, mientras emprendian la misma operacion por tierra los del duque de Alba. Confió éste la operacion de expugnar el castillo á su hijo don Fernando de Toledo, gran prior de Castilla; mas la operacion duró muy poco, pues los de adentro apenas hicieron resistencia. Muy pronto tremolaron en los muros del castillo de Cascaes las banderas españolas, no sin grande asombro y consternacion de las galeras portuguesas y tropas de tierra de don Antonio que andaban por las inmediaciones. Mandó el duque de Alba ahorcar al gobernador del castillo de Cascaes, y se mostró igualmente rigoroso con el de la plaza don Diego de Meneses, que fué degollado de su órden por manos del verdugo en un cadalso. Se atribuye esta sobrada severidad á tropelías cometidas antes por Meneses sobre tropas españolas: otros al designio del duque de Alba de infundir terror

y preparar de este modo la obediencia al rey de España. De todos modos era en él un rasgo ordinario del carácter duro y hasta feroz que habia desplegado en tantas ocasiones.

Mientras tanto hervia Lisboa en confusiones y desórdenes. Atemorizados ya los habitantes con la toma de Setubal, se llenaron de terror al verlos en Cascaes tan cerca de sus muros. A todos los traia consternados la idea de un sitio, y sobre todo de un saqueo. Querian unos que se reconociese por rey al de España, antes de provocar nuevos rigores por parte de su general: los de la parcialidad de don Antonio, y sobre todo, los frailes que se habian mostrado tan adictos á su causa, se obstinaban en llevar adelante la empresa, viendo en la continuacion de la guerra el solo puerto de salvacion que les restaba. Titubeaba don Antonio, y pareciéndole que aún se hallaba en caso de entrar en convenios con el español, llegó hasta solicitar una entrevista con don Fernando de Toledo, que debia tener lugar á bordo de una galera española. Mas habiendo entrado en desconfianzas, y animado cada vez mas de sus parciales, se dispuso á disputar como mejor pudiese el terreno palmo á palmo. Eran pocas sus fuerzas, pues no pasaban de diez mil hombres, mal organizadas, mal armadas, sin ninguna experiencia de la guerra, alistadas tumultuariamente, sacadas algunas de las cárceles y de las clases mas bajas de la plebe. Para atender á su subsistencia, se adoptaron medidas opresoras y violentas. El pueblo, tanto de Lisboa como de las inmediaciones, aunque desafecto á la dominacion del rey de España, se estaba quieto, sin pronunciarse y promover una guerra nacional, la sola cosa que podia sustraerlos al yugo de los extranjeros.

Con la llegada de los españoles á Cascaes, se habia declarado á su favor el pueblo de Cintra, en las inmediaciones de Lisboa. Inmediatamente se trasladaron á él tropas de don Antonio, que le saquearon en castigo de su desobediencia. Al saber este desastre el duque de Alba,

le envió de socorro á Sancho de Avila al frente de algunas banderas españolas; mas como los portugueses, sabedores de este movimiento, evacuasen á Cintra, se volvió del camino Sancho de Avila, viendo que su expedicion era inútil por entonces.

Dueños de Cascaes los españoles, necesitaban para llegar al frente de Lisboa hacerse dueños del fuerte de San Juan de Guerra y de la torre de Belen, que en cierto modo son sus obras avanzadas. Don Antonio, que sabia esto mismo, trató de embarazar la expedicion, poniendo en movimiento las galeras y acercando sus tropas á tierra; mas el duque de Alba aparentó hacer poco caso de esta actitud guerrera, de un rival que cada dia inspiraba menos miedo.

El 8 de agosto se movió el ejército desde Cascaes, tomó posicion en frente del castillo de San Juan, y se puso en actitud de emprender las operaciones del asedio. Es marítimo el fuerte de San Juan de Guerra, sobre la misma orilla derecha del Tajo, un poco mas afuera de su barra. Entre éste y Lisboa se halla la torre de Belen, que está contigua á las primeras casas ó sean arrabales. A esta torre de Belen se habian arrimado las galeras de don Antonio; mas como se hallaban á la vista las de Santa Cruz, fueron de muy poca utilidad para la defensa del fuerte de San Juan de Guerra. El dia 10 comenzaron á jugar las baterías de los españoles. Las del fuerte respondieron, mas las operaciones del sitio se redujeron á un amago. Tuvo medios el duque de Alba de que se diese á entender á Vaes, gobernador de San Juan, el grave riesgo á que se exponia, empeñándose en una inútil resistencia. Pasó éste en secreto á verse con el duque de Alba, y se convino con él en que le rendiria el castillo, reconociendo en el acto al rey de España; para lo que contaba con ganar las tropas que le guarnecian. Mas para esto no tuvo que emplear ningun trabajo, pues al regresar al fuerte, encontró la guarnicion amotinada, pidiendo que se abriesen las puertas á los españoles. Así se veri-

ficó en efecto, haciéndose estos dueños del castillo sin ninguna pérdida.

A la toma de San Juan de Guerra se siguió la de otro fuerte pequeño, llamado Cabeza Seca, abandonado por los portugueses á la aproximacion de los españoles. Se rindió la torre de Belen sin ninguna resistencia. El ejército español se hallaba ya á las puertas de Lisboa.

Se ve por esta concisa relacion de las operaciones del ejército español, que su campaña desde los muros de Badajoz se habia reducido á un paseo militar, con muy pocas excepciones. Era mucha la fuerza moral y ascendiente que ejercian estas tropas sobre un pueblo dividido en partidos y opiniones, donde apenas se sabia quién mandaba; tan desconcertados y con poco tino obraban las autoridades. Si se miraba con malos ojos la dominacion de los españoles, no era bastante fuerte este sentimiento para producir insurrecciones populares. Los emisarios de Felipe II trabajaban mucho y con acierto, y como no escaseaban ni las dádivas, ni las promesas, mezcladas de amenazas oportunas, desconcertaban mas los ánimos de los portugueses. Se mostraba el duque de Alba digno representante del monarca, que habia sabido emplear tan oportunamente sus servicios. A la edad de setenta y tres años conservaba intacta su reputacion de hábil y entendido capitan, de jefe rigoroso y duro, de promotor de la mas severa disciplina. No dejaba, mientras combatia, de negociar y hacer manifiestos en lengua portuguesa, que preparaban grandemente el camino á sus conquistas.

En cuanto á don Antonio, se hallaba verdaderamente reducido á una situacion muy lastimosa. Con pocas y malas fuerzas, sin dinero con qué pagarlas, sin mas apoyo verdadero que algunos de la poblacion, y muchos frailes adictos de corazon á su partido, acosado por unos para que defendiese la capital á todo trance, por otros para que no la comprometiese, exponiéndola á un saqueo, era muy difícil adoptar un plan fijo de conducta. Aconsejado

de su desesperacion, resuelto á probar fortuna, sacó toda su fuerza de los muros de Lisboa, en actitud de ofrecer una batalla al duque de Alba. Al mismo tiempo dió órden á sus galeras para que hiciesen frente á las españolas, queriendo disputar así su nuevo trono sobre ambos elementos. Aceptó el envite el duque de Alba, y en una órden general de 24 de agosto, dió todas las disposiciones para la batalla del siguiente; asignando con admirable precision el puesto que habian de ocupar, y movimientos que debian de hacer los diversos puestos de infantería y de caballería, en combinacion con el juego de las piezas de campaña de tierra, y las de las galeras que debian de avanzar, guardando el costado derecho del ejército. Se volvia á prohibir en esta órden general el robo y el saqueo, no haciendo el enemigo resistencia; y se encargaba expresamente que en caso de emprender la retirada el enemigo, nadie entrase en Lisboa siguiendo los alcances, hasta que lo hiciese el todo del ejército.

Se esperaba, pues, delante de los muros de Lisboa una batalla decisiva: desde el amanecer del 24 comenzó á jugar la artillería de ambas partes, y las tropas á moverse. Arremetió el primero, y sin órden, el cuerpo de italianos, mandados por Próspero Colonna; y como los portugueses por aquella parte estaban muy apercibidos, por ser la mas flaca de la línea, recibieron con arrojo á los italianos, y los desordenaron. Hizo poco caso el duque de este contratiempo, y dió la órden de ataque, segun las disposiciones de la víspera. El resultado no podia ser dudoso, tratando de dos ejércitos tan desiguales en número, tan diversamente organizados.

Se pusieron los portugueses muy pronto en retirada. Tomó de los primeros la fuga don Antonio, habiendo sido herido, y sin detenerse un punto en Lisboa, salió de la capital con las tropas de su devocion, resuelto á probar en otra parte la fortuna. Mientras se dispersaba de este modo el ejército de tierra portugués, se apoderaba el marqués de Santa Cruz de sus galeras, que

se entregaron asimismo sin hacer ninguna resistencia.

Estaban así abiertas para el ejército español las puertas de Lisboa. Los vecinos que habian vivido hasta entonces tan inquietos, con la idea del saqueo, comenzaron á tranquilizarse, viendo las disposiciones pacíficas del duque de Alba, y las medidas que para evitar este desórden adoptaba. Se colocó de su órden el prior mayor de Castilla, con varios jefes principales y un cuerpo escogido del ejército, en la puerta de Santa Catalina, con objeto de evitar que entrasen en la capital soldados castellanos, mezclados con los portugueses fugitivos. Con igual objeto estableció el marqués de Santa Cruz sus galeras á la boca del puerto, impidiendo todo desembarco por parte de los nuestros. Con esto los magistrados de la capital evacuada ya por don Antonio y las tropas portuguesas de su parcialidad, se presentaron en las puertas de la capital, ofreciendo al duque de Alba que las abririan gustosos, con tal que se respetasen sus privilegios, y que se les hiciese el mismo partido que á los demas pueblos del reino que las habian recibido. Otorgóselo el duque, como que esto estaba tan expresamente mandado por el rey en el bando general, dado al ejército antes de comenzarse la campaña. Arregladas estas condiciones, entraron las tropas castellanas triunfantes en Lisboa, sin propasarse á exceso alguno, tan contenidas estaban por las leyes de la mas severa disciplina. El duque las mandó alojar en los arrabales de la ciudad, y desde aquel momento fué reconocida del modo mas solemne en la capital de Portugal la autoridad del rey de España.

Para colmo de fortuna, á los dos dias de la entrada de las tropas españolas en Lisboa, se presentaron en la boca del Tajo los galeones portugueses, que volvian de las Indias orientales con ricas mercancías. Mas no sufrieron vejacion alguna por el duque de Alba, quien, contentándose con recoger la parte que al rey correspondia, hizo que se entregase religiosamente á los particulares lo que tocaba á cada uno.

Se podia dar la guerra de Portugal por concluida, por adjudicado definitivamente este pais al rey de España. Don Antonio, despojado de la capital, no tenia medios de hacerse temible en parte alguna. Seguido de las reliquias de su ejército, se dirigió á Santaren; mas no teniéndose por seguro en esta plaza, se marchó á Coimbra, donde pudo reunir hasta seis mil hombres con los que llevaba, y los descontentos que quisieron probar fortuna, tomando abrigo en sus banderas. Para perseguir á don Antonio, envió el duque de Alba á Sancho de Avila con cuatro mil hombres de infantería y cuatrocientos caballos, habiendo hecho acantonar la demas tropa en Setubal y varios pueblos inmediatos á Lisboa, donde no se habia alterado la tranquilidad con las buenas medidas de gobierno, adoptadas por este general en jefe.

Salió Sancho de Avila de Lisboa, á principios de setiembre de 1580. Detuvieron su marcha mas de lo que era preciso las recias lluvias que sobrevinieron, dejando intransitables los caminos. Pero el capitan español no omitió diligencia para llegar cuanto mas antes á Coimbra. Sabedor don Antonio de su aproximacion, evacuó la plaza, y se retiró á la de Aveiro que entregó al saqueo, viéndose asimismo en la imposibilidad de conservarla. De este punto se trasladó á Oporto, segunda capital del reino entonces, como lo es hoy dia, donde pensaba hacerse fuerte, contando con sus numerosos partidarios.

Siguió Sancho de Avila sus huellas, y aunque en los diferentes pueblos de su tránsito ninguna manifestacion se hacia al rey de España hasta verse ocupados por sus tropas, tampoco le ponia impedimento alguno el desfavorable espíritu que á las poblaciones animaba. Así llegó hasta el Duero, en cuya orilla izquierda no halló barca alguna en que pudiese verificar su paso á la otra parte, habiéndolas llevado todas don Antonio. En esta situacion se vió precisado á enviar varios destacamentos rio arriba, para hacerse con cuantas encontrasen; mas ninguna vieron á la orilla izquierda. Se dice que para salir de este

conflicto, se disfrazó con algunos otros de la mayor confianza, y presentándose con este traje, hizo creer á los pescadores de la otra orilla que eran fugitivos del ejército de don Antonio, con quien deseaban reunirse. Una barca se destacó en efecto á recibirlos, y llegó adonde estaba Sancho de Avila. Acudieron entonces á una señal soldados que estaban escondidos, y dueños de la barca, les fué ya muy fácil apoderarse de las otras.

Dispuestos así los medios de transporte, procedió Sancho de Avila al ataque de la plaza. Aunque se hallaba con tan pocas fuerzas, la dividió en dos trozos para conseguir su intento. Quedó con el mando del primero el capitan Gerónimo Zapata, quien debia amagar el paso del rio por Piedra-Salada, mientras el mismo Sancho de Avila con el otro, se puso en marcha rio arriba, para pasarle por Abintes. Jugó, pues, Zapata dos piezas de artillería que acompañaban á la division, y haciendo ademan de querer embarcarse, llamó la atencion de los de Oporto por aquella parte. Mientras tanto, despues de haber pasado el Duero Sancho de Avila, atacó realmente la ciudad por el extremo opuesto. Fué seguida esta maniobra del mas favorable resultado. Sobrecogidos los de la ciudad con esta repentina aparicion de Sancho de Avila, comenzaron á desordenarse. Los soldados de don Antonio no se atrevieron á hacer frente á las tropas españolas. Se vió el prior de Crato en la necesidad de evacuar á Oporto, y tomar la direccion de Viana como fugitivo. Sin embargo, todavía permaneció muchos dias en el pais, abrigado por gente de su parcialidad, sin que todas las pesquisas de los españoles pudiesen descubrir su paradero. Al fin, cansado de semejante situacion, temeroso de caer en manos de los de la parcialidad del rey, que habia ofrecido ochenta mil ducados á quien le entregase vivo ó muerto, halló los medios de embarcarse y trasladarse á Francia.

Abandonada Oporto por las tropas de don Antonio, no pensó en hacer ninguna resistencia, y abrió las puer-

tas á Sancho de Avila, dándose al mismo partido que las demas ciudades donde habian entrado tropas españolas.

Se exhalaron en Oporto los últimos suspiros de la independencia portuguesa. Bastó una campaña, ó mas bien un paseo militar de unos pocos meses, para hacer dueño y absoluto señor de Portugal al rey de España. Cuando le llegaron tan prósperas noticias, hacia poco que acababa de salir de una enfermedad, que le puso al borde del sepulcro. A este contratiempo se agregó la muerte de la reina doña Ana de Austria, su cuarta mujer, que falleció en la temprana edad de veinte y cinco años. Pero estas calamidades domésticas, cualquiera que fuese la impresion que causasen en el corazon del rey, no le estorbaban para atender á todos los cuidados y negocios del gobierno. Al mismo tiempo que Portugal, habian reconocido la autoridad del rey las plazas de sus posesiones en las costas de Africa. Siguió su ejemplo la isla de la Madera; mas no sucedió lo mismo en las Terceras, donde fué reconocido don Antonio. Mientras tanto se mandaban emisarios al Brasil y posesiones de los portugueses en las Indias orientales. Pronto fué reconocida la autoridad de Felipe II en tan ricos y vastos dominios, mientras las islas Terceras, fieles siempre al pendon de don Antonio, se preparaban á la mas séria resistencia.

Era ya tiempo que el rey se moviese de Badajoz para tomar posesion del nuevo reino. Se puso en marcha efectivamente el 5 de diciembre de aquel año, acompañado del archiduque Alberto y algunos mas grandes, pues no quiso llevar mucha comitiva, intentando engrosarla con los nobles portugueses. Encontró en Elvas al duque de Braganza, quien le aguardaba allí con objeto de darle acatamiento como cabeza y representante de la nobleza portuguesa. Le acogió con afabilidad el rey de España, y le agració con el collar del Toison de Oro. En seguida se dirigió por Campomayor, Arronches, Portoalegre, Crato y Abrantes á la villa de Tomar, donde habia convocado á

Córtes. En los pueblos de su tránsito hallaba un recibimiento reservado y frio; mas en ninguna parte se manifestaban síntomas de abierto descontento.

Llegó el rey el 16 de abril de 1581 al pueblo de Tomar, donde le aguardaban los prelados, los nobles, los procuradores del reino convocados de su órden. Allí se hizo la solemne proclamacion del nuevo rey, habiendo precedido el juramento de una y otra parte. Fué la ceremonia magnífica, rodeada de la mayor pompa y aparato. Solo concurrieron á ella los grandes y demas personajes portugueses, habiéndose quedado en sus casas los españoles de la comitiva, incluso el archiduque Alberto. Se presentó el rey vestido con la mayor magnificencia en un tablado donde le tenian preparado un trono. Inmediatamente que se sentó en él, pusieron en su mano derecha un cetro de oro. En derredor se colocaron los prelados, los grandes portugueses de la comitiva, quedándose fuera los procuradores que no pudieron coger en el tablado. El obispo de Leiria, en nombre del alto clero portugués y de los grandes, saludó á Felipe como rey de Portugal, reduciéndose en su larga arenga á decirle, que en virtud de sus derechos incontestables de sucesion, le acogian los portugueses por rey y señor de aquellos reinos. En los mismos términos le habló don Damian de Aguilar á nombre de los procuradores. Concluidas las arengas acercaron al rey una mesa con un Crucifijo y un misal, y el monarca entonces puesto en pié, hizo el juramento de regir y gobernar bien y derechamente, de administrar justicia en cuanto lo permitiere la flaqueza humana, y de guardar á los portugueses sus buenas costumbres, privilegios, gracias, mercedes, libertades y franquezas que por los reyes pasados sus antecesores les fueron dados, otorgados y confirmados. Concluido el juramento, se sentó Felipe, é inmediatamente se pronunció por el secretario de Estado en voz alta la fórmula del que debian prestar al rey los tres Estados del reino, de reconocerle por su señor y de ren-

dirle pleito-homenaje, segun fuero y costumbre de estos reinos. Inmediatamente pasaron á prestar el juramento, poniéndose uno á uno delante del rey, y besándole la mano despues de concluido el acto. Comenzó el duque de Braganza; siguieron los grandes y prelados, los consejeros de Estado, los señores de pueblos y lugares, y en seguida los procuradores de las corporaciones y ciudades que tenian voto en Córtes. Concluido todo proclamó un rey de armas por rey de Portugal al muy alto y poderoso señor don Felipe, á cuya voz correspondió el pueblo con aclamaciones, al son de músicas, fuegos de artificio, disparos de artillería, y las campanas que habian echado á vuelo. Terminó la funcion una magnífica que se dió en la iglesia, adonde se trasladó inmediatamente el rey seguido de su nueva córte. Fué recibido á la puerta del templo por todo el clero y los obispos vestidos de pontifical, quienes oficiaron en el solemne *Te Deum* para dar gracias á Dios por aquel grande acontecimiento.

Al dia siguiente se celebró igual ceremonia para jurar por heredero de Portugal al príncipe don Diego.

Despues comenzaron las Córtes del reino sus trabajos ordinarios, y de que haremos mencion á su debido tiempo. Mientras tanto expidió el rey un decreto en que perdonaba á todos los portugueses declarados contra sus derechos que habian servido á don Antonio ó ejercido hostilidades de otro género. Solo fueron exceptuadas del perdon cincuenta y dos personas, contándose entre ellas al obispo de la Guardia y al conde de Vimioso, general de don Antonio. Tambien quedaron excluidos los frailes que se habian declarado parciales del prior, privándolos de todos los beneficios que de él habian recibido, é inhabilitándolos para ejercer ningun cargo en adelante.

Hicieron las Córtes portuguesas algunas peticiones al rey, que fueron satisfechas. A otras que tuvo por imprudentes y fuera de lugar, respondió con evasivas ó negándolas redondamente. Entre estas indicaremos tres: primera que no hubiese guarniciones en el reino: segunda

que se permitiese á los portugueses el traficar libremente en las Indias occidentales: tercera que otorgase á los portugueses carta de naturaleza en Castilla. Tambien pidieron que el príncipe heredero fuese educado en Portugal, á lo que dió una formal negativa el rey católico.

En compensacion otorgó el rey varias gracias á muchos portugueses de distincion, confiriéndoles hábitos en órdenes militares, encomiendas, títulos, etc.; pero el instrumento mas importante y formal que se extendió á su favor, fué la promesa solemne que todos los gobernadores de Portugal, todos los grandes funcionarios, tanto militares como civiles y eclesiásticos, serian naturales del pais, y que solo á portugueses se conferiria todo cargo público; que no se tocaria á los usos, á las costumbres, á las leyes, á los privilegios del pais, sin expreso consentimiento de las Córtes.

Setenta dias se detuvo Felipe II y I ya de Portugal en el pueblo de Tomar, mientras las Córtes entendieron en los negocios que habian dado motivo á su convocacion. Y pareciéndole al rey que ya era tiempo de hacerse ver en la capital de su nuevo reino, salió de Tomar seguido de una córte brillante y numerosa, en 24 de junio de 1581, y tomó el camino de Lisboa, pasando por los pueblos de Santaren, Almerin, Salvatierra y Villafranca, situada sobre el Tajo. Aquí encontró comisionados de las principales autoridades de Lisboa con una barca magníficamente decorada, para que continuase por agua su camino. Tambien encontró al marqués de Santa Cruz que venia con sus galeras principales. Se embarcó el rey y caminó rio abajo hasta el pueblo de Almada que se halla en la orilla izquierda, frente á Lisboa, donde se detuvo por súplicas que le hicieron las autoridades de la capital de que aguardase un dia mientras se completaban los preparativos que se hacian para su recibimiento. A este pueblo de Almada pasó á visitarle el duque de Alba, á quien recibió Felipe II con las muestras de mayor cordialidad, manifestándole lo gratos que le habian sido sus

servicios. El 29 de junio de 1581 verificó Felipe su entrada pública en Lisboa con toda solemnidad, habiendo salido á recibirlo á la puerta las principales autoridades militares y civiles. Entró á caballo, debajo de palio de brocado de oro, al son de músicas, de campanas mezcladas con el estruendo de la artillería. Despues de haber paseado las calles principales de Lisboa, se encaminó á la catedral, á cuya puerta salió á recibirle el arzobispo vestido de pontifical, á la cabeza de otros mas prelados y un clero numeroso. Despues del solemne *Te-Deum* que se cantó en accion de gracias, se dirigió el rey en la misma forma debajo de arcos triunfales al palacio real, donde le esperaba el duque de Alba para darle posesion de aquella mansion de los antiguos reyes.

Así quedó solemnemente instalado en la gran capital de un nuevo reino, el señor ya de tan inmensas posesiones. Si no se podia considerar Portugal una grande adquisicion considerada la superficie del pais, era de la mas alta trascendencia para Felipe II verse dueño absoluto de toda la península ibérica ó española, que por primera vez reconocia el dominio de uno solo. Con el Portugal habia adquirido sus inmensas posesiones allende de los mares: el Brasil, de reciente conquista, y las ricas regiones de la India Oriental, de donde se extraian tan ricas mercancías, productos de su suelo y de su industria. Con razon se dijo entonces que el sol no se ponia nunca en los Estados del poderoso rey de España. Ora atendiendo á la inmensa extension del territorio, ora á la riqueza de su suelo, no habia hecho mencion la historia de mas vasta monarquía. La plata, el oro, las producciones mas esquisitas, las manufacturas de objetos mas apetecidos, todo se criaba profusamente en los Estados del nuevo señor de Portugal, quien sin duda se debió de penetrar de orgullo con la grande altura á que habia llegado su potencia.

No es extraño que este aumento de poder del rey de España hubiese aumentado los odios, los temores de

sus abiertos enemigos, y causado nuevas inquietudes á los que manifestándose sus amigos no podian menos de mirarle con recelo y con envidia. Recibió en Lisboa felicitaciones del pontífice, de los príncipes de Italia, de la república de Venecia, del emperador, y hasta de Enrique, rey de Francia. No hay necesidad de indicar la poca sinceridad que debió de haber en muchos de estos cumplimientos.

Dueño Felipe II de la península española y de tan inmensos dominios de la otra parte de los mares, que le constituian en la primera potencia marítima del mundo, natural era que pensase en establecer la silla de tan vasto imperio en un gran puerto donde pudiesen abrigarse los bajeles que traian á la madre patria los productos de todos los paises de la tierra. Todas estas ventajas se reunian en Lisboa, ciudad populosa á las puertas del Atlántico, situada en la anchurosa boca del rio que de todos los de la península lleva mas caudal de agua al seno de los mares. Estaba, pues, llamada Lisboa á ser la capital de todos los dominios españoles. A estas razones de un interés material, se unian las de la política, tan interesada en la conservacion de un nuevo reino adquirido, y en la fusion con el tiempo de dos naciones llamadas por la naturaleza á no formar mas que una. No sabemos si esta idea ocurrió entonces á Felipe II y á los principales de su Consejo; mas en la edad presente es un objeto de censura esta falta del rey, y una de las causas á que se atribuye la pérdida de Portugal en el reinado de su nieto. De todos modos era el rey de España demasiado español para pensar en vivir en ninguna parte que no fuese España. Madrid era su hechura: el monasterio del Escorial una de sus mas grandes ocupaciones, de sus mas agradables pasatiempos: vivir fuera de Madrid y del Escorial, no era vivir en su elemento.

CAPITULO LVI.

Continuacion del anterior.--Administracion de Felipe II en Portugal.--Le niegan la obediencia las islas Terceras.--Reconocen por rey á don Antonio.--Primera expedicion de los españoles sobre las Terceras.--Infructuosa.--Don Antonio en Francia.--Se embarca para dichas islas con aventureros franceses é ingleses.--Segunda expedicion de los españoles mandada por el marqués de Santa Cruz.--Combate naval en que sale victorioso.--Vuelve á Lisboa.--Muere en esta capital el duque de Alba.--Regresa el rey á España.--Queda de regente en Portugal el archiduque Alberto.--Segunda expedicion del marqués de Santa Cruz á las Terceras.--Quedan sujetas estas islas á la obediencia del nuevo rey de Portugal (1).

1581—1585.

A pesar de la impopularidad de la persona de Felipe II y de su gobierno en Portugal, no dejó de conducirse con moderacion, como un príncipe hábil que deseaba captarse la benevolencia de sus nuevos súbditos. Ya le hemos visto en Tomar dispensando diferentes gracias personales, ademas de la otorgacion de las que al todo de la nacion se referian. La misma conducta observó en Lisboa, mostrándose afable y accesible, llevando el deseo de hacerse grato á la nacion hasta el punto de vestirse con traje portugués en la mayor parte de las fiestas y solemnidades públicas. Tomó ademas providencias de buen gobierno, y como era un príncipe tan amante del órden y estricto observador de la justicia, se aplicó con celo á corregir varios abusos y males, unos que habian hecho hondas raices en el pais, y otros que eran productos de los últimos disturbios. Creó una nueva audiencia en la provincia de Entre Duero y Miño, y se mostró muy solícito en hacer otros arreglos que varios ramos de la administracion pública exigian. Mas con to-

(1) Las mismas autoridades.

dos estos cuidados y atenciones, con todo este celo que por el bien público mostraba, no podia curar la grave herida del amor propio de los portugueses, viéndose sujetos á la dominacion de un príncipe extranjero, y lo que era mas sensible, del soberano de Castilla. Conservaba muchos partidarios el duque de Braganza. Mas numerosos eran todavía los que echaban de menos la dominacion de don Antonio. Desterrado éste del pais, se hacia tanto mas popular cuanto era objeto de proscripcion, hasta el punto de estar pregonada su cabeza por el rey católico. Por la vuelta de dicho personaje se hacian votos secretos en el pais, sobre todo en Lisboa y en la provincia de Entre Duero y Miño, donde estaba muy arraigado su partido. Todos creian que la presencia del prior en Francia y sus relaciones con la reina de Inglaterra, le proporcionarian recursos para expeler al fin de Portugal al rey de España.

No se descuidaba en efecto don Antonio en interesar á su favor á las dos córtes de Inglaterra y Francia. En Ruan y en Diepa, donde alternativamente fijó su residencia, tuvo entrevistas con personajes de la primera distincion del pais, y recibió muestras de benevolencia por parte del rey Enrique III y de su madre. De sus sentimientos, por lo menos equívocos hácia el rey de España, habian ya dado demasiados testimonios para que Felipe II necesitase de este nuevo. Sin rebozo alguno se alistaban tropas en Francia y acudian personas de distincion á servir bajo las banderas de don Antonio. En Inglaterra se hacian asimismo armamentos de igual especie en favor del mismo príncipe. Estaban destinadas todas estas tropas á las islas Terceras, donde se mantenia vivo el partido del prior de Crato.

De todos los dominios de la corona portuguesa eran las islas Terceras los solos que no habian querido reconocer la autoridad del rey de España. Como fueron en seguida teatro de una guerra, ocupan un lugar no despreciable en nuestra historia. Descubiertas á mediados del siglo XV por un príncipe de Portugal, se hallan

en el Océano Atlántico como á trescientas leguas al Occidente, y con la misma latitud sobre poco mas ó menos que la de Lisboa. Se dió á estas islas el nombre de *Azoras*, por el gran número de azores que en ellas se vieron cuando su descubrimiento, y tambien el de Terceras por el de una de ellas considerada como la principal, llamada Tercera á causa de haber sido la tercera descubierta. Se llaman las otras ocho, pues componen todas el número de nueve, San Miguel, Santa María, San Jorge, la Graciosa, Pico, Fayal, Flores y Cuervo. No es la Tercera la de mas extension de todas; pero se consideró siempre como su capital por su posicion central, por su mejor terreno, por ofrecer mejores puertos y puntos mas susceptibles de defensa. Sus tres pueblos principales son Angra, la Playa y el Fanal, todos puertos, siendo el primero la capital de las islas y el punto de residencia de sus gobernadores.

Ejercia esta autoridad en nombre de don Antonio, Cebrian de Figueredo, cuando la entrada del rey católico en Portugal; y á pesar de las órdenes que recibió del gobierno para poner las islas á la obediencia del rey, manifestó que no abandonaria jamás el pendon de don Antonio. Puso esta resistencia en grave cuidado al rey, no solo por la accion en sí, sino por el apoyo que encontraban las disposiciones hostiles del prior, en Francia. Se aguardaban ademas por aquel tiempo los galeones de las Indias Occidentales, y se temia que recalcando en las Terceras como lo tenian de costumbre, fuesen cogidos por el gobernador á beneficio de don Antonio. Motivos eran de interés para que el rey pensase sériamente en ocupar á viva fuerza el pais que le negaba la obediencia, cortando de raiz la guerra que le estaba preparando don Antonio desde Francia.

Salió, pues, de Lisboa el capitan Pedro Valdés al frente de algunas galeras, donde iban embarcados hasta seiscientos hombres, sin mas objeto por entonces que el de aguardar en las islas Terceras á dichos galeones

y avisarles de lo que pasaba. Se hizo á la vela Valdés; mas antes de llegar á las islas habian ya aportado á ellas los buques que aguardaba. No cayeron sin embargo en poder de Cebrian de Figueredo, porque recelosos los capitanes con las ofertas que les hizo de saltar á tierra, y habiendo hallado contradiccion en las noticias que acerca de Portugal les dieron, formaron sospechas de la mala fé de aquel gobernador, y sin detenerse en las costas prosiguieron el rumbo directamente á su destino.

Valdés que supo esta ocurrencia, no tuvo por conveniente desembarcar en la Tercera, tanto mas cuanto que aguardaba á Lope de Figueroa, que con mayor número de galeras y de tropas debia salir pronto de Lisboa para reforzarle. Mas un sobrino suyo llamado Diego Valdés, mozo de resolucion y de poca prudencia, le rogó encarecidamente le permitiese saltar á tierra con alguna gente escogida el 25 de julio, á fin de festejar dignamente el santo tutelar de España. Verificado el desembarco entre el puerto de la Playa y Angra, recorrieron los españoles el pais saqueando cuanto podian y haciendo otros estragos. Mas salió de Angra el gobernador Cebrian de Figueredo con tres mil hombres de á pie y cuatrocientos de á caballo, con cuya fuerza, aprovechándose del desórden de los españoles, los puso en derrota, obligándolos á reembarcarse con enorme pérdida, pues entre muertos y heridos tuvieron mas de trescientos hombres fuera de combate. Llegó pocos dias despues Lope de Figueroa, y tanto por el descalabro en que halló á Pedro Valdés, como por los nuevos preparativos que hacian en la Tercera para oponerse á un desembarco, como por lo avanzado ya de la estacion, que hace insegura la permanencia en aquellos mares borrascosos, tomaron los españoles la vuelta de Lisboa, sin que en todo aquel año se hiciese otra cosa contra las Terceras mas que prepararse para la próxima campaña.

Trató el rey de organizar los elementos de la expugnacion en toda forma. Se dieron órdenes al marqués de Santa

Cruz para que apresurase en Sevilla la construccion de galeras y el apresto del demas material que se considerase necesario. Se allegaron víveres y municiones. Se pusieron en movimiento hácia la costa dos tercios de infantería española que acababan de salir de Portugal, no creyéndolos de necesidad en aquel reino. Se nombró jefe de la expedicion naval al marqués de Santa Cruz, que ya pasaba entonces por el primer general de mar de España. A treinta y uno ascendia el número de buques mayores de que se compuso la escuadra, sin contar con buques de menor porte: á cinco mil el número de tropas de tierra españolas, formando dos tercios, uno á las órdenes de Lope de Figueroa, y otro á las de Francisco de Bobadilla. Ademas se embarcaron quinientos alemanes mandados por Lodron. No se puso en las galeras caballería de ninguna especie.

Mientras se preparaba esta expedicion se envió á don Fernando de Toledo á Oporto con fuerzas suficientes para contener aquel pais, donde con tantos partidarios contaba don Antonio. Tambien se envió á la isla de San Miguel, que no seguia su parcialidad, á Pedro Peixoto de Silva, quien se hizo á la vela con catorce galeras recien salidas de Guipúzcoa. Mientras preparaba Felipe II su expedicion, hacia lo mismo con la suya el prior, quien se trasladó á Burdeos con objeto de vigilar de mas cerca las operaciones. Hasta seis mil aventureros pudo reunir entre franceses é ingleses, no dejando de encontrarse entre ellos personas de suposicion, sobre todo de los primeros. No teniendo bastante confianza en el gobernador de la Tercera, Cebrian de Figueredo, por creérsele en vísperas de venir á términos de acomodo con el rey de España, puso en lugar suyo á Manuel de Silva, por juzgarle de mayor resolucion y mas adhesion á su persona.

Casi al mismo tiempo se hicieron á la vela y con un mismo destino la expedicion española y la francesa. Salió de Lisboa el marqués de Santa Cruz el 10 de julio de 1582, y aunque no omitió diligencia alguna, llegaron

á la isla de San Miguel antes los franceses. Inmediatamente desembarcaron entregándose al pillaje. Salió en busca suya Pedro Peixoto á la cabeza de dos mil y quinientos hombres entre españoles y portugueses; mas los de esta última nacion no militaban de buena fé contra la parcialidad de don Antonio. Así lo hicieron ver cuando se encontraron con las tropas enemigas, tomando la fuga, dejando en la refriega solos á los españoles. Fueron éstos arrollados y puestos en la necesidad de refugiarse en el castillo. Los franceses victoriosos con don Antonio á la cabeza, se hicieron inmediatamente dueños de la ciudad, que entregaron al pillaje.

Intimó don Antonio la rendicion al castillo, mandado entonces por don Lorenzo Noguera, aunque herido de resultas del último encuentro. Le hizo ofertas ventajosas si le entregaba aquella fortaleza de su pertenencia, amenazándole en caso contrario con todos los rigores de la guerra. Respondió el español, que perteneciendo todas las posesiones de Portugal al rey de España, no reconocia mas que á él por dueño de aquel fuerte, y que no le entregaria á ninguno aunque perdiese, por conservarse fiel, la última gota de su sangre.

Cuando en virtud de esta respuesta se prepararon los franceses al ataque del castillo, recibieron la noticia de la aproximacion del marqués de Santa Cruz al frente de su escuadra. Con este motivo no pensaron mas que en volverse á embarcar, lo que verificaron inmediatamente, dejando abandonada su conquista.

Se hallaba el marqués de Santa Cruz á la cabeza de veinte y siete navíos; y aunque estos eran en general de mas porte que los de la escuadra enemiga, llevaba ésta á la española gran ventaja en el número, pues ascendia á cerca de sesenta. Se hallaban en ella de jefes principales el conde Vimioso, general de don Antonio, el italiano Francisco Strozzi, general en jefe de la expedicion, y el francés Brissac su segundo; todos hombres muy experimentados en la guerra. En cuanto á don Antonio, aunque hacia

parte de la expedicion, como ya hemos visto, no mandaba en realidad, ni tomó parte activa en ninguna de sus operaciones. Sabian los franceses que el marqués de Santa Cruz no se habia dado á la vela con todas sus fuerzas navales, y que esperaba muchos buques que debian salir de Sevilla y de Ayamonte. Trataron, pues, de marchar en busca suya antes que se engrosase, segun era su esperanza. Las mismas noticias tenia el marqués de refuerzos que aguardaban los franceses; y de este modo, como trataban las dos escuadras de encontrarse, era ya inevitable la pelea.

Interpuestos los franceses entre la isla de San Miguel y el marqués de Santa Cruz, se hallaba éste en la mayor confusion sin saber lo que ocurria y habia ocurrido en dicha isla. Esto le animó mas á dar cuanto antes la batalla, para lograr su evacuacion en caso de que los franceses la ocupasen, y de todos modos para apoyarse en ella y proporcionarse los refrescos que necesitaba.

Dos dias se buscaron las dos escuadras enemigas, y aunque se avistaron al fin, no emprendieron nada de importancia, sea porque no tuviesen el viento favorable, sea porque cada una de ellas, por medio de maniobras, tratase solo de proporcionarse esta ventaja. Al tercero se pusieron una en frente de otra, y pasaron todo el dia casi en inaccion, contentándose con cañonearse mútuamente desde lejos.

El cuarto, que era el 25 de julio, dia de Santiago, de 1582, vinieron á las manos sériamente. Ya entonces se habia disminuido la escuadra del marqués, reduciéndose á veinte y cuatro navíos, pues tres se habian perdido de vista, ó tal vez huídose, llevándose á bordo un gran número de tropas alemanas. Tomó sin embargo el general español todas las disposiciones que le cumplian, como entendido capitan de mar, empeñado en un lance muy sério, por la superioridad de las fuerzas del contrario. Dividió su pequeña escuadra en tres divisiones, y en su galera capitana, distribuyó por sí mismo los capita-

nes, tropa y artilleros que debian combatir en sus diversos puestos.

Eran cinco solos los navíos del marqués, de un porte muy superior á los franceses, siendo el principal el llamado San Mateo. Habian estos desde un principio adoptado el plan de atacar separadamente cada uno de estos cinco buques, con cinco ó seis de los suyos, de modo que supliese esta superioridad la del mayor porte del contrario. A ejecutarse este plan con toda exactitud, hubiera sido fácil á la escuadra francesa envolver á la enemiga. Mas el marqués de Santa Cruz, que era un hombre muy hábil de mar, maniobró, de modo que cada uno de sus cinco buques grandes tuviese auxiliares que entretuviesen las fuerzas enemigas, á fin de desplegar su accion con toda su eficacia y maestría.

El combate se hizo general: jugaba al mismo tiempo toda la artillería de las dos escuadras. Cada buque atacó al contrario, aferrándose mútuamente por las proas ó por los costados, mientras los grandes buques del marqués se prevalian de las ventajas que les daba esta circunstancia. Fué acometida la capitana francesa y puesta en gran peligro; mas al fin fué socorrida por los suyos. Tambien estuvo en grandes apuros el San Mateo; por cinco veces se le vió arder, mas fué socorrido á tiempo por los capitanes Oquendo, Villaviciosa y Venesa, que se hallaban cerca. A bordo de la almiranta francesa llegaron á entrar los españoles, cuando acudiendo nuevas fuerzas de la primer nacion, se dió fin á la sangrienta refriega que se habia trabado á bordo, teniendo que retirarse los españoles con gran pérdida.

El marqués de Santa Cruz acudia á todas partes, tomando disposiciones como capitan, y peleando cuando llegaba la ocasion, como soldado. Por fin se trabaron por las proas las dos capitanas francesa y española, y se dió principio á un combate con arcabuces, con pistolas, con sables, y toda especie de armas, tanto de fuego como blancas. Fué tremendo el choque, y aunque los france-

ses pelearon con gran valor, vencieron los nuestros, penetrando como un torrente en la capitana enemiga, llevándolo todo á sangre y fuego. Mas de trescientos enemigos perecieron á bordo de este buque. En vano intentaron socorrerle los de su nacion. La capitana francesa cayó definitivamente en poder nuestro, y con esta presa importante, se decidió la victoria á favor de los españoles. Quedaron los buques de los franceses, unos echados á pique, otros cogidos, otros destrozados. Fué tanto el número de los que cayeron en nuestras manos, que no sabiendo qué hacer de ellos el marqués, tuvo que echar á pique la mayor parte.

Fué esta batalla una de las mas sangrientas y decisivas que se dieron en los mares. Pasaron de tres mil los franceses que perecieron en los diferentes abordajes. Hubo muchísimos heridos, contándose entre ellos los tres jefes conde de Vimioso, Strozzi y Brisac, que murieron muy pronto de los golpes recibidos. No fué muy grande el número de los prisioneros, en razon del excesivo de los muertos.

En cuanto á don Antonio, se mantuvo toda la jornada fuera de combate, donde ondeaba el estandarte de sus armas. Cuando vió la accion perdida, se dirigió á la Tercera para acudir á los medios de su defensa, pues presumia con razon que sobre esta isla volveria el marqués sus tropas victoriosas.

No se puede encarecer bastante el valor de nuestros jefes y oficiales que tan importante victoria alcanzaron, á pesar de ser tan inferiores en fuerzas á sus enemigos. Todos desplegaron grande bizarría, y los hombres de mar lucieron mucho su habilidad en las diversas maniobras á que dió lugar esta pelea tan reñida. Se distinguieron mucho don Francisco Bobadilla, don Lope de Figueroa; los capitanes don Miguel de Cardona, Cristobal de Paz, Pedro de Santillana, Juan Labastida, don Juan de Vivero, Juan de Bolanos, segundo comandante de artillería. No se debe omitir el nombre de Antonio de Sevilla, marinero guipuzcoano de una nave de esta provincia, que se

apoderó del estandarte real de Francia, aunque á costa de un brazo que le llevó una bala de cañon, en el acto de perpetrar su hazaña.

Despues de esta victoria, se trasladó el marqués de Santa Cruz á la isla de San Miguel, cuyos habitantes le recibieron con entusiasmo, y como su libertador los de la parcialidad del rey; y con temor de castigos los de la contraria. Allí puso en tierra los heridos en número de doscientos, y acabó de destruir los buques cogidos á los franceses, por carecer de gente para tripularlos. En cuanto á los prisioneros, usó con ellos de un rigor tenido generalmente por excesiva crueldad, aunque el marqués alegó sus razones para justificar el acto. Cuando se aprestaba la expedicion en Francia, se quejó el embajador español á la córte, como de un acto de completa hostilidad al rey de España. Le fué contestado que no podia impedir la expedicion el rey, y que no eran los que la componian sus súbditos, que no debian ser tratados en caso de vencimiento sino como piratas. Como tales, pues, consideró el marqués de Santa Cruz sus prisioneros. Los dividió en dos trozos, colocando en uno la gente principal, que hizo degollar por mano del verdugo, haciendo colgar á los restantes, que pasaban de trescientos. Que no eran piratas verdaderos harto se sabia, como estaba harto patente la mala fé con que en este negocio procedia el rey de Francia. Mas convenia al marqués de Santa Cruz tomar este pretexto, y creyó servir los intereses del rey, tratando con tal rigor á extranjeros, que sin provocacion ni declaracion de guerra, venian á invadir sus posesiones. Se podia responder á esto, que dichos extranjeros eran soldados de don Antonio, quien, creyéndose con derecho á la corona de Portugal, la disputaba con las armas en la mano. Cualesquiera razones que se aleguen en pró del acto del marqués, no es posible su justificacion para los hombres imparciales. La verdad es que fué llevado muy á mal por sus mismos capitanes y oficiales, quienes alegaban con razon, que igual

suerte les cabria á ellos mismos si llegaban á verse prisioneros.

Entre tanto llegaron con felicidad, sin contratiempo alguno, los galeones de la India, cuya captura habia sido uno de los objetos de la expedicion de los ingleses y franceses. En Lisboa confirmaron las nuevas de la victoria del marqués, que habian llenado de satisfaccion al rey de España.

Mientras tanto tomaba don Antonio en la Tercera todas las disposiciones para recibir la visita del almirante español, que le parecia muy próxima. No se descuidó en efecto el marqués en dirigirse á la isla para reconocerla y tomar lengua, mas no con el objeto sério de invadirla. Se hallaba la estacion muy avanzada, y no le pareció cuerdo mantenerse en el mar, que en aquellos parajes se presenta sobrado embravecido. Tal vez no fué este el solo motivo de desistir por entonces de la expugnacion de la Tercera. De todos modos, en todo el mes de setiembre tomó la vuelta de Lisboa con sus naves victoriosas, dejando á don Antonio por entonces pacífico poseedor de una isla, á que estaban reducidos todos sus dominios.

Recibió Felipe II al marqués de Santa Cruz con todas las muestras de satisfaccion, y dispensó muchas mercedes á los oficiales é individuos de tropa que mas se habian distinguido en el combate, haciendo cuenta de que con otra expedicion al año siguiente, acabarian de expulsar de las Terceras á cuantos su autoridad desconocian.

Trataba en aquel tiempo el rey católico de restituirse á España; tal era la fuerte inclinacion que hácia Madrid y el monasterio de San Lorenzo le arrastraba. Mas al poner su proyecto en ejecucion, sobrevino la muerte de su hijo, el príncipe don Diego. No le pareció, pues, prudente salir de Lisboa antes de celebrar la jura del príncipe don Felipe, que fué su heredero, y era el cuarto y el último varon que hubo de doña Ana.

Un suceso ocurrió entonces de importancia en aquella capital, á saber: la muerte del famoso duque de Alba,

muy sentido del rey, que conocia y sabia sacar tanta utilidad de sus servicios. Aunque lo dicho hasta ahora de tan ilustre personaje basta sin duda para darle bien á conocer, no extrañará el lector que consagremos algunas líneas mas á su memoria. Es sin duda el duque de Alba una de las mas grandes figuras que brillan en el cuadro colosal de este reinado. Dedicado desde su primera juventud á la carrera de las armas, terminó su vida á la edad de setenta y cuatro años, dando fin á una campaña, que si no de mucho mérito por lo reñida, será siempre célebre por lo importante y útil á los intereses de la España. Si el brillo de su nombre llegó á su mayor altura bajo el reinado de Felipe II, ya era muy grande y distinguido en el de su padre, que tuvo á sus órdenes los primeros capitanes de su siglo. Muy jóven todavía, comenzó á lucirse en la campaña de Provenza: se halló en Tunez y en Argel: mandó en jefe, siendo hombre ya entrado en años, la batalla Muhlberg, y asimismo el sitio que á la plaza de Metz puso Cárlos V. De sus acciones en el reinado de Felipe II, hemos dado una idea ya bastante extensa en el curso de esta historia. Fué admirable la disciplina que supo introducir y mantener en los ejércitos; singular la vigilancia con que atendia á todos los pormenores de su mando militar, y consumada la prudencia que en todos sus pasos y movimientos observaba. Sabia combatir y abstenerse de empeñar batallas, cuando podia de otro modo conseguir victorias. Sus inferiores le obedecian y respetaban á par que le temian, reconociendo en todo lo superior de su capacidad, y lo llamado que estaba por el órden de las mismas cosas á mandarlos. Tuvo como cortesano la misma superioridad de brillo y de importancia, que cuando se hallaba al frente del ejército. Fué el duque de Alba el hombre de todas las confianzas de Felipe II, de todos sus viajes, de todas sus negociaciones, y al parecer depositario de todos sus secretos, es decir, de todos los que podian ser comunicados. Si cayó por un tiempo de su gracia, fué para levantarse de ella con mas esplendor, y hacer ver al

rey lo difícil que le era descartarse de un hombre de su clase. Activo, duro, inflexible, sin misericordia, instrumento ciego de sus voluntades, tenia todos los requisitos necesarios para captarse su benevolencia. Como el servido era el servidor, con la diferencia que podia haber entre el político sagaz y el fiel soldado. Era católico por educacion, intolerante por carácter, por hábitos; porque era tal la índole del tiempo; sanguinario por temperamento, tal vez porque en su opinion iba en ello el interés de la justicia. Aborrecia á los protestantes con furor, y no le inspiraban los flamencos sublevados mas suaves sentimientos. Como odiaba, fué odiado; pocos hombres fueron mas objeto de terror; en pocos retratos se imprimieron mas las tintas que podia producir el espíritu de indignacion y de venganza. Para completar este bosquejo, diremos que un hombre tan grave, tan entero, tan inflexible, tan objeto para todos de respeto y de temor, como el duque de Alba, se sentia como anonadado en la presencia de Felipe II, y que solo una mirada, una frase algo severa de este rey, bastaba para intimidarle.

Poco despues de la muerte del duque de Alba, ocurrió asimismo en Lisboa la de Sancho de Avila, que de paje suyo habia pasado á ser su favorito y alumno predilecto en la escuela de la guerra. Correspondió el discípulo á la excelencia de tal maestro; y aunque no alcanzó fama de un insigne capitan, adquirió derechos legítimos á una fama bastante distinguida. Lució este soldado de fortuna por su valor y habilidad, en varios teatros, sobre todo en Flandes, donde varias veces hicimos de su nombre mencion muy honorífica. Ya le hemos visto en Portugal, sirviendo bajo las órdenes del duque de Alba, como lo tenia de costumbre, y dando fin á la guerra, en su marcha desde Lisboa á Oporto, donde quedó destruida por entonces la parcialidad de don Antonio. Apreciaba el rey á Sancho de Avila, y todavía existe una carta que le escribió directamente este monarca, dándole gracias por su comportamiento, y ofreciéndole mercedes. Se

dice de Sancho de Avila, que los muchos encuentros y vivas refriegas en que se encontró durante su larga vida militar, no le costaron ni una gota de sangre, circunstancia feliz que ocurre á pocos. Una coz de caballo mal curada puso término á sus dias, cuando todavía no pasaba de la edad madura.

Despues de verificada en Lisboa con toda solemnidad por los tres Estados del reino la jura del príncipe don Felipe, y nombrado por gobernador y virey de Portugal al archiduque Alberto, salió Felipe II de Lisboa á principios de 1583, y tomó la vuelta de España, dirigiéndose sin detencion á Madrid, donde fué recibido con una pompa extraordinaria. Pocos dias despues se dirigió al Escorial, donde los monges le festejaron con el entusiasmo debido á un poderoso protector, que tan magnífico establecimiento les proporcionaba. Sin duda no fueron menos vivos los sentimientos de placer con que el rey se vió restituido á una mansion tan suspirada.

Volvamos á Portugal, cuyos dominios no estaban aun todos sujetos á la autoridad del rey de España. Hablamos de las islas Terceras, donde dejamos á don Antonio respirando con la marcha del marqués de Santa Cruz, quien aplazó para ocasion mas oportuna la conquista de la isla. Empleó don Antonio el invierno 1582 á 1583 en fortificarla del mejor modo posible, para recibir la visita que la amenazaba. Hizo aumentar la guarnicion de Angra y de los demas puntos fuertes con aventureros que de Francia, Inglaterra y otras partes acudian; se proporcionó un gran surtido de municiones, piezas de artillería y otros pertrechos de guerra, cogidos en las islas de Cabo Verde por una expedicion que salió al efecto de Angra y entró á viva fuerza en la de Santiago, habiéndola entregado ademas al pillaje y al saqueo. Al mismo tiempo pedia nuevos auxilios á Inglaterra y Francia, haciéndoles ver la importancia de aquellas islas, para hostilizar al rey de España en sus posesiones de la otra parte de los mares.

Todavía no habia llegado para la reina de Inglaterra la ocasion de declararse en guerra abierta con Felipe II, aunque indirectamente le hostilizaba en todo lo posible. En la misma situacion se hallaba el rey de Francia, dispuesto siempre á dañar al de España, sin atreverse á declararse su enemigo. En la primavera de 1583 se alistó en sus puertos una expedicion de dos mil hombres, que á las órdenes de M. de Joyeuse, se dirigió á la Tercera, adonde aportó sin contratiempo alguno. Con tan oportuno y considerable refuerzo cobró nuevo vigor el ánimo de don Antonio, quien se creyó asegurado para siempre en una posesion que le iba á abrir la puerta para todas las que reclamaba. No descuidaba entre tanto Felipe II un negocio que le traia tanta cuenta como el de arrojar para siempre al prior de Crato de todos los dominios portugueses. A su salida de Lisboa, dejó dadas sus disposiciones para un armamento tal, que asegurase la conquista de la isla disputada. Se nombró por su jefe al mismo marqués de Santa Cruz, que se habia distinguido tanto en la anterior expedicion, y bajo los auspicios de este general, se puso la escuadra en estado de salir al mar, como se verificó el 23 de julio de aquel año. Se componia la escuadra de treinta naves gruesas, dos galeazas, doce galeras y cuarenta y siete buques de mucho menor porte. Iba de maestre de campo general Lope de Figueroa con veinte banderas de su tercio, que componian una fuerza de dos mil y setecientos hombres. Embarcó el conde Lodron mil quinientos alemanes, todos escogidos. Mandaba el maestre de campo, don Francisco Bobadilla, dos mil doscientos soldados españoles formados en doce banderas; don Juan de Sandoval otras quince, compuestas de mil quinientos cuarenta y cuatro soldados españoles y doscientos cincuenta y cuatro italianos. Se embarcaron ademas ciento veinte caballeros portugueses, todas personas de distincion, ochenta y seis soldados que habian sido oficiales, y cincuenta caballeros castellanos que iban todos como aventureros.

Llegó la escuadra á la isla de San Miguel el 3 de julio, y desde él momento hizo el marqués de Santa Cruz que pasase á su bordo un tercio de españoles de dos mil y cuatrocientos hombres al mando de su maestre de campo Agustin Iñiguez, que era al mismo tiempo gobernador de aquella isla. Hechos los preparativos para caer sobre la Tercera, llamó el marqués de Santa Cruz á consejo, en el cual se reunieron don Pedro Toledo, duque de Fernandina; el maestre de campo general don Lope de Figueroa; el conde de Lodron, y los maestres de campo don Francisco Bobadilla, Agustin Iñiguez, don Juan de Sandoval, don Pedro de Padilla, Juan Martinez de Recalde, don Cristóbal de Eraso, Juan de Urbina y don Jorge Manrique. Se deliberó en la junta sobre los puntos donde debia desembarcar la expedicion, y las demas medidas para llevar adelante la conquista, para lo que despues de depositar en la isla de San Miguel los enfermos de la armada y puesto nuevo gobernador en dicha isla, se llevó consigo todos los barcos chatos que habia mandado construir el invierno anterior para auxiliar el desembarco.

Se hizo á la vela la expedicion desde la isla de San Miguel, y el 24 del mismo aportaron á las costas de la Tercera, cuyo gobernador habia tomado cuantas disposiciones le fueron posibles para oponerse al desembarco.

Comenzó el marqués de Santa Cruz sus operaciones enviando un parlamento al gobernador, en que ofrecia perdon en nombre del rey á todos cuantos voluntariamente se rindiesen á su autoridad, y asimismo salvo conducto á los franceses para retirarse libremente con todos sus efectos. Fué recibido el parlamento, ó por mejor decir devuelto al marqués, desechando todas sus ofertas; y aunque las renovó por medio de un manifiesto á los habitantes de la isla, tuvo maña el gobernador para recoger el documento y guardarlos, sin que fuese sabido tal perdon por los interesados.

Empleó el marqués el dia de su llegada y el siguiente

en hacer reconocimientos de las costas para buscar los puntos de mas fácil desembarco. Despues de muchos tanteos y diversos pareceres, se decidieron á verificarle cerca del puerto de la Muela, defendido por un fuerte, á dos leguas de Angra, capital de la isla, como ya se ha dicho.

Se verificó el desembarco el dia 26 con cuatro mil hombres de los tercios de Agustin Iñiguez y don Francisco Bobadilla, á quienes estaba esta empresa encomendada. Fueron tomando tierra poco á poco las tropas, no sin dificultad, por lo difícil de acercar bien las lanchas que las conducian. Conforme iban desembarcando se formaban en escuadron, pues los enemigos se hallaban muy próximos, y del fuerte de la Muela los estaban cañoneando, aunque inútilmente. Mientras tanto que se verificaba el desembarco, se aproximó cuanto pudo el marqués con su galera á las murallas del fuerte por via de reconocimiento, ó mas bien para entretener á la guarnicion, que le hizo muchos disparos, distrayendo su atencion de las tropas que desembarcaban.

Aunque no faltaban tropas en la Tercera en bastante número para medirse con las del marqués, y ofrecerle á lo menos una obstinada resistencia, costó muy poco á los nuestros la expugnacion de este baluarte en que tantas esperanzas tenia puestas don Antonio. No reinaba la mejor inteligencia entre el jefe de las tropas francesas y el gobernador portugués Juan Antonio de Silva, cuya dura y arbitraria administracion le habia hecho objeto de odio para casi todo el vecindario. Eran demasiado desiguales las fuerzas de don Antonio y del rey católico, para que los habitantes de la Tercera no se arredrasen con las consecuencias de una lucha abierta. Segun informes que tuvo el marqués, ascendia á nueve mil el número de las tropas enemigas, casi el doble de las suyas propias. Mas eran bisoñas, acabadas de alistar, con poca instruccion, con menos disciplina. No dejaron sin embargo de presentarse á las nuestras inmediatamente de verificado el desembarco. Formaron su campo, asegu-

rado por medio de trincheras: lo mismo practicaron las tropas españolas. Todo aquel dia del desembarco se pasó en escaramuzas de muy pocos resultados por ninguna de ambas partes.

Para dar una idea del mal estado en que se hallaban las tropas portuguesas y francesas, mencionaremos una estratajema de que se valieron, muy rara en los anales de la guerra. Hallándose el marqués celebrando un consejo de guerra muy cerca de ponerse el sol del mismo dia 26, tuvo que suspenderle por un ruido y alboroto extraordinario que se movió en su campo, y procedido todo de la singular invencion que tuvo el enemigo de soltar como unas mil vacas y dirigirlas al campo de los españoles. Mas este ganado se desordenó por precision á los primeros tiros de los nuestros, que les disparaban desde lo alto de sus trincheras sin que se atreviesen á saltarlas. Así no sirvió esta escaramuza mas que de risa para el campo español, donde se debió de conocer con qué clase de enemigos se hallaban empeñados.

Al dia siguiente tuvo lugar un lance mas sério, en que los franceses llevaron al principio lo mejor, habiendo con mucha bizarría obligado á los nuestros á cederles el terreno. Mas fué esta ventaja para ellos de muy poca dura, habiendo tenido al fin que retirarse al otro extremo de la isla en que se situaron. Así quedó abandonado el puerto de la Muela, y asimismo el de Angra, que se hallaba sin fortificaciones.

Habia ofrecido el marqués dar á saco á sus tropas la isla por tres dias. Usaron de ese permiso en el puerto de la Muela; lo mismo se verificó en Angra, adonde las tropas se dirigieron en seguida. Mas el botin fué sumamente escaso, pues el pueblo estaba abandonado y los vecinos habian llevado consigo sus efectos mas preciosos. Así solo cayeron en poder de los nuestros algunos muebles de poco valor que para nada les servian; mas hicieron una presa considerable en los esclavos del pais, hasta el número de mil y quinientos que se repartieron.

Si se encontraron pocas riquezas en Angra, no sucedió lo mismo con el material de guerra. Se hallaron noventa y una piezas de artillería en los bajeles, y en los fuertes doscientas diez y nueve, pertenecientes muchas de ellas á los franceses, con las armas reales de aquel reino. Se cogieron ademas muchas balas, pólvora, jarcia y demas pertrechos militares, tanto de mar como de tierra.

Inmediatamente echó el marqués un bando para que se recogiesen á sus casas los habitantes que andaban vagando por los campos y habian tomado asilo en las montañas. Poco á poco depusieron estos el temor, y la isla volvió á su estado de tranquilidad acostumbrada. En cuanto á los portugueses armados y franceses que se retiraron de la accion, se hallaban en un pueblo llamado los Altares, en la parte mas occidental de la Tercera.

Mientras se negociaba de una y otra parte sobre la suerte ulterior de estas tropas, despachó el marqués de Santa Cruz parte de sus galeras para volver á la obediencia del rey las demas islas que todavía estaban á la devocion de don Antonio. Se rindió la de San Jorge sin ninguna resistencia; mas la puso la de Fayal á don Pedro de Toledo, que tuvo que desembarcar á viva fuerza. Las tropas que se le presentaron en la costa huyeron inmediatamente y se refugiaron al castillo de Orta. Mas este fuerte se rindió muy pronto á las armas de don Pedro, quien hizo colgar al gobernador, como el principal motor de aquella resistencia.

Dió el capitan español la isla de Fayal á saco por tres dias, y despues de haber puesto nuevo gobernador en el castillo de Orta, se encaminó á la isla de Pico, que se entregó sin resistencia. Desde allí se dirigió á la Tercera, habiendo hecho rendirle obediencia en el camino á las islas del Cuervo y la Graciosa.

Mientras tanto habian hecho proposiciones los franceses de la Tercera para que el marqués les permitiese retirarse á su pais con sus banderas, armas y artillería,

llevándose consigo á Manuel de Silva y otros portugueses de importancia, comprometidos en la defensa de la isla. Mas se hallaban los franceses en sobrados apuros para quedar libres con tan suaves condiciones; por lo que tuvieron que pasar por las que les impuso el marqués de Santa Cruz, á saber: que se rindiesen salvando las vidas, entregando las banderas y las armas, excepto las espadas, pudiendo en seguida trasladarse á Francia, quedando prisioneros los franceses que habian sido cogidos durante la pelea. A tenor de estas condiciones el 4 de agosto se presentaron los franceses en el castillo del puerto de Angra, donde entregaron diez y ocho banderas, las armas de todas clases, menos las espadas, y demas efectos de guerra que tenian. Ascendian á dos mil y doscientos los franceses que se rindieron á los españoles; mas todavía faltaban cerca de seiscientos para completar el número de los que habian aportado á la Tercera, pudiendo presumirse que se habrian escondido unos, evadido otros secretamente de la isla, y otros muertos en el campo de batalla.

Andaba el gobernador Juan de Silva vagando por la isla, por las pesquisas que de todas partes se hacian por órden del marqués, que habia puesto á precio su cabeza. Al fin cayó en manos de un soldado llamado Juan Espinosa, quien le puso en las del marqués el 10 de agosto. Fué conducido inmediatamente á la galera capitana, y de aquí al puerto de Angra, donde tres dias despues fué degollado por manos del verdugo, al mismo tiempo que algunos otros principales partidarios que habian seguido el pendon de don Antonio. Tambien fueron ahorcados otros de menos nombradía.

Aunque se perdonó la vida al vecindario de la isla, no dejó el marqués de Santa Cruz de tomar medidas de rigor que le parecieron necesarias. Mandó hacer muchas prisiones, sobre todo de frailes, que se suponia tenian la parte principal en la resistencia de los habitantes. Confiscó, mientras el rey disponia otra cosa, los bienes de

todos los vecinos de las seis islas que habian negado su obediencia al rey católico. Puso en libertad á todos los presos que habia por asuntos políticos, y decretó indemnizaciones de los perjuicios que se les habian irogado. Despues de arreglar todos estos negocios y asegurado los puntos fuertes con buenas guarniciones y gobernadores leales, se embarcó el marqués de Santa Cruz á últimos de agosto, y tomó la vuelta de Lisboa, adonde llegó á principios de setiembre.

Así con la conquista de las islas Terceras, quedó Felipe II pacífico dueño y señor de todos los dominios de la monarquía portuguesa.

CAPITULO LVII.

Asuntos de los Paises-Bajos.--Sitio de Amberes por el príncipe de Parma.--Dificultades de la empresa.--Ocupa Alejandro las dos orillas del Escalda.--Construye un puente para cortar las comunicaciones de Amberes con el mar.--Descripcion de la obra.--Toma de Gante.--Intentan los sitiados desbaratar el puente.--Brulotes.--Voladura de una gran parte de la construccion.--Desastres.--Se repara el daño.--Atacan los sitiados el contradique de Colvesteins.--Son rechazados con gran pérdida.--Abren sus puertas Bruselas y Malinas.--Nuevos esfuerzos infructuosos de los de Amberes para abrir sus comunicaciones con el mar.--Se ven precisados á rendirse.--Condiciones de la entrega.--Recibe el príncipe Alejandro el collar del Toison de oro.--Su entrada triunfal en Amberes (1).

1584—1585.

La incorporacíon del reino de Portugal en los vastos dominios que ya poseia el rey católico, acrecentó naturalmente el miedo, la suspicacia, la secreta envidia de que era objeto para los que se llamaban sus amigos, así como dió nuevo fuego al odio de sus enemigos declara-

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos concernientes á los Paises-Bajos.

dos. Se hallaban éstos en los Paises-Bajos, en Inglaterra, y aun puede decirse en la córte de Francia, donde tantos medios directos se empleaban para suscitarle hostilidades. Se acercaba el tiempo del desenlace de los granpes dramas que entonces se representaban en esta parte de la Europa; donde tantas pasiones, tantos intereses, tantas creencias religiosas se hallaban en una pugna abierta. No es posible comprender bien el reinado de Felipe II sin pasar en revista todos estos grandes acontecimientos; y nosotros, que en este trabajo nos hemos propuesto por objeto presentar un cuadro, aunque abreviado, no solo de lo que hizo un rey, sino de lo que pasó en su siglo, le tendríamos por incompleto si no echásemos los ojos á menudo sobre otros Estados donde influia por unos medios ú otros su política. Para continuar nuestra tarea, volveremos por ahora á los Paises-Bajos, donde dejamos al príncipe de Parma aprovechándose hábilmente de los dos grandes acontecimientos que habian ocurrido, á saber: la expulsion de los franceses y la muerte del temible príncipe de Orange. Acababan de caer en sus manos las plazas fuertes de Iprés y de Brujas. Vacilaba Gante estrechada por la fuerza, agitada ademas por muchos elementos de discordia que fermentaban dentro de sus muros. Mientras padecia tanto esta ciudad, en mil sentidos diferentes combatida, concibió y puso en ejecucion el príncipe de Parma un proyecto mas grande, mas importante, á saber: la expugnacion de Amberes, sitio principal de la insurreccion, asiento por entonces de su gobierno, la plaza mas importante del pais por su poblacion, por sus riquezas, y sobre la que estaban fijos los ojos de la Europa entera.

Bajo el aspecto político, y aun bajo el militar, por ser uno de los hechos de armas que mas ruido hicieron en la última mitad de aquel siglo, merece el sitio de Amberes una relacion algo menos sucinta que las que hasta ahora hemos consagrado á las empresas militares. Está situada esta ciudad, conocida tambien con el nom-

bre de Antuerpia, en la orilla derecha del Escalda, tan ancho por aquella parte, que la constituye en un verdadero puerto de mar, adonde llegan y fondean con comodidad navíos de alto bordo. Aunque despues de la época á que nos referimos han recibido sus obras marítimas una extension tal, que forman de Amberes el puerto principal del mar Germánico ó del Norte, ya entonces eran de bastante importancia para hacerle representar un gran papel como emporio de comercio. De sus riquezas, de sus manufacturas, de los buques de todas las naciones que á sus muros acudian, hemos hablado en su debido tiempo. En lugar de haberle privado de su importancia la guerra viva de que eran teatro los Paises-Bajos, se la habia aumentado en sentido político y militar, pues aunque no lo era en realidad, se la consideraba como la verdadera capital de Flandes.

Concibió, pues, el príncipe Alejandro un gran plan, cuando pensó tan decididamente en poner sitio á una ciudad á todas luces tan considerable; pero pareció demasiado atrevido y casi de imposible ejecucion á muchos de sus capitanes. Alegaron lo fuerte de la plaza, lo difícil y casi imposible de privarla de recursos por el mar, lo azaroso de emprender un sitio dejándose á la espalda á Gante y Terramunda, la escasez de tropas que tenia Alejandro á su disposicion para abrazar y acudir á tantos puntos á la vez, la facilidad en que se hallaban los de Amberes para soltar las esclusas de los diques y canales, y causar una inundacion en el campo de los sitiadores, como habia sucedido en Leyden, etc. Mas á estas razones respondió Alejandro, que en ocasiones como la presente se debian emprender acciones arrojadas que impusiesen terror al enemigo; que presentándose las cosas tan favorables á la causa del rey con la muerte del príncipe de Orange, se debian aprovechar estos momentos de desmayo y fluctuacion en que se hallaban los flamencos; que no era difícil cortar la comunicacion de Terramunda y Gante con Amberes; y que aunque el Escalda corria tan

ancho por aquella parte, no faltarian medios, si no para impedir el que recibiesen socorros por mar, á lo menos de disminuirlos hasta el punto de causar en la ciudad escaseces y apuros, aumentándose así el número de los descontentos de aquel estado de cosas, y creándose elementos de discordia y anarquía, que tan eficazmente servirian al objeto de los sitiadores.

Se resolvió, pues, definitivamente en setiembre de 1584 el sitio de Amberes, y con este motivo se pusieron en movimiento las fuerzas disponibles que no eran en otra parte absolutamente indispensables. Se hallaba parte de ellas en Frisia, bajo las órdenes de Francisco Verdugo, que tenia al frente á Guillermo de Nassau, teniente de Mauricio, nuevo príncipe de Orange. Estaban situados en Colonia dos regimientos alemanes al mando del conde de Aremberg: en Zutphen algunas tropas de caballería; y el marqués de Renty con su tercio de valones hácia el Mediodía, para oponerse á cualquiera movimiento que por el Artois y el Haynault hiciesen los franceses. En Brabante y la provincia de Flandes, á las órdenes inmediatas de Alejandro, militaban cuatro tercios con cuatro regimientos extraordinarios, y ademas otros tres que acababan de llegar de España despues de sujetadas las Terceras. Con todas estas tropas, que ascendian á diez mil infantes y mil y quinientos caballos, procedió Alejandro Farnesio á las operaciones del asedio.

Estaba preparada Amberes para hacer frente á la tempestad que ya veia tan próxima. Aumentó todos sus medios de defensa su gobernador Felipe Marnix, señor de Santa Aldegundis, quien despues de la muerte del príncipe de Orange, era la persona de mas influencia entre los confederados. No se intimidaron los habitantes por ver á los enemigos tan cerca de sus puertas, pues aunque no podian recibir socorros por tierra en razon á la escasez de tropas que entonces habia en el pais, confiaban en su puerto y en su rio, que les proporcionaba comunicacion con todas partes, y la facilidad de no ca-

recer jamás de víveres y demas provisiones necesarias. A la seguridad, á la fortificacion de las dos riberas del Escalda, consagraron, pues, sus primeras atenciones. Construyeron en la derecha, que corresponde á la provincia del Brabante, y á tres leguas por bajo de la ciudad, el fuerte de Liefkenshoec; y en la izquierda, que pertenece á Flandes, añadieron nuevas defensas al de Lillo, que ya lo habia sido por el duque de Alba. Ademas establecieron varios reductos entre los dos fuertes y la plaza, teniendo tambien el medio de coronar todas estas precauciones con la de inundar el pais que corresponde á la última provincia. Aunque con experiencia de la actividad y saber que desplegaba en todas ocasiones el príncipe Alejandro, no concibieron grandes temores de su tentativa. Mas el general español tuvo medios, como se verá, de acabar con tan gratas ilusiones.

El mismo interés de los de Amberes en fortificar las dos riberas del Escalda, manifestó su enemigo en destruirles sus trabajos; tan convencido estaba de que no cerrándoles este caudaloso rio, jamás se apoderaria de la plaza. Habia llegado ya á la sazon cerca de sus muros con todas las fuerzas disponibles, y establecido su campo en Beveren, á dos leguas de distancia. Fué su primera operacion destacar dos cuerpos considerables, uno de cuatro mil hombres de infantería y ocho compañías de caballería, á las órdenes del marqués de Rubais, para expugnar el fuerte de Liefkenshoec, y otro mandado por el conde de Mansfeld, compuesto de tres mil infantes y cuatro compañías de caballería, con objeto de practicar la misma operacion en el de Lillo. Mientras tanto envió otros destacamentos con objeto de impedir toda comunicacion entre Amberes, Terramunda, Gante y Malinas, colocando como puesto principal en Villebroock el tercio de Agustin Iñiguez, que acababa de llegar de la Tercera.

Fué dichoso el marqués de Rubais en su ataque sobre el fuerte de Liefkenshoec, que se le rindió sin

grande resistencia ni pérdida considerable de los suyos. Mas no sucedió lo mismo al conde de Mansfeld en el de Lillo, mucho mas fortificado que el primero. Hicieron los sitiados una salida que causó grave pérdida á los españoles. En cuantos ataques á viva fuerza dieron éstos contra los del castillo, fueron constantemente repelidos. Con esto y las nuevas inundaciones que produjo el rompimiento de un dique, tuvo que desistir el conde de Mansfeld, y se retiró á los cuarteles de Alejandro.

Ya con la expugnacion del fuerte de Liefkenshoec, comenzaron los de Amberes á sentir dificultades en sus comunicaciones por el rio. No escaseaban los españoles sus fuegos contra todas las embarcaciones que subian y bajaban. Mas esto era poco para el príncipe de Parma, que aspiraba á cortar sus comunicaciones por entero. Para conseguir su objeto concibió el plan de construir una especie de puente ó de barrera, que partiendo de las dos orillas, cerrase completamente el puerto. Se burlaron mucho los habitantes de Amberes, y sobre todo su gobernador, cuando supieron el designio del de Parma, que atribuyeron á locura. Mas palparon pronto, á pesar suyo, la realidad de una empresa que en vista de los dos mil y cuatrocientos piés que tiene de ancho por aquella parte el rio, les parecia tan quimérica.

Para llevarlo á cabo eligió Alejandro dos puntos adonde el rio se presentaba un poco mas estrecho, llamados Callóo y Ordan; éste en la orilla de Flandes y el segundo en la de Brabante. Eran inmensos los materiales que en vigas, tablas y otros artículos se necesitaban para esta obra gigantesca. Mas por la actividad desplegada en su acopio por el príncipe de Parma, se pasaron muy pocos dias antes de empezarla.

Se redujo la operacion á clavar fuertes estacas en el fondo del rio y asegurar sus cabezas por medio de vigas cruzadas que se colocaban horizontalmente, enlazándolas unas con otras con objeto de hacer la trabazon lo mas sólida posible. Sobre las vigas se colocaban tablas que

constituian el suelo de la obra, y donde los hombres estaban á pié enjuto. En las dos orillas se construyeron dos castillos de madera, tomando el de la parte de Brabante el nombre de San Felipe en honor del rey, y el de María Madre de Dios el de la de Flandes. Se dió al tablado de estos dos castillos las dimensiones suficientes para que pudiesen contener con bastante holgura cincuenta hombres. Los dos ramales que desde ambos castillos se avanzaban sobre el rio, no tenian mas que doce piés de anchura, de modo que diesen paso á ocho hombres de frente. A las extremidades de esta especie de estacada, se construyó tambien con tablas una especie de parapeto de cuatro piés de altura, á prueba de bala de arcabuz ó de mosquete.

De este modo, y mientras lo permitió la poca altura de las aguas, se construyó una línea de puente ó de estacada de nuevecientos piés por el lado de Bravante, y por la de Flandes de doscientos solamente. Entre los extremos de los dos ramales quedaba un hueco de mas de mil doscientos piés, donde era imposible la fijacion de estacas por la gran profundidad del rio y lo rápido de la corriente. Ideó el príncipe de Parma llenar este hueco con buques, lanchas ó cualquier género de embarcaciones. Mas no pudo por entonces hacerse con los suficientes, pues tenia que surtirse para esto de Dunkerque.

Mientras se procedia á la construccion de este puente, que era entonces asombro de la Europa, hacia expugnar Alejandro la plaza de Terramunda, situada tambien sobre el Escalda, para acabar así con toda comunicacion entre este punto y Amberes. Hizo la plaza bastante resistencia, sobre todo en su baluarte principal, y al principio sufrieron los nuestros graves pérdidas. Por fin tomaron los españoles este baluarte el 15 de agosto, y el 17 tuvo que rendirse la plaza, pagando sesenta mil florines para indemnizar los gastos de la guerra. Salió la guarnicion en número de seiscientos hombres sin armas ni caballos. Juró la ciudad obediencia al rey de España,

y á los calvinistas se les dió dos años de término para arreglar sus negocios, al fin de cuyo plazo tendrian que evacuarla.

Al saberse en Gante la noticia de la toma de Terramunda y los peligros que amenazaban sériamente á Amberes, trataron de entregarse al príncipe Alejandro, bajo las mismas condiciones que antes lo habian hecho los de Iprés y Brujas. Se negó el general español á la propuesta, haciendo sentir á los comisionados de la ciudad que vinieron á su campo, cuán diversas eran ya las circunstancias. Al fin se convinieron, pues si los de Gante tenian miedo, no eran menos los deseos de Alejandro de ocupar á Gante. Reconoció la ciudad la autoridad del rey, y pagó doscientos mil florines. Se sacaron de la cárcel todos los retenidos en ella por ser de la parcialidad del rey. Se restituyeron los templos al culto católico, y volvió su ejercicio al estado acostumbrado. En cuanto á los calvinistas, quedaron privados del suyo, y recibieron órden de evacuar la ciudad, aunque se les dió algun tiempo para que arreglasen sus negocios.

Con la ocupacion de Gante hizo Alejandro la adquisicion de los buques que necesitaba para dar fin á su famoso puente. No habia dificultad en hacerlos trasportar hasta cerca de Amberes, siendo ya dueños los españoles de Terramunda y Rupelmunda. Mas tenian que hacer un rodeo para llegar al punto de su destino, hallándose en medio Amberes, debajo de cuya plaza el puente se formaba. Para obviar este inconveniente mandó Alejandro hacer dos cortàduras en el dique de la Escalda; una en Callóo, por debajo de Amberes, otra en Borcht, por encima; con lo que habiéndose formado una inundacion entre ambos puntos, pudiéron llegar las naves al primero sin tropezar con la ciudad que les cortaba el paso. Y habiéndose inutilizado este expediente por un reducto que los de Amberes construyeron en Borcht, tomó Alejandro el partido de abrir un canal de mas de cinco leguas, que aseguraba la comunicacion entre Callóo y un

pequeño rio que desagua muy cerca de Gante, en el Escalda.

Así se hizo Alejandro, sin molestia por los de Amberes, con veinte y ocho ó treinta naves, suficientes para llenar el hueco entre los dos ramales de la estacada ó puente de madera. Los colocó á lo largo, á veinte pasos uno de otro de distancia, sujetándolos con anclas y gruesas cadenas de hierro, cuyas extremidades estaban fuertemente ligadas con los dos extremos de este puente. Para asegurar la comunicacion de un buque á otro, se colocaron gruesas vigas cubiertas de tablas, dando á cada uno de estos puentes la misma anchura y colocando en ellos los mismos parapetos que en los dos construidos sobre estacas.

Así se cerró completamente la comunicacion de Amberes con el rio. Para dar mas seguridad y aumentar la eficacia de este puente, se echaron otros dos, uno en la parte superior y otro en la inferior del Escalda, con simples barcas ligadas entre sí del mismo modo que los buques grandes, con fuertes barras puntiagudas de hierro por uno de los lados, para oponer mas obstáculos á los navíos que se presentaban. En cada buque se colocó artillería, y la misma operacion tuvo lugar en cada uno de los barcos chicos.

Bajo cualquier aspecto que esta construccion se considere, fué una obra admirable para aquellos tiempos, y aun es digna de las mayores alabanzas en los nuestros, donde tan adelantados se hallan todos los ramos del arte de la guerra. Mas que el ingenio del arte, lució en la construccion del puente de Amberes la audacia de haberle concebido, el arrojo y la constancia con que en medio de tantos obstáculos se consiguió llevarle á cabo. No se apartaban un momento de la obra los ojos vigilantes de Alejandro, y eran muy frecuentes las ocasiones en que para animar y entusiasmar á todos con su ejemplo, echaba él mismo mano al pico y á la azada. En los habitantes de la ciudad hizo una impresion dolorosa,

tanto mas profunda cuanto se habia tenido á sueño y hasta escarnecido dicha obra, como fanfarronada por parte de Farnesio. Quedaba Amberes sin comunicacion ninguna con el mar, de donde aguardaba toda especie de auxilios y recursos. Con tan pocas fuerzas de tierra como tenian los confederados, en las comunicaciones por agua estaba puesta toda su esperanza. Por eso se esforzaba tanto Alejandro en cortárselas, reduciendo á bloqueo un sitio en que no se podia operar á viva fuerza.

Hemos visto ya, por disposiciones hábilmente tomadas, caer en sus manos la plaza fuerte de Gante, situada tambien sobre el Escalda. La misma suerte aguardaba á Bruselas, donde comenzaban ya á sentirse los horrores del hambre, bloqueada como estaba por las tropas de Alejandro. Un convoy enviado por los de Malinas y Amberes, custodiado por mil hombres, cayó en una emboscada de los nuestros, en cuyas manos quedaron todos prisioneros. Privada la ciudad de este recurso, y sin esperanza de otros nuevos, trató de abrir sus puertas al de Parma, con cuyo objeto le enviaron embajadores á su campo de Beveren, donde al fin de dificultades y altercados, se rindieron bajo las condiciones, de que los ciudadanos volviesen á la obediencia del rey y fuesen restituidos á su gracia; que se devolviesen á los templos católicos todos los efectos que les habian robado; que las demas restituciones y reparaciones quedasen á cargo de los tribunales ordinarios; que dejasen los herejes la ciudad al cabo de dos años, dándoseles este término para el arreglo de todos sus negocios; que saliese la gente de guerra libre con sus armas y equipaje, pero sin banderas, sin mechas encendidas, sin tocar cajas ni trompetas, habiendo jurado primero que en cuatro meses los soldados y en seis los oficiales no tomarian las armas contra el rey de España.

No fueron las condiciones, como se vé, muy duras. Ninguna contribucion en dinero se impuso sobre el pueblo de Bruselas. Mas no le convenia á Alejandro el ser

muy exigente, ocupado como estaba en el sitio de Amberes, y sobre todo tratándose de la ocupacion de una ciudad tan importante, considerada como la capital de todos los Paises-Bajos.

A la rendicion de Bruselas se siguió la de Nímega, capital de la provincia de Güeldres, que abrió sus puertas sin grande resistencia, aterrada probablemente con el ejemplo de las otras plazas fuertes que acababan de caer en manos de Alejandro.

Creció con estas pérdidas la turbacion y el miedo en los de Amberes. Comenzaban ya á mostrarse síntomas de descontento; mas el gobernador Santa Aldegundis, hombre de resolucion y de firmeza, supo tranquilizar los ánimos de los habitantes. La masa de la poblacion estaba enconada contra el rey católico. Allí tenia su asiento principal la insurreccion de los Paises-Bajos, y desplegaba la energía y política de los confederados. A pesar del puente echado sobre el rio, no habian perdido las esperanzas de comunicarse al fin con el Océano. En Middelburgo se preparaba una escuadra, con cuyo auxilio y los esfuerzos que se hiciesen por el lado de la plaza, aguardaban romper aquella barrera formidable.

Se hizo en efecto á la vela dicha expedicion marítima, mandada por Treslong, y aunque Farnesio no la creia de grande importancia por los disgustos que segun era fama mediaban entre aquel general y los confederados, no dejó Treslong de cumplir con su deber, subiendo el Escalda con su escuadra, sin que Farnesio pudiese por falta de navíos oponerle resistencia. Cayeron los confederados sobre el fuerte de Liefkenshoec, que tomaron sin grande resistencia. Tampoco la encontraron en el de San Martin, otro mas pequeño de las inmediaciones, que ocuparon en seguida. Irritado Farnesio de tanta flojedad por parte de los suyos, trató de hacer un escarmiento público, mandando degollar á los principales jefes sobre el mismo dique del Escalda, á vista de los enemigos.

Dueños así los confederados de estos dos fuertes y

del de Lillo, que está en frente, dominaban completamente el Escalda desde estos dos puntos hácia abajo. Lo mismo sucedia á los de Amberes por la parte superior; mas en medio se encontraba como una barrera insuperable el fatal puente.

A derribar, pues, esta especie de muralla, se dirigieron los esfuerzos de unos y otros. En su conservacion cifraba Alejandro todos los medios de tomar la plaza. Creyó en un principio que procederian los ataques mas activos de la escuadra establecida en la parte inferior; mas era en Amberes donde se tomaban las medidas mas eficaces para acabar con una obra que los amenazaba con la ruina. Trataron primero de cortar, al amparo de la noche, las maromas ó cables que sujetaban los buques del puente; mas Farnesio inutilizó su tentativa, sustituyendo las maromas con cadenas de hierro, que no la exponian al mismo inconveniente. Si era grande en unos la actividad para destruir, mayor era la del de Parma para reparar, sin perdonar diligencia alguna, los daños de su puente ó cortadura.

Residia á la sazon en Amberes un ingeniero italiano llamado Giambelli ó Jambelo, hombre de recursos, de cuyos consejos hacian mucho caso aquellos habitantes. Construyeron por su direccion una porcion de barcos chatos, muy altos por los dos costados, con suelo ó fondo de cal y de ladrillo, sobre el que colocaron un cofre de mina con su galería en direccion de popa á proa, lleno de pólvora, balas y otros proyectiles. Todo el hueco entre los costados de la embarcacion y la mina, se ocupó con piedras y mas materias pesadas, cuantas podia recibir el buque. En todo este aparato no faltaba su mecha, que iba oculta y preparada como las de las minas ordinarias.

De esta especie de brulotes se aprontaron hasta quince, cuatro grandes y once algo mas pequeños, ascendiendo á setenta quintales de pólvora la carga de las cuatro mas considerables. Se preparó todo este artificio con

el mayor secreto, y aunque se susurraba en el campo de Alejandro que los de Amberes preparaban medios de destruir el puente, no llegaron á conjeturar de qué especie eran.

Se lanzaron, pues, rio abajo los quince brulotes, disparando sus tripulaciones fuegos de artificio para excitar mas la sorpresa de los sitiadores. Asombrados se quedaron éstos, en efecto, al ver una acometida tan extraña, é ignorantes del peligro que corrian, la aguardaban sobre el mismo puente, pensando en neutralizarla por los medios ordinarios. La contemplaba asimismo atónito Alejandro desde el castillo de Santa María, acompañado del marqués de Rubais y otros jefes principales. A ruegos de algunos de sus oficiales se alejó de aquel sitio, donde tan graves riesgos corria su persona; mas no siguieron su ejemplo Rubais ni los otros jefes; tan ajenos estaban de sospechar que eran minas lo que se acercaban. Estaban coronadas las dos orillas del Escalda de gente que acudió á presenciar un espectáculo tan extraordinario, y cuyo secreto era sabido de muy pocos. Caminaban mientras tanto los brulotes, hábilmente dirigidos por marinos prácticos. Cuando estuvieron á cierta distancia del puente, pasaron á las lanchas que llevaban para ello preparadas, habiendo puesto el fuego á las mechas de antemano, sin que fuese observado por los espectadores, por estar ocultas en los mismos buques.

Abandonados así los brulotes á su propia direccion, cedieron al impulso natural de la corriente. Los once mas pequeños se desviaron del camino y vararon en la orilla. Pasaron mas adelante los cuatro grandes; mas á los tres de ellos les sucedió lo mismo que á los otros, quedando medio sumergidos. Solo llegó uno á su destino, que los nuestros no pudieron detener, reventando la mina en el mismo instante de tocar el puente. Fué espantosa la explosion, y sus efectos superiores á cuanto pudiera describirse. Se estremeció al estampido el suelo de los alrededores; se oscurceió el aire como en medio de un vio-

lento huracan, mientras volaban hechos pedazos las piedras, las vigas, los maderos, todo el material del castillo de Santa María y de la estacada inmediata, con mas de ochocientas personas que la coronaban. Penetró en la atmósfera un hedor intolerable, efecto de los mistos de la mina, que sofocó á varios y privó á muchos del sentido. Se cubrieron en pocos instantes las aguas del rio, las riberas y los campos de toda suerte de destrozos, de cuerpos mutilados chorreando sangre, ennegrecidos por el humo: algunos se ahogaron en el rio: quedaron otros sepultados en los fragmentos de piedra y maderos, y no pocos que no perecieron en el acto, luchaban con las aguas agitadas del rio, ó lanzaban en los aires gemidos dolorosos.

Si los demas brulotes, ó á lo menos una gran parte, hubiesen llegado igualmente á su destino; si los de Amberes y los de Lillo hubiesen acudido con sus fuerzas inmediatamente que tuvo efecto la explosion, hubiese tal vez desaparecido el puente y desordenádose completamente el campo de Alejandro. Mas por ninguna parte se presentaron los confederados. Autores dicen que nada supieron de lo que allí pasaba, hallándose sin noticias por espacio de dos dias. Si esto es cierto, aunque de ningun modo verosímil, arguye mucho descuido en los sitiados, que por otra parte debian de estar muy ansiosos de saber el resultado de su tentativa.

No perdió su presencia de ánimo Alejandro en medio del dolor, de la consternacion que le causó una pérdida tan espantosa, menos sensible por las obras destruidas, que por tantos valientes, víctimas sin gloria de una explosion que no se habia previsto. Entre ellas se contaba al marqués de Rubais, general de la caballería, esclarecido capitan y muy querido de Farnesio. Atendió éste con su actividad acostumbrada al alivio y curacion de los heridos, á restablecer el órden, y sobre todo á la reparacion de las obras, levantando nuevas estacadas, colocando otros buques en el puente, aunque sin la debida

trabazon; de modo que á la mañana del dia de la explosion conservaba de lejos la apariencia de estar como antes, sin ninguna ruptura perceptible. Con la misma actividad se llevó adelante la obra de la reparacion, de modo que dos dias despues no solo estaba el puente repuesto, sino muy mejorado.

No desmayaron los de Amberes por el poco efecto de su tentativa. Nuevos brulotes construyó Giambelli; mas habiendo desaparecido la impresion producida por la novedad, fueron aún mas inútiles que los anteriores. Llegaron los soldados de Farnesio hasta apagar la mecha de que venian provistos, y con garfios de hierro y otros instrumentos los desviaban hácia las orillas, donde quedaban varados y medio sumergidos. Recurrieron tambien al artificio de lanzar varias lanchas trabadas entre sí, para que chocando contra el puente, arrastrasen consigo algunos de los buques en que se apoyaban. Mas tambien los españoles se precavieron contra este accidente, preparando huecos por donde las lanchas se escurrian. Recurrieron los sitiados por último á la construccion de un enorme navío armado de espolones de hierro, que lanzaron á favor de la corriente y la marea, lisonjeados de que al choque de tan enorme mole cederian los barcos y se destruiria la trabazon de las demas partes que á la formacion del puente concurrian. Mas no fué esta máquina, á la que dieron el nombre pomposo de *Fin de la guerra*, de mejor efecto que las anteriores. Despues de abandonado á su propia direccion, torció su curso, y fué á varar en la orilla derecha, cerca de Ordan, sirviendo de mofa á los sitiadores, quienes la llevaron al príncipe de Parma.

Perdida la esperanza de destruir aquella barrera fatal que los tenia incomunicados con el mar, resolvieron los de Amberes abrirse otro camino sin que pudiese estorbárselo el puente de Alejandro. Para comprender la operacion de que esperaban este efecto, se tendrá presente que coronaban las riberas del Escalda, como las

de casi todos los rios del pais, diques de bastante elevacion, con que evitaban la inundacion de los campos en la crecida de las aguas. Para la comunicacion de los diques con las tierras altas cuando la inundacion tenia lugar, habia otros diques ó murallones llamados contra-diques. Entre el dique de la orilla izquierda del Escalda del lado de Flandes y un pueblo inmediato situado sobre una elevacion, llamado Colvesteins, existia un contra-dique de este mismo nombre. Dueños los de Amberes de abrir el dique del Escalda por encima del puente de Farnesio, y los de Lillo de practicar lo mismo por debajo, podian proporcionarse una inundacion tal que les abriese comunicacion con el mar, quedando de este modo inutilizada aquella obra. Mas para que se mezclasen las aguas del rio por entrambas partes, era necesario destruir el contra-dique de Colvesteins que estaba de por medio. De este punto se habia apoderado de antemano el príncipe Alejandro, preveyendo lo importante que podia serle en sus operaciones; y como anticipándose á los designios de sus enemigos, habia fortificado el punto con algunos castillos que se apoyaban en el mismo dique. En frente, es decir, en el pueblo y colina donde terminaba el contra-dique, hizo construir un baluarte, desde donde se podia ofender á los que por una y otra parte le atacasen.

A la expugnacion de este contra-dique se aplicaron con suma tenacidad los de Amberes, pues aunque el gobernador Santa Aldegundis y Giambelli se obstinaban en hacerles creer que aun se podia destruir el puente de Farnesio, daban por inútil ya esta empresa.

Se hicieron contra el contra-fuerte de Colvesteins dos tentativas. En la primera atacaron solo los de Lillo con el conde de Holak á la cabeza, contando con que lo harian al mismo tiempo por su parte los de Amberes. Embistieron con furia los buques de los confederados; llegaron á situarse sobre el mismo contra-dique, haciendo replegarse por un tiempo á las tropas que le coronaban; mas con los fuegos que éstas les hicieron desde los cas-

tillos, tuvieron que abandonar el terreno y volverse á sus navíos. Viendo por otra parte que no acudian los de Amberes, desistieron de la empresa, no sin haber dejado en el contra-dique algunos muertos, y causar casi la misma pérdida á los enemigos.

La segunda embestida al contra-dique de Colvesteins fué mucho mas séria, y el lance infinitamente mas reñido. Por esta vez atacaron los enemigos por ambos lados de la inundacion; los de Amberes conducidos por Santa Aldegundis; los de Lillo al mando del mismo conde de Holak, acompañado entre otros de Justino Nassau, hijo bastardo del príncipe de Orange. Ascendia á doscientos el número de buques que atacaron por entrambas partes. Llevaban consigo fuegos de artificio para deslumbrar con la llama durante la noche, y ofender con el humo á los del contra-dique, pues se verificó la embestida á la caida de la tarde. Llevaban ademas sacos de tierra, tablas, faginas y otros materiales para construir trincheras y ponerse á cubierto cuando llegasen á tomar tierra, tanto en el mismo contra-dique, como en frente de los castillos que le defendian.

Pareció al principio mostrarse la fortuna favorable á los asaltadores. Cayeron con furor las tropas situadas en el contra-dique, y con el mismo hicieron fuego á los castillos. Llegaron á establecerse en tierra, y por medio de la trinchera que inmediatamente levantaron, pudieron ofender, poniéndose á cubierto de los tiros enemigos. Llegaron hasta á ganar uno de los fuertes llamado la Palada, volviendo su fuego contra los restantes. El ataque del contra-dique fué tan sério, y tan obstinada la furia de los confederados, que lograron hacer una abertura de bastante extension para abrir paso á una de las naves que cargadas de víveres aguardaban en la parte inferior del rio el resultado de las operaciones. La llegada de esta nave á Amberes produjo las mayores demostraciones de alegría, sobre todo manifestándoles Santa Aldegundis, que regresó en ella á la ciudad, que estaba

destruido el contra-fuerte, aseguradas ya sus comunicaciones con el mar, y que nada tenian ya que temer del puente de Farnesio.

Se condujo con sobrada ligereza Santa Aldegundis dando prematuramente la feliz noticia, y sobre todo abandonando el campo de batalla antes de estar decidida la victoria. El príncipe de Parma, que se hallaba con los que guardaban su puente aguardando allí un ataque mientras tenia lugar el conflicto de que hablamos, se trasladó volando al campo del peligro cuando supo el que corrian sus tropas de ser envueltas por los confederados. Con su presencia se reanimó el valor de los que daban el lance por perdido; y á su voz, que los trataba de cobardes, y aun mucho mas con su ejemplo, se precipitaron los soldados hácia donde los enemigos trabajaban por ensanchar la brecha que habian abierto al contra-fuerte. Sobre aquel terreno estrecho en que de un lado y otro se hallaban las aguas de la inundacion, se trabó una reñida pelea en que los hombres combatian cuerpo á cuerpo, luchando cada uno por no apartar el pié del terreno que una vez habia ganado. Mientras tanto acudia al teatro de la accion el tercio situado en la colina de Colvesteins, bajo la vigilancia del conde de Mansfeld, y este refuerzo fué de mucha importancia para redoblar el valor de los nuestros y aumentar la confusion de los contrarios. Llegaron los primeros á arrojar á los confederados del contra-dique, y á volver á cegar con piedras, faginas y tablones, la brecha ó boquete que habian llegado á abrir los enemigos. Continuaban éstos peleando obstinadamente desde sus navíos. Por fin, despues de siete horas de batalla reñida, abandonaron éstos la empresa y emprendieron la retirada para los puntos de Amberes y de Lillo. Mas tal fué el desórden de este movimiento, tal el estado de destrozo, que discurriendo los nuestros por el dique del Escalda y echándose otros á nado, se apoderaron de muchos buques que iban rezagados.

Pocos combates se dieron nunca en terreno tan es-

trecho. En pocos se derramó mas sangre, teniendo en cuenta el número de los combatientes. Dejaron los confederados tres mil cadáveres en el contra-dique; perdieron mas de noventa piezas de campaña en los veinte y ocho buques que les fueron tomados por los nuestros. A setecientos asciende el número de los muertos que tuvo Farnesio; á quinientos el de heridos. Renunciaron por entonces los de Amberes á la esperanza de abrir sus comunicaciones con el mar, y desde este momento debieron tener por segura su pérdida si no les venia algun auxilio que los indemnizase de tan sensible pérdida. Habia agotado Giambelli todos los esfuerzos de su imaginacion: se mantenia firme como siempre el puente de Farnesio: el contra-dique estaba reparado, y en igual caso las fortificaciones que le defendian.

Para el aumento de los apuros de la ciudad sitiada, llegó á sus oidos la noticia de la pérdida de Malinas, que privada de sus comunicaciones, como lo habian sido las demas plazas fuertes de Flandes, habia tenido que abrir sus puertas al príncipe de Parma. Aún tenian puestas algunas esperanzas los de Amberes en las mieses de las inmediaciones, próximas á su madurez, pues ocurria esto en los meses de verano de 1585. Mas Farnesio, atento á todo, y engolfado siempre en la idea de tomar la plaza á cualquier precio, envió tropas que talaron los campos de las inmediaciones. Ya era tiempo de que Amberes pensase en librarse de una ruina inevitable.

Se hallaban cortadas las comunicaciones con el mar, sin esperanza de remedio; en poder de Farnesio todas las plazas fuertes de los alrededores en que tenian puesta su confianza; taladas las mieses de las inmediaciones; tomados ya por las tropas españolas los mismos arrabales. Comenzaba ya á sentirse en la ciudad la falta de víveres, y á la vista de los habitantes se presentaba la horrorosa imágen del saqueo que el general español habia prometido á sus soldados si tomaban la plaza á viva fuerza. Se introdujo, pues, el descontento en la generalidad,

y sin rebozo manifestaron deseos de que se entrase en capitulaciones con el príncipe de Parma. Le enviaron con este objeto embajadores, y aunque el vencedor se mostró al principio bastante airado por la resistencia que habian opuesto á las armas de su rey, manifestó deseos de entrar en negociaciones y venir á términos amistosos con aquellos habitantes. Era en él mucho el deseo de reducir á la obediencia del rey aquella importantísima ciudad, y por otra parte estaba siempre receloso de que alguna nueva embestida ú otro accidente imprevisto le desbaratase el puente, que consideraba como el solo medio eficaz de hacerse dueño de la plaza. Despues de varios pasos y negociaciones, se convinieron de una y otra parte en los capítulos: de que quedase en Amberes, como sola religion, la católica: que se restituyesen los templos que se habian quitado á dicho culto, y se volviesen á levantar los destruidos á expensas de los autores de este estrago: que el de Parma estableciese en Amberes guarnicion de naciones amigas de la ciudad, exceptuándose los italianos y españoles: que aprontase la ciudad cuatrocientos mil florines para indemnizar los gastos de la guerra: que los protestantes pudiesen permanecer en la ciudad por espacio de cuatro años, al cabo de los cuales la dejarian para siempre: que se indultarian los demas excesos cometidos contra el rey, cuya autoridad se volveria á reconocer por todos los habitantes y autoridades de la plaza.

Las condiciones no eran duras considerando el aprieto de la poblacion; mas todavía titubeaban en aceptarlas los principales habitantes mas influyentes, que se veian en la necesidad de someterse al rey de España. Por aquellos dias circularon por la ciudad rumores de próximos socorros de Francia y de Inglaterra; mas desengañados, no pensaron mas que en abrazar el partido que el vencedor les ofrecia.

Mientras el de Parma, estipuladas ya las condiciones, se preparaba á entrar en la ciudad, recibió la insignia del Toison de Oro que en premio de sus servicios

le enviaba el rey de España. Con este motivo hubo grandes festejos en su campo, donde era sumamente querida la persona de Alejandro. Para que pudiese entrar en la ciudad adornado con esta nueva insignia, se la puso con toda solemnidad el conde de Mansfeld, caballero asimismo del Toison, en la capilla del castillo de San Felipe, habiendo celebrado la misa de pontifical el arzopispo de Cambray á vista de los principales jefes del ejército. Mientras tanto estaban las tropas formadas en las dos riberas del Escalda, y con la arcabucería y las piezas de todos los castillos inmediatos se hicieron varias salvas, que realzaban el aparato y solemnidad de aquella ceremonia.

Dos dias despues tuvo lugar la entrada del príncipe en Amberes, y que merece bien el nombre de triunfal, no solo por la gran victoria adquirida, sino por el aparato y pompa militar que le rodeaba. Entró acompañado de los principales jefes del ejército, entre los que se distinguian el duque de Arescot, el príncipe de Chimay, el conde de Egmont, el de Aremberg, el de Mansfeld y Altatenne, todos flamencos, pues no se habia permitido la entrada en la ciudad, segun las capitulaciones, á los italianos y españoles. Fué recibido Farnesio por los magistrados de la ciudad con todas las muestras de sumision y de respeto: por la generalidad de los habitantes con silencio respetuoso, en que manifestaban considerarle solo como un vencedor á quien abrian las puertas por necesidad y no sufrir mas las calamidades de la guerra. No hay necesidad de indicar mas circunstancias que ocurrieron en esta ceremonia de aparato, casi tan iguales en todas las de aquesta clase. Pasó Alejandro á la catedral, donde se cantó un magnífico *Te-Deum*; tomó en seguida providencias de órden y buen régimen, mostrándose celoso porque se cumpliesen religiosamente las capitulaciones por una y otra parte. Hizo abatir de todos los edificios y demas parajes públicos las armas é insignias del duque de Anjou y cuantas daban indicio de que

aquella ciudad habia estado bajo otra dominacion que la del rey de España. Fueron restauradas las armas de este soberano con la mayor solemnidad, y desde entonces volvió á regir su voz en aquella ciudad tan floreciente.

Sujetada Amberes, no tardó Farnesio en continuar el curso de sus operaciones militares. Habia puesto el sitio y toma de esta plaza el sello á su gran reputacion, y colocádole en la clase de los primeros capitanes. En todo aquel siglo fué el tercero de los hechos de armas de esta clase dignos de mas celebridad y de mas fama. Despues del de Rodas y el de Malta viene el de Amberes, sin que ningun otro le pueda disputar este alto puesto. Otro ocurrió despues de tanta nombradía, en que hallaremos la persona de Alejandro como uno de los actores principales de aquel drama.

CAPITULO LVIII.

Continuacion del anterior.--Resultados de la toma de Amberes.--Conflictos de los Estados.--Ofrecen la soberanía del pais á la reina de Inglaterra.--La rehusa Isabel, mas les ofrece auxilios.--Sale de Inglaterra para los Paises-Bajos el conde de Leicester con un cuerpo de tropas auxiliares.--Su buen recibimiento.--Toma el mando del pais.--Sitio y toma de las plazas de Grave y Venloo por el príncipe de Parma.--Pasa á sitiar á Nuiss en el electorado de Colonia.--Toma é incendio de esta plaza.--Pasa al sitio de Ruimberg.--Retrocede á socorrer á Zutphen. --Infructuosas tentativas sobre esta plaza del conde de Leicester.--Descontento en el pais con este general.--Pasa á Inglaterra.--Sitio y toma de la Esclusa por el duque de Parma.--Vuelta de Leicester.--Sus tentativas infructuosas de socorrer la Esclusa.--Nuevos disgustos.--Nuevo regreso de este general á Inglaterra.--Situacion del pais.--Nuevos alistamientos del duque de Parma con motivo de otra guerra (1).

1585—1587.

Con la ocupacion de Amberes por Farnesio, quedaba á su disposicion el mar y libre el camino para

(1) Las mismas autoridades.

cuando quisiese intentar una expedicion sobre la provincia de Zelanda. A excepcion de la plaza de Grave y otros puntos de menos consideracion en el Bravante, habia ya reducido este hábil capitan á la obediencia de Felipe II todas las provincias meridionales de los Paises-Bajos. En la de Güeldres, considerada como septentrional, sólo le restaba la expugnacion de la plaza de Venloo, situada como la de Grave sobre el Mosa. Quedaba, pues, reducida la insurreccion á los paises del norte, mucho menos fértiles y ricos que los otros, pero donde el odio al rey de España habia echado raices muy profundas. Era, pues, imposible para los estados el sostener la guerra por sí solos contra un adversario tan temible, poderoso y hábil á quien halagaba la fortuna; y se veian por lo mismo en la triste necesidad de echarse en brazos de un príncipe extranjero, para librarse de caer en manos de otro extranjero tambien mas, cuya dominacion les era bajo muchas consideraciones tan odiosa. Ya hemos hablado de lo infructuoso de sus tentativas cuando se dirigieron al rey de Francia, ofreciendo reconocerle como soberano si les enviaban auxilios bastante poderosos para hacer frente y arrojar del pais al rey de España. Agradable debió de ser la perspectiva para Enrique III, de la adquisicion de tan ricas y fértiles provincias; mas impotente en realidad contra una vasta faccion en la que ejercia Felipe II tanta influencia, tuvo que renunciar á este aumento de poder, negándose rotundamente á las súplicas de los embajadores. No restaba, pues, otro recurso á los confederados de los Paises-Bajos, que dirigirse á la reina de Inglaterra con las mismas pretensiones. Aunque Isabel los habia socorrido muchas veces con tropas y dinero; aunque se habia mostrado tan interesada en promover los intereses y asegurar la dominacion del duque de Anjou, nunca se habia atrevido á declararse abiertamente su aliada y protectora, temiendo ponerse en abierta hostilidad con su antiguo señor, que le parecia un enemigo formidable. Habian variado algun tanto las circunstancias para

esta princesa, y le pareció que habia llegado la ocasion de romper abiertamente con quien algun dia, y sobre todo despues de la conquista de Portugal, podria caer sobre sus estados con fuerzas poderosas. Cada dia ganaba mas terreno Felipe II en Francia, donde tan hábilmente ponia en juego su política y con gran tino esparcia el dinero entre los que tan dóciles se mostraban á sus voluntades. Trató, pues, la reina de Inglaterra de oponer la fuerza á la fuerza, pues ya no habia para ella otros medios de conjurar la borrasca que la amenazaba. Acogió, pues, la reina de Inglaterra á los comisionados de los Paises-Bajos. Oyó su peticion con muestras de contento, y les dijo: que aunque por entonces no podia darles una respuesta positiva, oirian su determinacion tan luego como consultase á su Consejo.

Hubo diversidad de pareceres entre los individuos de esta corporacion, que con tanta habilidad dirigia la conducta de la reina. Dijeron algunos que era imprudencia declararse en abierta hostilidad con un rey que tenia tantos medios de dañarla, dándole así motivos manifiestos de desahogar con justicia los sentimientos de odio que la profesaba desde tantos años. Mas opinaron otros que por lo mismo que existia este odio y que no se podia nunca cambiar en amistad, debia prevenirse la reina tomando para su conservacion las medidas que mas oportunamente se le presentasen: que no era posible libertar á los Paises-Bajos de la dominacion de Felipe II sin un socorro eficaz y poderoso; y que solo ella les podia proporcionar, habiéndose negado el rey de Francia á protegerlos, no por falta de voluntad sino por impotencia: que siendo imposible enviar este socorro sin declararse enemiga de la España, que era preferible asegurarse un pais de la importancia de los Paises-Bajos, á permitir volviese á las manos del rey de España, y fuese así uno de los instrumentos de su propia ruina.

Prevaleció esta opinion en el Consejo y fué aprobada por la reina. Respondió esta princesa en consecuencia á

los embajadores, que estaba resuelta á enviarles recursos y declararse protectora suya; mas que por razones de estado y por bien de ellos mismos se veia en precision de renunciar el título de soberana; que les enviaria tropas y dinero; que les asistiria hasta con sus buques si fuese necesario, tomando de su cuenta el obrar de modo que su proteccion fuese efectiva y tan eficaz que los salvase del riesgo inminente que corrian.

Siguieron á las palabras las acciones. Por un convenio ajustado con los embajadores se comprometió Isabel á enviar por de pronto cinco mil hombres de infantería y mil caballos pagados y mantenidos de su cuenta.

Para ponerse á la cabeza de estas tropas, nombró la reina á su favorito el conde de Leicester en cuya eleccion no anduvo tan acertada como solia estarlo en otras ocasiones. Era el conde de Leicester recomendable por las cualidades personales, muy dignas de atraerse el cariño de la reina; mas no poseia otras dotes que le hiciesen acreedor á cargos de importancia. En ninguna cosa era hombre superior, ni en materias de gobierno, ni en el arte de la guerra, y por otra parte con demasiado orgullo y presuncion por el favor que disfrutaba, no estaba calculado para captarse popularidad en los Paises-Bajos. Fué recibido en ellos con las mayores demostraciones de entusiasmo. Entró en el Haya, punto de su desembarco, con toda pompa y aparato, recibiendo cuantos festejos, cuantas muestras de satisfaccion y de alegría podian darle sus vecinos. Confirmaron los Estados estos sentimientos de benevolencia, y no solo le admitieron como delegado y representante de la reina de Inglaterra, sino que le revistieron con el cargo de gobernador de todas sus provincias.

Se disgustó ó aparentó disgustarse la reina Isabel de que llegase á tanto la deferencia de los Paises-Bajos, manifestandoles que solo habia sido su ánimo enviarles un general y no un supremo gobernante. Mas habiendo insistido los Estados en que se llevase adelante el nom-

bramiento, se aplacó la reina y no fué el decreto revocado.

Era el conde de Leicester el tercer jefe extranjero que venia á tomar las riendas del gobierno de los Paises-Bajos. Ya hemos visto lo poco útiles que fueron el archiduque Matías y el duque de Anjou á los verdaderos intereses de aquella region tan conmovida. Nos dirán las operaciones ulteriores si fueron mas dichosos con el gobernante inglés que con el austriaco y el de Francia.

No mostraba mientras tanto dormirse sobre sus laureles el príncipe de Parma. Despues de arreglar los asuntos civiles y militares en Amberes y de tomar todas las disposiciones para la reparacion del castillo que se habia demolido por órden del príncipe de Orange, tomó la vuelta de Bruselas, donde preparó otras operaciones militares. Mientras se ocupaba en persona en el sitio de Amberes, ocurrieron escaramuzas de poca importancia en Frisia, entre el capitan Francisco Verdugo y las tropas del príncipe de Orange. En Bonmel, isla formada por los rios Waal y Mosa, estuvo bloqueado Francisco Bobadilla con su tercio por el conde de Holac, quien le tenia interceptadas todas las comunicaciones, y reducido por falta de subsistencia á los últimos apuros. Mas sobrevino un tiempo frio que heló las aguas de la costa y paralizó los movimientos navales del general holandés, permitiendo al español evadirse por agua como si fuese tierra firme.

Ya desembarcado el conde de Leicester, comenzó sus operaciones por el sitio de Grave el príncipe de Parma. Envió al conde de Mansfeld con tres mil hombres y la órden de bloquearla, lo que ejecutó Mansfeld completamente por los dos lados del Mosa, privando la plaza de todas sus comunicaciones. Sabedor del sitio el conde de Leicester envió desde Utrech, donde entonces residia, un refuerzo de dos mil hombres formados en dos cuerpos de mil cada uno: este de ingleses por el coronel Norris, y otro de tropas del pais mandadas por Holac.

Llegó este cuerpo antes que el primero, y habiendo trabado batalla con las tropas españolas que guarnecian el puente echado junto á Grave, se vieron en precision de replegarse. Con la llegada de los ingleses se renovó el combate, mas quedaron dueñas del puente las tropas españolas.

Acudió de allí á muy poco Alejandro con fuerzas de refresco y se formalizó el sitio de la plaza. Mandaba en ella un jóven llamado Enrique, baron de Emert, de muy poca inteligencia y menos experiencia, quien por consejo de oficiales cobardes y mal intencionados, apenas hizo resistencia alguna. Sin brecha abierta, sin apuros de ninguna especie, abrió las puertas á los españoles, que permitieron la salida á la guarnicion con sus armas, banderas y bagaje. Pagó muy cara el gobernador su traicion ó su falta de experiencia, pues el general inglés le mandó formar consejo de guerra, por cuya sentencia perdió la vida en un cadalso.

Mayores dificultades ofreció al de Parma la expugnacion de la plaza de Venloo, situada igualmente sobre el Mosa algunas leguas mas abajo. Era menor su guarnicion, pero mejor mandadas las tropas y mucho mas animosos sus vecinos. Se convirtió el sitio en bloqueo, pues todo el cuidado de Alejandro se dirigia á que no introdujesen recursos en la plaza Martin Schenk, su gobernador, que se hallaba afuera por casualidad y se encontró á su vuelta interceptado por el príncipe de Parma. Varias tentativas hizo el general flamenco con un cuerpo de dos mil hombres escogidos para romper la línea de Alejandro. Mas todas fueron infructuosas. Abrieron brecha las tropas sitiadoras en un rebellin que se hallaba en la parte superior del rio, al mismo tiempo que se apoderaron de una isleta de la parte superior donde establecieron una bateria de seis piezas gruesas.

Estaban las tropas de Farnesio muy deseosas del asalto con la idea del rico pillaje que les aguardaba. La guarnicion y habitantes daban indicios de esperarle de-

nodados; mas arredrados al fin con la perspectiva del saqueo, comenzaron á entrar en sentimientos mas pacíficos, y enviaron comisionados al de Parma ofreciendo entregarse con condiciones honoríficas. No titubeó el general español en concederlas, y casi en iguales términos que las capitulaciones de Grave, entró victorioso en la plaza de Venloo, no sin grave descontento de los suyos defraudados de la esperanza del pillaje.

Con la ocupacion de las plazas de Grave y de Venloo, quedó todo el Mosa sujeto por los españoles y asegurado el Brabante contra toda invasion por parte de Alemania. Con este motivo tuvo medios Alejandro de llevar al cabo una expedicion fuera del pais, y que desde la toma de Amberes tenia proyectada. Ya hemos hablado de las turbulencias ocurridas en Colonia con motivo de la expulsion del pais del arzobispo Truschen, refugiado á la sazon en las provincias septentrionales de los Paises-Bajos. Mas todavía quedaba por la parcialidad del antiguo arzobispo la plaza fuerte de Nuiss, Noess ó Novesia, donde estaba de gobernador un tal Cloet, jóven activo y emprendedor, que tenia asolado el pais con correrías que no encontraban ninguna resistencia. Careciendo el nuevo arzobispo Ernesto de Baviera de fuerzas suficientes para espugnar una plaza que tal le molestaba, imploró los auxilios del príncipe de Parma. Para hacerle mas fuerza, pasó disfrazado á Flandes, y en su campo de Amberes tuvo con él una conferencia personal donde le espuso su dura situacion y hasta que se hallaba resuelto á abandonar su electorado, si no le socorrian eficazmente las tropas del rey, pues de su hermano el elector de Baviera no tenia que esperar auxilio alguno. Conoció Alejandro lo importante que le era la toma de una plaza tan cercana á las fronteras de los Paises-Bajos, ocupada por enemigos irreconciliables de su rey, y creyó hacerle un servicio acudiendo con sus tropas á reducirla á la obediencia del nuevo arzobispo. Ofreció, pues, á este socorros eficaces luego que se viese desembarazado del sitio de Am-

beres y otras mas plazas importantes, y en efecto luego que se hizo dueño de la de Venloo, trató sériamente de cumplir con su promesa.

Mientras tanto sabedores los de Nuiss de la entrevista del arzobispo y de Farnesio, se aplicaron con celo al aumento de las fortificaciones de la plaza, surtiéndola abundantemente de víveres y municiones y toda clase de pertrechos. Al mismo tiempo acudian á sus muros aventureros de varias partes de Alemania unidos con vínculos de religion con sus habitantes y las tropas que la guarnecian.

Está Nuiss situado sobre el Rin, y aunque este rio no toca precisamente sus murallas, las rodea una especie de brazo ó desagüe que unido con el rio Estrem, forma de la plaza una especie de isla. Con esta defensa natural y las demas que proporcionaba el arte, esperaban las tropas de la guarnicion con muy pocos temores la llegada de Farnesio.

Se puso éste en marcha con una parte muy considerable de su ejército, ascendiendo su fuerza á seis mil infantes y dos mil caballos. Dividió sus tropas en cinco trozos, situando cada uno al frente de una de las cinco puertas de la plaza. Fué su primera operacion apoderarse de dos castillos situados en la isleta formada por el brazo del Rin, que los enemigos abandonaron no creyéndose bastante fuertes para sostenerla. Estableció desde estos dos puntos baterías á la plaza, y por el lado opuesto la batió asímismo en brecha, resultando de esta operacion que subiendo sus tropas al asalto, se apoderaron de un lienzo de la muralla que formaba el recodo del Rin con dicho brazo ó acequia, y al mismo tiempo de un torreon opuesto. En ambos puntos se alojaron y atrincheraron con fajinas, sacos y cestones de tierra, y dirigieron nuevas baterías contra el muro interior, pues la plaza tenia doble recinto y doble foso. Todo un dia se estuvieron cañoneando los de Farnesio desde el exterior y los sitiados desde el otro. Llegó la noche sin ventaja de una

y otra parte. Durante la oscuridad descendieron al foso los sitiados para coger por la espalda á los enemigos; mas sintiéndolo los españoles bajaron al mismo sitio donde se trabó una gran pelea sin que resultase ventaja por ninguna parte. Mas los sitiados experimentaron una grande pérdida en la persona del gobernador, que habiendo acudido á la refriega, cayó herido sin poder tomar mas parte activa en las operaciones de aquel sitio.

Se aguardaba el asalto de un momento á otro. Los españoles estaban encendidos de enojo por la atrocidad cometida en dos de los suyos que habiendo caido prisioneros, fueron quemados vivos en la plaza pública. Irritados por otra parte los sitiadores por no haber obtenido el saqueo de Venloo, pensaban desquitarse en esta plaza. Mas los habitantes trataron de prevenir el golpe, enviando comisionados á Alejandro para arreglar las condiciones de su entrega. Ocurrió durante esta conferencia que algunos soldados de los sitiados hicieron fuego desde el muro sobre los españoles, ó bien ignorantes de lo que se trataba, ó con intencion de que no se ajustasen las capitulaciones. De todos modos se rompió la conferencia, y el príncipe Alejandro se retiró á sus reales ofendido de tal comportamiento, con propósito firme de castigarle ejemplarmente.

Al dia siguiente preparado todo ya para el asalto, volvieron nuevos comisionados al príncipe de Parma. Á pesar de lo ocurrido el dia anterior, todavía se manifestó éste propenso á entrar en convenios para salvar á la ciudad de su ruina inevitable. Mas al saber las tropas sitiadoras que se trataba de un arreglo sin esperar órdenes, sin hacer caso de las amonestaciones del general en jefe se arrojaron al asalto, penetraron por las brechas y se derramaron por la ciudad, sin que pudiese detenerlos nadie. Fué inmenso el despojo, pero por sobra de codicia ó exceso de ferocidad; quedó la mayor parte de él inutilizado por el fuego que se apoderó de la

ciudad y convirtió en ruinas por lo menos sus tres cuartas partes. Fué increible la matanza y superiores á toda descripcion los desórdenes y horrores que se cometieron. Pereció toda la guarnicion fuera de trescientos hombres que se habian refugiado en un templo inmediato. Igual suerte cupo á dos mil habitantes indefensos. Fué degollado en la cama el gobernador y entregada su mujer al príncipe Alejandro. Mas el de Parma le volvió la libertad, haciéndola salir inmediatamente de la plaza con una buena escolta y órden de que se tratase con todo respeto su persona.

Victorioso Alejandro de Nuiss, quiso solemnizar este acontecimiento con una insigne ceremonia que no habia podido tener lugar en Flandes, con motivo de la precipitacion de su salida. En premio de sus servicios á la fé católica, le habia enviado el pontífice un magnífico sombrero y una riquísima espada benditas ambas cosas de su mano. Lo mismo habia hecho el papa Pio V con el duque de Alba despues de la batalla de Genmingen. Tuvo lugar la ceremonia de esta entrega en el mismo punto donde habia situado su cuartel el príncipe de Parma, pues no quiso que se celebrase en Colonia como lo deseaba el arzobispo. Formaron las tropas con sus banderas y estandartes. Entre salvas de arcabucería y artillería celebró la misa vestido de pontifical el obispo de Vercelis, acompañando en este acto al príncipe los principales jefes del ejército. Recibió Alejandro la comunion de manos del obispo, y en seguida acercándose el abad de San Guidan, portador del presente, le entregó con toda solemnidad al príncipe, haciéndole una arenga en nombre del pontífice.

Falleció por aquellos dias Octavio, duque de Parma, padre de Alejandro, con lo cual heredó éste su título y Estados.

No quedaba en todo el electorado de Colonia mas plaza á disposicion de la parcialidad del antiguo prelado, que la de Rimberg, á donde se trasladó inmediatamente.

el nuevo duque. Sin perder momento emprendió su sitio, pero cuando mas empeñado estaba en las operaciones, recibió de los Paises-Bajos noticias que le pusieron en la precision de suspenderlas.

Mientras el sitio de Nuiss, no habia estado ocioso en sus cuarteles de Utrech el conde de Leicester. Se hallaba en graves compromisos por su propia reputacion, por el honor y dignidad de la reina á quien servia, de dar muestras públicas de que no en vano habian venido á Flandes las tropas auxiliares de Inglaterra. Ascendian sus fuerzas á ocho mil infantes y tres mil caballos, componiéndose un gran número de las tropas de irlandeses y escoceses, gente feroz acostumbrada á las inclemencias de la atmósfera, familiarizada con todo género de peligros y penalidades. No faltaban en su campo jefes entendidos, de experiencia, algunos de los cuales como Norrís y Morgan, habian hecho la guerra en los Paises-Bajos. Tambien se hallaba en su campo en calidad de aventurero don Antonio de Portugal, tan frecuentemente mencionado en nuestras páginas.

Comenzó sus operaciones el conde de Leicester enviando un cuerpo de tres mil hombres á las órdenes de Mauricio, príncipe de Orange, que comenzó entonces su carrera militar, en que alcanzó una fama y nombradía igual por lo menos á la de su padre. Acompañaba á este principe el inglés Sir Felipe Sidney, uno de los hombres de su tiempo mas distinguidos por sus gracias personales, su instruccion, la generosidad de su carácter y por cuantas cualidades constituian entonces un cumplido y perfecto caballero. Tambien era este su primer paso en la carrera de las armas, para él muy corta, como ya veremos.

Se dirigió este destacamento á la plaza de Axel en el pais de Waes en Flandes, de la que se apoderó por sorpresa, entrada ya la noche. La misma tentativa hizo en la plaza de Alost; mas fueron repelidos los ingleses con alguna pérdida, y viendo frustrada su empresa se volvieron al campo de Leicester.

Deliberó éste en su consejo sobre si tomaria la direccion de Nuiss para levantar el sitio que habia puesto á la plaza el príncipe de Parma; mas sabedor de lo pronto que habia quedado en su poder, pasó á poner sitio á la plaza de Zutphen en la provincia de Güeldres, situada sobre el Issel entre el Rin y el Mosa. Su gobernador Juan Tassis se hallaba ausente á la sazon, entendiendo en un servicio de importancia que le habia encomendado el general en jefe.

Con estas noticias deliberó Alejandro sobre si convendria mas continuar el sitio de Rimberg, ó levantarle para marchar en auxilio de la plaza amenazada por Leicester. Expusieron muchos los graves males que iban á seguirse para el electorado de Colonia, dejando á Rimberg en manos de los enemigos tan encarnizados del nuevo arzobispo; pero otros sostuvieron y con mas razon que era todavía mas importante el no dejar caer en las de los ingleses una plaza tan importante como la de Zutphen. Adoptó el duque de Parma un medio espediente entre la continuacion del sitio y su total levantamiento. En frente de Rimberg, situada sobre el Rin, se halla una especie de isleta desde donde se podian cortar sus comunicaciones con el rio. Hizo el duque atacar este punto á viva fuerza, y sus defensores le evacuaron sin ninguna resistencia, refugiándose á la plaza. En dicha isleta estableció el general español mil hombres que con el auxilio del arte hicieron de ella un punto fuerte, con medios de hostilizar á Rimberg é interceptarle sus convoyes. Para completar el bloqueo hizo Alejandro levantar otros dos fuertes del otro lado de Rimberg, y cuyas guarniciones podian darse la mano con la de la isla.

Establecida asi esta cadena de interceptacion, levantó su campo y tomó la direccion de Zutphen, cuyo sitio no se hallaba entonces bastante adelantado á pesar que los ingleses se habian hecho dueños de Doesburgo, otra plaza pequeña á sus inmediaciones, situada asimismo sobre el Issel. Envió delante á Tassis y Verdugo con ór-

den de entrar en Zutphen y tomar el mando de la plaza como su gobernador, y el segundo de situarse en Burcheló, punto importante de sus inmediaciones, donde debia fortificarse mientras llegase el cuerpo del ejército. Para dar mayor impulso á las operaciones y asegurar la comunicacion con la plaza sitiada, se adelantó el mismo Alejandro con quinientos hombres y un convoy considerable al frente del cual entró en Zutphen sin encontrar ningun obstáculo.

Penetrado de la importancia de esta plaza, se inclinó el duque á quedarse en ella de gobernador mientras durasen las operaciones del sitio. Mas le hicieron ver sus principales capitanes lo indecoroso que seria para su persona, y el cargo de que estaba revestido, quedar encerrado en una plaza por tropas extranjeras; y que toda la importancia de la plaza de Zutphen, era nada en comparacion con los perjuicios de estar privado de su inmediata comunicacion, todo el pais que se hallaba bajo su mando. Se mostró dócil el duque de Parma, y salió inmediatamente de Zutphen á reunirse con sus tropas, dejando con el cargo de gobernador á Verdugo que merecia toda su confianza.

Lo que mas urgia era enviar nuevo convoy de víveres á Zutphen, pues los introducidos por el mismo Alejandro, no podian satisfacer las necesidades de la plaza. Se preparó, pues, un gran convoy y se dió al marqués del Vasto el cargo de escoltarlo con un cuerpo de tres mil hombres. Habiendo caido en manos del general inglés el aviso que se daba á Verdugo de la salida del convoy, envió Leicester un cuerpo considerable mandado por Roberto Devereux, quien con el título de conde de Essex, se hizo tan famoso en la historia y en la fábula.

Llegó el marqués del Vasto sin novedad con su convoy al pueblo de Varunsfeld, á legua y media de la plaza. Aquí mandó hacer alto para dar á sus tropas algun momento de descanso. Sin tener noticia alguna de los

movimientos de los enemigos, se vió acometido de repente por el cuerpo inglés que habia permanecido en emboscada. Se trabó entre los dos una pelea muy reñida y muy sangrienta en que los españoles atentos á la conservacion de su convoy y á pelear al mismo tiempo, se vieron muy comprometidos desde que se dió principio á la refriega. Por las dos partes se combatió con obstinacion y gran valor, pues se median muy de cerca. Al fin pudieron desembarazarse los españoles de su convoy, que mientras hacian cara á los enemigos, hicieron mover con mucha rapidez hácia Zutphen, donde entró felizmente protegido por salidas que se hicieron de órden de Verdugo. Los ingleses viendo frustrado su proyecto se retiraron, y lo mismo hicieron los españoles volviéndose á su campo. Quedaron en la accion de una y otra parte muchos heridos y no pocos muertos. Se contó entre estos últimos á Sir Felipe Sidney, de quien hemos ya hablado, herido mortalmente de un lanzazo. Sobre las particularidades de la muerte de este famoso personaje se refieren anécdotas, todas en realce de su fama y mérito. Aunque sin ningun cargo importante en el ejército, fué sentida mucho su muerte en el pais donde se celebraban tanto sus virtudes, su instruccion y su talento.

Con la introduccion en Zutphen del convoy y el refuerzo de guarnicion, estaba la plaza por un tiempo sin peligro de caer en manos de Leicester. Aprovechó este respiro el duque de Parma, para salir en busca de dos mil reitres alemanes, que aguardaban los ingleses. Llevó consigo para ello un cuerpo de mil y quinientos hombres de caballería, pues era su objeto menos pelear con ellos que el atraérselos á su partido, y esto no porque necesitase dicho refuerzo, si no por quitársele á sus enemigos.

El resultado satisfizo en parte sus deseos, pues los alemanes por sus persuasiones, se volvieron á sus casas, con la promesa de llamarlos cuando fuesen necesarios, y ademas una suma no poco considerable que les hizo

entregar el general español por premio de su deferencia.

Mientras tanto se apoderó el conde de Leicester de una isleta llamada Velau, situada en el Issel en frente de Zutphen, guarnecida con un castillo, abandonada por su gobernador que hizo poca resistencia. A pesar de esta ventaja, no cometió mas actos de hostilidad el inglés contra la plaza, sea que los creyese infructuosos hallándose esta bien guarnicionada y bien provista, sea que le impusiesen las tropas de Alejandro, situadas ventajosamente en las inmediaciones. Por otra parte, el invierno que estaba ya encima, paralizó aquel sitio y puso fin á la campaña por entrambas partes. El conde de Leicester se retiró á la Haya donde celebraban su asamblea los Estados, y el duque de Parma tomó el camino de Bruselas.

Sea que Alejandro estuviese cansado de la guerra, ó que desease verdaderamente trasladarse á Parma para tomar posesion de sus Estados, pidió al rey la licencia de dejar su mando y de marchar á su pais, alegando lo apurado de las circunstancias en que se hallaba su familia, privada tambien desde algunos años antes de su madre. Mas Felipe II con tan fuertes motivos para no deshacerse de un hábil gobernador de Flandes, de tan entendido capitan, respondió al de Parma con una absoluta negativa. Le hizo ver lo imposible de su ausencia en aquella situacion, cuando tanto importaba que su valor y capacidad coronasen una obra con tanta gloria del príncipe empezada. Que en cuanto á los apuros domésticos de que se quejaba tomaba por su cuenta acudir con remedios prontos y eficaces, que disipasen todos sus cuidados.

Si el rey de España se hallaba, ó mostraba hallarse, tan satisfecho de la conducta del duque Parma, no sucedia lo mismo á los confederados con respecto al conde de Leicester. Desde el principio de su administracion, se mostró duro y altanero manifestando tener en poco los consejos, afectando una absoluta independencia de los Estados, como si no hubiese otro soberano en el pais que la reina de Inglaterra. Con nadie contaba para sus ope-

raciones: conferia de su propia autoridad los principales cargos del pais, y de los caudales que se ponian á su disposicion hacia el uso que le parecia mas conveniente sin dar cuentas. Excitó esta conducta descontento sumo en los magnates y personas mas considerables, aunque por el respeto que les inspiraba la reina Isabel, no se atrevian á pronunciarse abiertamente contra su valido. Se le acusaba hasta de culpable negligencia y dañada intencion en su gobierno, de haber consagrado á otros usos el dinero con que se debian alistar los reitres alemanes, de no echar mano mas que de ingleses para cargos importantes; de confiar el gobierno de algunas plazas á hombres sospechosos que habian ya militado á las órdenes del rey de España. Por su parte, se mostraba quejoso el conde de Leicester de que los Estados no demostraban deferencia á su suprema autoridad ni agradecimiento á los favores de su reina; de que mientras tantos sacrificios hacia ésta por librarlos del yugo de sus opresores, andaban ellos en ocultos tratos solicitando volver á la gracia de su antiguo dueño. Y no carecia para esto de razones el general inglés, pues en medio de los conflictos de una guerra tan porfiada, jamás habian faltado, aunque sin buena fé por una parte y otra, negociaciones de pacificacion tan pronto rotas como principiadas.

Sabedora Isabel de estas disensiones, llamó al conde á Inglaterra para enterarse mejor de sus motivos. Anunció Leicester su partida á los Estados, y aunque mostró intenciones de que le sustituyese otro de su misma nacion en el cargo de supremo gobernante, se resistieron á ello abiertamente. Se presentaban naturalmente como candidatos para esta dignidad entre otros, el conde de Holac y el príncipe Mauricio. Mas los Estados, restableciendo el uso antiguo de quedar el senado de gobernador por ausencia ó muerte del propietario, le invistieron de este poder, determinando que usase en sus órdenes y determinaciones superiores el nombre y el sello del conde de Leicester.

Así terminó sin mas novedades el año 1586, permaneciendo en Bruselas el duque, preparándose para la próxima campaña. Se abrió esta para él bajo auspicios muy felices. Se apoderó sin resistencia de las plazas de Woue y de Deventer muy cercanas á la de Zutphen. Tambien cayó en sus manos el castillo de Velau sobre la isleta de este nombre que servia como de obra exterior á dicha plaza y de que se habia apoderado el general inglés, cuando trataba de sitiarla.

La circunstancia de ser gobernador de Deventer un general inglés llamado Stanley y de mandar el castillo de Velan otro inglés con el nombre de Rolando York, confimó las sospechas y renovó las acusaciones que se hacian á Leicester de confiar las plazas á personas desleales. Los dos gobernadores habian servido antes á las órdenes de España; los dos alegaban como escusa de su debilidad ó su traicion el deber de entregar las plazas á su antiguo dueño. El primero. que era católico, fué remunerado por Felipe II por este gran servicio, mas no tocó al segundo ninguna recompensa sin duda por no ser objeto de tanta confianza para el rey de España.

Escribieron los Estados diversas cartas á la reina de Inglaterra, quejándose de nuevo de su lugar-teniente. Conservándose éste en el favor de Isabel, no le fué difícil deshacer los cargos acriminando á sus acusadores. Sin embargo, la reina siempre cautelosa ó tal vez para acreditarse de imparcial y justa, envió á los Paises-Bajos á Tomás Sackville, lord Burckhuss, para tomar informaciones y oir á los quejosos. No tardó éste mucho tiempo en penetrarse del justo motivo de las acusaciones y de los pocos servicios que habia hecho el conde Leicester á los intereses y buen nombre de la reina. Así se lo comunicó con franqueza y lealtad, mas no se hallaba dispuesta esta princesa á castigar á quien estaba con ella tan en gracia. Trabajó sí por calmar las animosidades y restituir la concordia entre su general y los Estados; tan penetrada estaba de la necesidad de continuar sus auxi-

lios á los Paises-Bajos. No le fué difícil allanar este terreno é inspirar en los Estados el deseo de la vuelta de su favorito, por la necesidad en que se hallaban de socorros extranjeros. Se decidió, pues, la vuelta del conde de Leicester á los Paises-Bajos, é inmediatamente se hizo á la vela con refuerzo de buques, de gente y de dinero.

Mientras tanto proseguia el duque el curso de sus operaciones. Dueño ya de todas las plazas fuertes del Bravante solo le restaba en la provincia de Flandes la expugnacion de las de Ostende y de la Esclusa. Decidido á comenzar por esta última, hizo un amago sobre la de Berg-op-zoon para llamar la atencion del príncipe de Orange. Pero mientras volaba en su socorro torció el duque la direccion y marchó apresuradamente camino hácia la Esclusa en cuya inmediacion sentó sus reales.

Es la Esclusa una plaza que merece el nombre de marítima, pues la une con el mar un ancho canal, por donde llegan á sus muros todo género de embarcaciones. Se subdivide este canal desde la plaza hácia la parte de Oriente en otros varios que se comunican entre sí por medio de ramales, dejando á la ciudad inaccesible por aquel paraje. El único terreno por donde puede un sitiador aproximarse se halla en la direccion de Brujas, y aun es sumamente estrecho y tan blando y fangoso, que es muy difícil formar en él trincheras, ni otras obras sólidas de sitio. Entre la ciudad y el mar se halla la isleta de Cadsan, que sirve á la plaza de obra exterior por aquella parte. A la derecha y á muy poca distancia se halla el puerto de Flesinga, capital de la isla de Valkren de donde podia recibir socorros por agua, mientras le llegaban por tierra de la plaza de Ostende, que se halla á la izquierda. Para asegurar las comunicaciones entre Ostende y la Esclusa, habian construido los confederados el castillo de Blackemberg, donde habian puesto guarnicion que podia dar auxilios á cualquiera de las dos plazas en caso de verse amenazadas.

Convencido el duque de lo indispensable que era para

la toma de la Esclusa, el privarla de sus comunicaciones con el mar, adoptó el mismo sistema que habia seguido en la expugnacion de Amberes. Se apoderó con este objeto de la isleta de Cadsan, fortificándola de nuevo para hacer frente á los buques que viniesen de Flesinga. Hizo inútiles cuantas tentativas empeñaron estos para introducir socorros en la Esclusa; y para interceptar completamente la comunicacion, echó sobre el canal dos puentes partiendo de la isleta, en todo parecidos al que habia construido en el Escalda. Con esto, y con haberse apoderado del castillo fuerte de Blackemberg, cortó enteramente las comunicaciones de la Esclusa, dejándola reducida á sus recursos propios.

Se componia la guarnicion de mil seiscientos hombres mandados por el coronel Groembert, jefe valiente y de experiencia. Con tan pocas fuerzas á su disposicion, no le fué posible impedir las operaciones preliminares de Alejandro, y como ni el príncipe Mauricio ni los de los demas generales de su parcialidad tuvieron noticia del proyecto del duque de sitiar la Esclusa, terminó sus operaciones sin que ninguno por parte de tierra le inquietase.

Apoderado de Cadsan, abrió éste sus trincheras por el lado accesible de la plaza. Y aunque avanzaban poco los trabajos se procedió á la expugnacion de un fuerte esterior que el gobernador habia mandado construir de la otra parte de los fosos. Hizo el fuerte alguna resistencia, de modo que entretuvo por algunos dias á los sitiadores. Mas temeroso el gobernador de que con su expugnacion á viva fuerza perderia la gente que le guarnecia, y creyendo que no era indispensable para la ulterior defensa de la plaza, dispuso que la evacuase en el silencio y tinieblas de la noche. Dueños los españoles de este punto fuerte, se sirvieron de él para dirigir sus tiros al cuerpo de la plaza.

Mientras tanto desembarcaba en Flesinga el conde de Leicester con los refuerzos que habia traido de Ingla-

terra. Ascendia á siete mil el número de sus soldados bien provistos de todas las cosas necesarias. Fué su primer designio socorrer la Esclusa por mar, mas no pudieron los navíos forzar los dos pasos que se hallan entre la isla de Cadsan y las dos orillas del canal, por el que comunica con el mar la plaza. Repelido por todas partes el general inglés, se dirigió á Ostende para dar la mano por parte de tierra á los sitiados. Mas no se atrevió á expugnar el fuerte de Blackemberg, por donde tenia que pasar, estando situado entre las dos plazas como ya hemos dicho.

Así se vió la Esclusa destituida de socorros, á pesar de hallarse tan cercanas las tropas auxiliares. Comenzaba á estar en apuros la guarnicion, y las municiones iban escaseando lo mismo que los víveres. Avisó secretamente el gobernador al conde de Leicester la situacion en que se hallaba, manifestándole que á no recibir socorros prontos, se veria en la necesidad de entrar en convenios con los sitiadores. Fué esta carta interceptada y cayó en manos de Alejandro, que continuaba estrechando la plaza para llegar pronto al momento del asalto. No aguardaron este lance sério los sitiados. Acogió el duque con benignidad á los comisionados que le envió el gobernador con proposiciones de entregar la plaza, solicitando por sola condicion el que se permitiese salir con todos los honores de guerra á las tropas que mandaba. Así se verificó en efecto, y el duque de Parma añadió la Esclusa al número de sus conquistas.

Mientras tanto habia hecho Mauricio una incursion en el Brabante, dirigiéndose á las plazas de Bois-le-Duc y Engen. Cuando trataba sériamente en poner sitio á la primera, tuvo que acudir á Flesinga para recibir al duque de Leicester. No adquirió éste, como se vé, mas gloria sobre la plaza de la Esclusa que sobre la de Zutphen. Con este motivo se renovaron los descontentos, las acriminaciones de una y otra parte. Iban demasiado mal los negocios para que los Estados no

se condujesen y expresasen con aquella acrimonia que sigue siempre á todo descalabro. Les habia hecho ver demasiado la experiencia, que ningun paso habian dado en el sentido de su emancipacion con la venida de aquellos extranjeros, y que el conde de Leicester no habia probado de mejor condicion que el duque de Anjou y el archiduque austriaco. Con esto se encendió mas la discordia, y hubo divisiones entre los mismos naturales del pais, inclinándose los mas á la causa de los Estados, mas sin carecer de parcialidad y de valedores el conde de Leicester. No faltaban fraguadores de tramas suversivas en favor del general inglés, y hubiese caido en sus manos la plaza de Leyden á no descubrirse la traicion por medio de la que se pensaba renovar en ella lo acaecido pocos años antes en Amberes cuando habia tratado el duque de Anjou de apoderarse de ella á viva fuerza. No fué esta la ciudad de los Paises-Bajos la sola donde se hicieron semejantes tentativas, pues al duque de Leicester no le faltaban poderosos partidarios, aunque la generalidad, y sobre todo los magnates del pais, se le mostraban tan contrarios. Se hallaban á la cabeza de éstos el príncipe de Orange, los demas individuos de la familia de Nassau, y los generales flamencos que mas fama habian adquirido en aquellas contiendas tan reñidas. Fáciles son de concebir las animosidades, las desconfianzas que en tales casos se introducen entre las gentes del pais y auxiliares extranjeros, sobre todo cuando éstos abusan de los favores que dispensan, y el jefe que se halla á la cabeza no sabe mitigar á favor de servicios eminentes el disgusto que causan sus maneras arrogantes y las pretensiones de dar enteramente la ley donde solo viene á dar auxilios. No era, pues, culpa de los Estados el que tuviesen que poner la persona del conde de Leicester casi al nivel de la del duque de Anjou y de su antecesor el archiduque austriaco. Ni tino, ni habilidad, ni genio militar, ni don de mando habia sabido desplegar el general inglés, á quien no asistian mas títulos ni derechos

que el favor de una reina á quien ofuscaba la pasion, para no conocer el poco mérito de su cortesano. Sin embargo, recibió sin notable disgusto las quejas que por todas partes la llegaban, tanto de las autoridades del pais, como de las personas que ejercian mas influencia. Atormentada por otra parte con las acusaciones que el mismo conde hacia de sus enemigos, tuvo por conveniente llamarle por segunda vez á Inglaterra. Partió, pues, Leicester de los Paises-Bajos, y se restituyó con poca gloria á su pais, donde tardó pocos años en llegar el instante de su fallecimiento. No acompañaron al general inglés todas sus tropas, siendo de notar que Isabel, á pesar de esta especie de ruptura, conservó todas las apariencias de amistad hácia los Paises-Bajos, y no dejó despues de socorrerlos con tropas y dinero.

Con la salida del conde de Leicester de Flandes calmaron mucho las agitaciones que turbaban el pais, y el príncipe Mauricio recobró del todo el ascendiente que verdaderamente merecia por su habilidad, tanto en campaña como en los asuntos de administracion y de política. Fué en todo digno sucesor de su padre, y supo obrar de modo que se echaba poco de menos al hombre distinguido que se podia considerar como el principal autor de la independencia de su patria. Florecian las provincias del Norte sujetas á su principal administracion, por su industria, por el desarrollo de la navegacion, que hicieron muy pronto este pais una de las principales potencias marítimas de Europa. Era general en él este espíritu de libertad, resorte de tantas cosas grandes, y la resolucion de no volver nunca á sufrir el yugo de un príncipe extranjero. En las del Mediodía, sujetas con pocas excepciones á la obediencia de este rey, fermentaba todavía el descontento. La lucha de las dos religiones producia efectos mas visibles; y como por otra parte habian sido por mas tiempo teatro de una guerra activa, sufrian todas las calamidades que son inevitable resultado de estos choques tan violentos.

Fueron muy pocas las operaciones militares durante todo el curso de 1587. Mientras el duque de Parma se hallaba sobre la plaza de la Esclusa, se entregó la de Güeldres á los españoles sin ninguna resistencia. Los confederados sitiaron y tomaron despues de una larga defensa y una batalla en sus inmediaciones la plaza de Engel; mas no fueron igualmente dichosos con la de Bois-le-Duc, que se resistió, obligándolos á levantar el sitio.

Uno de los grandes inconvenientes que ofreció esta larga contienda en los Paises-Bajos, fué que ninguno de los dos partidos tuvo fuerzas suficientes para dominar completamente un pais que, á pesar de su corta superficie, se halla atravesado por tantos rios, cortado con tantos canales y erizado con tantas fortalezas. Fueron cortas las del duque de Alba, y del mismo defecto adolecieron las de Requesens y don Juan de Austria. Mas numerosas eran las que mandaba el duque de Parma, pero nunca le bastaron para tantas atenciones. Engrosado con tantas conquistas y en posesion de una fama tan esclarecida, se hallaba ahora con todos los medios suficientes de aumentar considerablemente sus filas con los infinitos que buscaban su fortuna en las batallas, y tenian á honor el servir bajo un caudillo de tanta nombradía. A este objeto, pues, se consagraban todos los cuidados de Alejandro durante su residencia en Bruselas, adonde se trasladó despues de la toma de la Esclusa. Pero su ejército, que tanto se aumentaba, no tenia entonces por objeto la sujecion total de los Paises-Bajos. Otra mas importante empresa tenia fijos sobre sí los ojos de la Europa. Habia llegado el tiempo de pronunciarse en llama abierta el fuego oculto del odio que Isabel y Felipe II se profesaban mútuamente. Ya la reina de Inglaterra se habia declarado enemiga del de España enviando tropas auxiliares á los Paises-Bajos. Ya habia cometido actos de abierta hostilidad protegiendo á don Antonio de Portugal, enviándole á las islas Terceras

provisto de buques, de tropas y dinero. Otras manifestaciones de la misma clase hacian aventureros marítimos, que bajo sus auspicios y con su bandera, infestaban nuestras posesiones del nuevo mundo. Declaró, pues, la guerra en toda forma Felipe II á la reina Isabel, y las palabras iban á ser acompañadas de los hechos. Mas antes de ocuparnos de ellos, necesitamos hacer otra excursion por Francia é Inglaterra, donde veremos nuevas causas de una contienda, en que para Felipe II se trataba nada menos que de la ruina de su antagonista.

CAPITULO LIX.

Asuntos de Francia.-Siguen los procedimientos de la Santa liga.--Encono contra los calvinistas.--Negociaciones para neutralizar la guerra que amenaza.--Todas infructuosas.--Negociaciones del rey de España, de Catalina de Médicis, de los políticos, de Enrique de Navarra.--Cada vez mas encendido el odio de los de la liga.--Tratado de Nemours.--Ruptura del tratado de pacificacion.--Se pone el rey al frente del partido católico.--Excomulga Sixto V á Enrique de Navarra y al príncipe de Condé.--Protesta en contra del primero.--Guerra.--Batalla de Coutras y victoria por Enrique de Navarra.--Victoria del duque de Guisa sobre los reitres de Alemania.--Nuevas intrigas.--Nuevos odios contra el rey.--Entrada del duque de Guisa en París.--Jornada de las barricadas.--Se retira el rey de París y se dirige á Chartres (1).

1580—1588.

El último tratado de pacificacion entre el partido católico y calvinista ajustado en Francia, segun hemos hecho ver en el capítulo XLVIII, no podia menos de adolecer de la instabilidad que distinguia á los otros de la misma clase. Si era imposible la continuacion por mucho tiempo de la guerra por falta de recursos de una y otra parte, era igualmente imposible una paz sincera, y por

(1) Las mismas autoridades que en el capítulo XLVIII.

lo mismo sólida entre partidos que mútuamente se excluian. En Francia se hallaban frente á frente los dos campos religiosos y políticos en que entonces estaba la Europa dividida. En otros paises habia una unidad de religion ora católica, ora protestante: en otros se hallaba una de ellas en grande minoría y sometida por lo mismo á la rival que dominaba. Solo en Francia luchaban abiertamente como dos contrarios que se creen con bastantes fuerzas para obtener un triunfo decisivo. Teniendo en consideracion el carácter intolerante de la época, se puede imaginar que existia en Francia una agitacion, una guerra civil en permanencia, pues no podian vivir en paz dos religiones que difiriendo tanto en principios daban por resultados en política dos sistemas asimismo opuestos. La religion en efecto que escribia en su bandera el libre exámen en materias de creencia, debia de tener tendencias muy diversas de la que profesaban por principio inconcuso la ciega sumision á la autoridad y decisiones de la Iglesia. Bajo este punto de vista se deben considerar estas famosas contiendas que tanto distinguieron el siglo XVI, que se propagaron hasta el XVII y aunque muy débilmente hasta el XVIII. Así la Inglaterra, la Escocia, los insurgentes de los Paises-Bajos, y los príncipes luteranos del Imperio por una parte, y del otro lado el emperador los príncipes de Italia, el rey de España y el papa sobre todo, contemplaban con intenso interés esta lucha de sus principios y opiniones respectivas con tanto calor empeñada en el suelo de la Francia. Por esto los adalides de las dos facciones tenian sus aliados naturales en los paises extranjeros y de ellos aguardaban y recibian efectivamente auxilios mas ó menos poderosos.

En cuanto al rey de España, cuyo reinado describimos, ya se sabe cuál de los dos partidos que despedazaban á la Francia era objeto de sus simpatías. Hemos visto con cuánto descontento suyo se ajustó el tratado de Poitiers, y las resoluciones que manifestó se veria obli-

gado á tomar despues de este suceso. Ademas de lo incapaz que le parecia Enrique III para asegurar de una vez el triunfo del catolicismo en Francia, estaba resentido de este rey por el apoyo al menos indirecto que daba á los alzados de los Paises-Bajos. La expedicion del duque de Anjou en que no pudo menos de tener participacion el rey de Francia, dió nuevo pábulo al disgusto y resentimiento de Felipe, y si no estalló entonces una abierta hostilidad, fué porque se hallaba con medios de hacérsela mayor sin mostrarse abiertamente su enemigo. Debian de ser y lo eran en efecto todas las simpatías del rey, por la santa liga católica formada en Francia sin la participacion del rey Enrique, y cuyos vínculos se iban haciendo cada dia mas estrechos. En todas las ciudades tenia ramificacion y contaba con las personas mas ricas é influyentes. En las municipalidades se hallaba su asiento principal, y con las manifestaciones mas públicas apoyadas en ceremonias y pompa religiosas, se hacian hasta un deber de proclamar abiertamente su existencia. A la cabeza de esta vasta asociacion continuaban los príncipes de la casa de Lorena constantes campeones del catolicismo, descollando entre ellos Enrique, duque de Guisa, jefe á la sazon de la familia. Con los príncipes de Lorena se hallaban muchos grandes personajes del pais, aspirando todos á obrar con independencia de un monarca no solo poco estimado sino hasta blanco de desprecio. ¿Cuántos motivos no debia de tener pues el rey de España para animar, para auxiliar con su consejo, con su proteccion y hasta con medios pecuniarios esta santa liga tan celosa, tan entusiasmada en defensa de la religion católica, tan inconciliable enemiga de los hugonotes á quienes tenia jurada su completa ruina? Toda su correspondencia de aquel tiempo, da claros testimonios de la parte activa que desde el fondo del Escorial tomaba Felipe II en las turbulencias de la Francia. Era el duque de Guisa el principal objeto de su simpatía, en quien tenia puestas sus grandes esperanzas, á quien

escribia frecuentemente dándole consejos, animándole á seguir adelante con su empresa, ofreciéndole para ello toda especie de recursos. Con el pseudónimo de Mucio se comunicaba el de Guisa con Felipe, y tales eran las esperanzas de la poderosa proteccion del rey que casi se consideraba á éste como el jefe supremo de la liga. Así mandaba de hecho, aunque no de un modo ostensible, el rey de España en la porcion mas numerosa, mas influyente, mas poderosa de la Francia.

Tenia esta vasta asociacion un fin político de grande trascendencia, y que no apoyaba menos Felipe II que los otros puramente religiosos. Se hallaba sin hijos, y con la reputacion de no poder tenerlos Enrique III, último vástago de la rama de Valois, habiendo muerto tambien sin sucesion el duque de Anjou, último de sus hermanos. Extinguida esta familia quedaba la mas próxima al trono la casa de Borbon descendiente de un hijo segundo de San Luis, casado con la señora de Borbon que dió su nombre á la familia. Era su representante el jóven Enrique de Navarra, y considerado por lo mismo como el heredero legítimo y forzoso. Mas ¿qué perspectiva se ofrecia, á la Francia católica, cuando llegase á tomar posesion de la corona un rey herege? La exclusion, pues, de Enrique de Navarra de la sucesion, debió de ser uno de los grandes objetos de la santa liga. Así lo fué en efecto. Para suceder á Enrique III designó al mismo duque de Guisa, á favor decuya idea se forjó un árbol genealógico por el que aparecian los príncipes de la casa de Lorena descendientes del mismo Carlo-Magno. Aunque era falso, no reparaba el espíritu de partido en este inconveniente, ni importaba mucho á los intereses de la liga que fuese el de Guisa heredero por la ley, con tal que de otro modo resultase serlo de hecho. Apoyó Felipe II esta intriga que aunque secreta, no dejaba de ser en cierto modo pública. Se llegó á firmar un tratado secreto en Joinville entre Felipe II y los individuos de la casa de Guisa, cuyas disposiciones principales eran: primera, la exclusion absoluta del trono no

solo contra el rey de Navarra, sino contra todo príncipe de sangre real de Francia que no fuese católico: segunda, el reconocimiento del cardenal de Borbon, por heredero de la corona en caso de fallecimiento de Enrique III sin hijos varones legítimos: tercera, la prohibicion en Francia del ejercicio de toda religion que no fuese la católica romana: cuarta, la admision en Francia del Concilio de Trento: quinta, la restitucion á España de Cambray, sola plaza que poseia la Francia por la empresa del duque de Anjou en los Paises-Bajos. Bajo estas condiciones se comprometia Felipe II á pagar á la liga cincuenta mil escudos de oro al mes para hacer la guerra al partido calvinista. Por este tratado no solo quedaba excluido de la sucesion Enrique de Navarra, sino tambien su primo, el príncipe de Condé, asimismo protestante. Los dos eran jefes de las dos ramas de la casa de Borbon entonces existentes. El cardenal de Borbon nombrado en el tratado era tio paterno de Enrique de Navarra, hermano de su padre Antonio. Y á su fallecimiento por precision tenia que pasar el trono, segun los términos del tratado, á otra familia. De la de Guisa no se hacia mencion, mas era entre todos un tácito convenio. Tampoco convenia á Felipe II mostrarse esplícito ni obligarse á nada por razones que despues veremos.

Para la completa sancion del tratado, no faltaba mas que la aprobacion del Papa que todavía lo era Gregorio XIII, aunque sobrevivió muy poco á este convenio. Se prestó propicio el Pontífice á los deseos de la liga, manifestados por sus órganos principales, entre los que figuraban en primer término el rey de España, y autorizó una estipulacion que redundaba en tanta utilidad para la religion católica.

La anunciacion sola de un hecho semejante en Francia sin participacion ninguna de su rey, muestra bien á las claras á qué punto de desestimacion habia llegado su persona. Sin voluntad propia, pues se hallaba siempre bajo la influencia de su madre, sin energía ninguna en

medio de este conflicto de partidos, no era en realidad mas que una sombra y fantasma de monarca. Con tantas manifestaciones públicas de catolicismo, con tantos actos de devocion á que á vista de todos se entregaba, no era menos objeto de desprecio y hasta de odio, para los católicos ardientes. En todas partes llovian censuras y acriminaciones sobre su conducta. Se llegaba hasta á predicar en los púlpitos contra sus vicios, sus disoluciones y su hipocresía. Reproducia la prensa en mil sentidos esta invectiva, y hasta no faltaban caricaturas que manifestaban á las clases el desprecio con que lo miraban los liguistas.

Unirse con los calvinistas era para él sumamente peligroso, pues daria orígen á abiertas sediciones. Permanecer neutral entre los dos partidos contendientes, le exponia á quedarse aun sin la sombra de autoridad que le restaba. En tanta perplejidad no le quedaba mas partido que echarse en brazos de la liga, que ir hácia quien no le buscaba ni llamaba, que declararse jefe nominal de los que tenian ya sus caudillos designados. A esta resolucion se atuvo pues, como hacia algunos años antes pasando por la humillacion de firmar actas y disposiciones cuyo objeto final era nada menos que de destronarle.

Su madre, Catalina de Médicis, princesa hábil y astuta que durante tantos años se habia engolfado en un mar de intrigas, á fin de neutralizar uno con otro los dos partidos rivales; que habia sabido quedar siempre con la influencia principal en el gobierno, ya inclinándose á estos, ya á los otros, comenzaba á sentirse inferior á tantos rivales poderosos y sin fuerzas para salir airosa en los nuevos conflictos que se preparaban. Instigadora principal en esta resolucion que tomó el rey de declararse por la Liga, conoció muy pronto que era en ella de tan poca importancia su persona como la del mismo Enrique. Consistian todas sus esperanzas en el partido medio, cuyos esfuerzos se dirigian todos á embotar las armas que por entrambas partes se afilaban. No querian los hom-

bres del justo medio de entonces ni la influencia del rey de España, ni la preponderancia de los Guisas, ni la exaltacion del partido extremo católico, ni mucho menos el triunfo completo de los calvinistas. Neutralizar todos estos elementos á la vez no era muy fácil. Así no fueron felices en sus negociaciones.

Uno de los objetos á que aspiraban los hombres del partido medio á quienes daban el nombre de *políticos*, era la conversion de Enrique de Navarra, creyendo que con esto se desarmarian los que en su cualidad de hereges se apoyaban para privarle de la sucesion á la corona. Era sin duda este paso deseable, y tal vez hubiesen neutralizados los esfuerzos de los directores de la liga. Mas se hallaba demasiado comprometido el de Navarra con los jefes y demas personas influyentes de su parcialidad para hacer una abjuracion que le hubiese deshonrado en su concepto, tal vez sin adelantar nada con los de la contraria. Hacia tan poco tiempo que habia vuelto de nuevo al seno del calvinismo, que seria hasta una mengua suya semejante inconsecuencia. Y aunque á la verdad no era este príncipe demasiado adicto y apegado á creencias religiosas como lo hizo ver algunos años despues de estos sucesos, entonces se mantuvo tan fiel á su partido y prefirió sus peligros y sus glorias á la fortuna que tal vez le aguardaba, adoptando las creencias de sus antagonistas.

Así quedaron frustrados los designios de la reina madre y demas personas que querian evitar á toda costa la guerra que á Francia amenazaba. Los instigadores de esta contienda, los jefes ardientes de la liga deseosos de cerrar todo camino á las negociaciones, sugerian medidas que llevasen las cosas al punto de ser inevitable una ruptura. Titubeaba siempre el rey, á pesar de haberse declarado jefe de la liga, mas los principales directores de la asociacion, sin tener en cuenta su repugnancia, ó tal vez deseando que sirviese de pretexto para dar pasos aún mas atrevidos, se mostraban cada vez mas exigentes y trataban de sujetar á Enrique con nuevas con-

diciones. A mediados de 1585 celebraron conferencias en Nemours y vinieron á un tratado definitivo cuyas condiciones fueron: que se expidiese un decreto perpétuo é irrevocable, para prohibir todo ejercicio del culto calvinista, declarando que no hubiese en adelante otra religion que la católica, apostólica y romana; que se obligase á dejar el reino á todos los súbditos que no quisiesen vivir en dicha religion; que se declarasen todos los hereges incapaces de todo cargo público, oficio y dignidades; que se devolviesen quedando en libertad las ciudades que para su seguridad se habian dado al partido calvinista; que aprobase el rey todos los alistamientos y demas actos de hostilidad por parte de los príncipes, oficiales de la corona, prelados, señores, ciudades y comunidades que habian tenido por objeto la conservacion de la religion católica, apostólica, romana; que se conservasen en sus destinos, en sus cargos y mandos á los gobernadores generales que hubiesen seguido el partido de estos príncipes; que se entregasen al cardenal de Borbon y á los jefes de la familia de Guisa algunas plazas fuertes para su seguridad; que se diese licencia á los lansguenetes y reitres alemanes, y que se pusiesen en libertad los prisioneros sin rescate alguno. Se firmó este tratado en Nemours por la reina Catalina, por Cárlos, cardenal de Borbon, por Luis, cardenal de Guisa, por Enrique de Lorena, duque de Guisa, por Cárlos de Lorena, duque de Mayena. Por él pasaba de hecho el gobierno del estado y la direccion de la fuerza pública á manos de los hombres de la liga.

Sometido de este modo el rey de Francia á todo el influjo de un partido inmenso organizado contra su misma voluntad, tuvo que sufrir sus consecuencias. El primer paso que se vió obligado á dar, fué un decreto contra los protestantes á tenor de lo convenido en el tratado, prohibiéndoles el ejercicio de su religion, mandando salir del reino al que no se conformase con el de la católica, y declarando libres las ciudades que para su seguri-

dad se les habian señalado. Era una declaracion de guerra en toda forma. Partidos tan vastos y tan ramificados como el de los calvinistas en el reino, no se destruyen por medio de un decreto.

Resonaron en todos los ángulos del reino los acentos de una guerra que iba á ser mas larga y desastrosa que las otras. Preparados los de la liga á este conflicto, no anduvieron remisos en alistar hombres, en aprontar armas, en tomar disposiciones para llevar lo mejor de la lid, en suministrar subsidios pecuniarios. Las peticiones que con este motivo hizo el rey á las diversas corporaciones municipales no fueron desairadas. Acudió el clero igualmente con cuantiosos subsidios. No faltaron tampoco por parte de Felipe II, uno de los resortes principales de este movimiento. La córte tambien se preparó á la guerra y se rodeó de los principales personajes que, sin pertenecer á la liga, trataban de seguir en todo la fortuna del monarca.

A grandes apuros se veia reducido Enrique de Navarra, puesto á la cabeza de un partido valiente, decidido, entusiasmado, mas cuyas fuerzas no podian competir con las de su contrario. Hasta entonces se habia lisonjeado de que el rey de Francia colocado entre los calvinistas y los jefes fogosos de la liga, neutralizaria con todas sus fuerzas los proyectos de sus ardientes enemigos; mas cuando le vió á la cabeza de esta santa asociacion y ciego, aunque involuntario instrumento de todas sus antipatías, se creyó destituido de todos sus auxilios. En sus correligionarios de afuera, en Isabel de Inglaterra, en los insurgentes de los Paises-Bajos, en los príncipes luteranos del Imperio, en los predicantes de Ginebra, tenia cifradas sus principales esperanzas; mas los socorros que podian enviarle, se hallaban lejos todavía. Para complicar los embarazos vino á herirle la bula de excomunion que la liga habia llegado á conseguir del Papa. Acababa de morir Gregorio XIII, dejando la silla pontificia á Felix Pereti, cardenal de Montalto, que la ocupó con el nom-

bre de Sixto V, tan famoso en aquella época y que ocupa un lugar tan distinguido en todas las historias. Este pontífice que adquirió la fama de enérgico, de fogoso, de campeon intolerante de las prerogativas de la Iglesia, se mostró sin embargo algo remiso en adoptar la medida de la excomunion que por parte de la liga se le reclamaba. Tampoco se manifestó en un principio muy adicto á esta famosa asociacion que de tan católica blasonaba; pero despues de la accesion ó la aquiescencia esplícita del rey, se declaró mas propenso y decidido á fomentar sus intereses, que eran en realidad los de la Iglesia.

Mientras tanto se dieron nuevos pasos para la conversion de Enrique de Navarra, único medio de disipar la tempestad que tenia ya encima. Le enviaron con este objeto una abadesa de sangre real llamada madame de Soissons; pero no fué mas dichosa esta señora que otros á quienes se habia confiado el mismo encargo. El rey de Navarra y el príncipe de Condé, en la entrevista que tuvieron con madama de Soissons, respondieron que no eran niños á quienes se amenazaba con azotes: que los únicos medios de que se habian valido en la córte de Cárlos IX para hacerles abjurar el calvinismo, no habian sido mas que los de la compulsion y el terror, sin que entrase para nada la conviccion, la sola que se debia emplear en tales casos: que por lo mismo nada era mas natural de que puestos en libertad hubiesen vuelto al seno de la religion en que habian sido criados y educados, y que sostendrian con teson á la cabeza de todo su partido.

Entonces se lanzó por fin la fatal bula. En virtud de ella declaraba excomulgados el papa Sixto V á Enrique de Borbon, ex-rey de Navarra, y á Enrique de Borbon, ex-príncipe de Condé, que desde su niñez seguian las heregías de Calvino. Se manifestaba en la bula, que á pesar de los esfuerzos que se habian hecho para restituirlos á la fé católica, apostólica y romana, á pesar de haberse convertido á ella, habian abrazado de nuevo el cal-

vinismo, conmoviendo y armando á los sediciosos hereges, de que eran jefes, guias y protectores en Francia, y grandes defensores de los extranjeros. Por lo mismo, queriendo Sixto V desenvainar contra ellos el cuchillo segun correspondia á su cargo, y al mismo tiempo muy sentido de que le fuese necesario usar esta arma contra una generacion bastarda y detestable de la ilustre familia de Borbon, pronunciaba y declaraba á los dos individuos ya dichos, hereges y relapsos en heregía, reos de lesa magestad divina, enemigos jurados de la fé católica, imponiéndoseles por sentencia y pena, segun los santos Cánones, el ser destituidos: Enrique de su supuesto reino de Navarra, así como del principado de Bearne; y el otro Enrique de Condé, de todos los principados, castillos, ducados y señoríos; privados ambos de toda dignidad, honores, bienes, cargos, oficios, declarándolos incapaces é inhábiles de toda sucesion, y sobre todo al reino de Francia, contra el que habian cometido tan enormes crímenes; privándolos de esta corona no solo á ellos, sino á toda su posteridad, alzando el juramento de fidelidad á cuantos se le hubiesen prestado. Se mandaba ademas á todos los obispos y arzobispos, que hiciesen publicar la bula, que se fijaria en la puerta del príncipe de los apóstoles.

En lugar de sentirse aterrado Enrique con aquestos rayos hizo fijar en Roma, á la puerta del palacio pontifical, y sobre las puertas de las principales iglesias, la protesta siguiente, que no podemos menos de insertar por la curiosidad del documento: «Enrique, por la gracia de Dios, »rey de Navarra, príncipe soberano de Bearne, primer par »y príncipe de Francia, se opone á la declaracion y ex»comunion de Sixto V, que se llama papa de Roma; la »declara falsa, y apela de ella al tribunal de los Pares de »Francia, de quienes tiene el honor de ser el primero; y »en lo que toca al crímen de heregía, del que se halla fal»samente acusado por la declaracion, dice y sostiene que »Sixto, llamado papa, ha mentido falsa y maliciosamente,

»y que él mismo es herege, lo que probará en pleno con»cilio, libre y legítimamente reunido, al cual, si el dicho »Sixto no se somete, como está obligado á ello por los »mismos cánones, sostiene y declara que es herege y ante»Cristo, y que en esta cualidad le hará una guerra perpé»tua; protestando contra la nulidad del acto de la excomu»nion, y que reclamará contra él y sus sucesores para la »reparacion de la injuria que se le ha hecho á él y á toda »la casa de Francia, como lo requiere el hecho y la nece»sidad presente. Que si en otras ocasiones los príncipes y »los reyes sus predecesores, han sabido castigar la teme»ridad de las gentes como este llamado papa Sixto, cuan»do se han olvidado de sus deberes y pasado de los lími»tes de su vocacion, confundiendo lo temporal con lo »espiritual, el dicho rey de Navarra, que no es nada in»ferior á ellos, espera que Dios le haga la gracia de »vengar la injuria hecha á su rey, á su casa y á su san»gre, y á todos los parlamentos de Francia sobre el que se »llama papa y sus sucesores, implorando con este mo»tivo la ayuda y socorro de todos los príncipes, reyes, »ciudades verdaderamente cristianas á quien concierna el »hecho.»

No contento Enrique de Navarra con esta manifestacion, se dirigió á los Estados de Francia justificando su conducta, mientras sus principales partidarios hacian circular folletos en que se denunciaba la ambicion de los príncipes de la casa de Guisa y de cuantos atizaban la guerra ya declarada entre los católicos y los reformados. Mas la guerra ya era un hecho positivo. Pronunciado con tanta solemnidad el Vaticano á favor de los liguistas, estaban resueltos á sostener mas que nunca esta decision con las armas en la mano.

Los protestantes eran los menos; mas no por eso dejaron de acudir animosos á ponerse bajo la bandera del jóven Enrique de Navarra. Mientras tanto se presentaban los emisarios de este príncipe en la córte de Isabel y en la de los luteranos del Imperio. No permanecian

ociosos por su parte los predicantes de Ginebra, solicitando auxilios en obsequio de la santa causa. El famoso Teodoro Beza iba en mision por todas partes, poniendo en accion el inmenso ascendiente que ejercia en todos sus correligionarios. Por sus exhortaciones enviaron los príncipes del Imperio comisionados á la córte de Francia, con objeto de hacer entrar al rey en sentimientos mas pacíficos. Mas como no era el rey Enrique III el autor de aquella guerra, no pudo dar respuesta satisfactoria á los embajadores. Entonces los príncipes echaron mano de un medio mas eficaz, poniendo en movimiento cuerpos numerosos de reitres alemanes, que se dirigieron á la frontera de Francia á darse la mano con las tropas de Enrique de Navarra.

Estaban ya los ejércitos de uno y otro bando en movimiento; á cada instante se aguardaban noticias de batallas. A favor del calvinista estaba la experiencia de la guerra, y un valor nunca desmentido en los combates. Todos los señores de esta persuasion dejaron sus hogares, seguidos de todos sus dependientes y vasallos. Consistia su mayor fuerza en caballería, y los hombres iban cubiertos de hierro como los caballos. Reinaba en su campo aquel silencio religioso, aquella gravedad y hasta austeridad en sus obras y palabras, que era entonces el carácter dominante en cuantos se preciaban de seguir las nuevas doctrinas religiosas. El ejército realista, si se le puede dar este nombre, reducido como entonces estaba el rey á una especie de fantasma, era mucho mas numeroso, aunque heterogéneo. Por un lado se hallaba la gente alistada en las ciudades bajo la influencia y direccion de los jefes mas ardientes de la liga: del otro las tropas que pertenecian directamente á la córte, y en cuyas filas se hallaban un gran número de caballeros afiliados al partido medio, que no aprobaban aquella guerra, mas que no podian menos de obedecer las órdenes que, á pesar suyo, les daba su monarca.

Con las tropas del rey ó de la liga, se hicieron seis

cuerpos de ejército. Se envió el uno, á las órdenes del duque de Joyeuse, contra Enrique de Navarra, que se hallaba entonces entre el Loire y el Garona. Partió al frente del otro, Enrique, duque de Guisa, á salir al encuentro de los reitres alemanes. Cubria con otro á París el duque de Mayena, por si dichos reitres eludian el encuentro del de Guisa, ó tal vez le derrotaban. Se cubrian con otros dos la Auvernia y el Delfinado, y con el último la Normandía, para impedir que se juntasen con el de Navarra los auxilios que éste esperaba de los aliados extranjeros.

Ocurrió el primer encuentro cerca del pueblo de Coutras, en el Poitou, entre el duque de Joyeuse y Enrique de Navarra. Fué el choque violento, la batalla sangrienta, y la victoria decisiva por parte de los calvinistas, á pesar de que á favor de sus contrarios militaba la superioridad del número. Apenas entró en accion la infantería. Quedó cadáver en el campo el duque de Joyeuse, y con él un gran número de caballeros, peleando todos con denuedo. La superioridad fué toda por parte de los calvinistas, que si no estaban dotados de mas valor, tenian de su parte la mayor pujanza personal, y el estar endurecidos en todas las fatigas de la guerra. Se condujo en la accion Enrique de Navarra con el valor é intrepidez que tan famoso ya le hacian.

Causó la noticia de este desastre sensacion profunda en el campo católico, y mucho mas en la córte, donde el duque de Joyeuse era uno de los principales favoritos. Quizá por esta circunstancia se enconaron mas contra el rey los liguistas exaltados, echándole la culpa de la pérdida de la jornada.

No fué de grande utilidad para los calvinistas una victoria tan brillante y decisiva. En aquella lucha de partidos, los ejércitos combatientes no eran mas que una pequeña fraccion de los que en ellos se hallaban afiliados. Se podia destruir un ejército sin acabar con una parcialidad que estaba siempre viva. Por otra parte los calvinis-

tas que no podian sostenerse mucho en campaña, por precision tenian que retirarse á sus casas, aguardando nueva ocasion para ponerse en movimiento.

La desgracia sufrida por el duque de Joyeuse en las llanuras de Poitou, fué reparada con usura por el duque de Guisa en las fronteras de Lorena. Avanzaban los reitres alemanes lentamente con todas precauciones por el odio de que eran objeto en todo el pais que atravesaban. Se levantaban las poblaciones en masa y echaban contra ellos las campanas á rebato. En esta situacion atacó inopinadamente el campo de estos extranjeros el duque de Guisa y los derrotó completamente, haciéndoles retirarse en dispersion y dejar para siempre aquel territorio que tan fatal habia sido para ellos.

Llegaron hasta el cielo las alabanzas cantadas por los jefes de la liga á favor del príncipe de Lorena que acababa de prestar tan útiles servicios á la santa causa; de un príncipe defensor ardiente del catolicismo. El paralelo que se hizo entonces entre el jefe de la liga vencedor y el general de la córte destrozado, redundó en nuevo descrédito del rey con quien se tenian cada dia menos consideraciones. A desvirtuarle, á hacerle objeto de desprecio, á convertirle en una completa nulidad, aspiraban los jefes ardientes de la liga. No se contentaban sin duda con excluir de la sucesion á los príncipes calvinistas; el deshacerse de su persona misma, era el último resultado á que aspiraban; designio que se concibe muy bien, teniendo presente que Enrique III era mozo, casi de menos edad aún que el mismo Guisa.

No contento con las condiciones que le habian impuesto en el convenio que habia dado principio á esta guerra; se juntaron en Nancy los jefes principales, y despues de varias conferencias, se determinó intimar al rey, que se mostrase mas abierta y públicamente protector y amigo de la santa liga; que quitase las plazas, estados y oficios importantes á las personas que se le designasen; que hiciese publicar el Concilio de Trento en toda Francia,

de que se estableciese la inquisicion á lo menos en las ciudades que tenian el título de buenas: que se pusiesen en las manos de los que se le nombrasen las plazas fuertes de importancia: que igualmente se le designarian, las en que harian las fortificaciones é introducirian la gente de guerra que mejor les pareciese: que pagase en la Lorena y en las inmediaciones un número de tropas suficiente á fin de impedir una invasion de soldados extranjeros: que para cubrir otros gastos se vendiesen lo mas pronto posible y sin ninguna formalidad, los bienes de todos los hereges y sus asociados: que en adelante no se diese cuartel á ningun herege á no ofrecer una seguridad válida de ser buen católico y pagando el valor de sus bienes en caso de no estar vendidos.

Tales fueron las nuevas condiciones que desde Nancy se enviaron al rey á París para que las firmase si queria continuar en la posesion de la corona. Que en esta conferencia, en este negocio estaba la persona del rey de España como la mas influyente, ademas de ser tan probable, consta de documentos auténticos como son las cartas frecuentes que escribia á sus embajadores. Estaba esta conducta en su política, en sus ideas, en sus proyectos ulteriores. Queria que la Francia fuese tan católica como España, queria la espurgacion absoluta de los protestantes, que desapareciese de aquel trono un monarca débil é inconstante de cuya amistad no tenia pruebas, habiéndolas antes recibido ya de lo contrario, por la entrada en los Paises-Bajos del príncipe de Anjou, por el apresto de la expedicion enviada á la Tercera. Lo que queria Felipe II era un rey de Francia ardiente católico enteramente á su disposicion; es decir, reinar él mismo de hecho aunque otro estuviese en posesion del título.

Mientras se extendian en Nancy los nuevos artículos que debia firmar el rey de Francia, se hallaba éste entregado á los actos públicos de devocion que le eran ya tan habituales. Asistia á las procesiones, se mezclaba con los penitentes, visitaba los conventos: nada omitia

para hacer ver la sinceridad de sus principios católicos. Mas por una fatalidad de este monarca, se obstinaba el partido ardiente de la liga en hacer ver que todos estos actos llevaban el sello de la hipocresía. A pesar de haberse declarado protector y jefe de la liga, no cesaban de declamar contra sus vicios, contra sus disoluciones hasta de lo alto de los mismos púlpitos.

Firmó Enrique III los artículos relativos á la admision del Concilio de Trento, al establecimiento de la inquisicion, aplazando los relativos á la entrega de las ciudades, confiscacion de los bienes de los calvinistas y otros de este género. Así quedó por entonces indecisa la liga, y neutralizadas sus hostilidades. Mas volvió á encender pronto la llama del descontento, subiendo mas de punto las exigencias de un partido que no queria amistad con el rey, á menos que se sometiese á ser el ciego instrumento de toda su política.

Permanecia el duque de Guisa en la córte de Lorena rodeado de sus mas celosos partidarios, cada vez en correspondencia mas activa con Felipe II, á quien hacia ver la urgencia de enviarle los auxilios pecuniarios que tantas veces le habia prometido. No era sin duda avaro el rey de España, sobre todo tratándose de fomentar empresas que favorecian sus miras y servian su política, pero sobrado, cauto y receloso, desconfiando tal vez de la buena fé con que le ayudaban sus partidarios en Francia, gastaba con ellos mas palabras que obras y por ningun estilo les enviaba todo el dinero que pedian. No era extraño que el lujo, la esplendidez en que vivian todos los magnates de aquel reino disgustase á un hombre tan rígido, tan parco, tan mesurado en sus costumbres. Sin embargo, tenia que servirse de ellos como instrumentos necesarios á lo menos por entonces, reservándose otra conducta para cuando se mostrase mas despejado el horizonte.

Mientras los Guisas intrigaban en Lorena, los liguistas de París mas celosos, mas ardientes, mas deseinteresados, menos calculadores, acusaban á los primeros de

tibios, de remisos en venir al seno de la capital á consumar la obra de lo que ellos llamaban el triunfo de la religion católica. Enemigos cada vez mas declarados del monarca y de los hombres del partido medio á quienes profesaban poco menos odio que á los calvinistas mismos, temian con razon que disgustado y ofendido el rey, y viendo el borde del abismo en que le habian colocado, despertase del letargo, se rodease de sus muchos y celosos servidores y, acordándose de que era el rey, diese un golpe de estado en París mismo, apoderándose violentamente de las personas de los jefes populares. Tal vez era este el designio de Enrique III quien no carecia de valor, y probablemente no se habia olvidado de los triunfos obtenidos en sus primeros años. Sin duda estaba esto en las miras de la reina Catalina, de los políticos y de todos los que veian con inquietud los funestos progresos de la liga. Por eso los jefes de esta parcialidad enviaban espreso sobre espreso al duque de Guisa para que viniese cuanto mas antes á ponerse al frente de los buenos católicos que se hallaban en peligro, llegando hasta á decirle que en caso de vacilar cuando el combate era indispensable, no les faltaria otro jefe que quisiese conducirlos al peligro.

El rey por su parte sabedor de todas estas tramas, prohibió al duque de Guisa y á los parciales que le acompañaban en Lorena, volver á París sin que precediese para ello una órden suya. Al mismo tiempo hacia que se acercasen á la capital las tropas que le eran mas leales, tomando otras disposiciones para neutralizar las de los vecinos de París y refrenar al menos su osadía. Habia pocos momentos que perder: de una y otra parte se estaban preparando para una lucha abierta. La colision que pocos años antes habia tenido lugar entre católicos y calvinistas, iba á realizarse ahora entre católicos fanáticos, y los que á los ojos de los primeros pasaban por tibios y por indiferentes. Era la misma intolerancia, el mismo deseo de persecucion el que á los parisienses agi-

taba. Antes, se habia mostrado el rey instrumento dócil de sus voluntades. Ahora era el rey el blanco de todos sus enojos. Se trataba nada menos que de un destronamiento, porque Enrique III, á los ojos de la liga, no *tenia de católico mas que la apariencia.*

El duque de Guisa, penetrado de que no habia ya momento que perder, voló á París, á pesar de la prohibicion expresa del monarca. Aunque hizo su entrada en ademan de disfrazado, fué reconocido por los suyos y acogido con demostraciones de entusiasmo. Pronto se supo en todo París la llegada de este famoso personaje. Se alarmó la córte, y el rey se llenó de indignacion al ver tanta osadía por parte de su súbdito. Pero este súbdito, mas soberano en París que el mismo Enrique, arrostró su cólera presentándose en el Louvre, donde dió sus escusas por su venida á la capital sin órden del monarca.

Hubo de contentarse el rey con ellas, puesto que le admitió á su presencia y le hizo un recibimiento favorable, aunque marcado con un tono de reconvencion que daba mas realce á su flaqueza.

Ya no era tiempo de tergiversar para ninguno de los dos partidos. O el rey ó Guisa iba á quedar en París de soberano. Puso el primero sus tropas en movimiento para sujetar la capital: organizó la capital sin tropas sus medios de defensa. Los vecinos acudieron á sus puestos. Se cerraron las tiendas y las puertas de las casas: se coronaron las ventanas y los techos de personas en actitud de lanzar proyectiles y toda clase de materias inflamadas. Mientras las tropas penetraban por la capital y se apoderaban de los puntos principales, se barreaban las calles con cadenas de hierro, estacas y demas obstáculos. Se vieron así las tropas embarazadas en sus movimientos, privadas de sus mútuas comunicaciones, á merced del populacho que los acometia al abrigo de aquella clase de fortificaciones, acosados por los golpes que les venian de lo alto, sin ser bastantes á apagar los fuegos de aquellas

baterías. La partida no era igual: corrian los invasores á una ruina inevitable, empeñándose en seguir adelante con la empresa. Tuvieron, pues, que retroceder del mejor modo que pudieron, pues los vecinos, percibiéndolos en retirada, trataron de facilitársela sin cometer con ellos mas hostilidades.

Esta famosa jornada, conocida en la historia con el nombre de Jornada de las Barricadas, no fué muy sangrienta, como se deja ver por este relato tan conciso; mas fué un triunfo para el pueblo de París, un triunfo para la santa liga, un triunfo sin igual para el duque de Guisa, que se atrevió á medirse frente á frente con el rey de Francia. Contemplaba éste desde el Louvre con todos los sentimientos de tristeza, de la indignacion mas viva, este desaire de su autoridad, esta victoria de sus encarnizados enemigos. ¿Qué le restaba que hacer en tan triste coyuntura? ¿Permaneceria en París, donde se hallaba su cetro destrozado? ¿Aguardaria en el Louvre que viniesen á sitiarle é imponerle mas duras condiciones? Consistia, pues, su salvacion en alejarse de París: así lo hizo en efecto al dia siguiente, dirigiéndose á Chartres con la reina madre y sus fieles servidores.

Tocaba el drama ya á su desenlace; mas por ahora volveremos á otro de no menos interés, y en que tambien hacia papel el rey de España.

CAPITULO LX.

Asuntos de Inglaterra y de Escocia.--Regencia del conde de Morton en este último pais.--Mayoría de Jacobo IV. --Proceso y suplicio de Morton.--Situacion de Inglaterra.--Expediciones de sir Francisco Drake sobre varias posesiones españolas de esta y la otra parte de los mares. --Implicacion de Babington.-- Implicacion de Maria Estuarda.--Proceso de esta reina.--Es condenada á muerte.--Su suplicio.--Su carácter (1).

1577—1587.

Los negocios de Escocia y de Inglaterra se hallan tan estrechamente unidos casi en todo el reinado de Isabel, que apenas se pueden tratar por separado. Era tal la influencia y hasta la preponderancia que ejercia esta reina en el primero de los dos paises, que casi puede decirse dominaba en ambos. Venia ya esta prepotencia desde muy antiguo, y en todas las épocas, á pesar del odio nacional que mútuamente se profesaban ambos pueblos, siempre se hacia sentir en el escocés el ascendiente del vecino. Fomentó Enrique VIII los disturbios religiosos que comenzaron á agitar la Escocia en el reinado de Jacobo V, ó por mejor decir, protegió en cuanto pudo al partido reformista. Igual conducta observó el protector del reino duque de Sommerset, durante la minoría de Eduardo VI, y la misma fué la clave de la política de Isabel durante todos estos choques.

Ya hemos visto sus muchos y poderosos motivos para mezclarse en los asuntos de aquel reino, y la influencia preponderante de su voz en las contiendas y hasta guerras declaradas entre los partidarios de María y los adictos

(1) Las mismas autoridades que en el capítulo XLII.

á las nuevas doctrinas religiosas. ¡Feliz el que de estos litigantes encontraba mas favor á los ojos de la que se erigia nada menos que en juez suyo! Cupo este favor, al que mejor representaba los intereses de Isabel, al jefe del partido protestante. Quedó al fin vencedor este preponderante en Escocia, y solo perdonados y vueltos á la posesion de sus haciendas los que habian ejercido hostilidades contra el rey Jacobo, tomando la defensa de la madre. Los principales considerados como jefes de rebeldes, por no haber querido dejar las armas durante las negociaciones, expiaron su obstinacion en un suplicio, y en el territorio inglés donde estaban presos. Así quedó por entonces triunfante en Escocia el pronunciamiento contra la antigua fé; el pronunciamiento contra la reina, cuyo mayor crímen á los ojos de sus súbditos, era acaso su constante adhesion á esta fé, que se presentaba con el color político de obediencia ciega y de dependencia de la Francia.

Bajo estos auspicios inauguró su regencia el conde de Morton, sucesor, como hemos visto, de los de Murray y de Lenox, asesinado aquel y muerto éste en medio de sus mas activas diligencias para asegurar la paz del reino. Era Morton un hombre activo, emprendedor, hábil en la guerra, entendido en los negocios, de genio turbulento, de carácter duro, que se habia mezclado en todas las revueltas; hombre, en fin, de aquellos tiempos. Estaba, ó habia quedado en la apariencia, pacífico el pais; mas ni habia bastante vigor en las leyes, ni bastante energía y prestigio en los que gobernaban para reducir al silencio tantas pasiones agitadas, tantos intereses que mútuamente se excluian, tantas ambiciones defraudadas, tantos gritos de amor propio herido con el reciente vencimiento. Habia venido muy á menos el partido de María; mas estaba vivo tanto en Escocia como en Inglaterra, siendo objeto de gran atencion que una reina presa en manos de otra, fuese el alma y el jefe del partido numeroso que política y religiosamente aspiraba á la destruc-

cion de la segunda. Las mismas pugnas de que eran teatros Francia, los Paises-Bajos y otras regiones de Europa, tenian lugar en Escocia y en Inglaterra, con la diferencia de que en este último pais, donde se sentia mas de cerca la mano firme de Isabel, se gozaba de cierta tranquilidad, mientras que en el otro se presentaba el fuego de la discordia con toda su energía, y en ciertos casos con todos sus furores.

Nosotros no escribimos la historia de Inglaterra ni de Escocia; solo hablamos de los paises extranjeros en lo que tiene relacion con la del nuestro, y sobre todo del rey de España, objeto de este escrito. Las relaciones que existian entre Felipe II y los católicos de Francia, tenian lugar entre los de Inglaterra y de Escocia y María Estuarda, que representaba un partido político al mismo tiempo que un partido religioso. Eran unas mismas las ideas, las aspiraciones, el exclusivismo, la intolerancia política y religiosa que influian en la conducta de unos y otros.

Se atrajo Morton en Escocia muchos odios y rivalidades por su carácter duro y poco conciliador en aquellos tiempos de revueltas. Con gran celo se aplicó á reparar los infinitos desórdenes que aquejaban al pais; mas perdió todo el mérito de este servicio por la avaricia de que se le acusaba, llegando hasta exigir multas por crímenes imaginarios y disminuir el peso de la moneda, conservando esta el mismo precio. Se hallaban algunos nobles disgustados de su administracion, y por otra parte no estaba el clero satisfecho, pugnando siempre por destruir en un todo lo poco que del órden episcopal se conservaba. Hervia el reino en delatores y en denuncias, y las gracias y favores del gobierno se distribuian con aquella parcialidad tan inevitable en choques de partidos, no siendo pocos los que se conferian al que mas generosamente los pagaba.

Salia el rey de su estado de menor, y se hallaba muy cerca de empuñar las riendas del gobierno. A este astro

que se levantaba se volvieron, como es natural, todos los descontentos contra el regente. No fué difícil sembrar en aquel jóven corazon desconfianza del poderío y designios del que entonces gobernaba. Con la pintura de su poder tiránico, le hicieron creer que aspiraba á destronarle, ó al menos á prolongar su minoría. No son nunca sordos los reyes á insinuaciones de esta clase, y desde entonces Jacobo miró con malos ojos al regente. Noticioso éste de la tempestad que le ámenazaba, viéndose abandonado de muchos nobles y objeto de la irritacion y rencor de otros, renunció á su cargo y pasó á una condicion privada. Mas pronto concluyó el triunfo de sus enemigos. El ex-regente que expiaba desde su retiro todos sus movimientos, halló coyuntura de volver á la antigua autoridad que ejerció con mas rigor que nunca, provocando nuevos odios y creando elementos de vengarse. Y aunque redujo por entonces á sus enemigos al silencio, se mantenian vivos los resentimientos, cuando habiendo llegado el rey á su mayoría, comenzó á reinar efectivamente por sí mismo.

Habia sido educado este príncipe con bastante negligencia. No le faltaba instruccion de cierta clase; pero no de la que mas necesitaba. Formó desde un principio de sus prerogativas como rey, una idea mas alta que las circunstancias é índole de su gobierno permitia. En oposicion de estas ideas elevadas se hallaba su carácter irresoluto y hasta tímido. Con un monarca de este temple era muy fácil la privanza, y así el jóven rey de Escocia manifestaba hácia sus favoritos una debilidad que fué el carácter distintivo de todo su reinado.

Se aprovecharon de esta circunstancia los enemigos del ex-regente Morton y trataron de hacer revivir las activas acusaciones de que habia sido objeto, es decir, de complicidad en el asesinato del último monarca, padre de Jacobo. Fué Morton preso y encausado por este delito. La historia no ha podido poner en claro la parte que tomó al efecto el ex-regente en atentado tan horrible. Que tenia noticias de él, es un hecho positivo y confesado por

él mismo; mas negando siempre que de su perpetracion le tocase cosa alguna. Estrechado y reconvenido por que habiendo tenido noticia de tan negro plan, no le habia revelado, respondió que le habia sido imposible por la circunstancia de las personas á quienes hubiera debido descubrirlo; que el rey asesinado era un hombre sin carácter, sin prudencia, capaz de comprometerle sin ninguna utilidad, y que la reina siendo cómplice del mismo crímen, no podia sacar utilidad de una noticia, de que estaba demasiado ya bien informada.

A pesar de estas aclaraciones que parecen tan plausibles, á pesar de que no pudo ponerse en claro la complicidad de que se le acusaba, fué condenado Morton á perder su cabeza en un cadalso. Oyó el reo su sentencia con la firmeza de un hombre de valor que en tiempos de revueltas está familiarizado á todas las vicisitudes de la suerte. Con igual serenidad se mantuvo todo el tiempo que medió entre la comunicacion y ejecucion de la sentencia. Arregló sus negocios con tranquilidad, conversó con familiaridad con sus amigos y ministros de su religion que le asistian en tan duro trance; cenó con apetito, durmió profundamente; con planta firme se encaminó al cadalso. No omitiremos la circunstancia de que el instrumento de su suplicio fué una especie de guillotina inventada por él mismo, y que habia hecho venir de Carlisle en Inglaterra. Asi este aparato que hizo tanto ruido en nuestros tiempos como invencion moderna de la época, es de fecha mucho mas antigua.

No calmó esta muerte el furor de los partidos. En ningun pais de Europa se hacian sentir mas los desórdenes que siguen á una guerra civil, que en el de Escocia. La mayoría del rey nada habia remediado en el particular, como sucede siempre cuando el que manda se halla destinado por la naturaleza á ser por otros gobernado. Era juguete de las pasiones y caprichos de su favorito el rey de Escocia, mientras la mujer que mandaba en Inglaterra lo avasallaba todo con el ascendiente de su genio.

Muchos de los disturbios de Escocia eran obra de las intrigas de esta reina, cuya política era la de dividir, á fin de dominar mas fácilmente. Conocidamente los rivales y enemigos de los privados y favoritos del rey obraban por sus instigaciones, cuando vieron el paso atrevidísimo de apoderarse de la persona de Jacobo y de tenerle en su poder cautivo, á pesar de que no le escaseaban las demostraciones de respeto. Tuvo este arrojo la aprobacion del cuerpo eclesiástico, y muchas corporaciones respetables del estado; tan poco popular era el rey, tan escaso el crédito de que gozaba. Mas por la mediacion del embajador de Francia y aun de la Inglaterra, no fué su suerte tan dura como todos aguardaban. Al fin pudo evadirse Jacobo de tan estrecha prision y recobrar su antigua autoridad con grandísimo contento suyo. Se verificó una verdadera reaccion en el manejo de los negocios y ejercicio del poder: sin embargo, los conspiradores que se habian apoderado de la persona del rey no fueron castigados, gracias á la mediacion de la reina de Inglaterra.

Florecia mientras tanto este pais bajo los auspicios y vigilancia de una reina hábil y entendida, rodeada de consejeros que sabia escoger y que con el mayor celo correspondian en todo á su confianza. Con la agricultura marchaban las artes, con las artes el comercio, á que deben su grande desarrollo. Fué una de las primeras atenciones del gobierno de la reina hacer de la Inglaterra una gran potencia marítima, segun estaba llamada á ello por la situacion y mas circunstancias de su suelo. Eran en aquella sazon superiores en esto los flamencos y sobre todo los holandeses, despues que sacudieron el yugo de Felipe; mas se preparaba la Inglaterra á tomar la preponderancia marítima que desde principios del siglo XVII conserva sin interrupcion hasta estos dias. Eran entonces objetos de gran codicia las ricas é inmensas posesiones que en el otro hemisferio habian conquistado nuestros navegantes y guerreros, y no fueron estas adquisiciones lo que menos influia en el odio que á nuestros reyes profesaban

á la sazon los extranjeros. El vivo deseo de entrar á la parte del despojo, formaba intrépidos marinos, que unas veces por su propia cuenta, y otras protegidos abiertamente por su gobierno recorrian las costas de aquellos paises, y ora haciendo desembarcos, ora atacando nuestros propios buques llenos de oro y mercancías, volvian á sus casas llenos de botin, inflamando los ánimos para empresas nuevas. Se echa de ver la proteccion que daria la reina Isabel á semejantes expediciones que, redundando en el enriquecimiento de sus propios súbditos, causaban tantos daños á los del rey que aborrecia. Descollaba entre estos aventureros Francisco Drake, que de la condicion de simple marinero se habia elevado por sí mismo á la de un jefe entendido en todas las cosas de mar, cuyo valor é intrepidez hacian su nombre ya famoso. En 1577 salió del puerto de Plymouth, al frente de una expedicion que tenia por objeto recorrer las costas australes de la América. Llegó con ella á la entrada del estrecho de Magallanes, y habiéndole pasado sin contratiempo alguno, continuó su curso por el mar Pacífico. Atacó en las costas de Chile muchos buques españoles que apresó haciéndose con un botin considerable. Temeroso de volverse por el mismo camino, continuó su curso hácia el norte creyendo que por el extremo septentrional del América encontraria tal vez un paso para volver al mar Atlántico. Defraudado de esta esperanza torció su curso hácia el poniente, llegó á los mares de la India, dobló el cabo de Buena-Esperanza y volvió á su pais, siendo el primer inglés á quien cupo la gloria de dar la vuelta al mundo. Continuó su vida aventurera haciendo varias escursiones por su cuenta hasta últimos de 1585, en que determinada ya Isabel á no guardar consideraciones con el rey de España, le puso á la cabeza de una escuadrilla de diez y ocho buques, destinados á tomar las naves de la India. Llegó con ellos á la boca del Miño y por medio de un desembarco en las inmediaciones de Bayona de Galicia, hizo correrías en el pais robando muchísimo ga-

nado. Mas el gobernador de la plaza don Luis Sarmiento juntó inmediatamente la gente de que pudo disponer, y con los paisanos armados de las inmediaciones dió sobre los ingleses que á duras penas se volvieron á sus buques, dejándose atrás los ganados y demas efectos de que habian hecho presa. Levó anclas el comandante inglés y se dirigió á las Canarias, donde encontrando la gente apercibida no fué mas feliz que delante de Bayona. Pasó despues á las islas del Cabo-Verde, posesion portuguesa donde mandaba á la sazon como en todas las demas el rey de España. Desembarcó en la de Santiago, la entró á sacó, y se marchó cargado de botin sin pérdida ninguna. Dirigió despues su rumbo á las Antillas: se presentó delante de Santo Domingo en enero de 1586; desembarcó junto á la ciudad de este nombre, y entró en ella sin ninguna resistencia. Se apoderó de los pocos buques que estaban en el puerto, saqueó ochenta casas y amenazó entregar al fuego la ciudad si los habitantes no la rescataban. Se le dieron, para que no llevase adelante su propósito, veinte y cinco mil ducados y en seguida abandonó la costa. Por la suma de diez mil y doscientas barras de plata pertenecientes al rey, se rescataron los de Cartagena de Indias á donde se presentó en seguida el inglés aventurero. De aquí pasó á la Habana, donde no pudo hacer desembarco alguno por hallarse preparado á recibirle su gobernador don Pedro Fernandez de Quincoces. Pasó despues á la Florida donde saqueó el pueblo de San Juan. Tambien hizo botin considerable en las costas de la Jamaica, y sin proceder á mas operaciones se restituyó á Inglaterra cargado de despojos en buques, dinero, efectos preciosos y material de guerra, ascendiendo á doscientos el número de cañones de todos calibres.

A mediados de 1587, volvió á salir sir Francisco Drake, pues la reina le habia elevado á la dignidad de caballero, con seis galeones y diez y nueve buques de mediano porte. Se dirigió á la bahía de Cádiz donde puso

fuego á veinte y seis buques españoles que debian hacer parte de la armada que á la sazon preparaba Felipe contra la Inglaterra. Amenazó Drake con un desembarco la ciudad, mas Juan de Vega su gobernador mandó cerrar las puertas, alzar los puentes, la guarnicion sobre las armas, preparándose á la mas rigorosa resistencia. Tuvo medios el gobernador de avisar al duque de Medinasidonia, residente entonces en Sanlúcar, quien habiendo armado sus vasallos dispuso un cuerpo de cuatrocientos hombres de á caballo y otro de mil de infantería que se pusieron inmediatamente en marcha para impedir el desembarco de los enemigos. No se atrevió Drake á pasar adelante en vista de tales preparativos, y tomó la vuelta de Inglaterra sin otro suceso de importancia.

Debian estas agresiones aumentar la grande irritacion que otras anteriores habian ya causado al rey de España. Otro grande acontecimiento se estaba preparando en Inglaterra que iba á tener resultados mas terribles.

Hacia mas de catorce años que se hallaba la reina de Escocia cautiva de otra reina de quien no habia nacido súbdita. De simple detenida, habia crecido poco á poco el rigor de su confinamiento hasta el punto de verse encerrada en una fortaleza. Cómo Isabel se atrevió á tanto, cómo no reclamaron eficazmente contra esta violacion atroz del derecho de gentes, los príncipes de Europa unidos con María Estuarda por vínculos estrechos, no se concibe fácilmente. En Francia dominaban los Guisas, hijos de un hermano de su madre: el rey de España, aunque no pariente suyo, debia considerarla como el adalid del poco catolicismo que restaba en los dos reinos. ¿Cómo permanecia cautiva Maria Estuarda? Repetimos que no sabemos explicarlo, mas que es un hecho que presenció con asombro la Europa de aquel tiempo. Si Isabel era enemiga de María por sentimiento de rivalidad por el temor que le inspiraba su persona, ora cautiva en su poder, ora puesta en libertad con medios de buscar el asilo que mejor le acomodase, la enemistad de la de Escocia á la de

Inglaterra debia de ser mas viva, mas sañuda, mas acompañada del deseo de venganza, en razon de que era la agraviada y víctima de tan indigno tratamiento. Como estos sentimientos no podian menos de ser públicos ó de pasar por tales aunque realmente no existiesen, se veia la reina de Escocia, con voluntad ó sin ella, resorte y alma de cuantas tramas contra su rival se urdian. Eran muy temibles los enemigos de Isabel, pues aunque la mayoría del pais estaba á favor de la reina por espíritu de secta y de nacion, habia muchos católicos ardientes que por sus propios sentimientos ó por instigaciones ajenas se hallaban en conspiracion permanente contra ella. Habia sido solemnemente excomulgada por el Papa la reina de Inglaterra, y en aquellos tiempos de superstición y fanatismo equivalia este acto á una sentencia de exterminio. Santificaba la religion semejantes manifestaciones, y no habia medio alguno de realizarlos que dejase de ser altamente meritorio. Con los hereges no debia guardarse consideracion ni miramiento de ninguna clase: con tal que se purgase la tierra de los enemigos de Dios y de los hombres todo era permitido; tales eran las ideas y opiniones de aquella época de intolerancia religiosa. No olvidemos que las horribles matanzas de San Bartolomé fueron altamente aplaudidas por los que de católicos celosos se preciaban, que el Padre Santo les dió en Roma una sancion solemne hasta mandar que en la capilla Sixtina la celebrase y eternizase la pintura.

No ignoraba la reina Isabel todas estas disposiciones de los ánimos. Al paso que la esclavitud de la reina de Escocia halagaba su orgullo y la ponian al abrigo de muchas inquietudes, era por otra parte un grande embarazo para ella, uno de los cuidados mas grandes que sin cesar la atormentaban. Varias conspiraciones se habian descubierto, si no de un plan de asesinarla, al menos de trastornar el pais en favor de su competidora. Se habian encontrado entre los papeles de algunos que por sospechas habian sido encarcelados, hasta planos de diversos puertos de

mar de Inglaterra con la altura del agua en cada uno, y asimismo los nombres de los principales católicos de aquel reino. Que se proyectaba algun desembarco en el pais, aparecia sino claro y evidente, al menos muy posible y hasta muy probable. Algunos años antes habia tenido lugar uno en Irlanda, por unos ochocientos hombres españoles é italianos aventureros que daban indicios de obrar á nombre del Pontífice, y aunque aquella invasion produjo malos resultados, no era extraño se intentasen otras en Inglaterra. Habia en el pais muchos agentes de los Guisas, del Papa, de Felipe II, espiando á todos momentos ocasiones de hacer daño. No es extraño que la reina Isabel, sabedora de todos estos planes, se irritase á su vez, é hiciese caer el peso de su indignacion sobre los sospechosos y mucho mas sobre los que por indicios claros aparecian en ellos complicados. No era pequeña la parte que de estos rigores alcanzaba á la desgraciada María Estuarda. Cada vez se la trataba con menos miramiento, y se estrechaba los límites de la poca libertad de que en su encierro disfrutaba. Así crecian los resentimientos mútuos, y caminaba la contienda á un punto en que no podia menos de teñirse en sangre.

No presentaban, pues, en aquella época las cosas un semblante muy risueño para la reina de Inglaterra. En los Paises-Bajos llevaba Felipe II lo mejor, con las victorias del príncipe de Parma. El rey Enrique III de Francia, que se mostraba amigo de Isabel, se veia casi despojado de su autoridad por la influencia y prestigio de la santa liga á cuyo frente se hallaban los Guisas, que se podian considerar como los verdaderos soberanos. Influia mas que nunca el rey de España en los consejos de aquel pais, y en estrecha comunicacion con el duque de Guisa, no escaseaba ni la advertencia ni el dinero que podian contribuir á la ejecucion de sus designios. Por todas partes se anunciaba una tempestad contra la reina herética de Inglaterra.

Ya sabemos como ésta se decidió entonces de un

modo mas franco y mas esplícito, enviando socorros de hombres y dinero á los Paises-Bajos. Se unió al mismo tiempo de un modo público con los calvinistas de Francia, reanimando cuanto le era posible aquel partido, entonces en mucha decadencia. Redobló la vigilancia en sus estados, creó ó hizo que se crease una vasta asociacion de los ingleses que se mostraban mas celosos por la conservacion de su trono, y que se ligaron con los juramentos mas solemnes de contribuir con sus haciendas y sus vidas á destruir á cuantos enemigos quisiesen trastornarle. No olvidemos que la reina Isabel era sumamente popular y querida en el pais que bajo los auspicios de su buena administracion se enriquecia y prosperaba. Cuantas mas tentativas de insurreccion abortaban, tanto mas odio se concitaba en el pais contra los enemigos de la reina. Y estos sentimientos de adhesion llegaron á ser tan vivos, tan apasionados, que las desgracias de la reina cautiva, dejaban de excitar la compasion del público, porque se la creia impulsadora de todos estos movimientos.

Atenta la reina Isabel á promover en un todo cuantos medios podrian ofrecérseles de seguridad, trató de recuperar en Escocia la influencia que recientemente habia casi perdido por las convulsiones y disturbios de que aquel pais era teatro. El rey Jacobo recibió con muchas demostraciones de benevolencia á los embajadores de Isabel, y la misma acogida tuvieron en su córte los de Escocia. Supo inspirar la reina de Inglaterra temores á Jacobo sobre lo inseguro de su trono en caso de que se llevase adelante las maquinaciones de los católicos contra los dos estados. Y llegó á arraigarse tanto esta idea en el ánimo de aquel jóven rey, que se entibiaron mucho sus relaciones con su madre á quien siempre mostraba sentimientos de buen hijo en medio de la especie de guerra política que entre ambos existia.

Mas ni toda esta vigilancia, ni todas estas precauciones de Isabel impidieron que se urdiese una vasta tra-

ma de conspiracion contra su persona, y cuyo desenlace fué verdaderamente lamentable.

Concibió por sí mismo, ó por inspiracion de otros, un tal Savage, el proyecto de asesinar á esta princesa. Segun historiadores, por la mayor parte protestante, se hallaba este hombre movido por varios personajes, hasta por príncipes, hasta por prelados que le habian hecho ver el grande mérito de aquesta obra y encendido su fanatismo hasta el punto de abrirle las puertas del cielo en caso de ser mártir en tan alta empresa. Tambien se le supuso en relaciones con don Bernardino de Mendoza, embajador de España, y con el duque de Parma, quienes estimularon asimismo su celo religioso. Todo es creible y muy probable segun el modo de pensar de aquellos tiempos.

Comunicó Savage su resolucion á otros, ó tal vez fueron todos ellos encargados en un principio de esta empresa. Figuraba entre los principales un tal Antonio Babington, persona distinguida del pais, cuyo nombre citamos por haberle dado á la conspiracion conocida así en la historia. Como el acto debia ser seguido de trastornos no era posible concentrarse el secreto en pocos, por las grandes medidas ulteriores que se debian tomar perpetrado que fuese dicho asesinato. Se celebraron varias conferencias entre un número considerable de conspiradores. Se designaron las personas que debian asesinar á la reina Isabel, las que se habian de apoderar inmediatamente de las riendas del gobierno, las que debian de ser envueltas en la suerte de la reina, las que debian llevar las comunicaciones á las córtes extranjeras, con todos los demas pormenores á que semejantes asociaciones dan orígen. Estaban los planes muy adelantados y la cosa á punto de verificarse, cuando fueron descubiertos por un emisario que llevaba cartas á María de Escocia. Como los agentes del gobierno vivian con tanta vigilancia, no les era difícil dar con los hilos de estas tramas, que á veces se descubrian por medio de espías disfrazados con el manto de conspiradores. Llegó pues, así la cosa á oidos del secretario de Estado sir Fran-

cisco Walsinghan, y éste la puso inmediatamente en conocimiento de la reina. Convinieron ambos en no comunicarla á nadie, ni aun á los del Consejo privado mientras se dilucidaba mejor este misterio. Se depositaban las cartas dirigidas á la reina de Escocia en un sitio convenido de la cerca de los jardines de su confinamiento. Antes que llegasen á su destino se abrian y deshojaban por Walsinghan, quien las volvia cerradas y selladas sin que se sospechase el fraude. De este modo se llegaron á saber muchos pormenores de la trama, hasta los nombres de los conspiradores, y hasta las señas y el traje de los encargados personalmente del asesinato de la reina. Mas temiendo ésta que por querer profundizar la cosa demasiado la ganasen los asesinos por la mano, suspendió de repente todas las pesquisas mandando prender á todos los complicados en la empresa, inclusos los dos secretarios de María que llevaban su correspondencia. La prision se llevó á efecto: muy pronto expiaron los conjuradores en un cadalso su delito.

Causó el descubrimiento de este plan una profunda impresion en Inglaterra. Se llenó la generalidad del pais de asombro y de indignacion al ver el peligro que habian corrido los dias de su reina. Redoblaron el celo y las manifestaciones de fidelidad por parte de los individuos de la asociacion, y se esparció la idea de que ya no podia haber tranquilidad en el pais ni seguridad para la vida de la reina, mientras viviese la de Escocia, alma de todas las conspiraciones. ¿Y qué hacer con esta reina? ¿Qué partido se tomaria con ella despues de sofocada tan culpable empresa? Algunas veces la acusaban de complicidad: sus dos secretarios convenian en lo mismo. Hé aquí lo que ocupaba seriamente al Consejo de la reina. ¿Se pondria en libertad á una princesa tan justamente irritada, que en todas partes hallaria vengadores? ¿Quedaria sin castigo tan grande acto de complicidad? ¿Se dejaria á la mano del tiempo, á la de los rigores del confinamiento, el terminar una existencia tan fatal á los intereses

de la Inglaterra? ¿Se pondria en tela de juicio á María Estuarda? Era de todos, el partido mas osado y mas violento. A él se atuvo definitivamente el Consejo, con el consentimiento y aprobacion de la reina, resuelta á todo con tal que saliese de una vez de tanta inquietud y satisficiese del todo sus resentimientos.

La reina de Escocia era extranjera en el pais, una reina independiente, una cautiva por la violacion mas atroz de toda justicia, de toda razon, de toda sombra de derecho. Su enjuiciamiento se presentaba, pues, con el carácter de absurdo, de ilegal y de escandaloso. Mas habian llegado al extremo la irritacion en unos, el temor en otros. Lo que se llama razon de estado triunfó de todas las consideraciones. Se abusaba sin reparo del derecho de la fuerza.

Con el descubrimiento de la trama habia crecido el rigor del confinamiento de María. Se la trasladó del castillo de Boston, donde se hallaba bajo la custodia del conde de Shrewsbury, al de Fortheringay, encomendándola á la guarda de otras personas de inferior rango, considerando que, siendo gentes de menos educacion, no la tratarian con tanto miramiento. Se la destinaron las habitaciones mas frias y mas húmedas, se le escasearon las comodidades, se restringieron sus paseos, se disminuyó el número de sus criados, se hizo, en fin, todo lo posible para que mirase con tédio su existencia. No desconocia la reina de Escocia el triste fin que la aguardaba. Cuando supo el desenlace de la conspiracion y el encarcelamiento de sus secretarios, se dió en un todo por perdida. Aguardaba á cada instante ser víctima de la venganza de su enemiga por medio de un veneno ó cosa semejante, pues otro modo de que se acabase con ella no le comprendia. Así se quedó como atónita, cuando se le presentaron cuarenta comisionados y cinco jueces que por comision del Consejo privado venian á formarle causa como cómplice en la conspiracion fraguada contra la vida de la reina de Inglaterra.

Respondió á los jueces María Estuarda que para nada reconocia su autoridad, y que nadie en Inglaterra tenia derecho de juzgarla; que nacida igual de la reina Isabel y constituida en la misma dignidad, no tenia mas dependencia de ella que la que da el dominio de la fuerza. Esta habia venido á pedir asilo, y solo habia recibido una prision y los mas duros tratamientos: que si no podia desagraviarse de las ofensas recibidas, no las olvidaba ni creia que se quedasen sin su pago merecido; que resignada á todo lo que podia sucederle de peor, no queria agravar su situacion con una bajeza indigna de su rango.

Dos dias resistió María en su resolucion sin que pudiesen persuadirla las razones de aquellos personajes. Mas habiéndosele hecho la reflexion de que esta negativa equivalia casi á una tácita confesion del crímen que se le imputaba, cedió por fin, mas protestando siempre contra la validez de los procedimientos.

Se le leyeron entonces á la reina de Escocia las declaraciones de sus supuestos cómplices; las de sus dos secretarios, y las copias de las cartas que le habian sido interceptadas. Respondió María que ninguna fuerza podian tener las declaraciones de los reos arrancadas muchas veces ó por la esperanza del perdon, ó por el temor de la tortura; que la misma observacion se debia hacer respecto de sus secretarios, cuyo juramento tenia muy poca fuerza habiendo ya violado el que le habian hecho á ella misma de guardar secreto; que en cuanto á las copias de sus cartas, nada habia mas fácil que forjar semejantes documentos. Mostró la reina de Escocia mucha circunspeccion y compostura durante el interrogatorio, y no dió muestras de hallarse intimidada.

¿Era cómplice la reina de Escocia en el plan de asesinato de Isabel? Difícil es el no creerlo así, en vista de lo desesperado de su situacion, de tantas declaraciones que lo aseguraban, del testimonio de sus propios secretarios y del concepto de honrado y justificado que gozaba Walsingham, ante cuyos ojos se habia descifrado la corres-

pondencia, como ya hemos dicho. Que Walsingham fuese enemigo de María, puede suponerse fácilmente, mas entre esta cualidad y la de un bajo falsificador habia una enorme diferencia. Por otra parte, ¿cómo no se le enseñaron á María mas que las copias de sus cartas y no los originales? ¿Cómo no la carearon con sus secretarios que todavía estaban vivos cuando el enjuiciamiento? Son misterios que la razon no alcanza, que abren para la posteridad un campo de conjeturas y controversías. Mas es un hecho, que las principales pruebas de complicidad, las cartas originales de María, no figuraron en aquel proceso.

Los jueces comisionados partieron de Fortheringay, y se dirigieron á Westminter sin haber pronunciado la sentencia. En este punto volvieron á reunirse despues de varias deliberaciones del Consejo. Ante el tribunal volvieron á presentarse los secretarios de María, que se ratificaron en sus declaraciones. Al fin pronunciaron los jueces la sentencia, y unánimes declararon que habian sido cómplices en la conspiracion de Babington, *María, hija y heredera de Jacobo V, último rey de Escocia, comunmente llamada reina de Escocia, reina viuda de Francia*, pues con tales títulos era designada.

El Parlamento confirmó inmediatamente la sentencia que envolvia la pena de muerte, y envió á la reina un mensaje en que se le suplicaba lo hiciese ejecutar en el momento.

En procedimientos promovidos por el espíritu de partido, por el calor de las pasiones, por la sed de represalias y venganzas, no hay que buscar ni regularidad, ni imparcialidad, ni buena fé, ni menos aquella calma y circunspeccion indispensables en todo lo que va á decidir la suerte de los hombres. En el proceso de María se violaron todas estas leyes, como asimismo las de la humanidad, de la hospitalidad, y hasta las de la decencia. Estaba la parte protestante de la nacion inglesa furiosa con tantos planes de conspiracion contra la vida de su

reina, ébria de venganza, espantada con la perspectiva de las tormentas que provocaba sobre el pais la mano de María. En esta ocasion siguió el impulso del Parlamento manifestando sus vehementes deseos de que se llevase á ejecucion la sentencia recientemente pronunciada. Debió de estar satisfecha la reina de Inglaterra con tantas pruebas de adhesion á su persona y de odio á la de su competidora. Mas á pesar de verse como al fin de sus deseos, no estaba todavía libre de perplejidades.

Cundió con la velocidad de un relámpago la noticia del proceso de María Estuarda. Causó en los católicos una mezcla de sorpresa y de dolorosa indignacion no fáciles de describirse. Inmediatamente hicieron representaciones en favor de la reina desgraciada de Escocia, los de Francia, de España, los príncipes católicos de Alemania y otros puntos de la Europa. Se deja concebir el tono de calor y vehemencia con que estarian concebidos todos estos actos. El rey Jacobo, sensible á la voz de la naturaleza, abogó con ardor por una madre cuyo suplicio iba hasta imprimir una mancha indeleble en el carácter de que estaba revestida. Hacian naturalmente todas estas manifestaciones una impresion desagradable en Isabel, quien si deseaba la muerte de su competidora, no queria cargarse con la odiosidad de ser ella misma la que expidiese la órden de la ejecucion de la sentencia.

Por algunos dias se mostró indecisa, manifestando su gravísimo pesar por verse precisada á cumplir con un deber fatal que reclamaba de ella la seguridad y tranquilidad de sus estados. Mientras tanto se manifestaba mas y mas la opinion del pais en contra de María, con lo que se lisonjeaba muchísimo el amor própio de la reina de Inglaterra.

Todavía vacilaba, tal era su opinion, la mancha que iba á echar sobre ella la ejecucion de la sentencia. Varias veces manifestó su despecho, quejándose de que sus fieles servidores no previniesen sus deseos sacándola de tan cruel conflicto. Los dos principales encargados de la

custodia de la reina, sir Amias Paulet y sir Drue Drury, á quienes se hizo en frases no muy oscuras esta insinuacion, aparentaron no comprenderla. Al fin se les manifestó por lo claro que harian un gran servicio á la reina anticipándose al verdugo en la ejecucion de la sentencia. Mas estos hombres llenos de honor, aunque no muy blandos y mirados en su comportamiento con María, se indignaron al verse tenidos en tan poco que se les hiciesen proposiciones tan odiosas, y declararon que eran fieles servidores de la reina, mas no viles asesinos. Cerrada asi la puerta para toda ejecucion secreta, no quedaba mas medio que el de hacerla pública. Con este objeto mandó la reina que se estendiese la órden (warrant) de la ejecucion y se la llevasen, mas todavía se mostró irresoluta en el acto de firmarla.

Al saber la reina de Escocia la sentencia de muerte que sobre ella gravitaba, no mostró ni gran temor, ni gran sorpresa. Dijo que estaba ya muy preparada á este rigor de la fortuna. Que no extrañaba estuviesen sedientas de bañarse en la sangre de una reina extraña, las manos acostumbradas á teñirse en la de sus propios reyes. Mientras tanto, estaba tratada con la última dureza, se le habia despojado de todos los signos y consideraciones debidas á la dignidad real, quitándose el dosel que se hallaba en su aposento, sus mismos guardas le faltaron á toda consideracion, presentándose delante de ella con su sombrero puesto.

Entregó Isabel la órden firmada de la ejecucion al secretario de Estado Davison, con el encargo de presentarla á los señores del Consejo. Apoderados de tan importante documento, sin conferenciar mas con la reina ni tomar sus órdenes ulteriores, entregaron el papel á los condes de Shrewsbury y de Kent, para que inmediatamente pasasen al castillo de Fotheringay á poner en ejecucion lo que en él se prescribia.

Partieron los condes acompañados del dean de Peterboroug al punto designado, y presentados á la reina

de Escocia le hicieron saber la órden que llevaban previniéndole se dispusiese para su ejecucion al dia siguiente. Recibió María la comunicacion con rostro firme y sereno, con aquella dignidad que en ciertas ocasiones le era tan característica. Dijo que debia darse por satisfecha y agradecer á Dios hubiese elegido su persona para dar un testimonio de su adhesion á la religion católica en cuya defensa perecia. Inmediatamente se preparó para la muerte, tomando todas las disposiciones con tranquilidad y compostura. Escribió su testamento, distribuyó sus muebles, vestidos y otras alhajas entre sus doncellas y otros servidores, consolándolos á todos con la esperanza de mejor fortuna. Pidió que se le permitiese un sacerdote de su religion que la asistiese en sus últimos momentos; mas le fué esta gracia denegada. Solicitó tambien que se le permitiese morir rodeada de sus servidores para que diesen testimonio de su comportamiento, y fué igualmente desechada aquesta súplica, esceptúandose solo tres que la acompañaban hasta los últimos instantes. Pidió en seguida que se trasladase á Francia su cadáver á fin de que allí le enterrasen en sagrado, á lo que dieron los condes su consentimiento.

Pasó María el resto de la noche rodeada de sus servidores, cuyos gemidos y sollozos no podia reprimir su autoridad, ni el ejemplo que daba de serenidad y de firmeza; cenó parcamente como lo tenia de costumbre, y bebió á la salud de cada uno de los que la acompañaban. En seguida se recogió á su aposento, y por la última vez se entregó al sueño.

Al amanecer del dia siguiente, 27 de febrero de 1587, se levantó, pasó á su oratorio, tomó una forma consagrada que le habia enviado Pio V y guardaba en secreto con el mayor cuidado, previendo la triste situacion en que se hallaba. En seguida hizo que la vistiesen con toda la posible magnificencia que su equipaje permitia. Mientras tanto pasaba los instantes en actos de devocion, sin dar oidos á las exhortaciones del ministro pro-

testante que trataba de auxiliarla en sus últimos momentos.

A eso de las nueve de la mañana se presentó en su habitacion el Sheriff del condado y le anunció que habia llegado su último momento. Se hallaba María de rodillas al recibir esta visita. Sin responder nada, se levantó inmediatamente y con paso lento, apoyada en dos, de sus doncellas, se encaminó al sitio del suplicio. Iba vestida magníficamente con manto de terciopelo morado, diadema en la cabeza, en el cuello un Aguus Dei, en la cintura el rosario y un Crucifijo de marfil en las dos manos. Así entró en una sala del castillo tendida de negro donde estaban el tajo, las hachas y los verdugos preparados para su suplicio. La acompañaban tambien los dos condes que se le habian reunido en la escalera y el dean que no cesaba en sus exortaciones, empleando frases duras, á proporcion que la reina se negaba á valerse de su auxilio, diciéndole que no se molestase, pues queria conservarse fiel á su religion hasta el último momento. Al fin impuso silencio al dean el conde de Shrewsbury en vista de lo inútil de la conferencia.

Comunicaba la sala con una especie de patio lleno de espectadores sumidos en silencio. Subió María las dos ó tres gradas de la especie de tablado donde estaba el instrumento del suplicio, mientras se leia en alta voz la sentencia de su muerte. Concluido el acto oró la reina en alta voz por las necesidades de la Iglesia, declaró que moria fiel á los dogmas del catolicismo, que solo esperaba misericordia por la muerte de Cristo, á los pies de cuya imágen iba á derramar su sangre. Entonces levantó en alto el Crucifijo y le besó, entregándole en seguida á una de sus doncellas, mientras otras le ayudaban á quitarse el velo y demas adornos de la cabeza para pasar á las manos del verdugo. Con rostro sereno, y la fortaleza que no la abandonó en ninguno de estos críticos momentos, despues de una corta oracion puso la cabeza en el tajo, y mientras uno de los ejecutores la tenia de las manos, le separó el otro la cabeza del cuerpo con un

par de golpes. En seguida la levantó en alto y la enseñó al pueblo chorreando todavía en sangre, y el dean de Peterboroug exclamó en alta voz: así perecen todos los enemigos de la reina Isabel; á lo que el conde de Kent respondió: Amen. Los espectadores se retiraron entonces sin prorumpir en voz de clase alguna.

Así murió á los cuarenta y cinco años comenzados de la edad de María Estuarda, una de las mujeres mas eminentes de su siglo por su hermosura, por sus gracias, por la gentileza de toda su persona, por lo agudo y vivo de su ingenio, por lo fascinador de sus maneras y conversacion, por sus habilidades y conocimientos de la literatura de aquel siglo. Diestra en todos los ejercicios de las damas distinguidas de su tiempo, hablaba con gracia, escribia con elegancia, tanto en su lengua nativa como en la francesa, que con preferencia usaba como la mas conocida y la mas culta. Si como mujer poseyó muchas dotes con tanta perfeccion, no fueron pocas sus faltas y extravíos como reina. Algunos de ellos fueron como inevitables, como efectos forzosos de sus circunstancias. No estaba destinada por la naturaleza, la hermosa, la amable, la elegante y sobre todo la catolica á reinar en un pueblo donde el espíritu de independencia y libertad tomaba tanto vuelo, donde todo respiraba guerra civil, controversia religiosa. Ni aquel pueblo podia ser sensible á las gracias, al mérito en su línea de la reina, ni ésta comprender todo el interés de aquellas luchas tan encarnizadas. No conoció su posicion y obró en cierto modo á la aventura. Era María una de aquellas mujeres á quienes la falta de circunspeccion origina desazones y pone muchas veces en graves compromisos; en quienes se confunde la demasiada afabilidad con el demasiado desahogo y la ligereza de manera con la licencia de costumbres. Cometió mas imprudencias que faltas graves, y mas faltas graves que extravíos criminales. Procedia la mayor parte de estas faltas de la ligereza de su carácter, de la obstinacion, fruto de una voluntad que no se habia nunca contrariado,

de los principios supersticiosos en que la habian imbuido desde la cuna, y tambien de los malos ejemplos que habia visto en la córte de Francia, donde se habia educado. Impetuosa, ardiente, movida por los caprichos de su imaginacion, ligera en amar, pronta á aborrecer, no habia entre tantas pasiones, entre tan brillantes cualidades, sitio para la prudencia. De su desvío hácia su primer marido, la disculpa la conducta poco atenta de éste; mas las circunstancias de su asesinato, deponen fuertemente contra ella. Si verdaderamente no habia sido cómplice en este acto tan criminal, tan alevoso, la sola circunstancia de haberse casado con el que públicamente se designaba como el asesino, imprime una mancha indeleble en su memoria. Por lo demas si María Estuarda fué culpable de muchos estravíos, los espió de la manera mas cruda y mas horrible. Se contrista la imaginacion al contemplar aquella mujer en lo mas florido de sus años detenida en cautiverio en el pais que habia buscado un asilo, y recibiendo tan malos tratamientos de otra persona de su mismo sexo y de su rango. Los diez y nueve años en que sufrió tan duro cautiverio bastarian para quebrantar el corazon mas entero, para abatir el alma de mas temple. María sin embargo no perdió nunca la dignidad de su carácter, ni Isabel triunfó jamás de su constancia. Cuanto mas se agravaba su posicion, menos humillada la encontraba su competidora. Durante la última crísis se mostró magnánima y en sus últimos momentos admirable. Si tuvo parte en los planes de conspiracion contra Isabel, la ponia en tan dura precision la conducta tiránica de esta princesa. Nunca se cometió una violacion mas horrible del derecho de gentes, ni se abusó con mas descaro del de la fuerza. La historia y suplicio de María Estuarda forma una de las figuras mas singulares en el gran cuadro del siglo XVI, y se le tendria por una creacion poética si no supiésemos ya por experiencia que la historia se presenta á veces con colores mas fabulosos que la misma fábula.

No abandonó la reina Isabel de Inglaterra su papel de hipócrita aun despues de la bajada al sepulcro de su competidora. Al contrario, fué esta misma circunstancia la que dió mas realce á la falsedad que durante este drama habia mostrado. Al recibir la noticia de que se habia llevado á efecto el suplicio de María, aparentó la mayor sorpresa mezclada del dolor é indignacion mas viva. Se encerró en su cuarto sin querer hablar con nadie, prorumpiendo en exclamaciones contra sus malos servidores que sin su conocimiento se habian apresurado á remitir la fatal órden con tanta rapidez obedecida. Mas esta órden la habia firmado ella misma y sido llevada al Consejo privado por el secretario de Estado, y encargo de la reina. Los ministros se aterraron con estas demostraciones del dolor y sentimiento, y el secretario de Estado se tuvo desde entonces por un hombre perdido sin remedio. Así lo fué en efecto. Necesitaba la reina de Inglaterra una víctima para que cargase con la responsabilidad del suplicio de María. Se le puso preso en la torre, se le formó su proceso y se le condenó á pagar la enorme suma en aquel tiempo de diez mil libras esterlinas, dejándole reducido á un estado poco menos que de mendicidad, sin haber vuelto nunca á la gracia de la reina. Si los guardadores de la de Escocia hubiesen cedido á las insinuaciones que se les hizo de terminar sus dias sin aguardar la mano del verdugo, regularmente hubiesen sido castigados despues como viles asesinos.

Resonó en todos los ángulos de Europa el suplicio de la reina de Escocia, la indignacion de algunos de sus príncipes fué extrema. Su hijo, el rey de Escocia, puso como era natural los gritos en el cielo. Por mucho que trató Isabel de templar aquella irritacion, tal vez el suceso lamentable que la producia, aceleró el estallido de la tempestad que desde España se estaba preparando contra ella.

CAPITULO LXI.

Ruptura de la guerra entre España é Inglaterra.--Conferencias de Burburgo.--Preparativos de una invasion en el segundo de estos paises --Se apresta en Lisboa una armada poderosa, á que se dá el nombre de Invencible.--Preparativos en Flandes del duque de Parma nombrado general del ejército de tierra.--Preparativos de Isabel.--Muere en Lisboa el marqués de Santa Cruz nombrado general en jefe de la armada.--Le sucede el duque de Medinasidonia.--Sale al mar la armada.--Tempestad en el cabo de Finisterre.--Arriba á la Coruña.--Entra en el canal de la Mancha.--Escaramuzas entre la armada española y la inglesa.--Fondea la primera junto al puerto de Calais.--Imposibilidad de reunirse con las tropas del príncipe de Parma.--Toma Medinasidonia el rumbo al Norte.--Tempestad.--Desastres.--Pérdida de buques en las islas Orcadas, en las Hébridas y en las costas de Irlanda.--Llega á España la armada medio destruida.--Pérdida de hombres y buques.--Palabras de Felipe II al saber el destrozo de la escuadra.--Expedicion de los ingleses sobre Portugal.--Su desembarco en la Coruña.--Pasan á Lisboa donde no pueden penetrar.- Vuelve la expedicion á Inglaterra con gran pérdida (1).

1588—1589.

HABIA llegado el tiempo de que tomase un carácter positivo y público la guerra sorda que de hecho existia entre Felipe II y la reina de Inglaterra. Llevaba esta enemistad de fecha tantos años, como de reinado contaban ambos príncipes, sobre poco mas ó menos de la misma edad, y que con la diferencia sola de dos años habian subido al mismo tiempo al trono. Si fue cierta la negativa de Isabel á la proposicion de matrimonio que le hizo don Felipe al quedar viudo de su hermana, por ningun estilo trató de curar la llaga que hizo en su amor propio este desaire. Sea que esto fuese ó no el principio de la enemistad, era esta grande, alimentada con cuantos

(1) Herrera, Ferreras, Strada, Thou, Hume y otros.

sentimientos de discordia pueden caber en el corazon de dos monarcas. Si aún no habia entre los dos rivalidad de poderío, pues el del rey de España era conocidamente superior, la habia de secta, de supremacía, de nombre, de ascendiente, de aquella fuerza moral que tanto halaga al corazon del hombre. Campeon Felipe del catolicismo, caudillo en cierto modo Isabel en el campo protestante, tenia que ser el odio recíproco y vivo el deseo de hacerse mútuamente daño. Con los enemigos de Isabel estaba don Felipe; con los de éste la primera; mas si la animosidad era mútua, y si se quiere igual, si existian agravios de una y otra parte, la imparcialidad histórica obliga á confesar que los mas públicos, las provocaciones mas marcadas habian sido todas por la de la reina inglesa. Sin disfraz envió ésta socorros de hombres y dinero á los Paises-Bajos declarados contra el rey de España; y si la expedicion, sobre todo la del conde de Leicester, no era un acto de abierta hostilidad, consistió sin duda en que no convino considerarle como tal al rey de España. Asilo y proteccion en Inglaterra habia encontrado don Antonio; con fuerzas de Inglaterra habia éste efectuado su expedicion en las Terceras. Con gente, con bandera inglesa se habian hecho desembarcos en las posesiones españolas de Ultramar, y almirante inglés era sir Francisco Drake que en la bahía de Cádiz acababa de incendiar una gran parte de su escuadra. Era imposible que no se hiciese pública, que no se declarase abiertamente una guerra que llevaba ya tan larga fecha.

El proyecto de la invasion de la Inglaterra venia de mas lejos. Cuando la conquista de las islas Terceras por el marqués de Santa Cruz, aconsejó al rey este general que emplease aquellas fuerzas marítimas vencedoras y que se podian reforzar muy fácilmente contra una potencia declarada en hostilidad por haber dado asilo á don Antonio, y contribuido con sus fuerzas á la expedicion destinada que tenia por objeto consolidar su autoridad en dichas islas. Debieron de hacerle fuerza las ra-

zones de un hombre de mar tan entendido como el marqués, quien al mismo tiempo de presentarle fácil la expedicion, le brindaba con la gloria de restablecer para siempre la fé católica en Inglaterra. Mas empeñado entonces en la guerra de Flandes, aún de aspecto muy dudoso, y tal vez por parecerle la empresa mas difícil que al marqués, no dió por entonces oidos á sus proposiciones. Es dudoso si á pesar de tanta animosidad se hubise decidido el rey á empeñarse en una guerra abierta á no haber ocurrido el suplicio de María Estuarda. Mas este atentado pareció sin duda tan grave, tan atroz, tan insultante para todos los príncipes católicos, que se decidió á tomar la causa como suya y á vengar solemnemente este ultraje hecho al bando de quien era él el principal caudillo.

Favorecian entonces las circunstancias este gran proyecto. Se hallaba el duque de Parma victorioso en los Paises-Bajos y con grande esperanza de someterlos todos á su antiguo imperio. Triunfába la política de Felipe en Francia, donde ejercia realmente mas poder que el mismo Enrique. El emperador Rodulfo era su amigo y estaba acostumbrado á considerarle con la deferencia como su sobrino y educado en su misma córte. Los príncipes luteranos del Imperio no se hallaban en estado de enviar socorros á la reina inglesa. Por lo que hace al Papa, en lugar de disuadirle de la expedicion hizo ver que habia llegado el tiempo de emplear todas sus fuerzas para acabar con una princesa enemiga de Dios y de los hombres, fautora de la heregía, protectora de todos los rebeldes que atacaban á la Iglesia. A sus exhortaciones añadió promesas de dinero para sufragar los gastos de la santa empresa.

Se ofrecian, pues, al rey de España todas cuantas facilidades podia desear por parte de los monarcas de la cristiandad; mas la empresa pareció sumamente difícil á algunos de sus consejeros. Dijeron éstos que aunque seria fácil á la escuadra del rey de España arrollar la de la reina inglesa, se expondria á los mayores desastres sus

fuerzas de tierra, desembarcando en un pais extraño, cuyos moradores no podrian menos de acudir á la defensa de su reino. Que casi nunca se conseguia el objeto de conquistar un pais á mano armada, á menos de llevar fuerzas en extremo numerosas, ó que los habitantes se mostrasen propicios al dominio de los forasteros; que ninguna de ambas cosas podia tener lugar en la ocasion, teniéndose que llevar las tropas embarcadas, y siendo tan impopular en Inglaterra el nombre de los españoles: que aunque pudiésen apoderarse de algunos puntos de la costa, se encontrarian con obstáculos invencibles cuando quisiesen penetrar en el pais, por falta de víveres y de comunicaciones. Que por lo tanto era preferible comenzar la expedicion por la Irlanda, pueblo católico, sumamente deseoso de sacudir el yugo de Isabel, ó bien por la Escocia, donde el rey Jacobo debia de estar sumamente resentido con la reina de Inglaterra por el suplicio de su madre.

Por su parte, el duque de Parma, con quien se consultó el asunto, dió por respuesta que en lugar de hacerse una expedicion contra Inglaterra, era preferible el destinar los navíos y soldados preparados para ella, á terminar la conquista de todos los paises-Bajos, sujetando con las fuerzas navales las provincias marítimas del norte que se mantenian en su rebelion, por ser superiores en marina al rey de España: que despues de sujetado y pacificado todo aquel pais, se podia preparar allí la expedicion contra Inglaterra, siendo la distancia tan corta, y pudiendo entonces aprovecharse el rey de todos los navíos y demas buques que estaban ahora al servicio de sus enemigos. Eran muy plausibles las razones de los que se oponian á la expedicion, ó querian se efectuase sobre Irlanda: las del duque de Parma no podian ser mas poderosas. Pasar á conquistar la Inglaterra quedando sin sujetar los Paises-Bajos parecia prematuro. Preparar la expedicion marítima en las costas de España pudiendo hacerse en las de Flandes, tenia grandes vi-

sos de imprudencia. Mas Felipe II se atuvo á su primer dictámen y dió las órdenes mas terminantes para los preparativos de una expedicion que llamaba ya sobre sí todos los ojos de la Europa.

Parece inverosímil que mientras el rey de España preparaba armamentos formidables para atacar á la reina de Inglaterra, y ésta escogitaba con la mayor actividad cuantos medios podian concurrir á su defensa, estuviesen empeñados los dos príncipes en negociaciones de amistad y de avenencia. Mas asi era en efecto. Por la mediacion del rey de Dinamarca se habian convenido ambos soberanos en enviar plenipotenciarios á un punto de los Paises-Bajos con objeto de arreglar las desavenencias de las dos coronas, y al mismo tiempo los negocios de los estados disidentes que estaban en tan mala situacion por las victorias del de Parma. Se presentaron en efecto plenipotenciarios por Felipe II y por la reina de Inglaterra. Tambien envió los suyos Alejandro, aunque no podian menos de obrar en todo bajo la dependencia de su soberano. En cuanto á los estados, desconfiados de la buena fé de Isabel, temiendo que serian sacrificados á la política ó intereses de los dos monarcas, no quisieron tomar parte en el asunto, y resueltos á llevar adelante el de su independencia á todo trance, se abstuvieron de enviar comisionados á Burburgo, sitio de las conferencias.

Era visible y tan claro como la misma luz del dia, que esta reunion de diplomáticos no tenia por una y otra parte mas objeto que el de ganar tiempo. Intentaba Felipe II adormecer á Isabel mientras terminaban los preparativos del armamento que á su ruina destinaba. Era la intencion de la reina Isabel ganar tiempo mientras preparaba sus medios de defensa, esperando por otra parte, que dando algunas largas á la negociacion, terminaria la estacion favorable para la salida de la armada. Se hicieron, pues, de una y otra parte proposiciones, se discutieron artículos de arreglo y paz entre los dos prín-

cipes, comprometiéndose el rey de España á pagar á la inglesa el dinero que habia adelantado á los estados disidentes; se obligaba esta á trabajar todo lo posible para que estos volviesen á la obediencia de su antiguo soberano. Mas no se vino á ningun arreglo, porque ninguna de las dos partes contratantes tenia confianza en la buena fé de la contraria. Los preparativos del rey de España estaban listos: urgía el tiempo de poner en campaña las fuerzas de mar y tierra destinadas á la conquista de Inglaterra. Terminaron bruscamente las negociaciones, casi se puede decir al ruido del cañon que se disparaba desde entrambos campos.

Eran inmensos los preparativos que habia hecho el rey de España para aquella empresa colosal, superior á cuanto se habia visto en el curso de aquel siglo. Resonaron los acentos de la guerra en toda Europa, cuyos ojos estaban fijos en esta gran contienda. En todos los paises sujetos á la dominacion del rey se desplegaba una maravillosa actividad con el movimiento de tropas, con el alistamiento de otras nuevas. En todos los arsenales y astilleros se preparaban buques, se construian otros nuevos, se aprestaba toda suerte de pertrechos navales, y se acopiaban víveres y municiones proporcionados al número de combatientes que por tierra y por mar se ponian en campaña. Jamás habia habido tanto movimiento en la Península española desde que todos sus estados formaban una sola monarquía.

Se designó á Lisboa como el punto de reunion de todas las fuerzas navales destinadas á la empresa. Se nombró por generalísimo de la armada al marqués de Santa-Cruz, cuyos dilatados y útiles servicios le daban derecho á este cargo importantísimo. Pasaba entonces el marqués por el primer hombre de mar de todos los dominios españoles y casi como el principal de Europa. Correspondió á la confianza del rey activando todos los preparativos de la expedicion, sobre todo dirigiendo la construccion de buques de alto bordo,

los mayores que hasta entonces se habian conocido (1).

A fines de mayo de 1588, estaba ya en estado de darse á la vela esta armada, á la que con la seguridad y embriaguez de un triunfo próximo se la dió el título pomposo de Invencible. Se componia de ciento y treinta buques grandes, llamados unos galeras ordinarias y galeones, siendo éstos de porte superior á los primeros. Se embarcaron en la escuadra cinco tercios españoles, mandados por los maestres de campo, Diego Pimentel, Agustin Mejía, Alonso Luzon, Nicolás de Isla y Francisco de Toledo con diez y ocho mil ochocientos y cincuenta soldados. Ascendia el número de marineros y sirvientes á bordo á siete mil cuatrocientos y cincuenta. Se presentaron ademas doscientos veinte caballeros principales y grandes de España, y otros aventureros de menos alta condicion, en número de trescientos cincuenta y cuatro con seiscientos y cuarenta soldados de servicio. Con esta gente y no pequeño número de frailes que se embarcaron para atender á los socorros espirituales de la armada, llevaba esta consigo veinte y ocho mil trescientos hombres.

Cuando estaba para salir la expedicion al mar, ocurrió la muerte de su general el marqués de Santa Cruz, pérdida que pareció á muchos irreparable, por los muchos conocimientos, larga experiencia, valentía á prueba y fama grande que alcanzaba. Fue su sucesor el duque de Medinasidonia, de muy poca experiencia militar, y de ninguna en la marina. Sin embargo, pareció al rey, que bien aconsejado por hombres inteligentes, llenaria su puesto, resultando por otra parte utilidad á la expedicion por el acto de ser mandada por un hombre de su alcurnia.

(1) En uno de nuestros capítulos suplementarios presentaremos un bosquejo de lo que era la marina en aquel siglo; sobre todo en España, con la descripcion de los diferentes buques, con sus nombres y demas particularidades que llaman la curiosidad del lector, deseoso de comprender bien lo que en este punto nos refieren los historiadores de aquel tiempo.

Mientras estos preparativos se hacian en Lisboa, no estaba vacío en los Paises-Bajos el de Parma, encargado del mando del ejército de tierra y de dirigir el desembarco. Con la mayor actividad reunió y organizó las tropas que de órden del rey se encaminaban á Flandes, tanto de España como de Milan, de Sicilia y de Nápoles, de la Borgoña y Franco Condado, ademas de otras que al sueldo del rey se alistaban en varias partes de Alemania. Allegó Alejandro cuantos buques pudo para transportar su ejército á las costas de Inglaterra, y no siendo suficientes hizo construir en los puertos de Amberes, Ostende y Dunkerque un gran número de barcos chatos para hacer este servicio. Resonaban en todos los Paises-Bajos el estruendo de los preparativos de la guerra de Inglaterra, y de todas partes acudian las tropas que estaban destinadas á este gran servicio y con ellas muchos caballeros y grandes de España y asimismo de Italia, de Alemania, deseosos de militar en las banderas de Alejandro. No se habia visto tanto movimiento en aquel pais á pesar de los veinte años que llevaba ya de guerra, ni tan crecido número de gente armada bajo unos mismos estandartes. Cuarenta mil hombres de infantería y tres mil caballos componian parte del ejército de Alejandro. Estaban los primeros distribuidos en veinte y un tercios, y los segundos en veinte y un cornetas ó escuadrones. Habia entre estos tercios tres italianos, mandados por Camilo Capisucci, Gaston de Espínola y Cárlos Espinelli. Cuatro españoles á las órdenes de Sancho de Leyva, Juan Manrique de Lara, Manuel de la Vega y cabeza de Vaca; un catalan mandado por Luis de Queralt; cinco alemanes por Juan Manriquez, Ferrante Gonzaga, los condes de Aremberg y Barlamont y Cárlos de Austria, marqués de Borgau; siete de valones por el marqués de Reutí, los condes de Bossu, Octavio Mansfeld de la Mota de Barbanzon, y de Wert; uno de borgoñones por el marqués de Barambou, y otro de irlandeses por Guillermo Stanley. Mandaba la caballería el marqués del Vasto.

Dividió Alejandro este ejército en dos trozos, destinando treinta mil infantes y mil y ochocientos caballos á la expedicion de Inglaterra que debia mandar en persona, dejando los restantes para continuar la guerra en los Paises-Bajos á las órdenes del conde de Mansfeld, nombrado gobernador general durante su ausencia.

No estaba ociosa por su parte la reina de Inglaterra mientras tan formidables fuerzas preparaba contra ella su enemigo. Con toda serenidad y valor como á tan esforzada princesa le cumplia, preparó cuantos medios de defensa podian conjurar la terrible tormenta que la amenazaba. Sabedora de que sus enemigos contaban con los resentimientos del rey de Escocia, tan ofendido por el suplicio de su madre, se dedicó á templar sus iras por medio de una solemne embajada, en que le hizo ver lo mal que le estaba hacerse instrumento de los enemigos de su religion, que aspiraban á ser dueños de un pais que le correspondia por herencia: que era de su interés unir al contrario sus fuerzas con las suyas para repeler una agresion que no podia menos que redundar en el destrozo de los dos paises; que si tan rigorosa se habia mostrado con la madre, habia tenido parte en ello el interés del hijo, y que en fin la Inglaterra y la Escocia debian de ser durante su vida íntimos aliados, para acostumbrarlos poco á poco á no ser con el tiempo mas que un solo estado.

Las razones eran especiosas, y el rey de Escocia no pudo menos de sentir su peso. Heredero natural y forzoso de la reina de Inglaterra, ya demasiado avanzada en edad para casarse y tener hijos, debia de considerar la Inglaterra como suya, y por lo mismo en detrimento suyo cuantas conquistas hiciesen en ella las tropas extranjeras. Respondió, pues, con templanza á la reina Isabel, y se comprometió á no formar alianza ni dar auxilio alguno á sus encarnizados enemigos.

Libre Isabel de este cuidado, se aplicó al alistamiento de cuantas fuerzas navales y de tierra podian ser ne-

cesarias para la defensa de la isla. Era la marina inglesa muy poco considerable á la sazon, y por lo regular se componian las armadas reales de barcos alquilados al comercio. Se alistaron cuantos fué posible: se reunieron hasta setenta y dos aunque de pequeño porte, nombrándose por general de mar á lord Howard de Effingham, que tenia por segundos á Drake, Hawkins y Frovister. Se situó esta armada, provista de todos los enseres necesarios, en el pueblo de Plymouth, como punto avanzado para observar el movimiento de los españoles.

Mientras tanto se alistaba un ejército de veinte mil hombres con objeto de oponerse al desembarco y órden de replegarse sobre otras fuerzas inferiores en caso de no poder hacer resistencia al ímpetu de los enemigos. Se destinaron ademas veinte y dos mil hombres mandados por el conde de Leicester para defender la capital y que se situaron en Tílbury. Se componia el cuerpo principal del ejército de treinta y cuatro mil infantes y dos mil caballos á las órdenes de lord Hunsdon, que debia acudir con ellas á los puntos donde creyese necesario.

Ni la escuadra de Isabel se podia comparar en el número y porte de los buques con la de Felipe, ni sus tropas de tierra tenian la experiencia de sus valientes veteranos españoles, italianos, alemanes y flamencos. Mas se trataba de la defensa nacional, de la defensa de un pais, cuya reina hábil, sagaz y previsora sabia hablar al corazon de sus súbditos y dar la primera ejemplo de constancia y serenidad en el peligro. Rodeada de los principales magnates de su córte se presentó á caballo á las tropas formadas en Tílbury, y recorriendo sus filas las exhortó á la defensa del pais en términos que arrancaron aplausos de entusiasmo. Con no menos calor y habilidad se dirigió á la masa de sus pueblos haciéndoles sentir las calamidades de que iban á ser víctimas en caso de caer en manos de un rey como el de España, cuya política y sobre todo intolerancia religiosa eran objeto de terror para el partido protestante. Hasta los mismos ca-

tólicos en quien Felipe II tenia puestas tantas esperanzas se pusieron por esta vez de parte de Isabel; tal los espantaba la idea de una invasion extranjera aunque fuese de católicos, tal era la prevencion que tenian contra el rey de España sus mismos correligionarios, y tal la terrible impresion que habian hecho los rigores esparcidos en Flandes por el duque de Alba. Tuvo Isabel la habilidad de conservar en estos buenos sentimientos á los católicos, no persiguiéndolos con motivo de una invasion que tenia por pretesto el restablecimiento en la isla de la fé católica. De todos modos les hizo ver que cualesquiera que fuesen sus sentimientos, eran antes que todo ingleses, y que como ingleses debian considerar la agresion á viva fuerza por un príncipe extranjero.

A pesar de tan formidables preparativos de la reina inglesa no era bien sabido todavía el punto á que estaba destinada la escuadra de Felipe. Se habia observado en esto una reserva tanto por el gobierno del rey como por el mismo duque de Parma, que estaba con él de inteligencia. El porte de los mismos buques hacia creer que no podian destinarse á las costas de Holanda y de Zelanda, donde lo bajo de los fondos necesitaba otros mas chicos y de menos quilla. La idea mas probable era pues la verdadera, es decir, la invasion de Inglaterra, mas no dejaba de estar recelosa la córte de Francia, que sabia muy bien las relaciones íntimas entre Felipe II y los principales jefes de la liga, á cuyos auxilios pudiera muy bien destinarse, si no el todo á lo menos una parte de la escuadra. Así solo el resultado y la salida al mar de la expedicion puso patente cuál era la verdadera intencion del rey de España. Y todavía se guardó tal secreto sobre la época de la salida, que creyendo la reina Isabel que estaba diferida para el año siguiente, mandó suspender los preparativos de defensa y dió órden para que se desarmasen parte de los buques que en la rada de Plymouth se reunian. Mas el lord Howard, que se hallaba mejor informado, representó contra la imprudencia de esta disposicion y recabó de la

reina no se cesase un punto en llevar adelante los preparativos comenzados.

Zarpó en fin la armada de Lisboa en 9 de junio de 1588, formada en varias divisiones ó escuadras como entonces se decia. Mandaba en persona la primera el marqués de Medinasidonia compuesta de diez galeones y dos sabras. La segunda de Castilla, Diego Flores de Valdés, de catorce navíos y dos pataches; la tercera de Andalucía, Pedro Valdés, de diez navíos; Juan Martinez de Recalde, la cuarta de Vizcaya, de diez navíos y cuatro pataches; Miguel de Oquendo, la quinta de Guipúzcoa, de diez navíos y cuatro pataches; Martin Bertendona, la sexta de Italia, de diez navíos. Mandaba la llamada de las Urcas en número de veinte y tres, Juan Gomez de Medina, y las de las galeazas, que eran veinte y dos, don Antonio de Mendoza.

Navegó la armada con buen viento observando el mayor órden hasta el cabo de Finisterre, donde habiendo sobrevenido una tempestad, se averiaron muchos buques y se dispersaron otros, habiéndose visto obligado el duque de Medinasidonia á arribar á la Coruña para reparar la escuadra. Allí se le reunieron los buques dispersados, se rehabilitaron los que habian sufrido de la tempestad, y reforzó con la guarnicion de la plaza, dejando en ella los enfermos y los que por otros motivos no podian continuar el viaje. Reparado de esta suerte continuó su rumbo, y sin experimentar contratiempo llegó con su escuadra á la entrada de lo que se llama el canal de la Mancha ó de Inglaterra.

Sabedor por su parte el lord Howard de la salida de la armada, se hizo á la mar con algunos de sus buques, no para buscar á los españoles y trabar combate, sino para observar sus movimientos y cerciorarse de su fuerza. No pudo conseguir su objeto por el recio viento que le soplaba por la proa favorable á losbuques españoles, por lo que tuvo que volverse al puerto, reduciéndose su observacion á la de las costas. Mientras tanto seguia

su rumbo nuestra armada ya dentro del canal, dirigiéndose al paso del Calais segun las instrucciones que el general en jefe habia recibido del monarca. Queria Felipe II que pasando el estrecho se pusiese su escuadra á vista de Dunquerque y Newport para tomar allí las tropas del duque de Parma, dirijiéndose despues el todo de la fuerza ó bien á la boca del Támesis ó á cualquier otro punto de la costa inglesa que pudiese ofrecer un fácil desembarco, suponiendo siempre que las fuerzas navales de Isabel serian fácilmente arrolladas por la armada. Eran las intensiones del duque de Medinasidonia atenerse en un todo á las órdenes del rey; mas en el consejo de guerra donde las puso de patente fueron algunos de opinion, que hallándose la escuadra inglesa en el puerto de Plymouth, no debia pasar adelante dejándola á la espalda. De esta misma opinion fué Juan Martinez de Recalde, segundo del duque, haciéndole ver que en nada se opondria á las órdenes del rey, derrotando con anticipacion la escuadra inglesa. Se obstinó el general español en su primera determinacion, y cometió la grave falta de pasar de largo dejando á la izquierda la escuadra de Inglaterra, mas tuvo la precaucion de caminar en órden de batalla por si los enemigos le atacaban. Formó para eso la armada su línea en forma de media luna, habiéndose encargado la derecha á Pedro Valdés, capitan de los navíos de Andalucía, la izquierda á Miguel de Oquendo, y el centro, donde se colocó el general en jefe, dió el mando de la capitana á Diego Flores de Valdés, encargando la retaguardia al teniente Recalde, que seguia á cierto trecho del resto de la armada. Todos los historiadores hacen descripciones magníficas del espectáculo grande y vistoso que ofrecia una escuadra de aquella especie, nunca vista en dichos mares. Es verdaderamente un hecho que jamás habian navegado en ellos buques tan crecidos, mas el de mayor porte no llegaba sin duda al de nuestras fragatas actuales de menos dimensiones.

Al ver los ingleses que los españoles pasaban tan de largo, contra lo que se habian imaginado, se atrevieron á salir en busca de los que al parecer los despreciaban. Con esto se presentaron al combate que los primeros rehusaron, aunque por la diferencia del número y porte de los buques de una y otra armada no pudo empeñarse de un modo decisivo. Estaba á favor de los españoles el mayor porte de sus buques; si bien estas máquinas pesadas y mal construidas no podian gobernarse con toda la destreza y maestría que asistian á los ingleses, mas diestros en la navegacion porque era su elemento necesario. Con sus buques pequeños, pero mas ligeros, escaramuceaban á los enemigos sin venir nunca á una distancia tal que pudiesen trabar con ellos un combate al arma blanca, pues los españoles intentaban trabarlos con garfios de hierro para venir mas fácilmente al abordaje. Así pelearon con sucesos varios el resto de aquel dia; teniendo los españoles bastantes motivos para convencerse de que sus buques tan crecidos no eran una segura garantía de victoria. Hubo en esta escaramuza ataques parciales de bajel donde se derramó bastante sangre, y se peleó con gran denuedo de una y otra parte. Se prendió fuego en la almiranta del capitan Oquendo, y costó gran trabajo impedir que no fuese totalmente presa de las llamas. Fué cogido el buque de Pedro Valdés por Drake y llevado á Plymouth con toda la tripulacion, en número de cuatrocientos hombres; presa importante por ir á bordo uno de los primeros contadores con cuarenta mil ducados pertenecientes á la armada. Tambien estuvo muy amenazado el buque de Recalde, quien fué socorrido á tiempo por don Alonso de Leiva. A la capitana misma donde estaba el duque dieron embestidas; mas llegaron á tiempo Gaspar Sosa, el mismo Leiva, el marqués de Peñafiel, Recalde, Mejía, Oquendo, trabándose con este motivo pelea de hombre á hombre en que se desplegó de una parte y otra mucha bizarría. Ninguna presa hicieron los españoles á los enemigos.

Se retiraron estos entonces y continuaron observando de lejos la armada española, que llegó á la isla Wight sin contratiempo. De alli hizo saber al duque de Parma su paradero, pidiéndole al mismo tiempo municiones de guerra que necesitaba. Salió de la isla siempre en direccion al paso de Calais, y despues del curso de muy pocas leguas, se encontró de frente con otra escuadra inglesa que venia de Londres para observar sus movimientos. Entre tanto se le acercaron mas por retaguardia los que venian del lado de Plymouth, y con este motivo se trabó entre unos y otros una escaramuza sin merecer otro nombre la refriega, pues los ingleses se sentian demasiado inferiores en fuerza para empeñar una batalla decisiva. A los buques españoles no podian ofender sino de lejos, temerosos de sus garfios de hierro con que trataban de trabar á los contrarios. Luchaban los primeros con las dificultades de un manejo poco pronto y expedito, y ademas no podian perseguir á los buques enemigos que se abrigaban en la costa pudiendo navegar con menos agua. Por otra parte, los ingleses no podian atacar de frente á buques que les ofrecian mayor número de piezas de artillería y de mucho mas calibre: pero con la mayor celeridad de los suyos y una destreza en la navegacion, introducian el desórden en los contrarios, haciéndoles ocuparse al mismo tiempo en rechazar ataques por puntos muy distintos.

Con esta variedad de sucesos se puso por entonces término al combate. Ciertos ya los ingleses de que los españoles no intentaban hacer su desembarco en aquellas playas meridionales de la isla, se retiraron dejando á la armada española proseguir su rumbo, con el cual llegó á la altura del puerto de Calais, donde dió fondo. Desde allí envió segundo mensaje el duque de Medinasidonia al de Parma, encargándole le mandase ademas de municiones, víveres, de que estaban muy escasos. Le encargó ademas que le indicase un punto donde pudiera recoger su armada que no estaba en aquel estre-

cho muy segura, y ademas que le enviase cuarenta ó cincuenta de las embarcaciones que él habia hecho construir y á que daban el nombre de Filipotas, para contrarestar á los buques chicos que usaban los ingleses. Respondió el de Parma en cuanto á puerto, que no podia designar ninguno, debiendo en esta parte el de Medinasidonia aconsejarse con las circunstancias como mas informado que él del porte y número de sus navíos; que le enviaria los víveres y municiones que le eran necesarios; que nadie deseaba tanto como él embarcarse cuanto antes en la armada, y que lo ejecutaria inmediatamente que se le acercase y le quitase de delante el estorbo que le ponian las naves zelandesas y holandesas; que las barcas que él habia construido eran de transporte y solo para conducir sus tropas, y de ningun modo navíos de combate.

Solo aguardaba, en efecto, el duque de Parma el que la armada se le aproximase para emprender la expedicion con un ejército de cerca de treinta mil hombres que mandaba. Todos los tenia dispuestos y preparados en los puntos de la costa, desde Ostende hasta Dunkerque. Porque no cayesen en manos de los enemigos los barcos que habia hecho construir en Amberes, en lugar de hacerles descender el Escalda, los habia hecho subir hasta Gante, conduciéndolos despues por medio de canales hasta los puntos ya indicados. Todo estaba listo. Los hombres, los caballos, la artillería, los víveres, las municiones, las barcas. No se aguardaba mas que la última señal de embarco, contando siempre con la aproximacion de la armada, cuando á los oidos del de Parma llegó la noticia de un desastre.

Se hallaba la armada surta cerca del puerto de Calais, sin que el duque de Medinasidonia hubiese decidido el punto á que deberia conducirla para proteger la salida del de Parma, pues las naves zelandesas y holandesas le estaban obstruyendo el paso. No era fácil, en efecto, que aquella escuadra encontrase puertos de bastante fondo

para buques tan crecidos, ni pudiese dar caza á los que siendo de mucho menos porte se abrigaban tan fácilmente en cualquier costa. Se vió bien por experiencia, que si hubo gran cuidado en construir buques grandes que impusiesen por su aspecto formidable, no se tuvieron presentes ni los mares donde iban á guerrear ni la clase de los buques que deberian de tener al frente. Por las costas de Flandes y Holanda hormigueaban los buques de los estados atentos á impedir la salida del de Parma: por las de Inglaterra estaban en contínua vigilancia los ingleses. Se hallaba entre sus jefes, como ya sabemos, el famoso Drake, que tan formidable se habia hecho á los españoles, no solo por sus expediciones en nuestras posesiones de ultramar, sino por sus mismos desembarcos en varios puntos de la Península. Valiéndose éste de la obscuridad de la noche, salió en direccion de la armada con ocho buques viejos, embadurnados de brea y llenos de materias inflamables, á quienes puso fuego inmediatamente que los vió metidos dentro de la escuadra de los españoles. Se sorprendieron éstos con tan extraordinaria aparicion, y al daño material que hicieron los brulotes en los buques que se incendiaron, se siguió el desórden y la confusion que en todos se introdujo, levando algunos las anclas con precipitacion para huir del peligro, mientras otros participaron del incendio que quisieron apagar en los que ardian. Algunos que se habian hallado en el sitio de Amberes y sido testigos de los brulotes lanzados por la plaza, temieron una esplosion parecida á la antigua cuando se voló el puente construido por Farnesio, y con él mas de ochocientos de sus defensores. Con esta idea huyeron precipitadamente, mientras el general español, creyéndose atacado por la escuadra inglesa, no acertó á dar disposicion alguna que cortase los desórdenes de aquel conflicto. Este ataque no tuvo efecto, pues los ingleses trataron solo de esparcir la consternacion en los buques enemigos. No pocos de estos se incendiaron, algunos encallaron en la costa, otros fueron capturados,

habiéndose alejado demasiado del grueso de la armada.

No podia ser mas grave la situacion en que el duque de Medinasidonia se encontraba. Sin poder acercarse á las costas de Flandes, sin poder recibir las tropas de tierra detenidas por las naves holandesas, sin poder empeñar una batalla decisiva con la escuadra inglesa que solo queria empeñar escaramuzas, trató de dejar aquel fondeadero peligroso, y no queriendo internarse otra vez en el canal, tomó la resolucion de navegar hácia el norte y rodear, si era necesario, toda la isla de la Gran Bretaña. Algunos dicen que fué su primer proyecto retroceder por el canal. En los mismos momentos de zarpar ó cuando habia ya navegado algunas leguas, pues en esto no están conformes los historiadores, sobrevino una horrorosa tempestad que dispersó la armada, causando el naufragio de no pocos buques. Los que se salvaron del desastre continuaron su rumbo hácia el Norte por unos mares muy poco conocidos de la mayor parte de aquellos navegantes. A cada paso se iban perdiendo buques, unos que iban á pique por sus averías, otros cogidos por la escuadra inglesa que de cerca los seguia. Causa admiracion que no se aprovechase esta última de las grandes ventajas que le daban el conocimiento de aquellos mares y el estado de desórden con que navegaba nuestra armada. Sin duda hubo flojedad ó mala inteligencia entre sus diversos jefes, mas tambien se debe tomar en cuenta el atraso en que se hallaba todavía el arte de la navegacion tanto en unos como en otros. En cuanto á los nuestros, continuaron su rumbo del mejor modo que pudieron. Hubo mas pérdidas de buques al paso de las islas Orcadas en el Setentrion de Escocia. Continuaron las mismas pérdidas en las Hébridas, situadas en los mismos parajes mas hácia el poniente. Otros diez buques perecieron en las costas de Irlanda. Al fin, despues de mil desastres, llegó el duque de Medinasidonia á las costas de Cantabria con los restos, y estos destrozados, de una armada que pocos meses antes se habia presenta-

do como la señora de los mares. Desembarcó el duque en Santander; Oquendo en San Sebastian, y Juan Martinez de Recalde en la Coruña, donde se hallaban preparados veinte y cinco buques para reforzar la armada. Se dice que de los ciento treinta y cinco bajeles, no contando los de carga de que se componia, perecieron mas de la tercera parte, y que de los veinte y ocho ó veinte y nueve mil hombres se echaron menos cerca de doce mil, unos náufragos, otros cogidos prisioneros, otros muertos á manos de la enfermedad y de la miseria.

Tal fué el triste fin de una expedicion cuyos preparativos duraron tres años y costaron á Felipe II inmensas sumas. La fama que habia esparcido por el mundo la noticia de aquel armamento formidable, trasmitió ahora con no menos rapidez las calamidades y desastres que fueron su solo resultado. Es opinion vulgarmente recibida en España, que solo las tempestades fueron la causa de las desgracias y descalabros de la armada de Felipe. Mas el hecho es que antes de sobrevenir la tempestad, no habia conseguido ventaja alguna sobre la escuadra inglesa, habiendo experimentado al contrario algunas pérdidas: que por haber pensado mas en construir bajeles grandes que en el estado de las costas de Flandes, no pudieron tomar en ellos puerto alguno: que entre el duque de Parma y entre el de Medinasidonia mediaban los navíos zelandeses y holandeses experimentados en aquellas costas, y adaptados á sus fondos bajos: que se hizo imposible la comunicacion entre las fuerzas de una y otra parte, y que con los veinte y ocho mil hombres que se hallaban en la armada, hubiese sido gran temeridad hacer desembarcos en Inglaterra, tan bien preparada á recibir las tropas extranjeras. Aun con la reunion de las preparadas por Farnesio hubiese sido muy aventurado querer apoderarse á viva fuerza de un pais donde reinaba un espíritu nacional y un odio á la invasion española, capaces de oponer en todas partes medios de una invencible resistencia. Amaba la Inglaterra á su reina, y prescindiendo de mil motivos

de nacionalidad, mediaban los intereses de la religion protestante, á cuya ruina aspiraban abiertamente tanto Felipe II como los demas príncipes católicos que aplaudian su empresa.

El desastre fué muy grande y la defraudacion de las esperanzas, al parecer tan justamente concebidas, debió infundir sumo desaliento en los que de expedicion tan calamitosa regresaban. No podian echarse nada en cara por lo que toca al valor, á la resignacion y á la constancia que en aquellos conflictos desplegaron. Mas volvian á su pais rotos y destrozados, si no se les podia dar el nombre de vencidos. Estaba el duque de Medinasidonia abatido y receloso de presentarse ante la vista de Felipe; se hallaba ya cubierta la nacion con el luto por tantas pérdidas causadas; mientras el rey de España ignoraba todavía el resultado de la expedicion, los desastres de una armada que tanto dinero y tantos afanes le habia costado. Por fin, llegó un correo á la córte con fatales nuevas que el duque de Medinasidonia remitia. Nadie se atrevia á introducir el mensajero en el despacho del rey, hasta que se encargó de esta comision Cristóbal de Mora, uno de los de su cámara. Cuentan que estaba el rey á la sazon solo en su cuarto escribiendo cartas, una de sus ocupaciones favoritas. Recibió al mensajero con su seriedad acostumbrada, y despues de leer el fatal pliego que le circunstanciaba la derrota, aseguran que dijo: «doy gracias de corazon á la Divina Magestad, por cuya mano liberal me veo con bastantes medios todavía para sacar al mar otra armada, cuando lo considere necesario. No juzgo que importe mucho el que nos quiten la corriente del agua mientras permanezca salva la fuente que la producia.» Concluidas estas cortas razones volvió á coger la pluma y continuó escribiendo con aspecto y ademan de un hombre que acaba de recibir una noticia indiferente, dejando atónitos al cortesano y al correo. No se puede garantizar semejante anécdota forjándose tantas, sobre todo en semejantes casos. Mas todos convienen en que Felipe II,

recibió la noticia con su misma serenidad y templanza acostumbrada cuando le llegaban otras favorables; que no se mostró ni consternado, ni abatido, que mandó dar gracias á Dios por haber tenido la bondad de conservarle parte de la escuadra, y que mandó tomar disposiciones y distribuir cuantiosos donativos para la cura de los enfermos y heridos, premios á los que mas se habian distinguido, é indemnizaciones por los perjuicios padecidos. El duque de Medinasidonia, que tanto recelo tenia de presentarse delante del monarca, fué recibido sin ninguna demostracion de desagrado.

Se celebró en Inglaterra, como era natural, un desastre que de tan graves peligros la habia libertado. Se presentó la reina Isabel rodeada de su córte, de los principales personajes, de las cámaras del parlamento, en la catedral de San Pablo, á dar gracias á Dios por el triunfo y victoria de sus armas. Se manifestaron como en procesion de triunfo las banderas, cañones, armas y demas despojos cogidos á los enemigos, y con el mismo aparato fueron conducidos á la torre de Lóndres, donde todavía se conservan. Resonaron en Lóndres aclamaciones á la reina por tan feliz motivo, y con toda suerte de festejos públicos se celebró la derrota de los extranjeros que de una invasion al pais habian amenazado.

El año siguiente de 1589 se preparó una expedicion en Inglaterra contra Portugal, con objeto de restablecer en aquel reino á don Antonio Se comprometió la reina á suministrarle ciento y veinte navíos, con veinte mil hombres y tres mil marineros; obligándose don Antonio á ser reconocido en Portugal á los ocho dias de desembarcar, y que entonces pagaria á la reina por sus adelantos cinco millones de oro y trescientos mil escudos anualmente, quedándole á mas el derecho de aprontar armadas en Lisboa cuando lo juzgase necesario. Se nombró general de mar á Drake, y al coronel Norris jefe de las tropas de desembarco. Se aprontaron en efecto los veinte mil hombres; mas los buques fueron muchos menos,

siendo tambien escasos los víveres y las municiones. En el mar se encontraron con unos buques anseáticos que apresaron para tener este aumento de escuadra; mas si consiguieron así llevar su gente mas desahogada no adadquirieron nuevos víveres y municiones que les eran necesarios. No se arredraron, sin embargo, con este inconveniente, y siguieron impávidos su marcha. Iban destinados como hemos dicho á Portugal; mas habiendo sabido en el camino que se preparaba en la Coruña una expedicion contra Inglaterra ó tal vez con otro motivo, se acercaron á las costas de Galicia. Entraron sin obstáculo en la bahía de la Coruña, donde se hallaba á la sazon el almirante Recalde, y quemaron varios buques españoles. En seguida desembarcó la tropa en la costa inmediata, y despues de haber derrotado un cuerpo de tropas que les salieron al encuentro, pusieron sitio á la Coruña, donde se hallaban como unos setecientos hombres divididos en siete compañías. Sin grande dificultad tomaron por asalto la parte baja de la poblacion ó pescadería, que entraron á saqueo. En el ataque de la alta, que es la verdadera plaza, encontraron una fuerte resistencia, habiéndose puesto á la cabeza de las tropas su gobernador el marqués de Cerralvo, quien hizo jugar la artillería. Los vecinos tomaron parte en la defensa. Todavía recuerdan con satisfaccion los habitantes de aquel pais el nombre María Fernandez Pita, mujer esforzada que animaba á las otras con su ejemplo, y que mató con una pica á un alferez inglés que subia con una bandera en la mano cuando el primer asalto de los enemigos. Otros dos dieron en que se les rechazó con la misma valentía. Tambien recurrieron á la mina, y aunque la primera voladura fué de poco efecto, la llevaron mas adelante donde la esplosion echó abajo una especie de baluarte; mas los nuestros que estaban preparados para aquel estrago rechazaron el asalto, que los enemigos dieron formando tres columnas. Al mismo tiempo atacaron al castillo de San Anton donde no tuvieron mejor éxito. Vol-

vieron á asaltar escogiendo otro paraje mas dábil, y fueron igualmente desgraciados. Tambien adoptaron el expediente de poner fuego á la ciudad; mas los soldados y los habitantes todos, cuyo valor no puede encarecerse lo bastante, lograron apagarle. En fin, despues de 12 dias de sitio en que los sitiados se negaron á toda capitulacion, se retiraron los ingleses. Y despues de destruir y saquear cuanto se les vino á las manos, se embarcaron tomando el rumbo de Lisboa.

Mientras tanto sabedor el rey de la expedicion de los ingleses, habia dispuesto la formacion de un ejército cuyo mando se confió á don Fernando de Toledo, nombrándose maestre general á don Francisco Bobadilla. Se dió el cargo de la caballería á don Alfonso de Vargas, y se le mandó tomar inmediatamente el camino de Lisboa. Al mismo tiempo se ponian en estado de defensa las costas de Granada y Andalucía, y se armaban galeras para ir á reunirse con las de Lisboa.

Por su parte el archiduque Alberto, virey de Portugal, habia tomado sus medidas para recibir á los ingleses. Le auxiliaban el conde de Fuentes y el marqués de Portoalegre, reuniendo cuantas fuerzas se encontraron disponibles. Don Alonso de Vargas no habia llegado todavía; mas no faltó con qué guarnecer bien á Lisboa y ponerla al abrigo de un golpe de mano, que era lo esencial en aquellos críticos momentos.

Se reducia el problema de la expedicion de don Antonio á si se levantaria ó no el pais á su favor con la noticia de su desembarco.

A mediados de junio llegó á Peniche, cuya guarnicion abandonó la plaza, retirándose á Torres-Vedras. Los ingleses desembarcaron en seguida, y quedándose en este punto don Antonio con dos mil hombres se puso en marcha Norris al frente de diez mil, y llegó á Torres-Vedras, donde se entró sin dificultad, proclamando en seguida á don Antonio. Drake se situó cerca de Cascaes para entrarse por el Tajo cuando fuese necesario.

Avanzó Norris hácia Lisboa. El archiduque, determinado á resistirse, mandó quemar todos los almacenes fuera de muros, y se preparó dentro para sostener un sitio si fuese necesario. Trató de asegurar las personas que pasaban por mas adictas á don Antonio, mientras las que habian seguido la parcialidad del rey y los españoles residentes en Lisboa, temian la vuelta al poder, del prior que estaba á las puertas. Hubo en la capital momentos de mucha confusion, mas ningun pronunciamiento en favor del príncipe proscripto.

Siguió Norrís avanzando poco á poco, y entró en los arrabales de la capital, que puso á saco; para tomar á viva fuerza la ciudad no tenia medios, pues aquella guarnicion crecia y el archiduque preparaba activamente su defensa.

El pais estaba quieto. Ni las proclamas de don Antonio ni las cartas que escribió á sus numerosos partidarios producian el menor efecto. El duque de Braganza se presentó en Lisboa con cien infantes y cien caballos, poniéndose á disposicion del archiduque. Pocos dias despues llegó don Alonso de Vargas con su gente. Al mismo tiempo entró en la capital otro refuerzo de seiscientos hombres de Entre-Duero y Miño; de modo que el archiduque tenia ya medios de mandar hacer salidas. Asi se hizo en efecto por dos veces, mas sin fruto por una y otra parte al fin de una hora de refriega.

Viendo el coronel inglés que nadie en Lisboa se movia á favor de don Antonio, que el pais estaba quieto, y que seria inútil intentar un ataque á viva fuerza sobre una plaza dispuesta á resistirle, levantó sus reales y se movió camino de Cascaes, á donde llegó sin obstáculo, á pesar de que el conde de Fuentes trató de picar su retaguardia. Con Drake, surto en aquel puerto, concertó la vuelta de la expedicion á Inglaterra, y aunque don Antonio se oponia, fué preciso hacerlo asi, pues Drake no habia sido mas feliz por mar que el coronel en tierra. Por otra parte carecian de víveres, y los buques se hallaban

medio infestados; tan grande era el número de los enfermos. La expedicion levó anclas y tomó la vuelta de Inglaterra, á donde llegó poco mas de la mitad de los buques y la gente que con la vana esperanza de un gran botin se habia embarcado sin saber apenas el objeto de la empresa.

CAPITULO LXII.

Asuntos de los Paises-Bajos despues del descalabro de la armada.--Sitio de Berg-op-zoom.--Repulsa.--Siguen las operaciones con poca actividad.-Toma de varias plazas.--Entran los españoles en Rimberg y Gertruidemberg.--Recupera el príncipe Mauricio á Breda (1).

1588—1590.

Fué testigo el duque de Parma del descalabro de la armada española sin poder dar paso alguno en su socorro. Aguardando con sus tropas listas el momento favorable de pasarlas á su bordo, vió destruidos todos sus trabajos para aprestar un armamento que iba á producirle tanta gloria. A esta mortificacion tan natural en un hombre de su temple y sentimientos, se agregaba el disgusto de saber que se le atribuia una gran parte del malogro de la empresa. Decian sus émulos, que á presentarse prontamente con sus fuerzas de tierra á bordo de la armada, no se hubiese visto precisada á estar tantos dias delante del puerto de Calais, pudiéndose efectuar el desembarco en Inglaterra antes que sobreviniese la horrorosa tempestad. No dejó de fomentar estos rumores el mismo duque de Medinasidonia, sucediendo en esto como en tantos casos desgraciados, que cada uno achaca á cul-

---

(1) Las mismas autoridades que en todos los capítulos relativos á los Paises-Bajos.

pa ajena lo que ha sido efecto de la suya. Tenia en defensa el príncipe de Parma la simple consideracion de que era imposible verificar semejante traslacion á un hombre desprovisto de buques para contrarestar á los zelandeses y holandeses, que en las costas de Flandes hormigueaban, pues los barcos que él habia mandado construir no eran de combate y sí solo de trasporte para conducir sus tropas al abrigo de la escuadra. Era pues necesario que este se hubiese acercado á las costas para apoyar la salida del de Parma, aproximacion muy difícil, como ya hemos dicho, por lo crecido de sus buques, nada á propósito para costas de tan poco fondo. La falta estaba pues en los que habian preparado aquella escuadra sin arreglar la dimension de los navíos á los mares en que tenian que presentarse; no en el de Parma, que debia de confiar naturalmente en su posibilidad de salir al abrigo de las naves. Pero como en estas disputas y controversias no reina jamás la buena fé, natural era que sin dar á todas estas razones el suficiente peso, circulasen en España, en Italia y otras naciones extranjeras rumores poco favorables á la buena fama de Alejandro. Que mediasen en eso deseos de malquistarle con el rey, tanto en las personas de su córte como en otras de mas alta clase, es muy probable teniendo en consideracion los triunfos obtenidos por el duque en los Paises-Bajos. Ni á los estados, ni á la reina de Inglaterra, ni á los demas enemigos de Felipe II, convenia la presencia en Flandes de una persona cuya capacidad militar les habia sido tan funesta. Que empleasen cuantos medios fuesen posibles para romper la buena inteligencia en que estaba con el rey, debe presumirse fácilmente: que la reina Isabel no fuese la menos activa en propalar estos rumores, parece natural en una princesa astuta á quien el duque de Parma hacia tanta sombra. Algunos dicen que se llegó hasta tentar su fidelidad con la perspectiva de mas grandes ventajas si se apartaba de la obediencia de Felipe, y que Farnesio recibió estas insinuaciones ó consejos con las

muestras del mas sentido enojo. El hecho es que en nada se alteró su buena inteligencia con el rey, como lo demuestra toda su conducta sucesiva, y que despues de frustrados sus designios de pasar á Inglaterra, se aplicó á continuar la guerra en el pais con su actividad acostumbrada.

La reunion de tantas fuerzas para dicho desembarco sobre aquel pais le podia ser útil, á lo menos, para acabar de reducir á la obediencia del rey todas las provincias disidentes. No era sin duda despreciable el número de cuarenta mil hombres de guerra, cuando Alejandro llevaba ya reducidas las meridionales, que eran sin duda las mas ricas. Mas la fuerza de los ejércitos de entonces no podia ser permanente por lo mucho que costaba. Se las reunia en las grandes necesidades: se licenciaban cuando habian pasado los motivos. Así sucedió sin duda con las de Alejandro, pues de otra manera hubiese continuado la guerra con mas viveza y mas ventajosos resultados para el rey de España. Por otra parte se hallaban los estados cada vez mas animosos con los reveses que acababa de padecer su antiguo soberano. Habian aprovechado el respiro que les habia dado Farnesio allegando nuevas fuerzas de tierra y mar, aumentando las fortificaciones de las plazas, y creándose nuevas riquezas debidas á la navegacion y á la industria. A la cabeza del pais continuaba el príncipe Mauricio, tan hábil en las artes del gobierno y mas hombre de guerra que su padre. Aunque no podia llamarse rival de Farnesio, se mostraba un digno competidor suyo, cuyo genio le ponia muchas veces en apuro.

Con estos preliminares pasaremos al simple relato de la continuacion de aquella guerra. Habia pasado ya lo principal de la buena estacion del año 1588, y no podia por lo mismo ser muy larga la campaña.

Dividió el duque de Parma su ejército en tres trozos. Puso el uno al mando del conde Ernesto de Mansfeld, con órden de situarse en la provincia de Güeldres; en-

vió el segundo al electorado de Colonia, donde el arzobispo Ernesto acababa de perder á Bonna, mientras el mismo duque á la cabeza del tercero pasó á poner sitio á la plaza de Berg-op-zoom, que acababa de ser tomada por los estados, y donde se hallaba de gobernador el coronel Norrís con un cuerpo considerable de ingleses.

Está la plaza situada sobre el rio Zoom, que desemboca en el Escalda, mucho mas abajo de Amberes. Como todas las de aquel pais está rodeada de terrenos pantanosos, fáciles de inundar por medio de canales. A las inmediaciones se halla la isla de Tolem, una de las muchas que forman los diversos brazos de aquel rio caudaloso. Es Berg-op-zoom la última plaza de Brabante por aquella parte, y la única de la provincia que no estaba sujeta á la obediencia de las armas españolas. Trató Alejandro de comenzar la expugnacion de la plaza con la de Tolem, y con este objeto mandó al marqués de Renti con sus valones. Marchó en efecto este jefe, mas tuvo que desistir de la empresa por lo inaccesible de la isla y la resistencia que pusieron al desembarque la guarnicion de un castillo fuerte que la defendia. Desesperanzado el de Parma de su posesion, aplicó todas sus fuerzas á la toma de la plaza.

Para llegar á sus murallas necesitaban los españoles apoderarse de un castillo fuerte que tenian por delante y que les servia de baluarte. Se hallaba guarnecido este castillo por ingleses como el cuerpo de la plaza. En él tenia inteligencias Alejandro por medio de algunos españoles. Sea porque asi lo deseasen ó por ficcion y obrando de órden de sus superiores, les propusieron algunos soldados ingleses el abrir las puertas del castillo á las tropas de Alejandro. Hubo mensajes de una y otra parte, y el duque de Parma dió garantías de cuantiosas recompensas por el rey, á tener ejecucion lo prometido. En medio de estas negociaciones tuvo avisos el gobernador inglés de cuanto se tramaba, y para adormecer mejor á los españoles y cogerlos en un lazo hizo que el plan

pasase adelante, sirviéndose de los mismos instrumentos que ahora trabajaban por su propia cuenta. Cuando á los españoles se hizo ver que la cosa estaba ya arreglada, se presentó uno de los supuestos conjurados en su campo cerrada ya la noche, y les manifestó que dentro de una hora á una seña convenida se les abririan las puertas de la plaza. Se destacaron treinta hombres para que acompañados del falso espía se acercasen sigilosamente á las puertas del castillo. A poca distancia de este cuerpo de descubridores se puso en movimiento el tercio de Sancho de Leyva para echarse rápidamente sobre la puerta al instante que la abriesen. Con esta confianza marchaban las tropas sin que les arredrase la oscuridad ni el tener que atravesar terrenos pantanosos.

Al llegar á la puerta del castillo los descubridores, se les escapó el guia envuelto en la oscuridad sin que pudiesen dar con su persona. Era ya demasiado tarde para reparar su error, pues ya conocieron que los habia vendido aquel falso confidente. Habia en efecto acudido la guarnicion del castillo á las murallas correspondientes á la puerta y comenzaron á hacer fuego sobre los treinta hombres, dejándolos atónitos, sin medio de huir ó repararse. El tercio que seguia las huellas, en lugar de retroceder como las circunstancias se lo aconsejaban, avanzó con precipitacion en auxilio de la vanguardia, sin sospechar todavía la traicion de que era víctima. Recibieron asi los tiros de los arcabuces y las baterías, sin poder utilizar los suyos, pues los enemigos estaban á cubierto. Tuvieron al fin que retroceder despues de una pérdida muy considerable entre heridos y muertos. En cuanto al duque de Parma. viéndose burlado por los falsos confidentes, sin esperanza ya de hacerse dueño á viva fuerza del castillo, se vió obligado á retirarse de la plaza, mas no sin hacer construir antes algunos fuertes en los alrededores, para que le sirviesen de apoyo cuando volviese á otro sitio, y tener encerradas á las tropas que la guarnecian.

Mas feliz fué la division que á las órdenes del conde de Chimay envió el duque al territorio de Colonia. Se habia apoderado de la plaza de Bonna el general Schenken de la parcialidad de Truschen, y el elector Ernesto, sin medios de recuperarla, habia remitido al expediente de ajustar con Schenken una tregua. Como esto no era lo que convenia al duque de Parma, por la proximidad de los enemigos á los Paises-Bajos, envió de concierto con el elector las tropas referidas, donde ademas del conde de Chimay, se contaba al italiano Capisucci y al español Pedro de Tasis. Se presentó el cuerpo expedicionario al frente de la plaza de Bonna situada á la izquierda del Rin, con algunos castillos que la defienden por la orilla opuesta. Era la opinion de Tasis que se empezase por aquí el ataque; la de Chimay, que se acometiese desde luego el cuerpo de la plaza. Prevaleció este dictámen y se comenzaron las obras de sitio. Murió en el reconocimiento de una de ellas Tasis, capitan de grande mérito y distinguidos servicios, y como fué reemplazado por Francisco Verdugo, opinó éste á su llegada al campo, por lo mismo que habia aconsejado su antecesor, á saber, que comenzasen los ataques por las obras exteriores. Del mismo parecer fue Espinelli, maestre de campo en las tropas italianas. Accedió al proyecto el general; se procedió al asalto por aquella parte; mas acometieron las tropas tan desordenadamente, que tuvieron que retirarse con notable pérdida. En vista de lo inútil de estas embestidas, procedió Chimay con órden mas metódico; continuó las obras de sitio, recurrió al medio de las minas y con su auxilio llegó á derribar el baluarte principal que avanzaba hácia el campo en forma de martillo. A pesar de ser este la principal defensa de la plaza, no daban los defensores muestras de rendirse. El gobernador Schenken se hallaba fuera cuando empezó el sitio, mas esta misma circunstancia aumentaba el ánimo de los sitiados, que aguardaban á cada momento su llegada con refuerzo de hombres y de víveres. Tal era en efecto el designio del general aleman; mas le fué im-

posible penetrar por las líneas de los sitiadores. Para divertir la atencion del conde de Chimay, amagó embestir la plaza de Nuiss, contando con que el español enviase algunas fuerzas en su socorro y le ofreciese mas facilidad de entrar en Bonna; mas aquel, sin pensar en moverse, solo se aplicó á estrechar mas y mas el sitio de esta plaza. Se vieron los de adentro en los últimos apuros, sin víveres, sin mnniciones, con la brecha abierta. En esta situacion, no atreviéndose á correr los azares de un asalto, pidieron capitulacion y la obtuvieron, permitiéndose libre salida á la guarnicion con sus equipajes, mas sin ningunos honores de la guerra.

Libertado ya de enemigos, encargó el duque de Parma al conde de Mansfeld el sitio de la plaza de Wachtendonck situada en el litoral de la provincia de Holanda, fuerte por su construccion y mucho mas por el terreno pantanoso donde está situada. Se presentaba por lo mismo la empresa muy dificultosa, y no faltaron quienes quisieron disuadir á Mansfeld de acometerla; mas no le hicieron inpresion, y con toda confianza se presentó delante de sus muros. Para remediar los inconvenientes del terreno mandó construir algunos fuertes, por medio de los que facilitaba las comunicaciones entre sus cuarteles. Mas los aproches de la plaza ofrecian muchísimas dificultades por la imposibilidad de abrir brechas en un terreno tan fangoso. A todos estos inconvenientes, buscó remedio el conde de Mansfeld, y los trabajos del sitio avanzaban sin cesar aunque lentamente. A pesar de que era mucha la actividad del general español y grande su teson en llevar á término la empresa, es dudoso que llegase á conquistar la plaza sin el auxilio de las bombas que acababan de inventarse y se ensayaron por primera vez en este sitio. Hicieron desde luego tan formidables proyectiles su efecto natural, derribando edificios, incendiando barrios enteros, y sobre todo sobrecogiendo de espanto y terror al vecindario. Se pedia á voces la capitulacion con un enemigo que los amenazaba de una ruina inevitable. Mas el gobernador

Lantier se mostró sordo á tantos gritos, en sus apuros y desesperacion dispuso una salida á cuya cabeza se puso él mismo, trabando con el enemigo una pelea dentro de los fosos. Fué terrible el choque, mas tuvieron los sitiados que ceder al mayor número, habiendo quedado el gobernador muy mal herido. Con esto se aumentó el pavor del vecindario, y no siendo ya un obstáculo la resistencia de aquel jefe, se ajustó la capitulacion con Mansfeld, casi en los mismos términos que la de Bonna, saliendo la guarnicion con equipajes y sin armas.

A la pérdida de Wachtendonck por los Estados, se siguió la de Gertruidemberg, plaza de la Holanda guarnecida á la sazon con tropa inglesa. De la poca armonía que reinaba entre estos auxiliares y los confederados, no podian menos de seguirse infidencias y traiciones. Por otra parte escaseaban las pagas como siempre, y los ingleses se quejaban altamente de lo mal recompensados y atendidos que se hallaban sus servicios. Reinaba mal espíritu en las tropas que guarnecian la plaza ya citada, de lo que noticioso el conde Lanzavechia, gobernador de Breda, plaza muy vecina á la Gertruidemberg, intrigó con el de esta y los principales de la guarnicion para que pasasen al servicio del duque de Parma quien recompensaria sus servicios con la liberalidad generosa á que estaba acostumbrado. Enviaron en efecto los ingleses comisionados á Alejandro, brindándole con la entrega de la plaza, cuyas proposiciones acogió el duque con muestras de cordialidad, ofreciendo recompensas por tan gran servicio. Para aprovecharse de la promesa se puso en marcha, camino de Gertruidemberg, con un cuerpo de tropas escogidas, y fué tan á tiempo esta medida, cuanto que el príncipe Mauricio, sabedor de lo que en aquella plaza se tramaba, se movia por su parte para entrar en ella antes que ocurriese esta desgracia. Noticioso Mauricio que se acercaba el duque de Parma con fuerzas superiores, tuvo que retroceder y renunciar á su designio. Los ingleses, constantes en el suyo, se pronunciaron por el duque de Par-

ma, y le abrieron sin resistencia las puertas de la plaza. Recompensó Alejandro con liberalidad esta traicion, y dejó por gobernador en Gertruidemberg al mismo Lanzavechia, conservándole en el mando que tenia ya de la de Breda.

En abril del mismo año (1589), se marchó Alejandro á los baños de Spá, por el mal estado de su salud, dejando en su ausencia al conde de Mansfeld con el mando del ejército. No era este jefe querido sobre todo de los españoles, que le tenian por poco afecto á los de su nacion y por sobrado duro. Comenzaban á resentirse estas tropas de los vicios de insubordinacion y disciplina que se introducen con una guerra dilatada, en que por precision hay que soltar tantas veces el freno á la licencia. No siendo ya muy activas las operaciones, se abandonaban á todas las disipaciones que lleva tras de sí la ociosidad y la profesion misma de las armas, en que los hombres son mas sedientos de placeres por lo mismo que experimentan mas duras privaciones. Se sintió en los campamentos y las guarniciones la falta de Alejandro, á quien temian tanto cuanto amaban, cuya severidad sabia desplegar tan frecuentemente como su munificencia. Comenzaron los disgustos, las murmuraciones, la desaprobacion casi pública dela conducta de Mansfeld, á quien faltaba mucho de la popularidad que tanto distinguia al general en jefe. Segun las instrucciones que éste le habia dado, no fué remiso en continuar las operaciones militares. Se apoderó de la plaza de Heel, situada junto al Rin, y de la isla de Bommel sobre el mismo. Procedió en seguida á la operacion de fortificar este último punto para que le sirviese de base de sus operaciones sobre Holanda, cuando un tercio de infantería española, llamado el tercio viejo mandado por Sancho de Leiva, comenzó á dar síntomas de abierto descontento, propasándose á murmuraciones públicas contra Mansfeld, objeto de su grande antipatía.

De las palabras pasaron á los hechos, prorumpiendo una noche en abierta sedicion y dirigiéndose formados á

la plaza de armas. Se esparció la alarma en todo el campo, atribuyéndose el alboroto á una acometida de los enemigos; mas tardó poco en saberse la verdadera causa, al oirse claramente los gritos sediciosos pronunciados contra el jefe. Por fortuna no estaban los demas españoles en los mismos sentimientos. Pronto se armaron otros dos tercios al mando de Manrique y Bobadilla, que acudieron á refrenar la insolencia de los sublevados. Viéndose estos acometidos por los que creian ser sus auxiliares tuvieron que reducirse al silencio, y la sedicion se disipó tranquilamente, volviéndose los amotinados á sus alojamientos en medio de las tinieblas de la noche. Envió Mansfeld al duque de Parma una relacion de lo ocurrido con sumaria informacion del hecho. Pareció muy grave el asunto al general en jefe, y mandó que siguiesen adelante las averiguaciones, resuelto á castigar como lo tenia de costumbre, todo atentado contra la obediencia y disciplina. A pesar de que el tercio culpable era de los mas aventajados en la guerra, y en quien tenia puesta gran confianza, dió las órdenes de que pasase á Namur y de aquí á Thiel, donde era su intencion el desarmarle. En vano le hicieron ver algunos de los jefes principales los inconvenientes de deshacerse de un cuerpo tan valiente, y que por sus muchos años de servicio se le daba la denominacion de tercio viejo. Respondió Alejandro que no habia servicios por distinguidos que fuesen, bastantes á borrar la mancha de la insubordinacion é indisciplina, y que valia mas un tercio menos aunque esforzado, que tolerar faltas que podian arrastrar consigo la ruina del ejército. Sus órdenes se llevaron, pues, á efecto. Habiendo llegado el tercio á Thiel, se le mandó formar, mientras hacian la misma operacion un regimiento de caballos alemanes, y dos tercios de infantería española que rodearon los culpables. Se leyó despues en alta voz el bando ú órden del duque de Parma, de que el tercio de Sancho de Leiva habia dejado de existir por su delito de indisciplina, y en seguida se procedió á la separacion de sus

compañías y despojos de las armas. Prorumpieron aquellos veteranos en quejas y hasta llanto, enseñando unos sus canas, otros desabrochándose el pecho para que viesen mejor sus cicatrices, quiénes abriendo su boca para manifestar que se les habian caido los dientes en servicio de España. Mas no era el designio de Alejandro deshacerse de soldados tan valientes, pues luego que se cumplió el acto de justicia, dispersó las compañías en los otros tercios, formando uno nuevo con las que sobraban en virtud de este arreglo. A los oficiales que no habian tenido parte en el alboroto, conservó en su gracia, y el maestre de campo Sancho Leiva, soldado valiente y experimentado, quedó á las inmediaciones de su persona, para que le sirviese de consejo ú otro modo que le conviniese.

Sucedió este desarme del tercio de Sancho de Leiva á principios de 1590, tres meses despues del regreso de los baños. En aquel intervalo habian tenido lugar algunos acontecimientos militares de escasa importancia y que no mencionamos por lo mismo. Ninguno de los generales en jefe se mostraba muy activo; el de Parma, sin duda por falta de fuerza; el príncipe Mauricio, tal vez por lo mismo y la necesidad de atender á los negocios que la nueva organizacion del pais originaba. Era la índole de aquella guerra caminar lentamente, como arrastrándose sin que jamás se diese alguno de aquellos golpes que por su importancia deciden la contienda. Ya llevaba la de los Paises-Bajos mas de veinte y dos años de duracion con innumerables sitios y combates, y en este teatro habian combatido los principales capitanes de aquel siglo y las tropas de casi todas las naciones de Europa. Habia reducido Alejandro á la obediencia del rey todas las provincias meridionales, incluso el Brabante; conservaba las de Güeldres y la Frisia, mientras las de Holanda parecian arrancadas para siempre al dominio de los españoles. Para continuar sucintamente nuestra relacion diremos que no habiéndose concluido del todo por aquel tiempo la guerra

de Colonia, por permanecer todavía la plaza de Rimberg en poder de los de la parcialidad de Truscher, se movió por disposicion de Alejandro el marqués de Barambon para ponerle sitio. Comenzó éste por la expugnacion y toma de la torre de Bieck, pasó despues al sitio de la plaza de Bliembeck, y despues de apoderado de ella emprendió el de Rimberg, objeto principal del movimiento. Opuso la plaza una séria resistencia. Acudió á su refuerzo el famoso Schencken, y aunque fué derrotado en el primer encuentro, volvió de nuevo y tuvo su desquite, mas sin lograr por eso que levantasen el sitio de la plaza, que tuvo que rendirse al fin abandonada á sus recursos. Con la toma de Rimberg, concluyó la guerra de Colonia, y la parcialidad de Truschen quedó destruida para siempre.

Por aquel tiempo hizo un movimiento Schencken sobre la plaza de Nimega, situada á las márgenes del Vaal, y pensando tomarla de sorpresa, llevó una noche sus tropas por agua desde el fuerte de Schencken, que se halla á pocas leguas de distancia. Llegó la expedicion á los mismos muros de la plaza, cubierta con la oscuridad, y cuando esperaba entrar sin ser sentida, se oyeron voces de alarma que pusieron la guarnicion en movimiento. Acometidos los de Schencken, no pensaron mas que en la retirada y en la fuga, volviéndose á sus barcos; algunos zozobraron y encallaron con la pérdida de mucha gente. Fué uno de los ahogados el mismo Shencken, jefe valiente y de capacidad, enemigo muy temible de los españoles á quienes habia servido.

Por el mismo tiempo ocurrió la toma de la importante plaza de Breda por el príncipe Mauricio, siempre ansioso por el recobro de una ciudad que era de su propio patrimonio. Ya hemos visto que su gobernador Lanzavechia habia pasado á serlo tambien de Gertruidemberg recien caida en manos de los españoles. Tal vez á esta disposicion poco acertada se debió la pérdida de Breda. Residiendo Lanzavechia en la primera de estas plazas, confió

interinamente el mando de la última á un hijo suyo, hombre de pocos años y menos experiencia. Fiado en su poca vigilancia y precaucion apeló el príncipe de Orange á la estratagema de introducir en la plaza como unos cien hombres armados en el fondo de una barca cubiertos con un tablado que no se dejaba ver, aparentando la barca estar cargada con tierra combustible. Asi entraron en Breda sin ser objeto de sospecha. Cuando llegó la noche, salieron los soldados escondidos, y haciendo las señales en que estaban de inteligencia con parte de la guarnicion, se apoderaron de las puertas de la plaza y las abrieron á las tropas del príncipe Mauricio, que no estaban lejos. Fué muy sensible este golpe para el duque de Parma, y aunque envió fuerzas considerables en recobro de la plaza, tuvo que emplearlas en el refuerzo de la guarnicion de Nimega, que estaba sériamente amenazada.

Cuando se hallaba Alejandro en vísperas de dar nuevo impulso á las operaciones de esta guerra recibió órdenes del rey para dejar por entonces los Paises-Bajos y trasladarse á Francia, donde Felipe II creyó mas necesaria su presencia. Veamos cuáles eran sus motivos para acudir con sus armas á los apuros de un reino extraño, dejando desatendidos los negocios propios.

CAPITULO LXIII.

Asuntos de Francia.--Resultados de las jornadas de las barricadas.--El rey en Chartres.--Agitacion en París.--Progreso de la liga.--Convocacion de los Estados generales en Blois.--Estado de los partidos.--Se abren los Estados.--Aspecto de la asamblea.--El rey.--El duque de Guisa.--Asesinato de éste y de su hermano el cardenal (1).

1588.

La jornada de las barricadas de que hemos dado cuenta en el capítulo LIX, fué un suceso de importancia en un pais, teatro ya de acontecimientos tan particulares. Se veia un rey echado en cierto modo de su capital por súbditos que cedian á voz mas poderosa que la suya. Se veia un pueblo en su inmensa muchedumbre alzado contra su rey por el único motivo de no ser éste tan sincero, tan ardiente católico como ellos mismos. Libre su suelo de este rey de quien se emancipaba, separado de su obediencia, aunque diciéndose todavía su súbdito, natural era que pensase París en organizarse y hacerse fuerte cual las circunstancias requerian. No se descuidó, en efecto, en reforzar el sistema municipal, en dar nuevos poderes á sus magistrados que hasta entonces habian merecido tanto su confianza. Se dividió la capital en distritos municipales y al mismo tiempo en militares, cuyos jefes tenian bajo su disposicion toda la gente armada para conservar la tranquilidad y el órden público. A todos se asignaron los puestos donde debian presentarse en caso de alarma, y no se omitieron precauciones para estar seguros de la lealtad de cuantos cuidaban de las puertas.

(1) Las mismas autoridades que en el capítulo LIX y demas relativo á los asuntos de Francia.

Al mismo tiempo que se adoptaban tantas providencias para obtener una buena organizacion municipal, no se descuidaban los directores de la muchedumbre en tener siempre despierto su entusiasmo religioso, y atizar más y mas el ódio que las animaba contra los enemigos de la fé católica. Se hallaba París, como siempre, en correspondencia con las principales ciudades del reino, donde se contaban mas afiliados en la santa liga, y se puede decir que nunca como en aquellos encuentros se mostró tan vasta asociacion mas animosa, mas exigente, más implacable contra sus antagonistas, entre los que contaba por una parte al partido protestante, y por otra á los del partido medio conciliador, á quien por mal nombre designaban, como sabemos, con el epíteto de político.

Mientras en París y en las principales ciudades de la liga fermentaban tan ardientes sentimientos, permanecia el rey inactivo en Chartres, á donde se habia refugiado desde las jornadas de las barricadas, indeciso aún sobre el partido que debia tomar en una posicion tan nueva y crítica. Echado en cierto modo de París, parecian ya rotos los lazos que le unian, no solo con aquella capital, sino con el vasto partido que sus sentimientos adoptaba. No le quedaba pues á Enrique III otro recurso que echarse en los brazos del partido político, y lo que era peor del hugonote, renunciar á todos sus compromisos con la santa liga y declararse enemigo abierto de sus súbditos católicos, es decir, de los que de católicos celosos y ardientes se preciaban. El partido era extremo y el recurso sobrado peligroso, mas no restaba otro á Enrique III, quien pagaba bien cara la falta de energía y su ceguedad en dejar que se eclipsase su poder por el de un súbdito.

Mas las cosas no llegaron á este extremo. Por todas partes, despues de pasados los primeros instantes de calor, se vió abierto un abismo para los que no tratasen de escuchar la voz de la prudencia. Corria á un abismo

efectivamente el rey, y arriesgaba á lo menos su corona uniéndose con el partido hugonote contra los liguistas que se hallaban en tan inmensa mayoría. Arriesgaban mucho por su parte estos últimos, emancipándose para siempre del rey, que todavía tenia tantos medios por sus alianzas con el gran partido protestante, de envolverlos en mil dificultades. Por fortuna no descansaban los individuos del partido medio en hacer entrar á unos y otros por las vias de negociacion, y la reina madre, tan vigilante á todas horas, no era la menos inactiva en llevar adelante una obra de reconciliacion que á todos parecia indispensable. Comenzaron los de París á sentir deseos de una reconciliacion con el rey y mostrarse en cierto modo pesarosos de su anterior conducta; y no porque cesasen un punto de sus pretensiones, no porque se mostrasen enemigos implacables de sus antagonistas, sino porque temieron que el rey se les fuese y se echase en brazos del partido opuesto. Dió impulsos la reina Catalina á estos nuevos sentimientos. Habiéndose vuelto á París, de donde habia salido con el rey, tuvo mas medios de estudiar el terreno, de sondear los ánimos, de poner en juego todos los resortes de la intriga, que eran en cierto modo su elemento. Por sus insinuaciones escribió la municipalidad de París una carta al rey, mostrándose pesarosa de lo que habia acontecido, haciendo protestaciones de su adhesion no interrumpida hácia el monarca, declarando que jamás hubiese dado un paso atentatorio de su autoridad á no tener justos temores de que se introdujesen en París tropas extranjeras que los despojasen de sus privilegios municipales, y lo que es mas, que obrasen en sentido contrario á los intereses de la religion católica; que no dudaban nunca de los sentimientos que el rey abrigaba en esta parte, mas que se desconfiaba mucho de la buena fé de los mas de sus principales favoritos, que sin duda le daban consejos perniciosos en contra de los compromisos que habia contraido como jefe de la liga; que nada, en fin, deseaban tanto como ver pronto alla-

nadas cuantas dificultades se oponian á que voviesen unos y otros á una buena inteligencia.

Si el rey no dió á esta carta una respuesta del todo satisfactoria, tampoco fué en tér minos que pudiesen cerrar la via de las negociaciones. Animada con esto Catalina, se puso en marcha para Chartres, resuelta á treabajar de nuevo y con toda actividad para que se llevase á efecto cuanto antes una reconciliacion tan deseada. Los intereses de Catalina no la separaban entonces mucho de los de la misma liga. Con tal que se conservase la corona en las sienes de su hijo y ella misma en la influencia que desde tantos años ejercia, extinguiéndose en su persona la raza de Valois por falta de hijos é imposibilidad de tenerlos, poco le importaba que pasase la sucesion á la casa de Guisa quedando excluido el de Navarra. El partido católico le parecia el mas fuerte, y al fin era católica tambien, aunque no muy ardiente ni fanática. Si el duque de Guisa se contentaba con ser el sucesor sin tratar de un destronamiento á viva fuerza, no le causaba repugnancia unirse á dicho personaje, con tal que éste no se propasase á ser mas que el primero de los súbditos. Con esta idea, pues, hizo cuanto pudo por recabar del rey no diese una repulsa á los de París, que le brindaban con su obediencia, sin exigirle mas condiciones que la renovacion de las que habia aceptado en sus primeros compromisos.

No le fué difícil á Catalina mover en su sentido el ánimo del rey, aunque se mostraba irritado por los procederes de los parisienses. No tenia este príncipe, en efecto, ninguna propension al partido calvinista, de cuyos sentimientos religiosos no participaba. Fiel siempre á sus antecedentes, y no hipócrita aún en sus mismas demostraciones de católico celoso, se acordaba de que habia estado siempre en guerra con los hugonotes, y de que en las matanzas de San Bartolomé habia sido uno de los actores principales. Moderó, pues, poco á poco el tono de su resentimiento, á las insinuaciones de la reina madre;

recibió aún sin muestras de abierto desagrado al mismo duque de Guisa, que se atrevió á presentarse en Chartres delante del rey, cuyo poder habia arrostrado; tan débil era Enrique III en las principales circunstancias de su vida pública. Así cuando llegaron los miembros del Parlamento de París que venian á implorar en nombre del pueblo lo que llamaba su perdon, mas siempre bajo condiciones, dió el rey atento oido á cuanto los magistrados le expusieron. Por resultado de todo, despues de varias conferencias cuyos pormenores no son del caso, firmó Enrique III, revestido del gran sello, una especie de carta, en la que renovaba el juramento que habia hecho á su consagracion de vivir en la religion católica, apostólica y romana, de promover su conservacion y adelantamiento, de emplear de buena fé todas sus fuerzas y medios, sin perdonar su propia vida, para estirpar de su reino todos los cismas y heregías condenados por los santos concilios, sobre todo el de Trento, sin hacer nunca paz ni tregua con los hereges, ni expedir edicto alguno en favor suyo. Mandaba el rey en este documento á todos sus súbditos, príncipes y señores de cualquiera condicion que fuesen, se juntasen con él en esta causa, é hiciesen igual juramento de emplear hasta su propia vida en el exterminio de dichos hereges. Juraba y prometia no favorecerlos nunca, y mandaba al mismo tiempo á sus súbditos jurasen y prometiesen desde entonces para siempre, que cuando Dios quisiese disponer de su vida, sin darle sucesion, no prestasen obediencia á príncipe cualquiera que fuese herege ó fautor de la heregía. Prometia el rey igualmente no nombrar para empleos militares y cargos de judicatura ó de hacienda mas que á personas católicas que hiciesen profesion notoria de la religion apostólica y romana, prestándose todos juramento mútuo de defenderse contra las violencias de los hugonotes y sus adherentes.

Tales eran los términos sobre poco mas ó menos de la carta otorgada por el rey en favor de súbditos que ha-

cia pocos dias habian desconocido su autoridad hasta el punto de echarle de los muros de la capital. Y era la tercera vez que Enrique III hacia profesion de fé delante de los que estaban obstinados en hacerle pasar por mal católico. Ademas de esta carta que corrió como documento público, se comprometió el rey en secreto á echar de su lado al duque de Epernon, que pasaba por su privado, y á nombrar al duque de Guisa teniente general del reino, paso inmenso que aseguraba la omnipotencia de la liga y sancionaba todas las pretensiones del que tantas veces habia tomado las apariencias de rebelde. Mas solo asi hubiese salido Enrique III de un mal paso á que le habian llevado su falta de tino y sobre todo su indolencia.

Quedó la santa liga triunfante, si el rey no poco humillado con la nueva carta. Cogió por entonces el duque de Guisa el fruto de tantos años de intrigas y trabajos; y si Catalina era demasiado sagaz para estar del todo satisfecha, se dió por bien servida en haber llevado las cosas á aquel término. Felipe II, á quien el duque de Guisa dió parte del estado de las cosas como hombre contento del buen semblante que tomaban sus negocios, no se mostró tan satisfecho como el príncipe. Vió sin duda este monarca tan sagaz y previsor, un lazo encubierto en la conducta de Enrique III; y tan lejos estuvo de creer en la sinceridad de sus palabras, que en las cartas á su embajador hizo sérias advertencias sobre lo precavidos que debian de andar de las intrigas de los favoritos del monarca, encargando mucho al duque de Guisa que no se durmiese, ni se fiase de las caricias de la córte. Veia Felipe II desde el fondo del Escorial lo que pasaba en el palacio de Enrique III, mejor que sus mismos cortesanos.

La nueva reconciliacion de Enrique III con los jefes de la liga causó celos, disgustos y murmuraciones en los del partido político, y muchos mas en el bando protestante. Mil folletos, satíricos los unos, los otros en tono de sermon, los mas con nombres anónimos y títulos originales carac-

terísticos de la época, circularon con profusion, manifestando evidentemente el choque en que se hallaban las ideas, las pasiones y los intereses. Ningun partido se mostraba indulgente con su antagonista, empleando cuantos términos podia sujerir el espíritu de la mordacidad licenciosa, tan comun en aquel tiempo. Políticos contra liguistas, liguistas contra católicos y calvinistas, calvinistas contra los que habian jurado su exterminio, era un tiroteo á quema-ropa que cruzaba en todas direcciones. No era á la persona del rey á quien se encaminaban menos golpes, y verdaderamente era la que contaba en todos los partidos con menos simpatías.

Habia sido uno de los artículos del último acto de union la convocacion de los Estados generales, y de cuya asamblea quedaban excluidos los calvinistas segun las últimas estipulaciones entre el rey y los jefes de la liga. Era la mente de estos últimos sancionar sus actos, sus principios de esclusivismo católico por los órganos de toda la nacion, pues contaban con tener mayoría en las elecciones que con este motivo iban á verificarse. En este sentido trabajaron sin cesar, distinguiéndose entre todos el duque de Guisa, cuya poderosa influencia se estendia á todos los ángulos del reino. Correspondieron los resultados á medidas tan activas. Los diputados del tercer estado eran liguistas celosos por la mayor parte. En sus filas estaba alistado casi todo el alto clero: la nobleza, á cuyo frente figuraban los príncipes de la casa de Lorena, les era adicta por la mayor parte. Los Estados generales iban á ser la misma liga, manifestando al público de un modo oficial y solemne lo que hasta entonces no tenia mas carácter que el de una transaccion privada.

Todo preparaba pues el triunfo próximo del partido católico exaltado. Iban á quedar separados solemnemente de toda comunion política los individuos del partido protestante, y privado Enrique de Navarra de la sucesion al trono de la Francia. ¡Cuántos motivos de satisfaccion para la casa de Guisa, para el rey de España, que sin

disfraz la protegia! Dudaba sin embargo Felipe II del buen éxito, temia que se suscitasen disturbios y no hubiese el mejor tino en las deliberaciones de la *Junta*, pues tal nombre daba á los Estados en su correspondencia. Sobre todo recelaba de la mala fé de Enrique III, y veia siempre alguna traicion oculta con el velo de su adhesion á los intereses de la liga de que á todos momentos hacia alarde.

Verificadas las elecciones y reunidos en Blois casi todos los miembros de los Estados generales, se quiso dar principio á las tareas legislativas con una procesion solemne á que asistieron todos ellos separados por brazos ó estamentos. Despues de los miembros de la municipalidad precedida de los maceros, marchaba el estamento popular, ó sea tercer estado, seguian los nobles vestidos con la mayor magnificencia, detrás iban los prelados presididos por el arzobispo de Bourges con el Santísimo en sus manos debajo de pálio, llevado por ocho prelados de su misma clase. Cerraba la marcha el rey, rodeado de los principales señores de su córte. Volvió la procesion en este mismo órden á la catedral de donde habia salido, y concluido el acto pronunció un sermon el arzobispo.

Algunos dias despues, es decir, el 16 de octubre de 1588, se abrieron los Estados generales por el rey en persona, con un discurso en que estaban bien marcados los sentimientos que entonces le afectaban. Sea que su adhesion á la santa liga fuese ó no sincera, era para él de un interés vital el presentarse como su solo y supremo jefe que no necesitaba para marchar en su sentido ni de inspiraciones, ni de influencia ajena. Debia, pues, de irritarle la idea de que el duque de Guisa tratase de ponérsele á la par ó aspirase tal vez á ejercer la primacía. Su discurso, pues, en medio de las manifestaciones y demostraciones mas sinceras de su adhesion á los intereses de la santa liga, de sus deseos de que se cimentase mas y mas la union entre los buenos católicos, hizo ver lo mucho que le ofendian la desconfianza de que era objeto su per-

sona y el atrevimiento de los que aspiraban á deprimir y ajar la suprema autoridad de que estaba revestido, aludiendo sin disfraz al duque de Guisa, que en razon á su cargo, se hallaba sentado al pié de las mismas gradas del trono. Mas á pesar de este tono de acrimonia que respiró el discurso real, le respondió el arzobispo de Bourges en los términos mas respetuosos y sumisos, y la sesion terminó amistosamente, siendo el rey, tanto á la entrada como á la salida, objeto de respetuosos homenajes por parte de todos los individuos de los Estados generales.

Cualquiera que compare exactamente la fisonomía de aquella asamblea con la del mismo nombre reunida doscientos años despues y examine lo que en las dos fué deliberado, hallará muchos puntos de contacto, si se prescinde bien de la diferencia de los tiempos y sobre todo de la diversa índole y tendencia de opiniones. Hubo en ambas las mismas pugnas, las mismas discordias, las mismas desconfianzas: de la misma falta de sinceridad se acusaban las palabras de los dos monarcas, y para que sean mas los puntos de contacto entre ambas asambleas, haremos ver que en aquellos Estados generales, que hasta entonces no habian ejercido nunca mas que el derecho de peticion y súplica, promovieron la cuestion de si les competia tambien deliberar por sí mismos tomando la iniciativa en materias de política, haciéndose legisladores, es decir, adoptando en un todo los principios que en los gobiernos representativos se observan en el dia. La cuestion no tuvo resultado, ó por mejor decir le tuvo negativo. Los Estados se contentaron con pedir y suplicar, mas eran unas peticiones y unas súplicas que llevaban el aire de mandatos.

Bastaba esto, y aun sobraba, para hacer á los Estados generales objeto de ódio y de despecho para el rey de Francia. No habian producido efecto alguno las manifestaciones de su adhesion, de sus ardientes deseos de obrar en un todo segun las intenciones y principios de la santa liga. No habia sinceridad en sus palabras, y en caso contrario eran inútiles, por cuanto se tenian como un acto

de falsedad y disimulo. No es posible ser jefe de partido cuando no se adoptan los principios, cuando no se sienten las pasiones, cuando no se entra de lleno en los intereses de cuantos se alistan bajo sus banderas. Habia perdido Enrique III su prestigio, pues obraba en cierto modo como violentado. Habia sido uno de los jefes de los católicos en los campos de Jarnac y Montoncourt, sobre todo cuando las matanzas de agosto. Despues no era ya el mismo hombre á los ojos de la muchedumbre, sobre todo de los que tan hábilmente sabian dirigirla. Era el duque de Guisa la gran figura que oscurecia á la suya y totalmente la eclipsaba. El mismo ascendiente que ejercia en las calles de París, en los mercados, en las plazas, en la municipalidad, donde con amor y entusiasmo le señalaba todo el mundo, se hacia sentir en los Estados generales. A proporcion que se desplegaba el triunfo de este personaje se cubria el corazon del rey de negras nubes, y lo que con su sagacidad y conocimiento de los hombres habia profetizado el rey de España, llegó á verificarse; pero de un modo que Felipe II no podia preveer aun en medio de su suspicacia.

Se aglomeraba en los aires una tempestad que no dejaban de percibir los hombres que á fuer de imparciales se muestran mas observadores. Crecia el descontento del rey, quien todavía se lisonjeaba de ser popular en el partido dominante; tanto le cegaba el recuerdo de lo que habia sido en otro tiempo. Por otra parte el duque de Guisa, activo, impetuoso en el goce de su triunfo, no consideraba bastante la situacion del rey, ni el terreno que pisaba. Para arrostrar y humillar á Enrique III, habia hecho demasiado, para precaverse de los tiros de un rey irritado, apenas nada. Otro mas político, y sobre todo mas sagaz, hubiese ido al mismo objeto mostrándose mas sumiso, si se quiere, mas pequeño delante del monarca, hubiese tratado de ganar su confianza sin perder nada de su prestigio con el pueblo. Mas Enrique de Lorena era demasiado altivo, todavía dema-

siado mozo para disfrazar sus sentimientos, para no mostrarse á los otros tal cual él mismo se miraba. En vano le advirtieron algunos amigos que anduviese mas cauto, pues todavía no ejercia en realidad el poder supremo á que aspiraba. Los mismos consejos le daba por medio de su embajador Felipe II, quien desde su gabinete del Escorial sabia lo que pasaba en Blois mejor que Guisa mismo. Mas fueron inútiles estas advertencias con un hombre fascinado de su prosperidad que no creia necesitar ninguna de las artes de disimulo, solo propias en su opinion de cortesanos subalternos.

Llegaron en fin las cosas á un punto en que Enrique III despechado de su situacion, desesperanzado de ejercer en los Estados el ascendiente que su elevado puesto reclamaba, indignado cada vez mas contra el de Guisa que se le presentaba como un rival odioso, como un obstáculo insuperable al ejercicio en lleno de su autoridad, creyó que ya no habia para él otro recurso que deshacerse de su persona á cualquier precio. Era la lógica de los partidos, de las facciones de aquel tiempo. Eran principios demasiado comunes que entraban en la educacion de los personajes poderosos y por desgracia en la de los mismos reyes que se creian dueños de las vidas de sus súbditos. Concibió, pues, Enrique III el plan de asesinar al duque de Guisa sin hacerse el cargo de que ademas de una enorme atrocidad, era en él un insigne desacierto, pues habiendo perdido su prestigio por las causas ya indicadas, era imposible recobrar esta fuerza moral á espensas de un bajo asesinato. Mas como quiera que sea, concibió este plan atroz, le maduró en su mente por algunos dias, le consultó sin duda con los mas íntimos de su Consejo privado de quienes obtuvo aprobacion, y con la mayor sangre fria y no poca habilidad dispuso todas las cosas necesarias para llevarle á efecto. El 23 de diciembre del mismo año de 1588, dió órden á los principales señores, entre los que se hallaba la mayor parte de sus consejeros privados, de que á las ocho

de la mañana se presentasen en palacio para acompañarle á una casa de campo donde pensaba entretenerse el resto de aquel dia. Al mismo tiempo citó á los cuarenta y cinco oficiales de su guardia ordinaria para que se le presentasen entre cuatro y cinco. Se acostó á las diez de la noche sin dar parte á nadie de su resolucion: se levantó al dia siguiente 24 á las cuatro de la mañana, bajó solo sin hacer ruido alguno á la habitacion donde se fueron reuniendo poco á poco los cuarenta y cinco, y en seguida los condujo á diferentes habitaciones secretas donde debian esconderse para acudir en seguida donde fuese necesario. Despues de haberlos enseñado los diversos aposentos, volvió con ellos á la primera habitacion donde los habia encontrado reunidos y les dijo que le aguardasen, mientras él pasó á la sala donde ya se habian juntado la mayor parte de los miembros del Consejo. Allí les expuso en términos patéticos la cruel situacion en que le habia puesto el orgullo y la insolencia de un súbdito que no solo queria hombrear sino sobreponerse á su mismo soberano: que harto bien sabidos eran los agravios y hasta los ultrajes que habia recibido su persona de todos los miembros de la casa de Lorena, sobre todo del duque de Guisa: que eran públicos sus esfuerzos para desautorizarle á los ojos de los Estados generales: que era imposible que estos atentados dejasen de proceder de un plan vasto de conspiracion tramado contra su corona y hasta su existencia, por lo cual no le quedaba ya mas medio que deshacerse á cualquier costa de un rival tan poderoso: que esperaba por lo mismo que los individuos que tantas pruebas le habian dado de fidelidad le ayudasen en tan justa empresa, y continuasen defendiendo su autoridad contra cuantos quisiesen abatirla y mancillarla. Respondieron los del Consejo alabando la resolucion del rey ensalzando su longanimidad por haber sufrido hasta entonces tantas ofensas sin tratar de castigarlas, y que en todas ocasiones podia contar el rey con su fidelidad en sostener la dignidad de su corona. Despues de tener el

asentimiento de sus consejeros, volvió á la sala donde estaban los cuarenta y cinco, á quienes arengó en el mismo sentido, pero con frases mas acaloradas. Les dijo que los habia escogido por instrumento de su justicia que reclamaba un castigo sangriento en el duque de Guisa, enemigo de su persona y de su trono: que fiaba por lo mismo al arrojo de su corazon y fuerza de su brazo el justo desagravio de su rey tan ultrajado. Un grito de entusiasmo y de furor fué la respuesta de aquellos oficiales de su guardia. Todos juraron lavar las ofensas del rey con la sangre de los Guisas. Preguntó entonces el monarca cuántos de ellos iban armados de puñal y habiéndose encontrado que eran ocho, los situó el rey en la antesala de su gabinete, mandando á los demas que se retirasen á sus cuartos reservados.

Amanecia mientras tanto, y el rey se retiró á su cámara. Para las ocho estaban citados los miembros del Consejo. A cada momento esperaba el rey la llegada de los Guisas. Se presentó primero el cardenal en la gran sala del Consejo. Poco despues entró en ella el duque de Guisa, que segun las memorias de aquel tiempo, habia pasado la noche con una de las principales damas de la córte. Sabedor el rey de su llegada, le envió un recado para que pasase á conferenciar con él algunos momentos á su gabinete. En virtud de esta órden dejó el de Guisa la sala del Consejo y se dirigió al cuarto del rey sin sospechar el lazo que le estaba armado, mas tampoco ajeno totalmente de recelo, pues en aquellos tiempos de disensiones y de agravios mútuos, las cosas al parecer mas indiferentes eran objeto de suma desconfianza. Se presentó, pues, el duque en la antesala del gabinete del rey, y los asesinos que en ella le aguardaban se levantaron con respeto saludándole en silencio. Mas al llegar el duque á la puerta del despacho, en el acto de levantar la cortina que le cubria, se echaron sobre él, pues era esta la seña convenida. Embarazado el de Guisa con su capa, sin poder hacer uso de su espada, cayó al suelo

no sin forcejear antes con gran violencia contra los ocho hombres que en distintos sentidos le clavaron sus puñales. Concluido el acto, abrió el rey la puerta del gabinete, y habiendo contemplado el espectáculo, mandó á sus asesinos que le registrasen, y sin pasar adelante volvió á meterse en su despacho. Respiraba el duque todavía, y articulando gemidos sordos que se oyeron en los cuartos inmediatos, espiró al fin despues de dos horas de agonía. No se encontraron en sus bolsillos mas papeles que uno sumamente corto, donde estaba escrito por via de nota: «setecientas mil libras se necesitan cada mes para los gastos de la guerra.» Despues de despojado de sus vestidos, mandó el rey que quemasen su cadáver, lo que fué hecho inmediatamente en uno de los patios escusados de palacio. Despues fueron arrojadas al Loira sus cenizas.

Así murió el jefe de la casa de Guisa; el caudillo de la liga católica; el Macabeo de la Iglesia, pues con tal título le designaba su partido; el hombre mas popular de Francia en dicha época. No desmentia Enrique de Lorena la raza de hombres esforzados y hasta de héroes de que descendia. Valiente soldado, entendido capitan, ambicioso en extremo, arrojado y audaz segun las circunstancias exigian, espléndido y generoso en todo, afable con el pueblo y con los de su parcialidad, enemigo encarnizado, nada avaro de sangre cuando era preciso derramarla, fanático por la religion de quien se decia apoyo, poseia todas las cualidades de jefe de partido en aquellos tiempos de revueltas y de convulsiones. Sin embargo, no tuvo toda la prudencia, la circunspeccion, y si se quiere el disimulo profundo que distingue á los hombres grandes en política. Fué atrevido, mas no lo bastante para consumar un triunfo tan felizmente principiado. Se entregó en cierto modo en manos de su enemigo sin haberle totalmente desarmado. Contó demasiado con el favor y apoyo de su parcialidad, sin acordarse que Enrique III era todavía rey de Francia. Le pareció por en-

tonces bastante humillar al rey, no haciéndose cargo de que le reducia al extremo de pensar en deshacerse de su rival á toda costa. Hizo, pues, mucho para ser objeto de temor, mas demasiado poco para dejar de temer á su enemigo. Fué en todo heredero de su padre; en la grandeza como en su fin trágico. Sin embargo, no era tal vez hombre de tan vasta capacidad en materias de gobierno. Dejó sin duda fama de menos capitan por falta de igual teatro en que lucir sus talentos militares.

No se limitó el golpe de estado de Enrique III al asesinato del duque de Guisa. Tambien alcanzó su rigor á su hermano el cardenal y á otros mas de la familia. Llegaron á los oidos del cardenal, hallándose en la sala del Consejo, los gritos que al caer bajo los golpes de los asesinos dió su hermano. En el acto de correr á socorrerle fué preso por órden del rey y conducido como tal á su casa en compañía del arzobispo de Lyon, que tambien habia incurrido en el odio del monarca. Vaciló éste al principio sobre la suerte que le reservaria: al fin se decidió por la que habia cabido á su hermano. Le envió á llamar á palacio por medio de dos de los cuarenta y cinco ya citados. Obedeció la órden el cardenal con el presentimiento del golpe fatal que le estaba destinado. No le engañaron sus pronósticos, pues le aguardaban en la misma antesala los que dos dias antes habian teñido sus puñales en la sangre del duque de Guisa. Los otros hermanos se pusieron á salvo escondiéndose unos y apelando otros á la fuga. Tambien fué quemado el cadáver del cardenal y arrojadas al Loira sus cenizas.

No contento el rey con estos actos de rigor, ó por mejor decir de violencia sanguinaria, mandó arrestar á todos los individuos de los Guisas que pudo haber á las manos, al cardenal de Borbon y á los miembros de la municipalidad de París, mas conocidos por su exaltacion política, por la conducta que contra su autoridad real habian observado en los Estados generales.

Cometió el rey de Francia con estos atropellos un

acto de barbarie propio de aquellos tiempos, en que se empleaba la accion del puñal como el último argumento. Pero mas que barbarie fué un enorme desacierto. Creyó dar un golpe grande de política deshaciéndose de un súbdito atrevido, cortando con la prision de los otros demagogos todas las cabezas de la hidra. Mas no contó con que á un hombre como él, perdido en la opinion del partido dominante, no habia ya medios de recobrar la fuerza moral de que se habia despojado él mismo por su falta de carácter é indolencia; no contó con que al partido fanático no le faltarian jamás cabezas atrevidas y ambiciosas que quisiesen marchar por las huellas del caudillo ya difunto; no calculó que con tan vil asesinato iba á confirmar las acusaciones de los que con tan negros colores le designaban á los ojos de la muchedumbre. «Ya por fin soy rey de Francia, dijo Enrique á su madre despues de perpetrados estos actos de venganza; ya no tengo compañero.» «¿Qué has hecho, hijo mio? respondió Catalina: quiera Dios te salga bien: ¿màs al menos, has dado órdenes para la seguridad de las ciudades principales, sobre todo de Orleans? Si no lo has hecho, no te descuides un momento, pues de lo contrario tendrás mucho que sentir; no dejes sobre todo de dar parte de lo que pasa al legado del Papa por medio del cardenal de Gondi.» La reina madre conocia mejor los hombres y las cosas que su hijo. Mientras Enrique se creia dueño y árbitro de los estados de Blois, resonaba el asesinato de los Guisas en todos los ángulos de Francia.

CAPITULO LXIV.

Continuacion del anterior.--Resultado del asesinato de los Guisas.--Efervescencia y tumultos en París.--La municipalidad.--Los Diez y seis.--La Sorbona.--El Parlamento. -El Consejo de la Union.-Destitucion del rey Enrique III. --El duque de Mayena teniente general del reino, por los liguistas.--Se arman estos.--Se arma el rey.--Su union con Enrique de Navarra.--Los dos en Saint-Cloud.--Asesinato de Enrique III, por el fraile Jacobo Clemente (1).

1589.

Con la celeridad del rayo llegó á París la noticia del asesinato de los Guisas. Solo con el asombro que causó este acontecimiento inesperado, se puede comparar la profunda irritacion de la muchedumbre al saber la venganza atroz ejercida por el rey en dos personas que les eran tan queridas. Por un impulso maquinal corrieron á las armas como si tuviesen á las puertas un ejército enemigo. Resonó en los aires un son confuso de voces, de lamentos y de imprecaciones contra Enrique de Valois, que habia privado á la Francia y á la religion católica de sus dos campeones mas esclarecidos. Fué general la conmocion y el tumulto en aquella vasta capital; y las corporaciones, comenzando por la municipalidad, participaron de los sentimientos de la muchedumbre. Inmediatamente pasó aquella avisos al Parlamento, á la Sorbona y á las demas clases distinguidas de que se presentasen en las iglesias donde se iban á celebrar los solemnes funerales por el alma de los dos difuntos. Acudieron todos los parisienses grandes y chicos á los templos, donde en medio de las pompas de la religion se pronunciaron sermones incen-

---

(1) Las mismas autoridades que en el capítulo anterior.

diarios incitando á la desobediencia del rey, que designaban abiertamente con los títulos de enemigo de Dios y de asesino. Se le comparaba con Herodes, con Acab, con todos los reyes sanguinarios y enemigos de la religion que nos mencionan el antiguo y nuevo Testamento. No podian menos de producir profunda sensacion estas palabras en la muchedumbre entera. Uno de estos predicadores llamado Lincestre, nombre famoso en todas aquellas turbulencias, llegó hasta exigir de su auditorio un juramento solemne de vengar en el rey la muerte de los príncipes de Guisa. A todos los hizo levantar la mano en señal de sumision á sus preceptos. «Levantad tambien la mano» dijo el furibundo predicador al presidente De-Harloy que se hallaba presente, llamándole por su nombre, observando que estaba remiso en prestar el juramento, apóstrofe á que tuvo que ceder el magistrado por no incurrir en la cólera del auditorio.

A los discursos en los púlpitos siguieron las procesiones en que se cantaban responsos por el alma de los Guisas. Se inundó la capital de folletos en que bajo diferentes formas se presentaban las circunstancias del asesinato, y hasta se grabaron estampas en que se reproducian las mismas imágenes con los mas espantosos caractéres. Se publicaban y pregonaban todas estas producciones por la calle. Estaba la muchedumbre furiosa, hasta frenética. Por todas partes se echaban abajo y se borraban todos los signos de su autoridad como monarca.

Estaba de hecho destronado el rey por el pueblo de París, sin que nadie tratase de poner el menor freno á lo encarnizado de sus sentimientos. De la opinion popular participaban las demas clases de la capital, el pronunciamiento era casi unánime y de un alcance inmenso; faltaba solo regularizarle y sancionar por medio de decretos ó de leyes lo que ya era un hecho.

Al frente de la capital se hallaba el ayuntamiento ó cuerpo municipal que dirigia todos los ramos de la administracion civil, incluso el de la fuerza armada para su de-

fensa. Era su poder omnímodo y solo comparable con el que ejerció poco mas de dos siglos despues en los primeros años de la revolucion francesa (1).

Ejercia pues la municipalidad una grande influencia en el pueblo de París; mas no la sola. Estaba dividida la capital en diez y seis barrios ó cuarteles, á cuya cabeza se hallaban uno ó mas magistrados populares con el nombre de cuarteleos ó cuartenarios que eran al mismo tiempo sus jefes militares. Salidos estos hombres de las clases populares, en mucho contacto con la muchedumbre en cuyo seno se hallaban sin cesar, ejercian en ellas mas poder que el mismo ayuntamiento. Dictaban leyes como verdaderos tribunos que eran de la plebe. Se daba á esta corporacion el nombre de los *Diez y seis*, no en atencion á su número, pues en realidad era mayor, sino al de los cuarteles ó barrios de que eran delegados y representantes.

Se debe contar tambien como corporacion popular en aquel tiempo la universidad ó la Sorbona cuyos directores y profesores eran casi todos eclesiásticos en razon de ser la teología el principal ramo que allí se profesaba. Eran casi todos ellos liguistas exaltados, y estaban en íntimas relaciones con los curas de París que desde los púlpitos y por otros mas medios ejercian tanta influencia en el ánimo de la muchedumbre. Con la Sorbona obraba de concierto todo el alto clero afiliado en la santa liga. Estaba, pues, la Sorbona en gran contacto con el cuerpo de los Diez y seis, armonizando mas con él que con el mismo ayuntamiento.

---

(1) No se pueden escribir estas líneas sin que venga á la memoria el recuerdo de lo que pasó en París en la época moderna á que nos referimos. Prescindiendo de la diferencia del objeto, fué casi igual en ambas el entusiasmo, el fanatismo, el poder de la municipalidad, la omnipotencia de las masas dirigidas por sus tribunos populares. Cualquiera observador hallará muchos mas puntos de contacto entre aquellas revueltas en el siglo XVI y las que ocurrieron despues en el XVIII.

En cuanto al Parlamento, corporacion tan respetable en todas épocas, no se profesaban en su seno doctrinas tan extremadas como en la Sorbona; mas si algunos miembros se mostraban mas moderados, no faltaban otros aunque en minoría que estaban en todo con la Sorbona y con el pueblo.

No se decidió el ayuntamiento por la medida de destronar á Enrique, temeroso sin duda de las consecuencias que podrian seguirse. Pensaba, pues, que seria mas prudente entrar en negociaciones con el rey y conseguir así seguras garantías para lo futuro. Las mismas opiniones pareció abrigar en su mayoría el Parlamento. Pero los Diez y seis mas furiosos y mas fanáticos tomando la voz de la muchedumbre que capitaneaban, manifestaron su resolucion de no transigir nunca con Enrique de Valois, asesino de los Guisas, enemigo de Dios y de la Iglesia.

Para vencer pues la resolucion del Parlamento y tenerle propicio acudieron al violento expediente de presentarse en su seno armados de cincuenta á sesenta de los mas furiosos con una lista de los consejeros indicados de abrigar opiniones moderadas. Les intimaron con tono imperioso de que los siguiesen, órden que sin ninguna resistencia obedecieron. Los sacaron, pues, en público del Parlamento y atravesando con ellos las principales calles de París seguidos de la muchedumbre, los condugeron á La Bastilla donde los dejaron presos. Otros lo fueron en sus domicilios, aunque despues se pusieron en libertad á los que solo en momentos de efervescencia fueron envueltos en el crímen de que acusaban á sus compañeros.

Expurgado de este modo el Parlamento, se mostró mas dócil á las exigencias de la muchedumbre. Propuso el nuevo presidente la cuestion del destronamiento del rey, y todos fueron del mismo dictámen que los cuartenarios.

De los sentimientos de la Sorbona no tenian estos

duda alguna. Le hicieron, pues, una esposicion suplicándola hiciese reunir los individuos de la facultad de teología, para que en vista de las presentes circunstancias deliberasen y diesen su resolucion sobre los artículos siguientes: si el pueblo del reino de Francia podia quedar libre y desliado del juramento de fidelidad y obediencia prestado á Enrique III: si en toda seguridad de conciencia podia el mismo pueblo armarse, unirse, echar contribuciones para la defensa de la religion católica, apostólica y romana, contra los consejos llenos de malicia y esfuerzos de dicho rey y de cualesquiera otros partidarios suyos; contra la violencia de la fé pública cometida por él en Blois en perjuicio de dicha religion católica, del edicto de la santa union y de la libertad natural de los tres Estados del reino.

Fué muy categórica la respuesta de la facultad de teología. El pueblo, decia, de este reino está libre y desliado del juramento de fidelidad y de obediencia prestado al rey Enrique. El mismo pueblo puede lícitamente en toda seguridad de conciencia armarse y unirse, allegar dineros y echar contribuciones para la defensa y conservacion de la iglesia apostólica romana, y contra los consejos llenos de maldad y esfuerzos del monarca.

Fué recibida en París esta decision con grandísimo entusiasmo. Se formuló el acta de la destitucion de Enrique III con toda solemnidad y aparato legal de la justicia. Borradas ya las armas reales y todos los signos de la autoridad de la corona, solo restaba que se aboliesen las oraciones que por él se recitaban en la misa. Asi lo mandaron el obispo y la Sorbona.

Como la municipalidad de París solo podia ejercer su poder dentro de la capital, se quiso dar mas aparato legal á la nueva situacion renovando el antiguo Consejo de Union de la liga establecido tres años antes en las conferencias y capitulaciones de Joinville. La existencia de este Consejo no era pública, es decir, de oficio; mas ahora se quiso que lo fuese y con la mayor solemnidad,

dándole el carácter de gobierno provisional de toda Francia. Se celebró con este objeto una grande asamblea de los católicos mas exaltados y de mas categoría, presidido por el duque de Mayena, hermano de los dos príncipes difuntos. Se eligieron de su seno los miembros que debian componer el Consejo de la Union, y se le revistió del supremo poder mientras no se arreglaba definitivamente el gobierno que habia de regir en Francia. Fué el primer acto del Consejo de la Union nombrar al duque de Aumale gobernador militar de Paris y general de los ejércitos de la liga al duque de Mayena.

Todas las corporaciones de París reconocieron la autoridad del gobierno supremo del Consejo de la Union, distinguiéndose entre todas la municipalidad que tan celosa se habia mostrado de su preponderancia. Expidió el nuevo gobierno circulares á todas las ciudades principales mas adictas á la liga y que no necesitaban esta invitacion, pues ya habian imitado el ejemplo de París destituyendo de hecho al monarca, contra cuya perfidia y atrocidades declamaban con la misma vehemencia. Se distinguian entre estas grandes poblaciones Lyon, Tolosa, Marsella y Ruan, donde la santa liga tenia tanto arraigo. De esta suerte antes de pasarse dos meses despues del asesinato de los Guisas, estaba destronado de hecho Enrique III en París y en las ciudades principales y de mas influencia.

Permanecia mientras tanto este monarca en Blois al frente de los estados generales, que continuaban sus sesiones en medio de los acontecimientos graves de París, aunque con marcado disgusto, por lo que con ellos simpatizaban en su grande mayoría. Bien pudo conocer el rey lo errado de su golpe contra los príncipes de Guisa y lo poco que habia ganado en la opinion, perpetrando un acto atroz sin ningun provecho suyo. Continuó sin embargo renovando en el seno de aquella asamblea sus protestas y juramentos de defender la fé católica, que si antes habian hecho poquísima impresion fueron entonces

escuchadas con una mezcla de desprecio y odio. Poco á poco se fué disminuyendo el número de sus individuos, hasta que el rey se vió precisado á cerrar sus sesiones por su insignificancia. No faltaron en esta ceremonia triste arengas de una y otra parte renovando sus protestas Enrique III de su sincera adhesion á los intereses de la fé católica.

Terminaron por aquellos dias los de la reina madre á la edad de 71 años, abrumada con aquella grave situacion y la perspectiva de los desastres inevitables que iban á ser su consecuencia. El fatal desacierto del asesinato de los Guisas la llenó de amargura, como ya lo hemos indicado, pues no se le ocultaba que con esta atrocidad se habia abierto un abismo bajo las plantas del monarca. Baste lo que hemos dicho de esta princesa en varias ocasiones para formar una exacta idea de sus prendas y su carácter. Era preciso que fuese de una habilidad nada comun, de una gran destreza en todas las artes del gobierno, para permanecer durante treinta años, sin perder nunca su ascendiente, á la cabeza del gobierno de un pais por tantas facciones destrozado. Habia nacido sin duda para aquella situacion, para tiempos de desórden y de revueltas. No es estraño que los partidos la hayan presentado bajo aspectos tan diversos; que los calvinistas sobre todo se hayan encarnizado contra la memoria de una princesa que les habia dado tan justos motivos de resentimiento. Que era artificiosa y falaz en proporcion que astuta y hábil, se puede concebir muy fácilmente. Que era muy poco escrupulosa en los medios que la condujesen á sus fines, ademas de ser histórico es muy probable en una mujer tan celosa de su autoridad, y que para no perderla necesitaba dividir y dominar un partido por los temores que podia infundirle su contrario. A pesar de no ver sus hijos Carlos IX y Enrique III ni destituidos de entendimiento ni absolutamente desnudos de ambicion, influyó totalmente en su conducta hasta el punto de ser considerada como la su-

prema gobernante. Ninguna persona á la cabeza de la administracion navegó en un mar tan borrascoso: y ninguna dió mas pasos, entabló mas negociaciones, ajustó mas tratados, manejó mas intrigas de una vez y representó papeles mas diversos. En todas las transacciones, en todos los movimientos grandes de aquel pais figura su persona en primer término. Fué sin duda Catalina de Médicis la reina de Francia que hasta ahora ha adquirido mas derechos de ser célebre. Tibia en sus creencias, demasiado mundana en sus placeres, amiga del fausto y la magnificencia, nada severa en su moral, inclinada á las artes de la mágia que tenian tanta boga en aquel siglo, dejó una fama poco pura de aquellas que se recuerdan sin ninguna simpatía. Los calvinistas la odiaron: de los políticos no fué querida: de su mismo hijo fué poco llorada. En cuanto á los católicos ardientes, la miraron casi con tanto odio como los mismos calvinistas. Oigamos en prueba de ello lo que desde el púlpito dijo el famoso Lincestre al hablar de la muerte de esta princesa: «Ha hecho la reina madre mucho bien y mal; pe»ro yo creo que ha sido mas el mal que el bien. Se pre»senta hoy dia una dificultad, á saber, si la iglesia cató»lica debe orar por la que ha vivido tan mal y ha soste»nido muchas veces la heregía, aunque se dice que á los »últimos se ha adherido á nuestra santa union y no con»sentido en la muerte de nuestros buenos príncipes: por »lo que os diré que si á la ventura y por caridad que»reis rezar por ella un Pater-noster y un Ave-María le »servirá lo que pueda, por lo demas lo dejo á vuestra »voluntad.» Tal era el lenguaje de los púlpitos de entonces.

Con el pronunciamiento de París y de tantas ciudades considerables del reino, con la instalacion del Consejo de la Union como gobierno supremo de la liga, se marcaron de un modo terminante y fijo los diversos campos militares que iban á decidir la gran contienda. Uno de los primeros actos del Consejo de la Union, fué

nombrar al duque de Mayena teniente general del reino, dándole el mando del ejército de los liguistas. A sus órdenes inmediatas se hallaba el duque de Aumale gobernador de París, comandante de toda la fuerza armada de aquella capital, que ya contaba cerca de cuatrocientos mil habitantes en aquella época. Otros jefes mas populares designaba la muchedumbre para estos altos cargos, porque entonces, como sucede en todas ocasiones, existia en París una rivalidad entre las grandes corporaciones que influian en los negocios públicos. No fraternizaba complatamente el ayuntamiento con el Consejo de la Union, ni con el ayuntamiento la Junta de los Diez y seis ó sean cuartenarios. Cada una de estas corporaciones tenia su parcialidad, contando siempre esta última con la muchedumbre. Sin embargo, venció en esta lucha el Consejo de la Union, pues el pueblo ninguna objecion sólida podia poner contra la eleccion del duque de Mayena, príncipe de la casa de Guisa, hermano del mártir (pues con este título designaban al difunto duque) y sobre todo que habia figurado siempre en las primeras filas de los católicos celosos. En el duque de Aumale concurrian las mismas circunstancias. Saludó pues el pueblo la elevacion de estos príncipes con entusiasmo, y desde entonces no se oyeron en París mas que acentos de guerra, ardientes sermones en los púlpitos y gritos fanáticos en la muchedumbre. Los templos estaban á todas horas llenos de católicos ardientes: por todas las calles cruzaban procesiones con sus penitentes de los dos colores. Eran los curas los tribunos de aquella plebe concitada en masa que jamás se saciaban de sus predicaciones. A veces tenian que dejar los eclesiásticos sus casas por la noche y presentarse en las iglesias á predicar; tales eran las exigencias de aquella gente devota, sedienta á todas horas de sus declamaciones. Mientras tanto se allegaban armas, de todas partes se alistaban guerreros á los estandartes de la liga. Lanzaba el Consejo de la Union decretos de llamamiento á todos los católicos celosos, dictaba medidas severas contra los

políticos, contra los que acudian á la bandera real, pues, Enrique III, despues de la disolucion de los Estados generales, se preparó por su parte á entrar en lid con los liguistas y sostener sus derechos con las armas en la mano.

Expidió con este motivo circulares á todas las provincias donde no dominaban los jefes de la liga, se apoderó de varios puntos fuertes antes que fuesen invadidos por sus enemigos; llamó á su campo á todos los católicos que se conservaban en sus sentimientos de fidelidad á la corona. Acudieron en efecto al estandarte real la mayor parte de los nobles, antiguos cortesanos suyos, de quien se habia separado por hacerse bienquisto con la liga. De este modo reunió un ejército superior al de sus contrarios, señalando como cuartel general y residencia suya la ciudad de Tours situada sobre el Loira.

Ademas de estos dos campos se conservaba entero y siempre animoso el calvinista, mandado por Enrique de Navarra. Abrió para este príncipe la rebeldía de París un nuevo campo de esperanzas. En hostilidad abierta el rey con los liguistas, ¿no era natural que mirase con menos aversion el partido calvinista y que buscase su apoyo para sujetar á los súbditos rebeldes que dominaban en tantas ciudades importantes y se hallaban sostenidos por el poderoso rey de España? Tal fué la idea que ocurrió al rey de Navarra, hombre sagaz y astuto, pero mas adictos á us intereses temporales que á los dogmas de su iglesia. Bajo esta idea entabló negociaciones indirectas con el rey de Francia, publicando ademas un manifiesto en que hacia ver los sentimientos de fidelidad que hácia la corona abrigaban sus parciales; que si su culto religioso no era el mismo que el del rey, en negocios de conciencia solo Dios intervenia como juez y árbitro supremo; que él por su parte no deseaba mas que oir la voz de la verdad, y que le convenciesen si andaba errado en sus creencias.

Apoyaron los deseos del rey de Navarra los políticos quienes hicieron ver al rey lo útil, lo indispensable que era entrar en avenencia con los calvinistas, único medio de

sofocar cuanto mas antes la liga con fuerzas formidables. Titubeaba Enrique III: primero, por su aversion pronunciada hácia el partido protestante; segundo, porque temia el ascendiente del rey de Navarra; tercero, porque juzgaba que su reunion con los calvinistas daria nuevo pábulo al ódio que le tenian los miembros de la liga y les daria nuevos pretestos para negarle su obediencia. Las razones en que se apoyaba no carecian de oportunidad y peso; mas sus circunstancias eran críticas y demasiado vivas las instancias de sus consejeros para que dejase de adoptar una medida que aumentaba considerablemente sus recursos.

Se ajustó pues con el rey de Navarra un tratado que tenia todas las formas de una concesion hecha por el rey á los mismos que con sus fuerzas le brindaban. Se concedia al rey de Navarra y á los de su partido, tregua y suspension de armas, que debia ser general para todo el reino durante un año entero, comenzando éste el 3 de abril (1589), y terminándose en semejante dia del siguiente año, con la condicion de que prometiese el rey de Navarra en su nombre y en el de su partido no emplear durante dicha tregua fuerzas de armas en cualquiera parte que fuese dentro ó fuera del reino sin su consentimiento; no permitir empresa ninguna militar en ninguno de los lugares desde donde estuviese su autoridad reconocida; no cambiar ni permitir cambiar ninguna cosa tocante á la religion católica, apostólica, romana. Si durante aquella guerra él ó los suyos tomasen alguna ciudad ó punto fuerte, le entregarian inmediatamente á la libre disposicion del rey, segun lo estipulado. En consecuencia de este pacto volverian el rey de Navarra y los suyos á la posesion de sus bienes para gozar de ellos durante la tregua, asi como dejarian en la misma posesion á los católicos, eclesiásticos ó seglares, sus buenos servidores.

A pesar de que los términos de este tratado no anunciaban mas que una simple suspension de hostilidades, envolvian realmente una alianza entre Enrique III y sus

antiguos enemigos. El rey de Navarra, que se hallaba con su ejército cerca del Loire, pasó á verse con Enrique III, que se hallaba á la sazon en Plessis les Tours, castillo famoso por la ordinaria residencia en él de Luis XI, y á muy corta distancia de la ciudad de Tours. La entrevista de los dos príncipes tuvo todas las apariencias de cordialidad y buena inteligencia. Se saludaron, se abrazaron, y los cortesanos y el pueblo, que fueron testigos de la escena, prorumpieron en aclamaciones victoreando á los dos reyes. Con estas muestras de concordia pasearon juntos las calles de Tours aparentando siempre el de Navarra un aire de inferioridad, á pesar de que Enrique III manifestaba considerarle como igual al rey de Francia. Sin embargo no debió de satisfacer á éste mucho una union que le ponia en contacto con quien realmente aspiraba á dominarlo. Libertado del poder de los Guisas, iba á vivir bajo la influencia de otro rival mucho mas temible. El primero en medio de su gran poder no era mas que un súbdito; tambien lo era el segundo, mas era su heredero por los vínculos de sangre, y superior por su influencia y los muchos medios de que disponia.

En medio de estos secretos disgustos no pensó Enrique III mas que en prepararse á la guerra y recuperar por la fuerza de las armas la autoridad de que le habian despojado los liguistas. Al mismo tiempo que tomaba disposiciones como capitan, empleaba el lenguaje de monarca. Espidió decretos de proscripcion contra la ciudad rebelde de París y otras del reino que imitaban su conducta: declaró traidores á los príncipes de Guisa y demas caudillos y fautores de aquel levantamiento; envió órden al Parlamento para que se fuese á Tours donde estaba su persona: publicó manifiestos en que hacia ver la sinceridad de sus sentimientos y su adhesion cordial á la religion católica.

Hicieron poca impresion en Paris los decretos del monarca. Se renovaron al contrario las acusaciones, las

injurias, las estampas, los folletos en que con tan negros colores le pintaban. Era en los púlpitos donde mas se hacian oir los dictados injuriosos con que abrumaban su persona. Este tiñoso, exclamaba Boucher, uno de estos predicadores, lleva siempre un turbante á la turca, que no quita nunca ni aun cuando comulga para hacer honor á Jesucristo... en fin, es un turco en la cabeza, un aleman en el cuerpo, una arpía en las manos, un inglés en sus ligas, un polaco en los piés, un verdadero diablo en el alma... Decia Leicestre en un sermon de Ceniza: no os predicaré el Evangelio, que es cosa comun, pero sí la vida y hechos abominables de este pérfido-tirano Enrique de Valois, que invoca al diablo.

Mientras tanto comenzaban las operaciones militares, pues era un problema que solo se podia resolver con las armas en la mano. Ascendia á cuarenta mil hombres al ejército combinado de Enrique III y el rey de Navarra. Habian armado los de París todos los pueblos de las inmediaciones; pero no podian presentar en campo raso tantas fuerzas como contaba el ejército realista. Se habia presentado con una division el duque de Mayena delante de Tours: mas se vió precisado á retirarse por la superioridad de número de los contrarios. Se acercaron estos á la capital y el rey fijó su campo en el pueblo de Saint-Cloud, á dos leguas escasas de París, cuyos principales edificios se presentaban distintamente delante de sus ojos. Con semblante de indignacion se dice que contemplaba esta ciudad, cuya entrada le negaban sus súbditos rebeldes. Añaden que exclamaba algunas veces: París, cabeza del reino pero cabeza demasiado grande y caprichosa, tienes necesidad de una sangría para curarte, lo mismo que á toda la Francia, del frenesí que tú le comunicas. Dentro de algunos dias habrán desaparecido tus casas, tus murallas, y solo se verá el suelo en que estuvieron colocadas.

Aumentaron con la aproximacion del monarca la efervescencia y tumulto de aquella capital fanática. Al

ver las banderas de los calvinistas mezcladas con las reales, prorumpieron en nuevos denuestos é imprecaciones contra Enrique de Valois, que de instrumentos tan indignos se valia. Resonaron con nuevo furor en las calles, en las plazas los epitetos de hipócrita, de tirano, de enemigo de la Iglesia, de mónstruo de vicios é impiedad con que le designó la santa liga casi desde su subida al trono: tronaron con mas encarnizamiento que nunca los púlpitos de la capital, y la imprenta se mostró infatigable en esparcir bajo mil formas cuanto podia contribuir á inflamar mas y mas los ánimos de la muchedumbre.

¿Qué se podia esperar de tanto entusiasmo y fanatismo? ¿Qué no era permitido contra un tirano enemigo de Dios y de la Iglesia? ¿A qué mano estaba destinada la palma de libertar á París del azote que le amenazaba? Así discurrian los que de sus sentimientos piadosos se preciaban: así el asesinato de Enrique III ocurria naturalmente como el medio mas eficaz de preservar la iglesia de Dios, de vengar las ofensas del Altísimo. Los nombres de Judith, de Samuel, de Aod y de Debora se pronunciaban con arrebatos de entusiasmo. Que muchos afilasen los puñales para imitar su accion heróica y merecer la palma del martirio, se puede concebir muy fácilmente. Asi llegaron hasta organizarse compañías para atentar de este modo á la vida del monarca; mas en medio de tantos aparatos, de tantas vociferaciones, de tantos planes, un hombre obscuro se adelantó á todos, y se arrojó solo á cometer una accion que pasaba entonces por la mas heróica.

Era éste un fraile de Santo Domingo, llamado Jacobo Clemente, jóven de veinte y cuatro años, que desde su mas tierna edad habia pasado á la soledad del claustro. De carácter sombrío y silencioso, dotado de una imaginacion ardiente, imbuido en todos los principios de intolerancia de la época, exaltado con lo que oia en los púlpitos y á sus mismos superiores, devorando noche y

dia los pasajes de la Biblia que en los sermones con tanto entusiasmo se citaban, concibió el proyecto de perpetrar él solo una accion que iba á purgar á la Francia del enemigo mas ensañado contra sus altares. Comunicó sus designios á sus superiores por via de la confesion, y de todos mereció elogios, animándole á llevar á cabo lo que no podia ser mas que inspiracion del mismo cielo. Con este apoyo, y habiéndose preparado al acto con los sacramentos, se dirigió este fraile solo á Saint-Cloud, no sin ir prevenido de un puñal bien afilado. Se presentó á la puerta de la casa que habitaba el rey, y pidió ser admitido á su presencia para entregarle cartas de importancia que le habian dado para él una persona en París, que estaba mucho en los intereses del monarca. Titubeó al principio Enrique en concederle la admision; algunos cortesanos se lo disuadieron; mas haciéndoles el rey observar que en caso de negársele la entrada se diria en París que no hacia caso de los frailes, mandó que dejasen pasar al dominico. Se arrodilló éste cuando se vió delante del rey, y bajó la cabeza en el acto de hablarle y de entregarle las cartas que le habian confiado. Al tomarlas el rey sin ninguna desconfianza, suponiendo que el desconocido le tendria que decir alguna cosa reservada, mandó que le dejasen solo con el fraile. No perdia éste á pesar de su actitud ninguno de los movimientos del monarca. Cuando le observó engolfado en la lectura, se lanzó á él con la celeridad del tigre y le clavó en el vientre el puñal de que venia prevenido. No perdió el rey la serenidad en aquel terrible lance: se sacó el puñal que el asesino habia dejado dentro de la herida, en el acto de dar voces á su servidumbre. A sus gritos entraron todos los que se hallaban á la sazon en la antesala. Acudieron unos al rey, se echaron otros sobre el asesino, acribillándole á estocadas en el acto. Recibió la muerte Jacobo Clemente de rodillas, sin pronunciar una palabra, sin alzar los ojos, con el mayor recogimiento y compostura, como un hombre que aguarda la palma del martirio. Vieron

algunos en esta precipitacion de los cortesanos cierta complicidad en el asesinato y el deseo de sustraerse con la muerte tan violenta del fraile á los peligros en que podrian meterlos sus declaraciones. Mas natural es que hubiese sido efecto de la indignacion que les causó el asesinato del monarca. Es posible y muy probable que Jacobo Clemente no tuvo mas cómplices que sus confesores.

No se creyó mortal la herida del rey en un principio; él mismo se lisonjeaba de salir felizmente de tan crítico lance, segun carta que escribió á la reina con dos renglones de su propio puño, muy poco despues de la ocurrencia. Sin embargo, al fin de algunas horas cambiaron los facultativos de opinion, y se vieron en la necesidad de anunciar al rey que estaba su última hora muy cercana. Recibió el monarca la noticia con resignacion, y sin dar muestras de abatimiento, se preparó para la muerte. Hizo escribir algunas cartas, tomó sus últimas disposiciones, recibió los sacramentos con mucha compostura y demostraciones de piedad, declarando que perdonaba á su asesino. Fué muy afectuosa y tierna la despedida de Enrique, á quien reconoció por heredero, y pidió encarecidamente allanase el único obstáculo que para subir al trono de Francia le podian racionalmente poner sus enemigos, á saber, su cualidad de calvinista. En esta disposicion de ánimo, reiterando las protestas de la sinceridad de sus sentimientos católicos, y de que perdonaba á todos sus contrarios, incluso el asesino, espiró al decir estas últimas palabras el 1.° de agosto de 1589, á la edad de treinta y ocho años no cumplidos.

Enrique de Valois, último rey de Francia, de esta rama, es tambien una de las principales figuras de aquel siglo, y no precisamente por ninguna gran prenda personal, sino por su rango y la asociacion de su nombre con acontecimientos de tanta importancia en aquella época de trastornos y revueltas. Pocos hombres entraron en la vida pública de un modo tan brillante. A los diez y ocho años de su edad, mandaba los ejércitos del rey de Francia, y

segun voz pública, de nadie desmentida, se debieron á su gran valor las victorias de Jarnac y Montoncourt sobre las tropas calvinistas. Verdad es que á tan lucidos ensayos no correspondió el resto de su vida; mas tambien es cierto que no siempre ocurren circunstancias igualmente favorables al despliegue de habilidad y de talento, cuando estos no son aplicables á todo género de objetos. Figuró Enrique III en todas las escenas de confusion y de tumulto tan comunes en su época. Lució funestamente su fanatismo en las matanzas de S. Bartolomé, viéndose siempre en las primeras filas, cuando se trataba de hostilizar y hasta de exterminar los hugonotes. Fué el único de su pais y raza que se sentó en el trono de Polonia, y aunque debió en gran parte esta elevacion á la actividad é intrigas de su madre, no entró por poco la consideracion de su persona. Cuando se vió sentado en el trono de Francia, debió de conocer la gran distancia que media entre el rango principal y el secundario (1), y que lo que habia sido un lecho de flores para el *duque de Anjou*, se habia convertido en uno de espinas para el *rey de Francia*. Hay tales situaciones en la vida y puestos de tanta elevacion que es preciso perecer ó ser jigante. No lo era Enrique III para la complicacion de negocios, el choque de pasiones y principios y la pugna de intereses que encontró en Francia á su regreso; y como no fué héroe, como no tuvo el genio suficiente para dominar cosas que habian llegado á tanta altura, se deslució su nombre y empañó miserablemente su reputacion, que tal vez se hubiesen conservado en otras circunstancias. Luchó con hombres mas hábiles, con voluntades mas firmes que la suya, con pasiones ardientes y furiosas que ya

(1) Voltaire ha dicho de este príncipe en su Henriada:

Tel brille au second rang qui s'eclipse au premier.

Verso que desde entonces ha sido innumerables veces citado y aplicado.

no estaban en su corazon, con ardides diplomáticos que tal vez no comprendia. No es estraño que entre las diversas sendas de conducta que se le ofrecian, hubiese elegido la que tal vez le llevaba mas hácia su ruina. No carecia Enrique III sin duda de buen entendimiento: claro y perspicaz era el de la reina madre; mas en aquella situacion no bastaba ver, faltando el genio y sobre todo la resolucion de vencer todo género de obstáculos. Fué Enrique III uno de aquellos hombres en quienes desaparece la energía y el fuego de su juventud, antes de sentirse el hielo de los años; de los que dejan de ser mozos sin llegar á viejos. Fué indolente, disipado, afeminado en sus gustos, frívolo, indiscreto, pródigo, y si se atiende á las crónicas del tiempo, aun mas disoluto en sus costumbres de lo que estaba en consonancia con las licenciosas de su córte. Tal vez exageraron sus vicios feos los que tenian tanto interés en denigrarle; mas no anduvieron acertados los que atribuian sus devociones, su afiliacion en la cofradía de penitentes á pura hipocresía, como si la supersticion y todo género de vicios fuesen de difícil amalgama. Aborreció siempre á los protestantes, á pesar de lo mal que le trataban los mas fogosos de la santa liga; ni aun cuando unió sus estandartes con los del rey de Navarra, fué objeto de menos aversion para él su secta religiosa. No penseis, hermano mio, en ser rey, sin convertiros á la religion católica, le dijo en sus últimos momentos; con cuya expresion, al mismo tiempo que manifestaba sus principios, hacia ver que conocia el estado moral y político de Francia.

CAPITULO LXIV.

Continuacion del anterior.--Resultados del asesinato de Enrique III.--Abandonan á Enrique de Navarra los católicos.--Le reconocen por rey los calvinistas.--Se retira á Normandía.--Regocijos en París.--Proclaman por rey al cardenal de Borbon, que toma el nombre de Cárlos X.--Preparativos de guerra.--Reconcentra sus fuerzas el de Navarra.--Sale de París en busca suya el duque de Mayena.--Combate en Arques.--Se retiran los liguistas.--Se apodera y saquea Enrique de Navarra los arrabales de París.--Se retira segunda vez á Normandía.--Vuelve á este pais el duque de Mayena.--Batalla de Ivry ganada por Enrique.--Derrota completa de Mayena.--Negociaciones infructuosas.--Sigue la guerra.--Bloqueo de París por Enrique de Navarra.--Entusiasmo de la poblacion.--Apuros que padece por el hambre.--Incertidumbre de Enrique de Navarra.-Saben los de París la aproximacion del duque de Parma, que viene de Flandes en su auxilio.

1589—1590.

A la muerte de Enrique III, último vástago varon de la casa de Valois, pasaba la corona de Francia en virtud de la ley sálica á Enrique de Navarra, hijo y heredero de Antonio de Borbon Vendome, primer príncipe de la sangre. Eran pues incontestables sus derechos á los ojos de la ley; mas los liguistas y Felipe II miraban las cosas de distinto modo. ¿Se reconoceria por rey cristianísimo de Francia á un hugonote, á un herege relapso, á un enemigo de la Iglesia? Despues de tantos sacrificios, de tanta agitacion por restablecer el catolicismo en todo su esplendor, por purgar al suelo de la infeccion de la heregía, ¿se la pondria ahora sobre el trono? ¿Despues de haber destituido á Enrique III por sus sentimientos sospechosos, acatarian como su sucesor á un calvinista declarado? Tales debian de ser y tales fueron los sentimientos y la lógica de los católicos ardientes. Si no era

tan vivo el entusiasmo de los moderados, de los que seguian las banderas del rey, se mostraron remisos unos y contrarios abiertamente otros á reconocer como su sucesor á un príncipe enemigo de su religion y excomulgado por la Iglesia. Asi los dos campos que por interés de política y de defensa mútua se habian unido en Tours y venido juntos á las inmediaciones de París, se volvieron á separar despues que el puñal de un asesino dejó á la Francia sin monarca. Quedó Enrique de Navarra solo con sus tropas calvinistas, que le saludaron como á rey, mientras los principales señores y jefes del ejército real se dirigian por separado hácia los provincias donde tenian cada uno mas partido.

¿Qué haria en semejante aislamiento el nuevo rey de Francia ó el que como su rey se contemplaba? ¿Se apresuraria á abjurar el calvinismo por segunda vez, desacreditándose de este modo con los suyos? ¿Se mantendria fiel á sus doctrinas continuando alzada la barrera que de la gran generalidad le separaba? A este último partido se atuvo por entonces como mas en consonancia con las leyes de su honor, lisonjeando de vencer con su conducta y con sus manifestaciones la repugnancia de los menos decididos, ya que no pudiese desarmar los odios tan altamente pronunciados. Expidió decretos de tolerancia religiosa, prometiendo respetar en todo las conciencias, y una igualdad de derechos políticos para los sectarios de ambos cultos; entabló negociaciones con los principales personajes disidentes; trató de sembrar odios y atizar resentimientos contra los príncipes de Lorena y los jefes mas ardientes de la liga; mas nada por entonces tuvo efecto. Bien pronto vió Enrique la necesidad de encomendar sus derechos á la suerte de las armas. Una nueva guerra se iba á encender de secta, de doctrina, de política. Iba á pertenecer la corona de Francia á los mas fuertes y los mas sagaces. De esta cualidad no carecia sin duda el de Navarra, mas sus fuerzas eran pocas, reducido á sus correligionarios. Se vió pues obligado á levantar

el sitio de París, y aun hubiese tenido que pasar el Loira y abrigarse en las montañas de su pais nativo, si su hábil política no le hubiese proporcionado el apoyo de la reina inglesa, con quien estaba unido por los vínculos de la religion, y por los del odio que profesaban los dos al rey de España. Para estar mas á mano de recibir los socorros de Isabel, tomó con una parte de sus tropas la direccion de Normandía, mientras se encaminaba un cuerpo á Picardía para observar á los españoles, y un tercero á Champaña con objeto de facilitar la entrada de los reitres alemanes.

Se entregaba París mientras tanto á los arrebatos de una frenética alegría. Estaba ya libre de enemigos, y en el sepulcro el rey que tantos temores y odios excitaba. Solo con la indignacion producida por el asesinato de Enrique de Lorena se podia comparar el entusiasmo que encendió la noticia de haber caido Enrique de Valois bajo el puñal de un asesino. Ya no existe el rey Herodes, el perjuro, el enemigo de Dios, el que ocultaba tantos vicios con el manto de la hipocresía. Se habia librado la Iglesia de su azote; se habia consumado el triunfo del catolicismo. ¿Y á quién se debia tal victoria? ¿Qué brazo generoso se habia alzado para la expiacion de tantos crímenes? ¿Quién habia volado á recibir la palma del martirio para librar á París de su tirano? El nombre de Jacobo Clemente corria de lengua en lengua entre la muchedumbre ciega de furor y fanatismo; en todos los púlpitos resonaban los elogios del valeroso mártir; nunca se habia decretado un apoteosis con aplauso mas unánime. Cien relatos, cien canciones en todos estilos circulaban relativas al asunto; en infinitas estampas se reproducia la hazaña de Jacobo Clemente asesinando al rey, y la profunda humildad con que se entregó despues al acero de sus vengadores. El ayuntamiento, la Sorbona, el Parlamento y sobre todo los Diez y seis rivalizaban en demostraciones de alegría en arengar al pueblo congratulándose con su entusiasmo.

En cuanto al rey de España, no son difíciles de ima-

ginar los sentimientos que excitó en él un acontecimiento tan inesperado. Uno de los principales de la liga en su abierta desobediencia á Enrique de Valois, tan interesado como los mismos Guisas en su final destronamiento, tan irritado y receloso como el liguista mas fanático por su alianza con Enrique de Navarra, debió de ver en la tragedia de Saint-Cloud el dedo de la mano de Dios, y en la persona de Jacobo Clemente un instrumento de su justicia y su venganza. Sus instrucciones al embajador en aquella corte, don Bernardino de Mendoza, manifiestan bien con cuánto interés se ocupaba en aquellos acontecimientos. La correspondencia que antes habia seguido con el difunto Guisa bajo el nombre de Mucio la llevaba ahora con el duque de Mayena bajo el de Jacobo. El mismo interés se advierte en ella de proteger con todos sus esfuerzos los de la santa liga, de purgar al suelo francés del calvinismo, de que se declarase indigno de suceder á la corona de Francia Enrique de Navarra. El asesinato de Enrique de Francia ponia la cuestion mas clara, removia mil obstáculos, sobre todo el gran inconveniente de estar en abierta rebeldía con un rey coronado y consagrado. Aunque destituido, conservaba todavía el nombre de rey, un gran prestigio y sobre todo no se hallaba reemplazado.

Al reemplazo pronto de Enrique III debió de aplicarse desde luego la política del rey de España. De sus deseos participaban el Consejo de la Union, el Parlamento y la municipalidad, mientras los Diez y seis y la Sorbona se inclinaban á la prolongacion del interregno. Era tanto mas temible esta situacion, cuanto Enrique de Navarra podia convertirse en el momento menos pensado á la religion católica y dejar burlados á sus enemigos, ó crear á lo menos grandes confusiones. Y tan en esta idea estaba Felipe II, que encargaba frecuentemente en sus cartas no hiciesen caso, si se llegaba á realizar la conversion de un hereje relapso, en cuya religion solo intereses humanos influian.

A vivir entonces el duque de Guisa, tal vez se hubiese alzado en el escudo á su persona, con arreglo á la falsa genealogía que le habian dado sus adictos, haciéndole descender de Carlo-Magno. El heredero de este príncipe era un niño, y además se hallaba cautivo en poder del de Navarra. El duque de Mayena no tenia derechos que alegar, ni tampoco era su persona tan ídolo, como la del otro, de la muchedumbre. Se abstuvo por entonces Felipe II de alegar los suyos en nombre de la infanta Clara Eugenia, hija de Isabel de Valois, hermana del difunto Enrique; pues además de los obstáculos de la ley sálica, le convenia disimular, ó tal vez no estaban todavía sus planes bien maduros. Por entonces influir en los destinos del pais y arrojar de su suelo á los herejes eran los principales móviles de su conducta. Para conseguirlo en aquella coyuntura, aprobó la idea que ocurrió al Consejo de la Union de nombrar por rey al cardenal Cárlos de Borbon, tio de Enrique de Navarra, hombre pacífico, manejable, y muy entrado en años Con esto se respetaban los derechos de la casa de Borbon, llamada por la ley á la sucesion de la corona, y aunque se nombraba al menor en perjuicio de Enrique de Navarra, jefe en la actualidad de la familia, habia que achacar la irregularidad ó infraccion á que era este príncipe enemigo de la Iglesia, indigno de la denominacion de Cristianísimo, título de que tanto los reyes de Francia se preciaban. Por otra parte ofrecia el nombramiento del cardenal la gran ventaja de que no teniendo hijos aplazaba la gran cuestion política de la definitiva sucesion de la corona.

Fué proclamado y reconocido por la santa liga el cardenal de Borbon por rey de Francia, cautivo á la sazon en manos de Enrique de Navarra, despues de haberlo estado en las del último monarca. Por esta circunstancia y otras personales, no podia ser el cardenal mas que un fantasma de monarca, aunque todos los actos del poder llevaban el sello de su nombre; fué reconocido

Cárlos X por Felipe II, por el Pontífice, por todos los príncipes católicos á la santa liga, mas no era precisamente un rey y sobre todo un rey nominal que necesitaba tan vasta asociacion. Era preciso vencer á Enrique de Navarra, quien en nada pensaba menos que en renunciar al título de rey de Francia, que sin titubear á la muerte del último Valois habia tomado.

En grandes apuros se encontraba este otro fantasma de monarca; pues tal se podia llamar por las pocas fuerzas de que disponia, por sus menos medios de pagarlas, y por los poquísimos franceses que reconocian sus derechos. Convencido de la necesidad de conquistar su herencia con la punta de la espada, buscó aliados, entabló negociaciones y desplegó tan grande habilidad en diplomacia, como valor en los campos del combate. La reina de Inglaterra, siempre propensa á tender al protestantismo una mano protectora, á crear disgustos y obstáculos al rey de España, alistó un cuerpo de cuatro mil hombres, y le hizo embarcarse para las costas de Normandía, con un subsidio pecuniario de veinte mil libras esterlinas, socorro á la sazon no despreciable. Por mediacion de la reina inglesa negociaba Enrique en las córtes de Alemania. Los príncipes luteranos del imperio, aunque entonces muy necesitados, enviaron algunos auxilios, y ofrecieron mas para en adelante, siendo esta alianza de secta, reciprocidad de sentimientos, é identidad de intereses lo que hacia mas al caso á un príncipe tan necesitado. Tambien se le mostró amiga y aliada la república de Venecia, disgustada á la sazon con el rey de España y el Pontífice, y á la que agradaba se suscitasen enemigos á vecinos tan incómodos. Con Enrique III se habia mantenido en los términos de la mejor inteligencia; cuando á su muerte solicitó el de Navarra de la república la renovacion de dicha alianza, no tuvo reparo en enviar un embajador al nuevo rey, felicitándole por su subida al trono. Iguales sentimientos de amistad le manifestó el sultan Amurates, por

medio de una carta muy expresiva, en que mostraba interés por la victoria de su causa, con la oferta de que le enviaria gente y buque á Marsella si fuese necesario. Se engrosó algun tanto Enrique con los cuatro mil ingleses. Sabedor de que el duque de Mayena se movia de París en busca suya, hizo que se le reuniesen los dos cuerpos que tenia en Picardía y en Champagne, á las órdenes el primero del duque de Longueville y del de Aumont el segundo. Luego que tuvo lugar la reunion, se preparó á recibir al general de la liga, tomada posicion junto al pueblo de Arques, en un campo atrincherado, y defendido por suficiente artillería.

Salió en efecto el duque de Mayena de París á la cabeza de catorce mil de á pie y tres mil caballos, toda gente de la liga, y de los señores mas adictos á sus intereses. Los que habian permanecido fieles á Enrique III despues de su ruptura con esta asociacion, se habian retirado á sus provincias y parecian no tomar parte á lo menos por entonces en aquella nueva lucha. Asi estaba empeñada verdaderamente entre el catolicismo ardiente y el hugonotismo; entre Roma y Ginebra. Debia, pues, de ser este choque impetuoso y duro, como entre creencias que se odiaban, que mútuamente se excluian.

Viéndose Mayena superior en fuerza, procedió desde luego al ataque del campo atrincherado de los de Bearne; mas no fué dichoso, hallándose el enemigo tan bien pertrechado de cañones. Fué repelido en todos los ataques con notable pérdida, y una vez que pudo penetrar dentro del campo, se vió precisado á abandonarle; tal fue el ímpetu con que por todas partes fué cargado. La victoria se declaró por el campo calvinista, y Mayena se retiró, sin duda algo confuso y cuidadoso con este mal principio de campaña.

Era esta victoria de Arques un presagio muy feliz para el partido calvinista. No podia menos de darle gran fuerza moral un choque en que la superioridad del

número estaba tan á favor de los contrarios. Conservaban los veteranos de Enrique de Navarra su gran reputacion de valentía. No carecian de esta cualidad sus enemigos; mas no tenian su experiencia en los combates, y sobre todo la gran disciplina á que estaban tan acostumbrados. Eran hombres de hierro, hechos á todas privaciones, familiarizados con todos los peligros. Por esta gran diversidad entre ambos campos, por la superioridad de número del católico, por las ventajas que en pompa y lujo militar llevaba éste á su enemigo, se acostumbraba en todas estas guerras á comparar el de los calvinistas con el de Alejandro, el de los católicos con el de Darío.

Se retiró el duque de Mayena hácia Picardía con objeto de recoger en sus filas los socorros que aguardaba del duque de Parma. Mientras tanto se reunian con Enrique un nuevo refuerzo de ingleses que le enviaba Isabel, y además muchos aventureros que venian en busca de su antiguo pendon desde las montañas del mediodia. Mas con el aumento de soldados crecian tambien los apuros para mantenerlos. Las veinte mil libras de la reina de Inglaterra se iban consumiendo poco á poco. Era Enrique para el alto punto que ocupaba, y los empeños en que se ponia, sumamente pobre: ninguno de sus partidarios era rico, y en aquellos apuros no hubo para él otro recurso que aprovecharse de la ausencia del duque de Mayena, cayendo de repente sobre la capital, contando con cogerla desapercebida.

París no lo estaba, aunque sin preveer por entonces este movimiento de Enrique de Navarra. La municipalidad, los cuartenarios, el gobernador duque de Aumale, desplegaron su actividad y vigilancia acostumbradas; se doblaron las guardias de las puertas; se prepararon las cadenas para tenderlas por las calles. Se tomaron todas las medidas para sostener un sitio; mas esta operacion no entraba por entonces en los cálculos de Enrique, cuyo ánimo era sólo apoderarse temporalmente de los

arrabales. Por muchas precauciones de defensa que tomaron los liguistas, no pudieron impedir que los reales se apoderasen del barrio de Santiago y otros de la orilla izquierda que saquearon. Prohibió Enrique bajo las penas mas rigorosas que se entrase en las iglesias, y las despojasen de la menor cosa; tal era su ansiedad por no ofender en la parte mas sensible á los católicos. Despues de hacerse con un botin considerable que remedió las necesidades de su ejército, se retiró tranquilamente y sin ser molestado de París, donde volvió á entrar muy pronto el duque de Mayena.

Se concluyó aquel año 1589, sin mas hechos militares, no porque faltasen deseos y energía para hacer la guerra, sino por el tiempo indispensable que los preparativos absorbian. Tambien Mayena se hallaba exhausto de recursos. Se le habian remitido de Flandes mil y cien lanzas á las órdenes del conde de Egmont, con algunos socorros pecuniarios que no cubrian las necesidades de la liga. Tendia siempre el rey de España su mano protectora, mas los liguistas se quejaban de que no correspondian las dádivas á sus empeños, mientras Felipe II preguntaba por su parte en qué se invertian tantas sumas como enviaba.

Salió el duque de Mayena de París, á principios de 1590, con direccion á Normandía, donde se hallaba Enrique sitiando la plaza de Dreux, bastante fuerte en aquel tiempo. Era la intencion del general de la liga hacer levantar el sitio; y como su rival no pensaba en aguardarle, salió á su encuentro, situándose en Ivry, á dos leguas de la plaza. Llegó pronto el de Mayena, y los dos campos se prepararon para una batalla. Constaba el ejército de la liga de diez mil infantes y cuatro mil caballos: era bastante inferior en número el de Enrique. Se desplegaron las dos líneas: la batalla comenzó con el fuego de la artillería del rey que hizo bastante daño en las filas de la caballería valona, formada á la derecha de la línea de Mayena. Avanzó esta con objeto

de apagar sus fuegos. Mas habiendo acudido los caballos de la ala izquierda de la línea de Enrique, no pudieron los flamencos resistir al choque de aquellos veteranos endurecidos con la fatiga, capitaneados por el príncipe en persona. Con este mal principio de batalla hizo avanzar el general liguista las tropas alistadas por la municipalidad de París, cuya esperiencia de la guerra no correspondia sin duda á su arrojo y entusiasmo. Tambien cejaron ante las picas y arcabuces de las tropas reales. Quedaba por último recurso al de Mayena la infantería en número de tres mil suizos que formaban el cuerpo de reserva; mas estos mercenarios á quienes se les debian muchas pagas, permanecieron inmóviles formando un cuadro con arcabuceros en los ángulos, sin hacer caso de las órdenes, amenazas, exhortaciones y ruegos del duque para que le sacasen de aquel gran conflicto. Cuando avanzó el ejército de Enrique ya vencedor, se pasaron todos al campo del rey, consumándose así la derrota de los de la liga. Fué muy grande su pérdida en gente y material. La retirada se hizo en el mayor desórden. Los de Enrique los persiguieron hasta Mantes, donde se rehicieron, temiendo desordenarse á seguir mas lejos el alcance. Se condujeron las tropas del rey (pues ya con este título le designaremos) como cumplia á quienes tenian que corresponder á su gran reputacion, y los cuatro mil ingleses, mandados por el lord Willoughby, como hombres deseosos de manifestar la importancia de su auxilio. Se mostró mas valiente que nunca el rey Enrique, haciendo ver su profunda conviccion de que solo en los campos de batalla haria legítimos los derechos que habia debido al nacimiento. Naturalmente atrevido y arrojado, se le vió en aquel dia en los puntos del mayor peligro, cargando á la caballería valona al frente de sus valientes veteranos. No era gran capitan, mas suplia muchas veces con golpes de audacia las faltas del saber, y se empeñaba en temeridades felices, que equivalen á las combinaciones mas sábiamente pre-

paradas. Por otra parte no era él en su campo quien trazaba el plan de las batallas. A capitanes mas entendidos, y sobre todo al mariscal de Biron, encomendaba este cuidado, mientras él se aplicaba á pelear, á reunir en derredor de su penacho blanco á los que con entusiasmo le seguian, y con ojos tan inquietos buscaban esta bandera en lo mas récio del combate.

Dió la victoria de Ivry á Enrique una fuerza moral, una reputacion, un ascendiente que fijó su destino y casi resolvió el problema de su sucesion al trono disputado. La accion de Arques no habia sido mas que un ensayo feliz, pues el duque de Mayena, aunque llevando lo peor, se retiró sin haber sido destrozado. En Ivry lo fué completamente en campo raso, y perseguido por espacio de doce leguas sin tregua ni descanso, con la mortificacion ademas de dejar en poder del enemigo un cuerpo intacto que consumó su desercion cuando con sus esfuerzos mas contaba. No tenia el duque de Mayena la reputacion ni el prestigio de su difunto hermano. Hombre lento, sobrado metódico, grueso, pesado en su persona, no era para rivalizar con Enrique de Navarra. En su parcialidad, gozaba la reputacion de moderado, que no era un título de popularidad con los liguistas mas ardientes. Por otra parte, dependiente en sus operaciones como capitan del Consejo de la Union de la municipalidad de París, de los Diez y seis, que en todos los negocios se mezclaban, tenia muchas desventajas con respecto al rey, que de nadie dependia.

Abrió la batalla de Ivry nuevo campo de negociaciones á los moderados del partido católico, que si bien no querian un rey calvinista, se mostraban contrarios á las pretensiones de los jefes ardientes de la liga, del rey de España, y de los Guisas. En este partido medio entraban los mismos conocidos antes con el nombre de políticos, y cuantos se habian adherido á la causa de Enrique III cuando su destitucion por los jefes de la liga. Ardientes partidarios de la ley sálica, les repugnaba verla

infringida á favor del rey de España, muy poco popular con todos los partidos, ni aun de la casa de los Guisas, á cuyas pretensiones, como descendientes de Carlo-Magno, no se podia atender, sino dando por usurpadores é ilegítimos todos los monarcas de la casa de Capeto. Era legítimo rey de Francia Enrique de Navarra en virtud de la ley sálica, sin que hubiese otro obstáculo que el de su religion para ser reconocido. ¿Era insuperable dicho obstáculo? ¿No se cortaba el nudo de la dificultad con la vuelta de Enrique al seno de la Iglesia? A la obra de esta conversion se dirigieron pues las negociaciones, los pasos, y toda la política del partido medio. Participaba sin duda de las mismas opiniones Enrique, hombre sagaz, que conocia el estado de las cosas, y probablemente recordaba las palabras que Enrique III le habia dicho á la hora de su muerte. Su conducta anterior y la que observó despues en materias religiosas indica bien lo poco pegado que estaba á estas doctrinas y que no habia nacido para mártir. Mas á la sazon tenia demasiados compromisos con los calvinistas, que tan fiel y denodadamente le servian; se hallaba demasiado unido con la reina inglesa, tan propensa siempre á tenderle una mano protectora; se habia manifestado en fin demasiado francamente acerca de sus dogmas religiosos, para que tan pronto pudiera desdecirse sin mengua de su honor, sin esponerse á perder la gracia de los calvinistas, y hasta caer en descrédito con los católicos. Así las primeras negociaciones para obtener esta conversion fueron infructuosas, aunque Enrique usaba siempre el lenguaje de un hombre deseoso de abrazar la verdad, y abjurar errores, inmediatamente que le convenciesen de que caminaba errado. No era, sin duda, esto cerrar la puerta á la esperanza.

Por otra parte los católicos ardientes, los grandes agitadores de la santa liga, al saber las tendencias del partido medio y los pasos que daban para arrancarles la presa de las manos, se entregaron á nuevos arrebatos de intolerancia y fanatismo. Cuantas injurias y denues-

tos, tanto de palabra como por escrito, se habian lanzado en París y otras ciudades de Francia que seguian su ejemplo contra el difunto rey, se innovaron ahora contra Enrique. Volvieron á tronar los púlpitos; volvieron á resonar en las bóvedas de los templos, en las calles y plazas los nombres de rey Herodes y tirano, de enemigo de la religion, de hipócrita, de sentina de vicios y desórdenes. Los Diez y seis, la Sorbona, la municipalidad, en vez de templar atizaban mas y mas el fanatismo de la muchedumbre. Se adheria el Parlamento á esa política, aunque no de un modo tan enérgico; la fomentaba con ahinco el Consejo de la Union, tan interesado en la esclusion del de Navarra. ¿Irian con una conversion á perder el fruto de tantas intrigas, tantos manejos y tantos sacrificios? Despues de tanta sangre derramada por la preservacion de la fe católica, ¿se la encomendaria á la custodia de un maldito calvinista? ¿Seria rey Cristianísimo de Francia el enemigo encarnizado de la Iglesia? ¿Bastaria para espiar tantos crímenes una conversion forzada en que el de Navarra sacrificaria probablemente á intereses mundanos su conciencia? ¿Qué confianza podia inspirar á los buenos católicos esta abjuracion forzada de un relapso? Tal era el testo de todos sus discursos.

En cuanto al rey de España, no podia menos de ser el eco, el fomentador, si no el alma de tan acaloradas manifestaciones. Con la conversion de Enrique se le trastornaban sus planes de política, se le inutilizaban cuantos sacrificios hacia y habia hecho. Tenia que renunciar á la esperanza de purgar el suelo francés del calvinismo, que abandonar la idea de dominar la política de aquel, ya por sí mismo, ya indirectamente. Hasta entonces no habia manifestado pretensiones á la sucesion de la corona en nombre de su hija Isabel Clara Eugenia como heredera de Isabel de Valois, hermana mayor del rey difunto; mas sea que aspirase á esta abolicion en su favor de la ley sálica, sea que se contentase con que se enlazase dicha infanta con el jóven duque de Guisa cuando recayese en

sus sienes la corona, como era sin duda el plan del Consejo de la Union, debia de renunciar á todo en caso de que la conversion de Enrique satisficiese como era natural á los que se contentaban con que no fuese calvinista. A imposibilitar esta conversion, á presentarla como sumamente sospechosa, á manifestar que nunca correria la religion católica mas riesgo que cuando mandase en Francia un rey con este manto disfrazado, se aplicó en un todo su política. Al embajador en París, que lo era entonces el duque de Feria, envió nuevas instrucciones, ofreciendo su proteccion y nuevas dádivas. Al duque de Mayena, á los demas príncipes de la casa de Guisa, á los miembros mas influyentes del Consejo de la Union y de la liga, envió igualmente cartas de amistad y de amonestacion, haciéndoles ver las calamidades que preparaban al pais á caer en el lazo de la conversion que les armaban. Tambien movió los resortes de la córte de Roma, haciendo que le presentasen en Paris un legado para mantener vivos los sentimientos de intolerancia y tener á los habitantes bien en guardia contra las asechanzas del partido medio.

Con este choque tan diverso de naciones, con incompatibilidad tan positiva de intereses, no habia mas medio que el de continuar la guerra. La muerte de Cárlos X que ocurrió por aquel tiempo, no influyó por el pronto en ningun cambio de negocios. Reasumió por el pronto el Consejo de la Union las riendas del gobierno que nunca habia llevado el rey Cardenal, habiéndole cogido la muerte en la prision donde le tenia su sobrino.

A muy poco despues de la batalla de Ivry, se movió rápidamente Enrique de Navarra con sus tropas vencedoras sobre los muros de París, y como el ejército de Mayena habia sido completamente destrozado, se atrevió el rey á poner formal sitio á la inmensa capital, suponiendo que se hallarian abatidos los ánimos con tan grande pérdida. Mas no sabia de cuánto horror era objeto su persona, ni los sentimientos de valor y audacia que den-

tro de aquellos muros fermentaban. Se hallaba París casi sin ejército, mas suplieron esta falta, la actividad, el entusiasmo y el tino con que la municipalidad y los cuartenarios organizaron los medios de defensa. Son admirables las disposiciones, los infinitos pormenores de las instrucciones que dieron á los jefes de los diferentes puestos, y el encadenamiento con que estaban ligadas las partes de tan inmensa máquina como la defensa de una vasta capital, cuyas fortificaciones no se hallaban en muy buen estado. Todos los ciudadanos admitieron gustosos el cargo que como á militares se les encomendaba, y con el mayor entusiasmo volaron á sus puestos. A estos medios materiales de defensa se añadieron los que en semejantes guerras suministra la pasion de partido, el odio al que trata de erigirse en dominador, el fanatismo, en fin, civil y religioso. Adquirió éste, si era posible, nuevo pábulo con la presentacion de los enemigos. Circularon nuevos folletos y canciones marcadas con el sello de la virulencia que distinguia aquella época. Se volvieron á llenar los templos de católicos que pedian al cielo el esterminio de los calvinistas: volvieron á tronar en los púlpitos los oradores mas fogosos de la liga, presentando á Enrique de Navarra como el enemigo mas feroz de Dios y de la Iglesia, brindando con la corona del martirio y abriendo las puertas del cielo á cuantos sellasen con su sangre la defensa de la fé católica. A cada hora circulaban en París procesiones de penitentes en que llevaban el Santísimo, á las que concurrian muchos eclesiásticos, sobre todo frailes, con el Crucifijo en una mano y agitando una espada ó un puñal con la otra. Nada faltaba, pues, de cuanto podia contribuir al heroismo sublime, al frenético furor de una defensa. En medio de demostraciones tan hostiles y tan enconadas, sufria París todos los horrores del hambre y falta de otras cosas necesarias á la vida, pues Enrique de Navarra temiendo por imprudente, y en efecto lo era, atacar á viva fuerza aquella inmensa poblacion contra él exasperada, habia con-

vertido el sitio en un bloqueo tan estrecho y riguroso que privaba á París por tierra y agua de todas sus comunicaciones. En varias historias se hallan los pormenores de los apuros en que puso á París un cerco tan estrecho, sin que sus habitantes reducidos á la desesperacion quisiesen dar oidos á diferentes proposiciones de avenencia que Enrique, unas veces en tono de persuasion, y otras con el de amenaza, les hacia. Se habla de gentes muertas de hambre por las calles, de personas que acosadas de la desesperacion se llegaron á alimentar de carne humana. Todo es creible de tan considerable poblacion á tantos apuros reducida. Mas es un hecho histórico que en tan duros conflictos no se abatió el valor de los habitantes de París, ni bajó de punto el fanatismo religioso que consideraba en el de Navarra el enemigo de Dios y de los hombres. Ya se hallaba éste vacilante, dudoso del partido que debia tomar, irritado por una parte con tan feroz determinacion, y atormentado por la otra con la idea de que se le acusase de ser el esterminador del vecindario de su misma capital, ó á lo menos de la que como suya contemplaba. No se podia preveer el partido que tomaria, ni la definitiva consecuencia de la obstinacion y furor del pueblo de París, cuando se convirtió este luto en júbilo al saberse como cosa cierta que se acercaba el salvador porque estaban hacia tanto tiempo suspirando: el duque de Parma.

CAPITULO LXVI.

Manda Felipe II al duque de Parma que entre con su ejército en Francia para levantar el sitio de París.--Repugnancia de Alejandro.--Hace representacion al rey sobre lo fatal de esta medida.--Insiste Felipe II despues de oir á su Consejo.--Se prepara el duque de Parma á su expedicion.--Entra en Francia su vanguardia.--La sigue él mismo á la cabeza del cuerpo de su ejército.--Reunion de los coligados en Guisa.--El duque de Mayena.--Llega el campo combinado á Meaux.--Perplejidad de Enrique de Navarra.-Deja los muros de París y avanzan hasta Cheles. -Cartel de desafío que envia al campo de los confederados. --Respuesta de Alejandro.--Preparativos de batalla.-- Movimiento rápido de Alejandro sobre la plaza de Lagny. --Toma de esta fortaleza.--Levantamiento del sitio de París.--Regocijo de la capital.--Licencia el rey de Navarra parte de su ejército y se retira á Normandía.--Toma de Corbeil por los coligados.--Vuelta de Alejandro Farnesio á los Paises-Bajos (1).

1590.

Ya sabemos los muchos sacrificios que tanto en dinero como en gente costaba á Felipe II la influencia que ejercia en los negocios de la Francia, desde el principio de las guerras civiles y religiosas que tenian ya de dura tantos años. Cuanto mas andaba el tiempo, tanto mas se complicaba la situacion y crecian para él los temores ó las esperanzas; tanto mas necesario le era hacer esfuerzos para no malograr los que ya habia hecho. Despues de la jornada de las barricadas y el asesinato del duque de Guisa, se habian estrechado mas sus vínculos con la liga; la muerte de Enrique III le habia identificado con esta vasta asociacion, instrumento de sus miras ambiciosas. La gran prueba de

(1) Las mismas autoridades.

que consideraba á la liga como cosa propia, y los asuntos de Francia como personales, es que descuidaba en su favor intereses de grandísima importancia, hasta el punto de traer en su auxilio, desde los Paises-Bajos, tropas que le eran indispensables para la sujecion de sus provincias. Inmediatamente que se declaró una nueva guerra entre la santa liga y Enrique, dió el rey órdenes al duque de Parma para que enviase cuantas fuerzas le fuesen posibles en auxilio del duque de Mayena, advirtiéndole que se preparase él mismo á entrar en Francia á la cabeza del ejército. Obedeció Alejandro las órdenes del rey enviando un cuerpo de mil caballos y dos mil infantes á las órdenes del conde de Egmont, que fué muerto en la batalla de Ivry, habiendo participado sus tropas de la derrota total que cayó al ejército de los liguistas. Al saber Felipe II esta noticia, al ver tan comprometida de nuevo la suerte de la liga, sobre todo con el sitio de París que acababa de poner Enrique de Navarra, no titubeó en enviar órdenes terminantes al duque de Parma para que con cuantas mas fuerzas pudiese, entrase en Francia y acudiese á levantar el sitio de su capital tan sériamente amenazada. Para mover mas el ánimo del duque, pasó el de Mayena á verse con él en los Paises-Bajos, donde le hizo ver los apuros de su situacion, la gran gloria que aguardaba á Farnesio con ser el libertador de aquel pais, y las inmensas ventajas que su protectorado iba á producir al rey de España. Mas ni estas razones tan plausibles, ni las órdenes terminantes de Felipe II, podian apartar de los ojos del duque lo que tenian de desacertadas. Imprudente le pareció en efecto que se enviasen como auxiliares en guerra extraña á un general y á un ejército tan activamente ocupados en dar término á una propia. Al cabo de once años de esfuerzos y trabajos en que habia reconquistado para el rey doce provincias de las sublevadas, se le arrancaba del teatro de sus glorias que aguardaba coronar con la sujecion de las restantes, sobre todo las de Holanda y Zelanda, tan apetecidas. A su cabeza se ha-

llaba el príncipe Mauricio distinguido por su actividad, pericia militar y artes de gobierno, digno en un todo de su padre, favorecido por la reina Isabel, aliado con los calvinistas de Francia, con los príncipes luteranos del imperio. ¿No era de temer que se aprovechase este jefe de su ausencia, que robusteciese su mando en las provincias que le eran tan afectas, que agrandase su territorio auxiliado como estaba por la reina y por todos los que á disminuir la dominacion del rey católico aspiraban? La pérdida de Breda manifestaba bien la actividad del príncipe de Orange y el peligro que corrian las provincias ya sujetadas y cuyos verdaderos sentimientos no podian ignorarse. ¿Cómo se podria presentar en Francia con fuerzas respetables dejando en Flandes las suficientes para continuar la obra que con tantos trabajos y todo género de esfuerzos llevaba tan adelantada? Su ejército no era bastante numeroso para atender á dos objetos de tanta consideracion. El dinero escaseaba, y cada momento se podian temer las sediciones que los apuros de esta clase tan frecuentemente promovian. El fruto de la expedicion de Francia era dudoso, y muy seguro el mal que la ausencia de las tropas iba á producir en Flandes.

Tales fueron las razones que el duque de Parma expuso al rey para disuadirle de la determinacion que habia tomado en favor de aliados sospechosos, tan en perjuicio y detrimento de sus propios intereses. A pesar de que Felipe II habia tomado irrevocablemente su partido, le pareció oportuno someterlas á la deliberacion de su consejo. Opinaron algunos porque se siguiese el dictámen de Alejandro, haciendo ver la imprudencia de ayudar á los extraños con lo que hacia tanta falta dentro de la propia casa. Que no estaba el rey tan seguro de la buena fé de los jefes de la liga, que no se pudiese temer fuesen pagados con ingratitud tan costosos sacrificios; que podian tomar los negocios en Francia un sesgo tal, que dejase burlada del todo su política; que con tantas parcialidades é intrigas como pululaban en aquel pais donde el rey de Na-

varra tenia infinitos partidarios, se podia temer que al fin se diese un paso que conciliase los intereses de la ley sálica con los de la iglesia católica, en cuyo caso serian perdidos cuantos gastos habia hecho el rey en Francia, y quedarian sin ninguna indemnizacion los perjuicios que le produjese en Flandes la separacion de tantas tropas; que la final sujecion de todas las provincias de los Paises-Bajos era el principal objeto á que debia encaminarse la política del rey católico, como el medio de dar para siempre término á una guerra que por veinte y dos años costaba tanto dinero y tanta sangre; guerra que seria acaso interminable, si se hacia salir de Flandes al ejército y al general afortunado que por su valor y capacidad en tan buen estado la llevaba.

Contra estas razones expusieron otras los que trataron de hacerse mas gratos al monarca, de cuyas verdaderas intenciones se hallaban penetrados. Dijeron que por muy importante que fuese el concluir la guerra de Flandes, por muchos perjuicios que acarrease al rey el hacer salir de ellos al duque de Parma con un cuerpo de tropas respetable, todo se debia posponer al objeto importantísimo de auxiliar la santa liga que con tanto teson por defender la religion católica luchaba; que en Francia estaba el núcleo de la heregía y el verdadero centro de la insurreccion de los Paises-Bajos; que mientras no se destruyese á Enrique de Navarra y se le imposibilitase de subir al trono de Francia, no habia que esperar el triunfo completo de la religion en aquel pais donde el calvinismo se mostraba cada vez mas atrevido y orgulloso; que por lo mismo que se podia temer algun sesgo en los negocios de aquel reino que desbaratase los planes políticos del rey, se debia acudir con rapidez á fin de asegurar y robustecer la fé de los amigos y trastornar los proyectos de los enemigos ó los sospechosos; que la gloria de levantar el sitio de París, asiento principal del catolicismo en Francia, tan asegurada por los malditos calvinistas, era digna y propia de un gran rey que el

nombre de católico llevaba; que levantado este sitio, robustecida la liga y destruidas las esperanzas de Enrique de Navarra, volveria Alejandro á presentarse con doble prestigio delante de los rebeldes, desmayados sin duda con el vencimiento de sus correligionarios.

No hay necesidad de indicar que Felipe II se atuvo á esta opinion que no era mas que un eco de la suya. El resultado fué la reiteracion de la órden dada al duque de Parma de ponerse en camino para Francia, segun se le tenia mandado. Esforzó el rey en su carta todas las razones que se habian expuesto en el Consejo en favor de la medida. Le hizo ver que su ausencia de los Paises-Bajos no seria tan larga que diese al príncipe Mauricio lugar de extender su territorio; que el servicio que en Francia iban á hacer sus armas á la religion católica, era de bastante importancia para que delante de él desapareciesen todos respetos y consideraciones: que estaba reservado á un capitan de su reputacion llegar á la cumbre de la fama en el nuevo teatro que se iba á ofrecer á su capacidad y valentía: que él por su parte tendria por un grande obsequio que se prestase á dar gustoso esa nueva prueba de fidelidad y de obediencia.

A tan reiteradas y estrictas órdenes, no restaba mas respuesta que obedecer al gobernador de Flandes. Cuantas razones alegaba el rey acompañadas de elogios tan lisonjeros para su amor propio, no destruyeron sin embargo las que le animaban á él mismo contra una medida que graduaba siempre de imprudente. A los obstáculos materiales que le ofrecia su pronta ejecucion se le añadia la repugnancia de abandonar un teatro donde habia adquirido una gran reputacion, por uno nuevo y desconocido en que podia tal vez comprometerla. Como estaba tan bien informado de lo que ocurria en Francia, le repugnaba mucho ponerse en juego con tantas parcialidades é intrigas, no siéndole dudosa la poca buena fé que á todos animaba. No desconocia el gran interés que habria en aquel pais en deslustrar su gran repu-

tacion, los muchos envidiosos que tenia en la córte de Madrid; dispuestos como estarian á sacar partido de cualquier revés que le ocurriese. Todavía recordaba cuanto se habia murmurado de su inaccion ó poca voluntad de auxiliar con su tropa y navíos al duque de Medinasidonia en la expedicion de la Invencible, cuando se hallaba sin medios para obrar de otra manera como ya hemos visto Mas todas estas reflexiones eran inútiles para un hombre á quien no quedaba mas recurso que obedecer las órdenes del rey ó dejar para siempre su servicio.

Cuanto mas afanado estaba en los preparativos de su expedicion, ocurrió un motin en el tercio español de Manriquez que guarnecia la plaza de Courtray, y por los mismos motivos que el de Leiva. No costó poco trabajo reducir á la obediencia unas tropas cuyo servicio era tan útil en aquella circunstancia. Ni ocurrió otro medio de acallar sus quejas, que satisfacerles sus pagas devengadas con dinero que acababa de llegar de España. Volvieron con esto á su deber los sublevados, que hasta entonces habian servido bien y cuyo valor estaba tan á prueba.

Hizo este tercio parte del cuerpo de vanguardia que se movió de Flandes un poco antes que Alejandro. Se componia de cinco mil hombres escogidos de infantería y ochocientos de á caballo. Su primer punto de reunion fué en Condé, pueblo de Flandes, de donde se trasladaron á Guisa, perteneciente á Francia. Al mismo tiempo que se hallaba en movimiento esta vanguardia, se dirigia el duque de Mayena con diez mil hombres de la liga á la frontera con el objeto de reunirse á las tropas de Alejandro. Permaneció este cuerpo combinado en Guisa aguardando la llegada del duque de Parma con el cuerpo principal y la artillería que estaba reuniendo á toda prisa.

Continuaba entre tanto la estrechez del sitio de París y los apuros de sus habitantes. Noticioso el rey del movimiento de los de Alejandro, dudó si los aguardaria en París ó les saldria al encuentro. Con lo primero conserva-

ba siempre la esperanza de hacerse dueño de la capital; adoptando el segundo expediente, conseguia la ventaja de presentar ó aceptar una batalla, desembarazado de las operaciones de un sitio que podian debilitar muchísimo sus fuerzas. Hizo pues amagos de ponerse en movimiento en busca de los enemigos, mas era demasiado importante la continuacion de aquel asedio para que le abandonase sin que motivo superior le obligase á ello, y así esperó que los enemigos marchasen hácia él, caso que tuviesen esta intencion, sin salirles por entonces al encuentro.

Al fin se movió el duque de Parma de Bruselas á mediados de agosto de 1590 al frente del cuerpo principal de su ejército con el tren de artillería, y por el camino mas corto se puso en marcha para Guisa, donde se reunió con la vanguardia. En seguida se dirigieron todos á Laon, donde ya los aguardaba el duque de Mayena para arreglar allí su plan de operaciones.

Hizo su entrada en Laon el duque de Parma con toda pompa y aparato, rodeado de sus primeros oficiales y á la cabeza del ejército. Fue recibido á la puerta por la municipalidad y demas autoridades, y no quiso recibir las llaves de la ciudad que con las formalidades de costumbre le ofrecieron. En seguida pasaron todos á la catedral donde se cantó el *Te-Deum*. Habiéndose despues reunido en la casa de su alojamiento los principales jefes de los dos ejércitos, y los principales funcionarios civiles y eclesiásticos de la ciudad, se dió lectura pública á las órdenes del rey, quien le mandaba entrar con un ejército en Francia en auxilio de la santa liga y defensa de la religion católica contra el partido calvinista, capitaneado por Enrique de Navarra, que en tantos peligros la ponia. Terminó el dia con festejos y manifestaciones públicas del entusiasmo que producia la llegada de tan poderosos auxiliares.

A diez y seis mil ascendia el número de los infantes, entre españoles, italianos, valones y alemanes, y á tres mil los caballos españoles é italianos, que componian el cuerpo de ejército del duque de Parma. Se contaban entre los

principales jefes Antonio de Leiva, español; el príncipe Castro Beltran, y Apio de Comitibus, italianos; el aleman Jacobo de Collalto; y de los flamencos, el príncipe Chimay, el marqués de Renty, los condes de Barlamont y de Aremberg. Diez mil infantes y tres mil caballos militaban á las órdenes del duque de Mayena.

Reunidos ya los dos generales, fue su primera operacion consultar sobre el plan de campaña de los dos cuerpos combinados. Fogosos como siempre los franceses, propusieron que se marchase inmediatamente sobre París á levantar el sitio de aquella capital, reducida á tantos apuros y estrecheces. No convenia tanta precipitacion al duque de Parma, capitan prudente, que todo lo meditaba y combinaba. Hallándose en un reino extraño devorado de facciones, natural era que antes de obrar de un modo decisivo tomase el pulso á las personas y á las cosas, que observase un poco los nuevos jefes que le rodeaban, las nuevas tropas que debian recibir sus órdenes. No desconocia sin duda los graves compromisos en que le habian puesto las del rey de España y á cuántos azares se hallaba expuesta su reputacion de entendido y hábil capitan, fruto de tantos años de afanes y trabajo. Sin contradecir, pues, abiertamente la opinion de Mayena y sus franceses, manifestó que antes de moverse necesitaba reforzarse mas con la retaguardia que aguardaba de un momento á otro, y sobre todo que llegase el dinero enviado por el rey, que resguardado por una fuerte escolta caminaba lentamente con todas las precauciones que hacia necesarias la inseguridad de los caminos.

Mientras tanto las negociaciones que van siempre en pos, y muchas veces de frente con las operaciones militares, hacian su papel en esta contienda tan reñida, casi á muerte. En Enrique era natural y sincero el deseo de arreglar las cosas amistosamente, hallándose con tantos enemigos y mortificadísimo con la repulsa del pueblo de Paris que á tan duras medidas le obligaba. Habia mala fé sin duda en los pasos de pacificacion dados por la liga,

que trataba de ganar tiempo para procurarse algun alivio en un sitio tan molesto. Era el gran nudo de la dificultad el calvinismo del rey, y al que se mostraba muy adicto por entonces. La paz era imposible; las treguas que le proponian los liguistas no convenian á quien contaba de un momento á otro con sujetar la capital, cada vez mas apurada.

Se trasladó con las negociaciones de París al campo de Mayena. Sabedor Enrique de la marcha definitiva de Alejandro, dió salvo conducto á los comisionados de París que iban á verse con el teniente general del reino en compañía de los suyos propios. Prometia de nuevo el de Navarra tolerancia completa en materias religiosas, y el ducado de Borgoña para el de Mayena con soberanía independiente. Le preguntaba al mismo tiempo qué era lo que esperaba de la alianza de un príncipe extranjero cuya ambicion y poderío amenazaban la independencia de la Francia, y le exhortaba al mismo no se hiciese instrumento de una política que en mengua del decoro nacional se erigia en árbitro de sus disensiones, cuyo arreglo á ellos solos concernia.

Respondió Mayena que en la altura á que habian llegado los negocios ya no estaba en sus facultades arreglar nada por sí mismo; que con la santa liga obraban enteramente el pontífice y el rey de España; que se dirigiese por lo tanto al duque de Parma, generalísimo de los coligados; que por su parte se mostraria siempre en guerra abierta contra los enemigos de la fé católica, y en cuanto al ducado de Borgoña, bien sabia el rey de Navarra de qué potencia dependia.

El duque de Parma, á quien se dirigió en seguida Enrique, se mostró mucho mas terminante y mas esplícito. Sin querer admitir á los embajadores sino en audiencia pública, respondió que habiendo recibido órdenes de su rey para combatir en Francia contra los enemigos de la fé católica, era el solo negocio de que se ocupaba por entonces; que mientras Enrique de Navarra fuese enemi-

go de la Iglesia, como enemigo de su rey tenia que considerarle; que en ningun asunto político tenia que entender, subsistiendo el mandato y sus motivos; y que por lo mismo no entraria con nadie en negociaciones antes de recibir las órdenes del rey para entablarlas.

Reforzado el campo de los coligados con tropas de Alejandro y al mismo tiempo de Mayena, se movieron ambos cuerpos, reunidos ya en uno solo, camino de París, llevando consigo muchos víveres de repuesto para socorrer á los sitiados. Mandaba la vanguardia el duque de Aumale, y el de Mayena el cuerpo del centro, donde entraban los españoles, valones, alemanes é italianos que acababan de llegar de los Paises-Bajos. Residia el mando supremo en Alejandro, general de un cuerpo de auxiliares, en pais donde se hallaban los príncipes de Guisa y otros personajes que pertenecian á la liga, circunstancia que indica bastante el grande mérito del general y la preponderancia que en este pais extraño ejercia el rey á quien representaba.

Marchaba el ejército combinado, como en pais enemigo, con todas las precauciones militares. No se descuidaba Alejandro en disponer reconocimientos con frecuencia, en proporcionarse itinerarios, y las reseñas mas exactas del pais que transitaba. Todos los altos se hacian metódicamente, eligiendo para acampar las posiciones mas seguras. Estaba bien penetrado el duque de lo que le iba en cualquiera descuido y negligencia marchando por aquel pais extraño.

Grande fue el conflicto de Enrique de Navarra al saber el movimiento de los coligados. ¿Saldria á buscarlos levantando el sitio, perdiendo asi el fruto de cuatro meses de afanes y trabajos? ¿Los aguardaria en sus líneas, privándose asi de la facultad de un campo propio para aceptar ó dar una batalla? ¿Podria dividir sus fuerzas para conseguir á la vez los dos objetos? El consejo, á quien sometió este asunto delicado, fue de opinion de que levantase el campo y saliese en busca de los enemigos,

pues este era el asunto mas interesante; mas dejando siempre delante de París algunas tropas para ocupar los puntos mas importantes de su comunicacion con los de afuera, siendo estos el Sena que atraviesa la ciudad, y el Marne que desagua muy cerca de la poblacion en la orilla derecha del primero. Habiendo el rey adoptado esta opinion en sus dos partes, levantó el campo con las precauciones indicadas y llegó á Cheles, el mismo dia que entraron en Meaux los coligados.

Se hallaban ya en frente y muy cerca uno de otro los dos hombres de guerra que llamaban mas entonces la atencion de Europa, aunque en desigual categoría y por medios muy diversos. Se distinguia Enrique de Navarra por su ardor, por su impetuosidad, por aquella intrepidez que no conoce obstáculos y se embriaga con la imágen del peligro; campeaban en Alejandro Farnesio la serenidad, el espíritu observador y reflexivo, el genio que medita y calcula con calma y sangre fria lo que despues va á ejecutar con la rapidez tan esencial en todos los movimientos de la guerra. Era Enrique demasiado soldado para poner en evidencia su mérito como capitan: tambien se distinguia Alejandro como soldado y gran soldado, mas se eclipsaba esta cualidad delante del tino, del don de mando con que tan aventajadamente le habia dotado la naturaleza. Se hallaba muy lejos de ser Enrique la cabeza de mas capacidad, el verdadero general en jefe de su ejército, aunque como rey estuviese en el ejercicio del supremo mando; mientras el duque de Parma era el verdadero jefe, el director, el alma principal de todas las operaciones de la guerra, extendiendo su influencia y ascendiente de su genio hasta á los mas famosos y experimentados capitanes que habian encanecido en las guerras de los Paises-Bajos. La campaña en que van á entrar estos dos caudillos uno contra el otro, será una explicacion de lo que tan sucintamente analizamos.

Con el movimiento de Enrique de Navarra pudieron entrar en París algunos víveres, aunque en cantidad

demasiado escasa para las necesidades que aquejaban aquella inmensa poblacion, hallándose todavía ocupados por los enemigos los principales puntos de comunicacion, sobre todo los dos rios. Sin embargo fué este respiro de bastante consideracion para que Alejandro combinase con calma sus operaciones sin aventurarse á ningun paso que le comprometiese demasiado. Fué su primera operacion en Meaux situarse en un campo atrincherado, que fortificó con todas las precauciones necesarias.

Pero al paso que el duque de Parma se mostraba tan lento en avanzar, se hallaba animado de impaciencia el rey de Francia de presentarle la batalla. Sin poder alejarse de París, temiendo á cada instante un accidente que le arrebatase de entre las manos una presa tan ansiada, sabedor por otra parte de que el bloqueo de París no se mantenia tan estrecho como él lo habia ordenado, era de su interés venir cuanto mas antes á las manos con los coligados. Para hacerlos salir al campo, no cesaba de inquietarlos con amagos de ataque por varios puntos de sus líneas. Mas no se daba cuidado el duque de Parma de sus provocaciones.

Impaciente el rey, envió al campamento enemigo una especie de cartel ó desafío en que echaba en cara al duque de Mayena su demasiada prudencia ó cobardía de permanecer encerrado en sus trincheras, invitándole á salir al campo á medirse con su rey, cuyos derechos de serlo despreciaba. Al mismo tiempo quiso picar el amor propio del duque de Parma, brindándole á que probase si era tan fácil vencer en campo raso, como tomar plazas.

Nada respondió Mayena á esta especie de desafío, hallándose todo el campo bajo las órdenes supremas de Farnesio. Cuando le dió parte del mensaje, dijo el de Parma con sonrisa y calma: que hasta entonces habia hecho la guerra segun las circunstancias del pais, y que del mismo modo pensaba obrar en adelante; que sentia mucho no agradase su inaccion al rey de Navarra; mas

que estando acostumbrado á pelear cuando le parecia, y no cuando lo deseaba su enemigo, ya le iria á buscar cuando lo juzgase necesario.

Sin embargo á los dos dias despues, ó por no excitar murmuraciones en su propio campo ó por estar ya maduro el plan que proyectaba, salió con su ejército de las trincheras y se puso en tren de aceptar la batalla, de que estaba tan impaciente su enemigo. Confió la vanguardia al marqués de Renty, quien la dispuso en línea de combate sobre las crestas de unas lomas que separaban los dos campos. A retaguardia, y cubierto por esta línea avanzada, formó su cuerpo de ejército mandado por el duque de Mayena. La retaguardia quedó á cargo de Valentin Pardieu señor de la Motte, gobernador de Gravelinas. Estaba la mayor parte de la artillería con el cuerpo del ejército; el resto con la retaguardia. Los enemigos por su parte al ver estas disposiciones salieron impacientes de venir á las manos con los de Farnesio. Cuando pensaban todos en que iba á empeñarse un conflicto general, dijo el duque de Parma al de Mayena: «no es este nuestro campo de combate: á otro punto debemos dirigirnos para levantar el sitio de París.» Diciendo estas palabras dió órdenes para que sin perder momento desfilase por su flanco izquierdo el cuerpo de Mayena, movimiento que se ejecutó sin ningun inconveniente, hallándose cubierto con las tropas de vanguardia.

Era el plan de Alejandro caer precipitadamente sobre la plaza fuerte de Lagny, situada sobre la orilla izquierda del Marne, guarnecida por tropas de Enrique y provista de numerosos almacenes. Como impedia esta plaza las comunicaciones de París por dicho rio, en su rápida expugnacion vió Alejandro el medio mas seguro y expedito de levantar aquel bloqueo. Como él se hallaba en la orilla derecha, tenia la plaza en frente, mas el Marne no corre muy ancho por aquella parte, y además no le era muy difícil dominar las dos orillas. Lo

esencial era llegar allá con rapidez, ocultando cuanto era posible el movimiento, y dejar á retaguardia algun cuerpo que detuviese al rey, si este trataba de seguirle los alcances. Consiguió lo primero no moviendo su vanguardia; y para lo segundo le sirvió su misma retaguardia, que desfiló en seguida el grueso del ejército y se colocó de observacion en una altura antes de llegar á dicha plaza. Se pasó en efecto todo aquel dia sin que Enrique tuviese noticia exacta del movimiento de Alejandro. Atribuyó al principio su aparente inaccion á una simple negativa de batalla. Aun cuando le informaron de su direccion á Lagny, le pareció muy difícil que se atreviesen á emprender la expugnacion de una plaza fuerte de la que le separaba el Marne. Era necesario sin embargo tomar algun partido; elegir el mejor no era muy fácil. Marchar tras de Alejandro, era descubrir á París por el lado que su campo ocupaba: permanecer en inaccion le exponia á mas inconvenientes. Adoptó, pues, el medio de destacar un cuerpo que siguiese los alcances á Alejandro, y observase bien sus movimientos. Se movió este cuerpo ya algo tarde, y como se encontró además con el que Alejandro habia dejado á retaguardia, no pudo impedir al duque que se apoderase con rapidez de los arrabales de Lagny situados en la orilla derecha, es decir en la suya, y se fortificase en ellos con seguridad contra todo ataque. Aquella noche se incorporó con el duque el marqués de Renty con su vanguardia, y además el señor de la Motte con la retaguardia. Reunido todo el ejército en dichos arrabales, no se pensó en otra cosa que en los medios de pasar el rio para emprender cuanto mas antes el ataque de la plaza. La casualidad le deparó unas barcas cargadas de heno que bajaban el Marne, un poco mas arriba de Lagny, ignorando tal vez la presencia de las fuerzas de Alejandro en la otra orilla, ó confiadas en la proteccion de los fuegos de la plaza. No dudaron los soldados del duque en arrojarse al rio á nado, y embestir las barcas, que vién-

dose atacadas inopinadamente y de un modo tan extraño, no hicieron resistencia. Apoderados de ellas nuestras tropas, dispuso inmediatamente que se cargasen con la artillería necesaria para el sitio.

Mientras tanto se habian acercado á las líneas fuertes destacamentos del ejército de Enrique con un número crecido de caballería, provocando á escaramuzas á los nuestros: mas Alejandro, atento solo á la toma de Lagny, aparentó no hacer caso, y dió las órdenes mas severas para que nadie se apartase del atrincheramiento, dejando á la artillería el cuidado de alejar al enemigo. Todavía no estaba cierto del verdadero plan del duque de Parma, cuando al cabo de los dias de esta aparente inaccion vió que se trasladaba su campo á la otra orilla. Entonces trató él de hacer lo mismo; pero temeroso siempre de dejar descubierto á París por la otra parte, se contentó con hacer pasar un cuerpo de mil quinientos hombres á Lagny de refuerzo.

Dispuso Alejandro sus baterías, y procedió al cañoneo de la plaza. Fué el ataque vivo, como convenia á los que no tenian tiempo que perder en su conquista. Se defendia bien la guarnicion, y el gobernador Lafin se acreditó de gran soldado. Despues de abierta brecha se procedió al asalto. Fué repelido el primero, mas los de Alejandro volvieron á la carga con nuevo ímpetu, y entraron en el pueblo á viva fuerza. A la victoria se siguió el pillaje, y asimismo la matanza. De la guarnicion, quedaron con vida el gobernador y algunos pocos. Dueño Alejandro de la plaza, hizo marchar inmediatamente rio abajo los abundantísimos víveres de que estaba abastecida, que llegaron á París sin el mas pequeño obstáculo. Desde aquel momento salió la capital de su situacion desesperada. Habia conseguido Alejandro su grande objeto de levantar el bloqueo sin exponerse al azar de una batalla. Era la misma táctica del duque de Alba, quien solo por movimientos hábilmente combinados y sin venir á las manos habia vencido en dos cam-

pañas al príncipe de Orange. Es la táctica de los grandes capitanes apelar solo á los combates cuando no se les ofrecen otros medios de vencer, único fin de todas las operaciones de la guerra.

Fueron extremadas las demostraciones de regocijo del pueblo de París al verse libres de un sitio tan calamitoso. Se olvidaron en los arrebatos de su entusiasmo las hambres padecidas, la horrorosa mortandad de que fué teatro la capital durante aquella situacion de mas de cinco meses. Resonaron en las plazas, en las calles, sobre todo en los templos las alabanzas de Alejandro. Se pronunció su nombre como el de un salvador, no solo de la capital sino de la misma religion católica tan amenazada por aquel rey y sus legiones calvinistas. Se presentaron en su campo solemnes diputaciones de la municipalidad del Consejo de la Union y otras corporaciones que venian á felicitarle, á ofrecerle cuanto le pudiera ser de útil y agradable. Era un nuevo lauro y la verdadera corona de todos cuantos hasta entonces Farnesio habia alcanzado. Hablamos de él como de un capitan, sin que se mezclen por ahora en este elogio consideraciones políticas de ninguna especie.

En cuanto á Enrique, se encontraba en una situacion desagradable: defraudado de sus halagüeñas esperanzas de hacerse dueño de París, vencido en estrategia por su rival, sin haber encontrado ocasion de lucir su valentía, y sobre todo sin recursos pecuniarios con que atender á la subsistencia del ejército que le seguia, y que en la toma de París pensaba indemnizarse del atraso de sus pagas. No le quedaba otro recurso que licenciar la mayor parte de su ejército y alejarse con la otra de los muros de París, llevándola adonde las circunstancias se lo aconsejasen. Su primera operacion fué, pues, situarse en san Dionisio, y despues de haber tomado disposiciones para organizar las pequeñas fuerzas que le restaban, se movió con ellas camino de la Normandía.

Mientras tanto entraban en París el duque de Ma-

yena y demas jefes de la liga que militaban en su ejército. En los movimientos políticos á que dió lugar el cambio de la situacion de la liga con motivo del levantamiento del sitio de París, no entramos por ahora. Contrayéndonos á seguir los movimientos de Farnesio, muy pronto volvió á reunirse este general con el duque de Mayena. Fué la primera operacion de las tropas combinadas poner sitio á Corbeil, punto entonces fuerte sobre el Sena á cinco leguas de París, donde Enrique habia dejado una guarnicion muy respetable. Sufrió en efecto Corbeil un sitio formal que duró bastantes dias, no sin choques violentos y efusion de sangre por una y otra parte. Al fin pudo mas el número y la constancia de los sitiadores animados de la emulacion del espíritu de pais, pues se hallaban delante de los muros de aquella pequeña fortaleza soldados de todas naciones.

Con el levantamiento del sitio de París parecia concluida y lo estaba en efecto la mision que habia encargado al duque de Parma el rey de España. Asi lo pensó al menos Alejandro, á quien las enfermedades de su campo, la proximidad de la mala estacion, y sobre todo el estado de los negocios de Flandes daban alas para dejar cuanto antes el territorio de la Francia. Por otra parte no estaba satisfecho de los jefes de la liga, asi como el duque de Mayena y demas jefes de su parcialidad alimentaban recelos y desconfianzas contra un auxiliar tan poderoso. Cualquiera que reflexione sobre los verdaderos motivos de la union que existia entre Felipe II y los jefes de la santa liga, concebirá la poca buena fé que debia de reinar entre unos y otros. Querian los segundos un mero auxiliar que los librase de las garras del rey de Navarra: aspiraba Felipe II á utilizar en favor suyo unos servicios que le empeñaban en tantos gastos y le costaban tantos sacrificios. Tan resuelto como estaba á tenderles una mano protectora cuando les veia en un grave apuro, como sucedió en el sitio de París, tan remiso se mostraba en auxiliarlos tanto, que los pusiese en el estado de no necesitarle.

Igual política y en diferentes sentidos desplegaban los de la santa liga con el rey de España.

Tentó un poco el vado el duque de Parma proponiendo al de Mayena que se quedase de guarnicion en Corbeil, con españoles é italianos de su ejército. Rechazaron la proposicion los jefes de la liga como depresiva para su independencia, aunque no dieron al duque de Parma una respuesta que pudiese ofender mucho su amor propio. Sin dar señal alguna de resentimiento les anunció Alejandro su determinacion de restituirse á los Paises-Bajos, donde los negocios de la guerra reclamaban imperiosamente su presencia. Cogió al duque de Mayena de sorpresa la determinacion del duque de Parma; y como realmente necesitaba su cooperacion para acabar con la faccion del de Navarra, le rogó mucho en nombre de los jefes permaneciese mas en su compañía hasta que tuviese el gusto de coronar una empresa tan gloriosamente comenzada. Mas Alejandro se mostró inflexible manifestando que habia recibido de su rey órdenes expresas para ello. Tomó en efecto sus disposiciones para ponerse en retirada, y despues de dejar cinco mil hombres como cuerpo auxiliar á los jefes de la liga, emprendió el movimiento con el resto de sus fuerzas, algo disminuidas por las operaciones anteriores, y en no muy buen estado por las enfermedades que cundian por el campo.

No tomó el duque de Parma en su regreso á los Paises-Bajos el mismo camino que le habia traido á las puertas de la capital de Francia. Se encaminó por la derecha para penetrar por la parte meridional de la Champagna, donde podia encontrar mas víveres y recursos que en la otra. Emprendió con la misma lentitud y precauciones militares que la primera vez, temiendo ser atacado por las fuerzas del rey, mandadas por este príncipe en persona, ansioso de un desquite por el desaire tan cruel que acababa de sufrir por parte del de Parma. Formó éste cuatro columnas de marcha que se protegian mútuamente, dejando los flancos y la retaguardia bien cubiertos por la

caballería que recorria el campo y aseguraba los caminos. Todas las noches acampaban las tropas de Alejandro en un terreno atrincherado. Con estas precauciones burló los designios de su rival, que en muchas ocasiones trató de caer de repente sobre su retaguardia y sus costados, teniendo que desistir por la actitud que tomaban en cualquier amago de ataque las columnas de Alejandro. En un encuentro sério que se verificó á los seis dias de marcha fué repelido el rey con grande pérdida, debiendo su salvacion personal á la velocidad de su caballo. De este modo sin batallar primero, sin perder gente, despues en su retirada, gracias á lo lento y atinado de su movimiento, volvió el duque de Parma victorioso á los Paises-Bajos despues de cinco meses de campaña.

CAPITULO LXVII.

Llegada del duque de Parma á los Paises-Bajos.--Situacion.--Progresos del príncipe Mauricio.--Negocios de Francia.--Manda el rey de España al duque de Parma que vuelva á Francia á levantar el sitio de Ruan.--Entra.--El rey de Francia sale en busca de Farnesio.--Escaramuzas.--Levanta el sitio de Ruan.--Entra Farnesio en la plaza.--Sitia la de Caudebec.--Es herido.--Toma de la plaza.--Apuros de su situacion hallándose como encerrado por el rey de Francia.--Atraviesa con su ejército el Sena.--Vuelve á los Paises-Bajos.--Orden de volver á Francia.--Sale de Bruselas.--Llega á Arras.--Su muerte.--Su caracter (1.)

1591—1592.

Se halló el duque de Parma á su regreso en Flandes con la misma situacion que habia previsto cuando tuvo que dejar este pais por las órdenes del rey de España. No era fácil el que un jefe de su capacidad fuese dignamente reemplazado, pues aunque el conde de Mansfeld alcanzaba buena reputacion como militar valiente y ex-

(1) Las mismas autoridades.

perimentado, estaba muy lejos de llegar á la altura de Alejandro. Se habian puesto en mal estado los asuntos militares de aquel pais, y el príncipe Mauricio se habia sabido hábilmente aprovechar de la ausencia de un adversario tan temible. Crecía el príncipe en pericia militar y en las demas cualidades que constituyen un hombre de estado, un jefe de partido. Se dice que estudiaba como un modelo al mismo duque de Parma, imitándole en todo lo posible. Si esto es asi, se puede decir que el discípulo se mostraba digno del maestro. Como quiera que esto sea, se mostró Mauricio el hombre principal y el de mas prestigio entre todos los confederados en los Paises-Bajos. No solo era jefe de las provincias que mandaba su padre, sino que en las demas ejercia igual preponderancia. Salió pues Mauricio á campaña primero que Alejandro regresase. Antes que pasemos á su relacion, diremos que se reducian las tropas que éste habia dejado para su defensa á dos tercios italianos y dos alemanes, fuera de algunas compañías sueltas borgoñonas, flamencas é irlandesas; ademas se podian contar como unos mil y quinientos hombres de á caballo que estaban al cargo del marqués del Vasto. Otros dos tercios mas habian quedado en los Paises-Bajos; mas el uno de ellos, llamado de Manrique, del nombre de sú maestre de campo, se habia sublevado, y otro, de Manuel de Vega, acababa de hacerlo poco antes de la vuelta de Alejandro á Flandes. A estos disgustos del general español, se añadia la mortificacion de saber que sus enemigos en la córte de Madrid trataban de indisponerle con el rey, acusándole de demasiada parcialidad hácia los italianos en perjuicio de los españoles que desatendia, y cuyas sediciones eran efecto de esta negligencia. Poco se necesitaba para mover el ánimo de Felipe II, tan propenso á la suspicacia, á quien nunca acertaba á complacer del todo ninguno de sus servidores.

La repugnancia que habia mostrado en cumplir sus órdenes de pasar á Francia y la claridad con que le

hablaba de este pais, donde á pesar de tantos servicios á la causa de la liga no podia contar con verdaderas simpatías, estaba mal calculada para agradar al rey, quien sin duda en medio de su desconfianza, hacia mucho caso del acatamiento y fiel adhesion que le manifestaban los liguistas. El duque de Parma, para salir de una vez de este conflicto escribió al rey quejándose de los que trataban de indisponerle contra su persona, justificando en todo su conducta. El rey, que cualquiera que fuesen sus cavilosidades, estaba seguro de que no encontraria un capitan que le sirviese con tanta utilidad, contestó á su carta en los términos mas satisfactorios, asegurándole de su amistad, dándole nuevas gracias por sus servicios, y manifestándole lo mucho que de ellos aguardaba todavía.

Pasaremos ahora á presentar un bosquejo de las operaciones militares en Flandes, tanto durante la ausencia del duque de Parma, como á su regreso. Se hacia la guerra con mucha menos actividad que antes, sea por falta de tropas, ó por cansancio en vista de lo prolongado ya de la contienda.

Ocupaban todavía los españoles parte de la provincia de Frisia, que mandaba Francisco Verdugo. Obedecia la autoridad del rey la plaza fuerte de Groninga, mas no queria recibir en sus muros soldados españoles. La otra mitad de la provincia reconocia la autoridad de los Estados, y con este motivo eran frecuentes las escaramuzas que se empeñaban entre las dos parcialidades. Para poner la plaza de Groninga mas en estado de defensa, solicitó Verdugo de los magistrados de la ciudad permitiesen la entrada á tropas españolas, lo que fue negado. Con esto se indispusieron los de esta nacion, ya muy irritados por falta de pagas y carencia de vestido y otras cosas necesarias. En Diest, donde estaban invernando, prorumpieron en abierta sedicion contra el maestre de campo Manuel de Vega, á quien acusaban de poco celoso por sus intereses. Aunque en completa desobediencia no atentaron á su vida, contentándose con enviarle á Lovayna

con los oficiales y demas individuos que se habian opuesto al alboroto. Los amotinados permanecieron en Diest, proponiéndose conservar aquella situacion mientras no se satisficiesen sus atrasos. Sus quejas no eran precisamente contra el rey, quien suponian mandaba el dinero necesario, sino contra los contadores y encargados de la distribucion, que les retenian lo que no era suyo. Es probable que fuesen muy justas estas quejas, y que no bastasen todos los esfuerzos de Alejandro para que los empleados de la Hacienda, llamados entonces oficiales del sueldo, cumpliesen exactamente con sus obligaciones.

A su regreso de la expedicion de Portugal habia vuelto el coronel Norris á los Paises-Bajos. El gobernador de Ostende preparó en secreto una expedicion contra el fuerte de Blackemberg, situado como sabemos entre esta plaza y la esclusa. Como estaba mal guarnecido y descuidado su gobernador, se entregó con muy poca resistencia.

Por la parte del Rhin cayeron los puntos de Westerlo y Turnhaut sin ninguna resistencia en manos del príncipe Mauricio. Como eran los designios de este general sitiar la plaza de Zutphen, quiso apoderarse antes del fuerte de Duisburgo, que le sirve de defensa. Lo consiguió por sorpresa, valido de una estratagema, haciendo vestir algunos soldados de mujeres, que se presentaron á las puertas de la fortaleza con frutas y diversos comestibles. Sorprendió uno de ellos á un centinela que dejó muerto de un pistoletazo. Los otros sacaron inmediatamente sus armas que llevaban ocultas, y embistieron á los pocos soldados que se presentaron. En medio de la confusion, del ruido, del correr á todas partes sin saber lo que pasaba, quedaron abiertas las puertas por los que estaban de inteligencia con el príncipe, cuyas tropas acudieron inmediatamente y se hicieron dueñas de la fortaleza.

Ganada Duisburgo, dirigió Mauricio sus baterías contra Zutphen, que se rindió con muy poca resistencia.

En seguida pasó el príncipe á sitiar la plaza de De-

venter, con tantas mas esperanzas de ganarla, cuanto que estaba en ella de gobernador Herman, conde de Berghen, primo suyo. Entre Mauricio y la plaza mediaba el Isel, que es muy poco ancho por aquella parte. Fue su primera operacion cortar sus comunicaciones por agua echando dos puentes, uno abajo y otro arriba. En seguida se puso á cañonear la plaza. Despues de abierta brecha, intimó la rendicion; mas el gobernador no hizo caso del requerimiento. Como no restaba mas recurso que el asalto, hizo Mauricio construir una especie de puente; mas al tiempo de echarle se halló que era corto y no llegaba perfectamente al pié de los escombros formados por la brecha. No arredrándose con esto los asaltadores, trataron de pasar á la otra orilla. Mas todos los que lo intentaron fueron víctimas de los tiros que desde las mismas ruinas se les asestaban. En vista de este contratiempo mandó el general tocar la retirada.

Por una rara combinacion de circunstancias, aquella plaza que tanta resistencia oponia, se entregó sin mas esfuerzos, sin que pasasen adelante las hostilidades. Produjo este cambio inesperado la muerte del gobernador, que cayó gravemente herido cuando las tentativas del asalto. Sobrecogida la guarnicion con este golpe y sin saber qué hacerse, entró en capitulaciones, y abrió las puertas al príncipe Mauricio.

Pasó despues este general á sitiar la plaza de Groninga. Volvió á insistir con este motivo Francisco Verdugo en que recibiesen las tropas españolas, mas todavía titubeaban aquellos habitantes. Se reducia la cuestion á saber si habian de ser de los españoles ó de los holandeses. Como temian de estos últimos mal trato por haberse separado de la confederacion, se decidieron por los primeros, y los admitieron en los arrabales y pueblos inmediatos. Con esto se trastornaron los planes de Mauricio y desistió del sitio de la plaza.

Oyó el duque de Parma á su regreso á Flandes la noticia del sitio de Zutphen y se puso en camino para

levantarle. En Ruremunda pasó revista á su pequeño ejército. Ascendia á siete mil hombres entre italianos, flamencos é irlandeses, y á mil quinientos los caballos. Los españoles llegados á Francia se habian quedado allí al servicio de la liga. Los del tercio de Vega, que se hallaban todavía en Diest, no quisieron acudir al llamamiento de Alejandro. Sabida la rendicion de Zutphen hallándose todavía en Ruremunda, se dirigió hácia Nimega, cuyos habitantes, estrechados por los holandeses, le suplicaron atacase el fuerte de Kanotzemburgo, cuya guarnicion los molestaba. Marchó allá en efecto el duque de Parma y pasó el Waal en barcos que le habian enviado aquellos habitantes. En el camino tuvo un encuentro con unas tropas holandesas; mas no atreviéndose estas á disputarle el paso, se retiraron, dejando libre al duque de tomar sus disposiciones para la toma de aquel fuerte. Mauricio que lo supo se movió de Aruhen con seis mil hombres. Dejó emboscada la mayor parte de la fuerza, y se presentó delante de los reales de Alejandro. Siguieron los nuestros con demasiado ardor el alcance de Mauricio, que se retiró al principio de la refriega, y dieron sin poderlo evitar en la emboscada. Sin embargo, vueltos de la primera sorpresa, se rehicieron, y se renovó el combate siempre con ventaja suya.

Vueltos á sus reales los de Parma, se continuó con actividad el sitio del fuerte. Despues de abierta brecha, no se trataba mas que del asalto. Dió para ello las órdenes el duque de Parma, y se habian ya tomado las disposiciones para el dia siguiente, cuando recibió cartas del rey en que le hacia saber que debiendo de considerar los asuntos de Flandes como cosa secundaria, tuviese sus fuerzas reunidas y preparadas para volver á Francia con ellas al instante que recibiese órdenes: tan preocupado estaba entonces Felipe II con los trastornos de aquel reino, tan alucinado con la idea de que le iba á añadir de un modo ó de otro á sus dominios. Habian vuelto los negocios á una situacion tal que le parecia estar ya en el

caso de tender á los de la liga una mano eficaz como habia sucedido en el sitio de París, que tan próximo habia estado á caer en poder del de Navarra. Crecia el partido de éste en aquel pais tan destrozado por disturbios: á cada instante se aumentaba el número de los que deseaban fuese la ley sálica el solo norte en aquel mar tan borrascoso. Sin perder su adhesion á los dogmas de la fé católica no querian por ningun estilo al rey de España, y consideraban la perpetuidad de las guerras civiles en el llamamiento al trono, sea de la liga de Felipe II, sea del príncipe jefe de la casa de los Guisas. Contrayéndonos por ahora á la parte militar, dejando para otro sitio el movimiento político de las negociaciones y otros actos de mayor importancia que tenian lugar entonces, se iba engrosando el nuevo rey con nuevos partidarios que á sus banderas acudian, con las tropas de Isabel, con los abundantes socorros que le suministraba esta reina á la sazon con él tan generosa. Dueño de una gran parte de las provincias del Mediodía, ocupaba asimismo toda la provincia de Normandía á excepcion de Ruan, que con muchas fuerzas asediaba. Se hallaba en grandes apuros su gobernador, sin que Mayena al frente de su ejército se hallase con bastantes fuerzas para levantar el sitio. Acudió otra vez en este apuro la liga santa al rey de España, y este monarca, calculando que era mucho su peligro, envió órdenes al duque de Parma para que sin perder momento saliese de Flandes con su ejército, y marchase en socorro de la plaza de Ruan tan estrechada por los calvinistas. Era una órden parecida á la primera. En su consecuencia mandó el duque de Parma levantar el sitio de Kanotzemburgo y partió á Bruselas con objeto de hacer los preparativos de su expedicion, en lo que experimentó las dificultades á que estaba tan acostumbrado.

No se atrevió á picar su retaguardia el príncipe Mauricio, contentándose con sacar todo el partido que le proporcionaba aquella retirada. Mientras hacia el duque sus preparativos para la jornada de Francia, [desembarcó

Mauricio con cuatro mil hombres en el pais de Waes, al norte de la provincia de Flandes, y pasó á poner sitio á la plaza fuerte de Ulst, no muy lejos de Amberes, donde Mondragon mandaba entonces. Inmediatamente que llegó á éste la noticia, dispuso que acudiesen tropas en todas direcciones. Hizo inútiles estos esfuerzos Mauricio, inundando el pais de las inmediaciones de la plaza. Reducida esta á sí misma, mal guarnecida, poco fuerte, bien que provista de abundantes víveres y municiones, abrió, despues de una débil resistencia, las puertas á los holandeses.

Tomada Ulst, pasó Mauricio por segunda vez al fuerte de Kanotzemberg, y para aprovechar la ausencia de las tropas de España echó un puente sobre el Waal y emprendió sériamente el sitio de Nimega, defendida por valones y alemanes. Se condujo la guarnicion con bastante bizarría; pero no fué ayudada por los habitantes, descontentos muchos del gobierno español, y en inteligencia los principales con el príncipe Mauricio. Cuando le vieron con tan buena fortuna y estuvieron seguros de su proteccion, hablaron de capitular, pidiendo al gobernador pusiese fin á sus calamidades; y como el tono de la súplica tenia todo el aire de exigencia, no titubeó la guarnicion en acceder á las intimaciones de Mauricio. Fué la capitulacion muy favorable. Salió la guarnicion con armas y bagajes. Quedó la ciudad con su territorio incorporado en la confederacion, dominante en ella el culto protestante, con libertad para todos de conciencia. La entrada del príncipe en Nimega fué magnífica.

Asi mientras se ocupaba Alejandro con tanta actividad en los preparativos de su jornada á Francia, le ganaba plazas el príncipe Mauricio. Mas por todo esto pasaba Felipe II á trueque de tomar parte activa y personal en los asuntos de un pais, que aunque extraño, casi ya consideraba como propio.

Salió el duque de Bruselas á últimos de 1591, no pesaroso de volverse á medir segunda vez con el rey de

Navarra, de cuya táctica ya tenia experiencia. El buen éxito de sus operaciones cuando el levantamiento del sitio de París y que habia debido tan solamente á su pericia propia, no podia menos de infundirle esperanzas de vencer segunda vez á quien le igualaba en valor y le superaba en osadía. Penetró por el pais extraño con las mismas precauciones militares que en su anterior campaña, y antes de llegar al Somma se encontró con el ejército de los coligados mandados como la otra vez por el duque de Mayena. Fueron afectuosas las demostraciones con que recibieron al de Parma los que para salir de sus nuevos apuros le necesitaban. De la buena fé con que recibian el auxilio pueden quedar dudas muy probables. En cuanto al duque de Parma, tenia demasiadas pruebas de su poca sinceridad para no estar receloso y desconfiado. Concertó con los jefes franceses el plan de operaciones, y sin perder tiempo tomaron el camino de Ruan, cuyo gobernador Villars estaba reducido á los últimos apuros.

Sin contar algunas tropas de vanguardia que al mando del príncipe de Asculí habia hecho salir antes en direccion á Ruan, llevaba consigo el duque de Parma doce mil infantes, tres mil caballos, cuarenta piezas de artillería y dos mil carros. Con la union de estas tropas y las del duque de Mayena, podia ascender su ejército á veinte y cuatro mil infantes y seis mil caballos. En él se hallaban algunas tropas del pontífice. Por segunda vez tuvo Enrique de Navarra la cruel mortificacion de saber que se acercaba el duque de Parma á arrancarle de las manos una presa que contaba por segura. Otra vez volvió á deliberar en su consejo si le esperaria en sus líneas de sitio ó si saldria á recibirle en campo raso para escoger mejor un terreno de batalla. En este segundo caso se veria obligado á levantar el sitio de la plaza y perder el fruto de sus trabajos de dos meses. Mas el mariscal de Biron, persona de gran capacidad y que dirigia los asuntos de la guerra, fué de opinion de que se dividiese

el ejército en dos, marchando una parte á detener ó al menos á entretener el enemigo, mientras la otra redoblase sus ataques para reducir pronto la plaza que ya estaba á punto de rendirse.

En conformidad con este parecer salió Enrique con las tropas de su mayor satisfaccion, y marchó en busca de los enemigos, deseoso de probar fortuna por segunda vez y desquitarse del primer desaire. Redobló con este motivo el duque de Parma las precauciones de sus marchas. Iban dispuestas sus columnas de modo que pudiesen hacer frente á los ataques impetuosos en que él se deleitaba.

Marchaba la infantería repartida en cuatro divisiones, compuesta cada una de tres á seis tercios. Habia tres españoles mandados por Antonio Zúñiga, Alonso de Iriaquez y Luis de Velasco; otros tantos alemanes por Juan Manriquez y los condes de Barlamont y de Aremberg; seis valones por el señor de la Vertz, el marqués de Renty, el conde de Bossir, Claudio Barlota y Noscau. Mandaba el tercio italiano Camilo Capisuci, y á la cabeza de cuatro mil suizos estaba Apio de Comitibus, maestre de campo general de las tropas del Pontífice. Cuarenta piezas de artillería caminaban detrás de la vanguardia á cargo de Valentin Pardieu, flamenco, y de Bassopier, de nacion francesa. A los costados de la infantería marchaba la caballería, compuesta de flamencos, españoles, franceses y alemanes. Mandaban estas tropas el príncipe de Chimay, el baron de Schwartzember, los príncipes de la casa de Lorena. Ludovico Melci capitaneaba doscientos caballos del Pontífice.

Valentin Pardieu y el señor de Rosne alternaban en las funciones de maestre de campo general, representando el primero al duque de Parma y el segundo al de Mayena.

Dió el duque de Parma el mando de la vanguardia al duque de Guisa, el de la retaguardia al de Aumale, y el cuerpo de batalla al de Mayena. Marchaba el duque de Parma rodeado de su hijo Raynuci, del príncipe de

Asculí, del marqués del Vasto y otros magnates españoles é italianos. Además estaba el ejército flanqueado á derecha é izquierda por dos mil carros que le ponian al abrigo de cualquiera ataque repentino.

No perdia de vista el rey de Francia la marcha de este ejército, ni dejaba pasar ocasion alguna de inquietarle, hallándose al frente de un cuerpo escogido de caballería con poca infantería. Una refriega séria trabó con la vanguardia del ejército de Parma, en que el rey combatió personalmente en las primeras filas con todo su arrojo acostumbrado. Fueron repelidos los franceses con vigor, y expuesto el rey varias veces en peligro de ser cogido prisionero. Al fin fué herido, sin que en el ejército combinado se supiese esta circunstancia, á que se debió la retirada definitiva de la caballería francesa.

Instaron al duque de Parma todos los cabos á que se moviese del ejército en persecucion del enemigo. Mas el general en jefe, constante en sus planes y en su táctica, respondió que era imposible que aquel movimiento de los franceses dejase de tener por objeto el atraerle á una emboscada. Así era en efecto; mas si el duque de Parma hubiese avanzado con vigor, se hubiese aprovechado de la confusion que habia introducido en el campo enemigo la herida del monarca. Sin embargo la vanguardia persiguió por algun trecho la caballería enemiga, mientras el ejército del duque marchaba lentamente en órden de batalla. Cuando á éste se le dijo que era el mismo rey de Francia el que combatia en la vanguardia y lo fácil que le hubiese sido cogerle prisionero, sobre todo hallándose herido, respondió con frialdad: «¿Y cómo habia de imaginarme yo que el general, que el jefe supremo de un ejército hacia el servicio de simple capitan de caballería en los puestos avanzados? No tengo nada que vituperarme.»

Se retiró el ejército francés á Chateau-neuf, donde el rey recibió segunda cura, y como algunos cortesanos le hiciesen ver las fatales consecuencias que podria pro-

ducir su costumbre de pelear en las primeras filas, prometió ser mas cauto en adelante.

En Chateau-neuf mandó aumentar las fortificaciones y dejó en la plaza mil quinientos hombres de guarnicion, contando con que este punto fuerte detendria la marcha de Farnesio. Despues se trasladó el rey con el hijo del mariscal de Biron á Diepa y otros pueblos de los alrededores de Ruan, con objeto de impedir toda comunicacion con los sitiados.

Detuvo en efecto al duque de Parma el punto fuerte de Chateau-neuf como lo habia previsto el rey, mas solo fué para cuatro dias. De la plaza se hizo dueño despues de muy corta resistencia. Retiradas la tropas francesas al castillo, trataron de hacer una defensa en regla. Despues de haber sido cañoneados y con brecha abierta pidió capitulacion al duque de Parma, quien aunque en un principio se negó á ello, vino al fin en concedérsela.

Despues de algunos dias de descanso en Chateau-neuf con motivo de recoger víveres, continuó el duque de Parma su marcha regular y metódica con las mismas precauciones que hasta entonces. No dejó el rey de inquietarle con sus tropas ligeras de caballería; mas eran infructuosas estas escaramuzas empeñadas con tropas de vanguardia, sin que por nada se afectase el órden con el cuerpo de batalla, especie de fortaleza en movimiento. Así llegó poco á poco el duque á las inmediaciones de Ruan, donde estableció sus reales.

Admira ciertamente cómo se movia con tanta lentitud un ejército destinado á levantar el sitio de una plaza que podia muy bien rendirse mientras tanta circunspeccion observaban sus auxiliadores. Mas así se hacia la guerra en aquel tiempo, y por otra parte las operaciones de los sitios eran mas dificultosas que en el dia. Era muy comun estarse tres y cuatro meses delante de los muros de una plaza sin tomarla. Ya hemos visto la confirmacion de esta verdad en los diversos sitios que dejamos referidos. Ruan era fuerte entonces y no se la creia

en grande apuro. Por otra parte caminaba siempre Alejandro receloso de comprometer su reputacion y de dar algun paso imprudente de que se aprovechasen sus numerosos enemigos. Los franceses, con quienes marchaba unido, obedecian solo por necesidad las órdenes de un general extranjero, y no podian prescindir de la consideracion de que iban á combatir contra franceses. No podia Alejandro ignorar que por mucha que fuese la deferencia aparente hácia su suprema autoridad, era objeto su persona de mucha desconfianza. Los sentimientos eran mútuos.

Establecido el campo de los coligados, convocó Alejandro á consejo sobre los medios de levantar aquel sitio, objeto principal entonces de sus operaciones. Españoles, italianos, flamencos, todos querian ser los primeros en penetrar por las líneas enemigas, y llevar socorros á la plaza. Pero los que mas pugnaban por ser los primeros eran los franceses, alegando que siendo la guerra contra los de su misma nacion, á ellos cumplia particularmente combatir por la causa y honor de su partido.

El duque de Parma les hizo ver que esfuerzos parciales, tratándose de librar aquel sitio por tantas tropas sustentado, serian completamente inútiles y no contribuirian mas que á contínuos descalabros que terminarian en la ruina del ejército; que era preciso marchar juntos y presentar batalla al enemigo, pues solo así seria posible forzar sus líneas, y hacerles levantar el sitio.

Mientras tanto enviaba á todas horas reconocimientos el duque de Parma para examinar bien el pais de los alrededores, y los puntos por donde le seria mas fácil caer sobre la plaza. Estaba á la sazon el rey con la mayor parte de la caballería en las inmediaciones de san Clut, pues debemos tener presente que sus necesidades le obligaban á presentarse en muchas partes. Se aprovechó de esta circunstancia Alejandro para colocarse entre la infantería del rey y su caballería, y atacar en

seguida la segunda ocupada en defender sus líneas. Para esto, despues de haber tomado reseñas de todos los puntos y caminos por donde debian dirigirse las columnas, convocó á consejo y manifestó su determinacion de moverse al dia siguiente, manifestando el plan de las operaciones y asignando á cada jefe los puntos por donde debian dirigir sus movimientos. Todos aplaudieron con entusiasmo el pensamiento del duque de Parma, separándose en seguida para sus preparativos de batalla. Para mayor seguridad habia dispuesto Alejandro que una columna de quinientos hombres escogidos entre españoles, italianos y alemanes, mandados por un capitan llamado Vara, penetrasen en la ciudad por caminos escusados, advirtiendo á los vecinos y á la guarnicion que estuviesen prontos á auxiliar el movimiento. Así lo hicieron en efecto despues de arrollar algunos cuerpos de guardia que á su paso se oponian. Mas algunas horas despues de haberse los jefes despedido, recibió el duque una comunicacion del gobernador Villars, que le hizo volverlos á llamar entrada ya la media noche.

Tenia por objeto este mensaje aconsejar al duque de Mayena y demas jefes de la liga que no pasasen adelante con sus armas en defensa de Ruan, pues solo necesitaba de dinero y alguna compañía ó dos, para atender debidamente á la defensa de la plaza.

¿Qué motivos tenia Villars para hacer tan estraña comunicacion? ¿Por qué no creia ya necesario un socorro que habia pedido tantas veces?

Parece que este gobernador, en los mismos dias de ponerse en movimiento el ejército de la liga, se habia aprovechado de la ausencia del rey de Francia, para hacer una salida que tuvo el mejor éxito. Dejando á un oficial de toda su confianza el mando de la plaza con doce compañías de vecinos armados, salió con la demás gente formada en tres columnas, cada una por su puerta distinta, y dió con ellas antes de amanecer sobre

las líneas enemigas. Cogidos los sitiadores de sorpresa, combatieron en desórden, mientras los sitiados destruian y derribaban las obras, tomaban é inutilizaban la artillería, incendiaban la pólvora y saqueaban todo el campamento. Se pusieron en fuga sus enemigos hasta dos leguas de distancia de la plaza. Allí pudo reunirlos el mariscal de Biron, restablecer el órden y conducirlos otra vez hácia las líneas, cuyo terreno recobraron poco á poco, haciendo retroceder á los sitiados y encerrarse en la plaza. Sin embargo, su pérdida fué grande por el destrozo del material y de la artillería, por el derribo de las obras, por los muchos muertos y heridos, contándose el mismo mariscal de Biron entre estos últimos.

Tales eran los fundamentos que tenia el gobernador Villars para hacer ver al duque de Mayena que no necesitaba sus socorros; á tal punto le deslumbraba esta victoria, ó mas bien el deseo de alcanzar sin participacion de nadie el lauro de salvar la plaza.

Dió orígen su carta, leida en el consejo de guerra, á diversos pareceres. Opinó el duque de Parma que á pesar de las seguridades que Villars manifestaba, habia que temer mucho que desistiendo los coligados de su obra, se volviesen á reunir las tropas de Enrique y poner la plaza en los apuros que antes; que era por lo mismo sumamente peligroso abandonar una operacion que tenia por objeto el levantamiento de aquel sitio por solo el dicho del gobernador, tal vez apoyado en datos muy equívocos, y que aun dado el caso de que él solo pudiese levantar el sitio, no estaria demas la presentacion del cuerpo auxiliar para molestar la retirada de los enemigos.

El duque de Mayena y los jefes de su nacion dijeron al contrario, que no pudiendo dudarse de que el gobernador de Ruan apoyaba su proposicion en datos muy seguros, seria del todo inútil que ya pasase aquel ejército que podia ser de tanta utilidad en otras partes; que Enrique

de Navarra, despues de levantado el sitio de Ruan, se moveria probablemente con su ejército para buscarlos á ellos ú otro teatro de operaciones que le fuese mas del caso; que de todos modos suponiendo siempre exacto el dicho del gobernador, no debian dejar decir que para levantar un mero sitio habia sido necesario poner en movimiento todo el ejército de la liga y de su poderoso auxiliar el rey de España. Se manifestaba bien patente en esta opinion lo violento que era para los jefes franceses de la liga el recurrir á las fuerzas de Felipe II y ponerse bajo los auspicios y mando de Alejandro. Era natural que en aquella guerra civil mirasen de mal ojo los auxilios extranjeros, y quisiesen dejar á un francés toda la gloria del levantamiento de aquel sitio. El duque de Parma, que comprendia los motivos de un dictámen tan desacertado, no insistió en el suyo; y como sabia que era la política de Felipe II el que se prolongase la contienda, dió órdenes al ejército de suspender la marcha, preparándose él con sus tropas á tomar la vuelta de los Paises-Bajos, puesto que su permanencia en Francia carecia ya de objeto.

Retrocedió el ejército coligado á Chateau-neuf, y se acantonó en los pueblos inmediatos. Estaban paralizadas las operaciones militares por las negociaciones é intrigas de que hablaremos luego, y Felipe II nada pesaroso de que aún no se hubiese levantado el cerco de Ruan, contando con sacar mas partido de su auxilio.

Tardó muy poco en verse el desatino del gobernador de Ruan de no querer que avanzase el ejército coligado, y el desacierto mayor aún del duque de Mayena y los suyos de acceder á sus instancias. Habia volado otra vez Enrique al sitio de Ruan cuando vió el cambio de direccion del ejército de los coligados. Se estrechó el cerco de la plaza con nuevos deseos de ganarla antes que cambiasen de parecer los que se habian movido á socorrerla. Crecieron en los sitiados los apuros de víveres y las demas necesidades tan peculiares en un asedio dilatado. Por

tierra apretaba á la ciudad el rey; por el rio, de bastante anchura en aquel paraje, la hostigaban las naves holandesas. Repetia las salidas el gobernador, mas sin efecto. Era muy grande en realidad el valor de aquella guarnicion y extremada la ansia de Villars de no deber su salvacion mas que á sí mismo. En fin, agotados sus recursos, sin esperanza ya de adelantar alguna cosa, este hombre que pocos dias antes escribia tan satisfecho de sí mismo que no necesitaba auxiliadores, hizo saber los apuros de su situacion al duque de Mayena, manifestándole que tendria que rendir la plaza á no ser socorrido dentro de ocho dias.

Cambiaron con esta nueva carta los sentimientos de los coligados. El príncipe de Parma, que habia previsto esto mismo, tenia tomadas sus medidas para retroceder si fuese necesario. Dió, pues, las órdenes para poner en movimiento el ejército coligado; mas en el acto de verificarlo, estalló una sedicion entre los suizos que estaban al sueldo del Pontífice, manifestando que no pasarian adelante si no les pagaban los sueldos atrasados. Acudió Alejandro al alboroto con su sangre fria acostumbrada: hizo castigar á los jefes del motin, y para satisfacer á los que se decian agraviados mandó que se les distribuyesen cuarenta mil escudos de oro destinados al pago de los españoles. No se dieron estos por ofendidos de una providencia en que contaba el duque de Parma con su desprendimiento.

Sosegados los suizos, se puso en abril de 1592 el ejército en camino, intransitable con las lluvias. Padecieron mucho las tropas en la marcha. Con gran trabajo pasaron el Somma fuera de madre con casi todos los vados destruidos. Así llegaron hasta dar vista á los sitiadores de la plaza. A una legua de distancia de la ciudad se encontraron con el legado del Papa en Francia, quien recorrió los cuerpos distribuyendo por todas partes bendiciones.

Era estrella del rey de Francia levantar sitios á la aproximacion de las tropas de Alejandro. Se alejó en

efecto de los muros de Ruan como le habia sucedido en París, sin empeñar una batalla que le hubiese sido muy funesta. Muy poco tiempo despues hizo su entrada de triunfo en Ruan el duque de Parma, recibiendo las bendiciones y aplausos de los habitantes, que mostraron con fiestas y regocijos públicos lo importante del servicio que les habian hecho sus libertadores.

El rey Enrique se retiró con sus tropas á Pont-de l'Arche, sin plan ninguno por entonces.

Dueños los coligados de la plaza de Ruan, deliberaron en consejo sobre sus operaciones ulteriores. Opinó Alejandro porque se marchase sin perder momento sobre el ejército del rey y se aprovechase el desórden y abatimiento en que debian de estar sus tropas despues del levantamiento de aquel sitio prolongado, cuando se creian en vísperas de hacerse con una presa tan apetecida. Parecia esta la opinion mas sana, dictada por los buenos principios de la guerra; mas no fue la del duque de Mayena y los jefes de su nacion que estaban á sus órdenes. Expusieron estos los inconvenientes de marchar inmediatamente en busca del enemigo, cuyas fuerzas sin duda se aumentarian, antes de consolidar la conquista que acababan de hacer de aquella plaza, y que esto no se podia conseguir hasta que se tomase la de Caudebec, situada un poco mas abajo en la rivera derecha del Sena, aunque no en la misma orilla. Tenia el proyecto los inconvenientes de que hablaremos luego, que entonces no previó Alejandro, ó tal vez creyó de menos trascendencia. Cedió pues á las indicaciones de los otros jefes, cuyos verdaderos sentimientos penetraba, y partió con el ejército reunido á poner sitio á Caudebec, despues de tomar medidas para que Ruan quedase completamente asegurada. Se procedió á las operaciones de sitio, que comenzaron con vigor, por ser la toma de la plaza, puesto que se habian movido para esto, sumamente interesante. El duque de Parma, siempre activo, no perdió un momento en reconocer todos sus alrededores para dar

la mejor direccion á los trabajos. Fué una fatalidad para él, y mucho mas para el ejército, el que habiéndose acercado mucho á la plaza en una de estas correrías recibiese un balazo en el brazo izquierdo, cuyo accidente no percibieron al principio los mismos que le acompañaban, hasta que la sangre que corria de la herida, y un principio de desmayo por efecto de la intensidad del dolor, pusieron de patente esta desgracia. No era la herida mortal; mas de una cura sumamente dolorosa, por el paraje en que le habia entrado la bala, muy cerca ya de la muñeca. Varias incisiones le hicieron para la extraccion del proyectil; mas en esta larga operacion no perdió Alejandro su serenidad, no dejó de ocuparse en dictar las providencias que la conducta del sitio requeria. A la operacion siguió una recia calentura, y aquel cuerpo ya quebrantado con tantas campañas é inquietudes, quedó postrado totalmente en cama, inspirando á todos temores por su vida. Las operaciones del sitio de Caudebec no aflojaron á pesar de este accidente desgraciado. Al contrario, les dió mas energía la irritacion del ejército, el deseo de vengarse de quienes acababan de producirle un daño irreparable. La plaza se defendió bien; mas como no era muy fuerte, y por otra parte se veia sin auxilios de afuera, con grandes apuros de víveres, de municiones y ademas con brecha abierta, tuvo que capitular, aunque no dejó de esperimentar los efectos de la furia de los vencedores. Mientras tanto continuaba el general en jefe tomando disposiciones y dando órdenes desde su cama de dolor, siempre con la misma serenidad y calma; mas atormentado interiormente con la idea de los males que su situacion produciria. Por fortuna dejó la enfermedad de parecer mortal, y todos concibieron esperanzas de ver pronto al duque de Parma animándolos de nuevo con aquella presencia y aquella voz que tantos triunfos alcanzaba.

Habia sido el movimiento sobre Caudebec una gran falta de Alejandro. Si la conoció desde un principio, sin

duda la echó de ver por los movimientos que hizo el rey de Francia para aprovecharse de ello. Está la plaza de Caudebec muy cerca de la costa y se reputa como cabeza de un territorio llamado Caux, que forma una especie de península, lindando á la izquierda con el Sena que corre allí muy caudaloso, y por la derecha con una especie de ensenada muy avanzada dentro de la tierra. Para dejar Alejandro aquel pais no tenia mas camino que el de la garganta ó del itsmo que le tomó el rey de Francia, cuyas tropas se hallaban en Pont-de-l'Arché, en Eux, en Diepa y otros pueblos de los alrededores. Forzar el paso por aquella lengua de terreno defendida por las líneas del rey de Francia rayaba en lo imposible. Por agua parecia muy difícil todo escape, siendo los buques que cruzaban por la costa ingleses ú holandeses, todos de la parcialidad de Enrique. ¿Qué haria pues Alejandro en este aprieto? Su rival comenzaba ya á gustar del placer de la venganza. Despues del levantamiento del sitio de Ruan habian llegado nuevas fuerzas, hasta el punto de verse ya á la cabeza de un ejército de cerca de veinte mil infantes y seis mil caballos.

Su táctica debia ser la misma entonces que la de Alejandro cuando se hallaba en iguales circunstancias; mantenerse en sus líneas sin empeñarse en batalla que fuese decisiva, privar al enemigo de toda comunicacion, y sobre todo de recibir convoyes, aguardando á que los apuros de su situacion pusiesen en sus manos la victoria. Los coligados se habian corrido al pueblo de Ivetot, á tres leguas de Caudebec, como punto de mas recursos y mas céntrico. El puerto del Havre de Gracia se mantenia á su devocion; mas las comunicaciones por tierra eran sumamente difíciles; por mar casi imposibles, hallándose de por medio las naves inglesas y holandesas. En el campo de los coligados se luchaba ademas con otra dificultad; á saber, la falta de armonía entre los jefes.

En esta situacion se empeñaron varias refriegas, si no batallas entre los campos, siendo agresores por lo regular

los de Alejandro. Permanecia éste en cama dando sus disposiciones; á veces tomaba la resolucion de montar á caballo cuando creia que era indispensable su presencia; mas tenia muy pronto que apearse extenuado de fatiga. Mientras tanto se pasaba el tiempo, sin que tantos conflictos produjesen mas que sangre inútilmente derramada.

Era ya indispensable tomar algun partido. El único que restaba á los aliados y que concibió Alejandro, parecia tan difícil y arriesgado, que el duque de Mayena y sus parciales no le aprobaron sin una fuerte resistencia. Se reducia á pasar el ejército al otro lado del Sena que va muy ancho por aquel paraje, á la vista de los buques enemigos, y con el ejército del rey de Francia á retaguardia. Exigia tal secreto la operacion que no la comunicó el duque de Parma á nadie hasta el momento de efectuarla. Era tan azarosa, que ni aun habia contado con su posibilidad el enemigo, ya confiado de que pediria capitulacion el ejército de los aliados. Tal vez contribuyó la misma calidad de lo difícil á que fuese ejecutable. Se hizo Alejandro con barcas y hasta balsas que habia encargado á Ruan y que bajaron el Sena cubiertas con las tinieblas de la noche. En seguida dispuso los preparativos de su marcha con todo sigilo, sin que lo sospechasen los contrarios. Fingió primero una retirada á Caudebec como con el solo objeto de ponerse mas lejos y dar mas extension á sus líneas por la costa. Así lo comprendió el rey de Francia, al mismo tiempo que veia mas seguro su triunfo en aquel nuevo movimiento de Alejandro. Aprovechó el duque de Parma su corta residencia en Caudebec mandando construir algunos reductos en la orilla para alejar las naves holandesas mientras el paso de sus tropas, operacion que pareció natural al rey de Francia, dando por supuesta la intencion del duque de extender sus líneas.

Mientras tanto bajaban el Sena las barcas y balsas que en Ruan se habian preparado por órden de Alejandro. Aquella misma noche, que era el 20 de mayo, hizo

el duque embarcar su artillería, equipajes, trenes y mas material, y él lo verificó con sus tropas al amanecer cubierto con una niebla muy espesa, dejando para cubrir su retirada, situados en uno de los dos castillos ó reductos, como unos dos mil hombres.

Cuando supo el rey de Francia al dia siguiente el movimiento de Alejandro, ya se hallaba éste en la otra rivera con la mayor parte de sus tropas. Avanzó inmediatamente con su caballería, y no halló enemigos que combatir, fuera de los que protegian el paso, situados en el reducto que hemos dicho. No quiso el rey de Francia, ó no tuvo por cuerdo forzar á esta gente en su atrincheramiento, y se redujo á enviar avisos prontos á los buques holandeses situados en Quille Beuf para que acudiesen inmediatamente á impedir el desembarco. Llegaron demasiado tarde los avisos. Cuando se movieron las naves holandesas, ya se hallaban en la otra orilla hasta los mismos dos mil hombres de la retaguardia con su artillería y demas material necesario para la defensa del castillo.

Y era la tercera vez que el duque de Parma se veia victorioso del rey de Francia por la fuerza de su táctica. Porque victoria era salvar su ejército de una ruina inevitable: victoria privar á su rival de una presa que ya tenia por segura. Si el duque de Parma cometió una grave falta metiéndose en el pais de Caux cediendo á sugestiones ajenas y no á la suya, la expió con brillantez, del modo que lo saben hacer los grandes hombres.

Se retiró el coligado hácia París, donde tantas negociaciones é intrigas fermentaban. En cuanto al duque de Parma, de quien nos ocupamos exclusivamente por ahora, debió de considerar como terminada su mision en Francia habiendo sido levantado el cerco de Ruan, objeto principal de su venida. Tomó, pues, la vuelta de los Paises-Bajos á donde llegó muy quebrantado de salud, habiéndosele renovado sus achaques de resultas de su herida mal curada. Por tercera vez tuvo que recurrir á los baños de Spá, pero no tuvieron resultado favora-

ble. Mas que su enfermedad física le aquejaba el disgusto de ver lo que pasaba en Flandes y los tristes resultados producidos por el empeño de Felipe II en sacarle de un pais donde habia puesto sus negocios en un aspecto tan brillante. Mientras él hacia levantar el sitio de Ruan se apoderaba Mauricio de Stenowick y de Coverden, aplicándose mas que nunca á la organizacion de las provincias que estaban á su cargo. En esta situacion pidió Farnesio licencia al rey para restituirse á su pais y atender á su salud deteriorada. La respuesta de Felipe, llena de frases amistosas en elogio de sus hechos y merecimientos, fue una órden para entrar por tercera vez en Francia con el mayor número de tropas que pudiese.

Dejando para su lugar la indicacion de los nuevos apuros que movieron á Felipe II para tomar esta medida, nos contentaremos con decir que el duque de Parma se hizo un deber de obedecerle con la misma puntualidad que las pasadas. Arregló los tercios que debian precederle en la marcha poniéndolos al mando del italiano Apio de Comitibus, oficial muy experimentado y de grandes servicios en aquella guerra. Muy poco tiempo despues se movió Alejandro de Bruselas y á cortas jornadas, pues otra cosa no le permitia el mal estado de su salud: entró á últimos de octubre en Arras, capital del Artois, en que pensaba establecer su cuartel general y concertar con los jefes de la liga su plan de operaciones.

En lugar de mejorarse la salud del duque de Parma se agravó su enfermedad sin que los médicos tuviesen esperanzas de curarla. A pocos dias de su llegada á Arras cayó postrado en cama, de donde estaba destinado á no volver á levantarse. Conservó la atencion á los negocios de su gobierno, sin que ningun dia en medio de su postracion dejase de firmar los despachos ó pliegos que le parecian mas interesantes. Ninguno tenia ya esperanzas de conservar una vida tan útil para el rey; tan preciosa para cuantos militaban á sus órdenes. Al amanecer del 2 de diciembre de 1592 le sobrevino un acci-

dente que le privó del sentido, y que algunos creyeron le último momento de su vida. Mas volvió en sí y conservó su razon por algun tiempo mientras le administraron la uncion, pudiendo con trabajo dictar sus últimas disposiciones. Al cabo de dos horas espiró tranquilamente llenando de luto á toda su familia que rodeaba su cama, y en seguida á la ciudad, donde se esparció la noticia de su fallecimiento.

Fácil es de imaginar lo sentida que fué aquella muerte en todo el ejército, en todos los pueblos donde el duque de Parma habia sabido excitar tan vivas simpatías. Despues de haber estado expuesto en público su cadáver por espacio de dos dias, fue trasladado de Arras á Bruselas, donde hizo una entrada solemne rodeado de las autoridades y el pueblo que le salieron á recibir hasta las puertas. Fué allí sepultado con todo el aparato y magnificencia de las exequias debidas á tan alto personaje. Poco tiempo despues fueron sus restos conducidos á Parma, donde se depositaron junto á los de sus antepasados.

Falleció Alejandro Farnesio, duque de Parma, á los cuarenta y ocho años no cumplidos de su edad, pudiendo creerse de su robusta constitucion que hubiese sido mas larga su existencia, á no haberla acortado sus trabajos é inquietudes de ánimo, unidos á los efectos de una herida de que no se curó radicalmente. Con su muerte perdió Felipe II su mas útil servidor en la parte militar, y la Europa el capitan que estaba á la sazon sobre todos los del mundo. Ocupaba sin duda Alejandro este alto puesto desde la muerte del duque de Alba, con quien tuvo tantos puntos de contacto. Era casi igual en ambos el don de mando, el ascendiente que sobre sus inferiores ejercian, la atencion á establecer y conservar la disciplina, el tino en dirigir sus operaciones, y la habilidad en evitar combates cuando por otros medios podian llegar á una victoria. No es nuestro ánimo llevar mas adelante un paralelo en que tal vez Alejandro llevaria ventajas. A cuantos gobernadores de Flandes le precedieron y siguieron,

eclipsó sin duda, es decir, bajo esta cualidad, pues las hazañas principales del duque de Alba y de don Juan de Austria no habian tenido por teatro los Paises-Bajos. Si no pudo Alejandro distinguirse por batallas campales en una guerra donde por circunstancias de localidad debian de reducirse las operaciones solo á combates de puestos, á defender y atacar plazas, tuvo la parte principal en la victoria de Gemblours y en la retirada feliz que hizo el ejército de las líneas de Arnen cuando mandaba don Juan de Austria. Los nombres de Mastrick, Breda, Zupthen, Tournay, Oudenarda, la Esclusa, serán memoria eterna de su habilidad; en Amberes se halla su palma mas esclarecida. Al tomar el mando de esta region, estaba obedecido el rey de España en tres provincias solas de las diez y siete de que se compone: cuando lo dejó para trasladarse á Francia, en solo tres daba órdenes el príncipe Mauricio. Cupo la distincion al duque de Parma de echar de Flandes los tres gobernadores extranjeros que se le pusieron de frente, á saber: el archiduque Matías, al duque de Anjou y el conde de Leincester. Para consumar su fama militar le tocó el medirse en persona con un caudillo, que por su rango y gloria personal ocupaba entre los capitanes uno de los puestos mas esclarecidos. Por dos veces Enrique de Navarra, rey de Francia, fué vencido sin necesidad de batalla, en otra ocasion por su atrevida y hábil maniobra le arrancó de entre las manos una victoria que le parecia infalible. Si del capitan pasamos al hombre, hallaremos que era desinteresado, generoso, apreciador del mérito, celoso por su recompensa; tan humano como se puede ser en los campos del combate. Es uno de los grandes títulos de elogio en el duque de Parma que ninguno de sus enemigos trató de echar manchas sobre su valor, capacidad, honradez y demas prendas que caracterizaban á los caballeros de su tiempo. Ninguno le acusó de crueldad, de falta de palabra, de abusar de sus victorias. Los mismos que aborrecian tanto la causa política que defendia, los que detestaban la me-

moria del duque de Alba, los que miraban con tanto horror al rey de España de quien era servidor, y se mostraban enemigos tan encarnizados de la liga con cuyas armas unió las suyas Alejandro, hicieron justicia á su generosidad, á la elevacion de sus sentimientos, á la virtud de sus principios. Con su muerte se puede decir que se eclipsó la estrella de Felipe II, y terminó el favor de su fortuna.

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE DE ESTE TOMO.

Págs.

